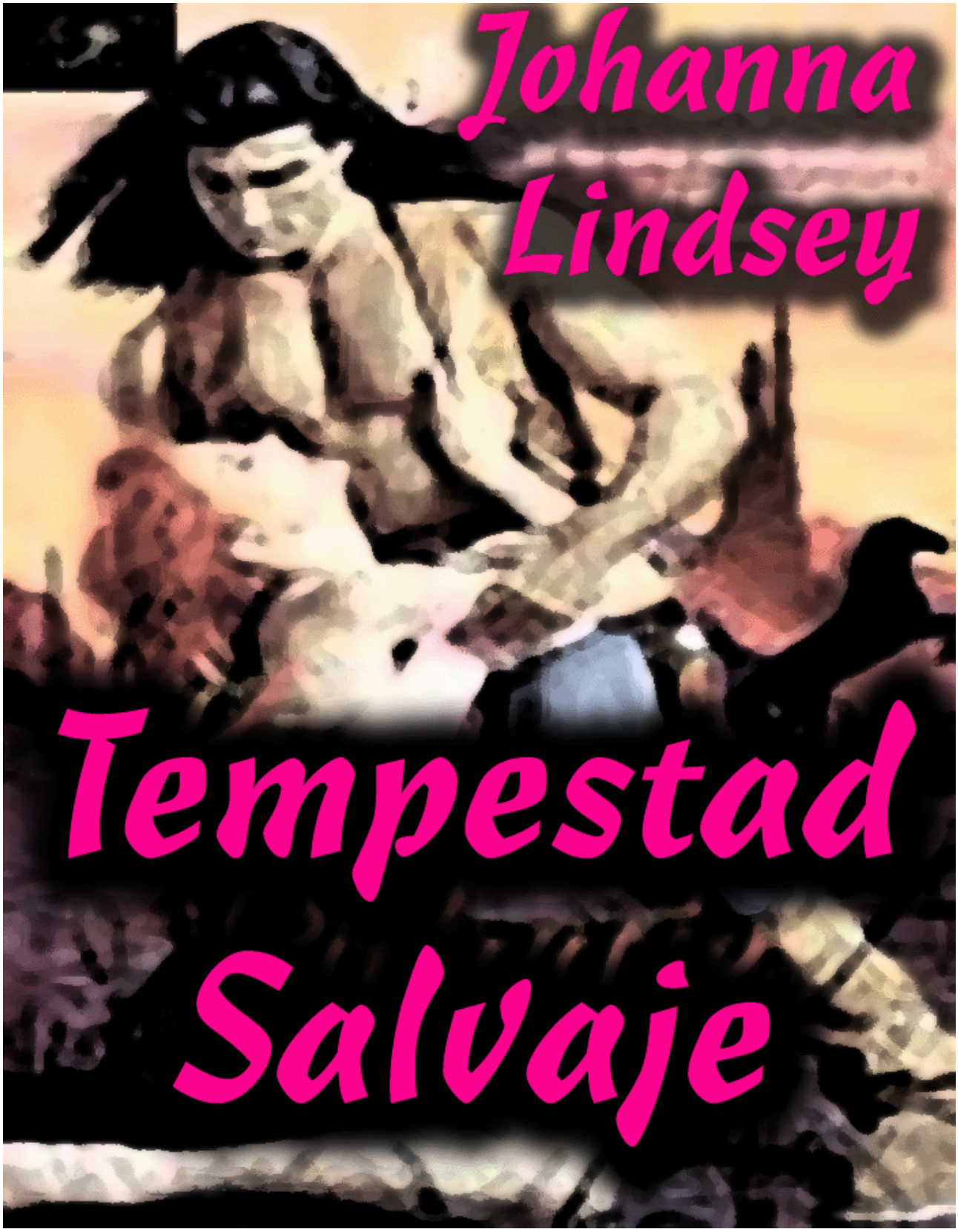
TEMPESTAD SALVAJE

Johanna Lindsey



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

1

Territorio de Wyoming, 1878

Aquel día de verano, en el Rancho Callan reinaba el silencio, excepto por el ominoso restallar de un látigo. Seis o siete hombres se habían reunido en el patio frontal de la casa, cubierto de césped, pero nadie emitía un solo sonido, en tanto Ramsay Pratt blandía el látigo con la destreza que le había hecho famoso. Pratt había sido arriero y le encantaba exhibir su habilidad. Era capaz de desarmar a un pistolero con un leve movimiento de la muñeca y de matar a una mosca posada en la grupa de un caballo sin tocar el pellejo. Así como otros llevaban el revólver a la cadera, Pratt llevaba un látigo de tres metros y medio, enrollado. Pero su demostración de ese día era algo diferente de sus trucos habituales. En esa oportunidad estaba arrancando la carne de la espalda de un hombre.

Ramsay lo hacía por orden de Walter Callan, pero obedecer le producía bastante placer; no era la primera vez que mataba a un hombre de ese modo ni que se descubría disfrutándolo, aunque nadie en Wyoming lo supiera. Para él las,cosas no eran tan fáciles como para los pistoleros. Si éstos querían matar a un hombre, organizaban una riña que acababa en cuestión de segundos; cuando el humo se despejaba, se aducía defensa propia. Con el arma elegida por Ramsay, era preciso comenzar por desarmar al adversario, para luego proceder a quitarle la vida a azotes. No eran muchos los que aceptaban la defensa propia, en ese caso. Pero en esta oportunidad seguía las órdenes del amo y, de cualquier modo, la víctima era un mestizo sin importancia, de modo que a nadie le molestaría.

No estaba empleando su látigo para bueyes, capaz de arrancar un centímetro de carne a cada golpe. De ese modo el entretenimiento habría terminado demasiado pronto. Callan le había sugerido una fusta más corta y más fina, capaz de reducir a carne picada una espalda humana, pero en un tiempo mucho más largo. Ramsay estaba de acuerdo. Podría prolongar aquello una hora larga antes de que se le cansara el brazo.

Si Callan no hubiera, estado tan furioso, probablemente se habría limitado a hacer matar de un disparo al indio. Pero quería hacerle sufrir, que gritara un poco antes de la muerte, y Ramsay estaba dispuesto a darle el gusto. Por el momento se limitaba a jugar con la víctima, utilizando la misma técnica que aplicaba con el látigo para bueyes: cortar dos o tres centímetros aquí, dos o tres allá, sin hacer mucho daño, pero haciendo sentir cada corte.

El indio aún no había dejado oír su voz, ni siquiera por una brusca aspiración. Ya lo haría, cuando Ramsay comenzara a aplicar fuerza a los golpes. Pero no había prisa... a menos que Callan se aburriera y diese órdenes de acabar. Eso no era muy probable, estando el patrón tan furioso. Ramsay le comprendía: lo mismo habría sentido él si hubiera descubierto que el pretendiente de su única hija era un condenado mestizo. Había sido engañado durante varios meses, y también Jenny Callan, a juzgar por su expresión, cuando el padre la enfrentó con la verdad. Se había puesto pálida, como si estuviera descompuesta; ahora estaba de pie en el porche, junto a su padre, tan furiosa como él.

Era una verdadera vergüenza, porque la muchacha era muy bonita. Pero ¿quién la querría ahora, tras saber con quién había andado, dejándose tocar y quién sabe qué más? Había sido tan engañada como su padre.

¿Quién habría podido sospechar que el íntimo amigo de los Summers era medio indio? Vestía y hablaba como los blancos, llevaba el pelo más corto que la mayoría de los blancos y tenía un revólver a la cadera.

Por su aspecto habría sido muy difícil adivinarlo, pues lo único indio que había en él era lo lacio de su pelo negro y lo atezado de su piel, la cual, a decir verdad, no era mucho más oscura que la de tantos otros hombres dedicados a trabajar al aire libre.

Nada habrían sabido los Callan, si no hubiera sido por Mandíbula Durant. Durant había sido despedido del rancho Rocky Valley y acababa de ser contratado en el de Callan. Mientras estaba en el granero apareció Colt Thunder, como se hacía llamar el mestizo, en ese enorme appaloosa, hijo de un potro premiado de la señora Summers. Naturalmente, Durant sintió curiosidad y preguntó a uno de los hombres qué hacía Thunder allí; cuando le dijeron que había estado rondando las faldas de Jenny Callan los últimos tres meses, apenas pudo creerlo. Conocía a Colt por su empleo anterior; sabía que era muy amigo de Chase Summers, el patrón, y de Jessica, su esposa. También sabía que era un mestizo y que, hasta tres años antes, había sido un verdadero guerrero cheyenne, aunque esas noticias, al parecer, no habían salido del Rocky Valley hasta ese día.

Durant, sin pérdida de tiempo, buscó a su nuevo patrón y le puso al tanto de la noticia. Tal vez Callan no habría actuado de ese modo si no hubiera sido informado delante de otros tres peones. Puesto que sus hombres conocían la vergüenza de su hija, no había modo de dejar vivir al indio. Reunió al resto de sus hombres y, en cuanto Colt Thunder salió al porche, tras haber invitado a Jenny a un picnic, se encontró ante seis revólveres nerviosos apuntados a su vientre.

Tan en desventaja estaba que no echó mano a su propia arma, que le fue quitada sin pérdida de tiempo.

Era un hombre alto, más alto que cuantos le rodeaban. Quienes le habían visto ir y venir en esos últimos meses no tenían motivos para desconfiar de él, pues sonreía con frecuencia, reía bastante y daba todas las muestras de tener un carácter agradable... hasta ese momento. Ahora quedaban pocas dudas de que había sido criado por los cheyennes de¡ norte, los mismos que, junto con los sioux, masacraran al teniente coronel Custer y su batallón de doscientos hombres, apenas dos años antes, en el valle del Little Bighorn, en territorio de Montana. Colt Thunder se convirtió en cheyenne en un abrir y cerrar de ojos: bravo, letal, peligroso, desatado el salvajismo del indio, capaz de llenar de miedo el corazón del hombre civilizado.

Cuando se dio cuenta de que no tenían intenciones de matarle a balazos, no se dejó atrapar con facilidad. Sólo entre siete hombres pudieron atarle al palo de amarre, frente a la casa; de esos siete, ninguno salió del forcejeo indemne. Los moretones y las narices ensangrentadas apagaron cualquier reparo que los hombres hubieran podido sentir cuando Walter Callan ordenó a Ramsay traer un látigo para caballos, a fin de que el indio muriera poco a poco. El prisionero ni siquiera había parpadeado ante esa orden. Y seguía sin hacer una sola mueca de dolor, aunque ya tenía la camisa desgarrada y chorreaba sangre de los pequeños cortes que Ramsay le había infligido.

Aún estaba de pie, con las caderas contra el riel de un metro y medio que le servía de único apoyo y los brazos estirados hasta ambos extremos. Había lugar para que cayera de rodillas, y tarde o temprano así sería, pero por el momento se mantenía erguido en toda su estatura, con la cabeza erecta y desafiante; sólo la tensión de sus dedos, enroscados al riel, daban una muestra de dolor... o de enojo.

Fue esa postura, tan condenadamente orgullosa, lo que recordó a Ramsay que esa ocasión no era como las otras en que había hundido el látigo en carne humana. Los dos mexicanos a los que había hecho lo mismo en Texas habían caído tras tres o cuatro toques. Aquel viejo buscador de oro, al que Ramsay quitara el oro y la vida en Colorado, había empezado a aullar antes del primer contacto con la fusta. Pero ése era un indio, o al menos había sido criado como tal. ¿No se contaba algo sobre los indios de las planicies norteñas, que se sometían a una especie de autotortura ceremonial? Ramsay habría apostado a que el mestizo tenía un par de cicatrices en el pecho o en la espalda como prueba de eso. El detalle le

Librodot

incitó aún más; significaba que haría falta tiempo y mucho trabajo para arrancarle un grito. Era hora de actuar en serio.

El primer golpe auténtico fue como un hierro al rojo aplicado a la espalda de¡ mestizo; la única diferencia fue la falta del hedor que acompaña a la carne quemada. Colt Thunder no parpadeó. No haría un gesto mientras Jenny Callan estuviera en ese porche, observándole. Mantenía los ojos clavados en ella. Eran azules, como los suyos, pero mucho más oscuros, como ese anillo de zafiros que a Jessie le gustaba usar.

¿Jessie? Dios, cuánto se enojaría por esto. Claro que siempre se había mostrado protectora para con él, sobre todo desde que le viera aparecer ante su puerta, tres años antes; desde entonces había tomado sobre sí la tarea de convertirle en hombre blanco. Hasta le había hecho creer que podía resultar. Él habría debido saber que no sería así.

Pensar en ella... no, sólo podía imaginar a Jessie llorando cuando viera lo que restaba de su cuerpo después de lo que le habían hecho.

Jenny: tenía que concentrarse en ella. Maldición, ¿cuántos latigazos iban? ¿Seis, siete? Jenny, bella, rubia, dulce como las golosinas caseras de Jessie. Su padre se había instalado en Wyoming el año anterior, al terminar la guerra con. los indios, cuando los sioux y los cheyennes, derrotados, estaban ya confinados en sus reservas. Colt había estado en Chicago con Jessie y Chase durante lo peor de la guerra; Jessie se las componía para ocultarle la noticia, segura de que él querría volver para combatir junto a su pueblo. Se equivocaba. La madre, la hermana y el hermano menor de Colt ya habían muerto a manos de dos buscadores de oro, que se encaminaban hacia las Colinas Negras, apenas dos meses después de que él abandonara la tribu, en 1875. La zona hervía de buscadores de oro desde que se había descubierto oro allí, en el 74.

Ese fue el comienzo del fin: ese oro en el territorio indio. Los indios sabían desde siempre que estaba allí, pero una vez que se enteraron los blancos no hubo modo de mantenerlos fuera. Y aunque estaban faltando al Tratado al entrar en esos terrenos, finalmente apareció el ejército para protegerlos. La gran victoria india de Littie Bighorn fue la última; luego, el fin.

Mujer-del-Río-Ancho, la madre de Colt, lo había visto venir. Por eso había instigado una pelea entre él y su padrastro, Corre-con-el-lobo, para obligar a Colt a que abandonara la tribu. Habría querido enviar con él a su hija, pero Pequeño Pájaro Gris ya estaba casada.

Se lo explicó sólo cuando ya todo había pasado, cuando era demasiado tarde para franquear la brecha; se lo explicó junto con sus motivos para obrar así. Él se puso furioso. Nada le importaban los miedos maternos con respecto al futuro. Sólo veía el fin de su modo de vida.

Pero ella ya había previsto ese fin y le brindaba una vida nueva al obligarle a alejarse.

Le mortificaba saber que ella había tenido razón. Que, si él hubiera sobrevivido a la guerra, a esas horas estaría viviendo en una reserva, tal como su padrastro y su hermano mayor... si aún estaban con vida. Pero más le mortificaba el haberse salvado de esa degradación sólo para esto.

¿Veinticinco, treinta? No tenía sentido contarlos, ¿verdad?

Conocía la habilidad de Ramsay Pratt con el látigo; le había visto varias veces frecuentar a Jenny. El hombre se enorgullecía de lo que podía hacer. Y ahora se estaba exhibiendo ante los hombres que le observaban; hundía el látigo muchas veces en la misma herida: la primera vez, para abrirla; la segunda, para profundizar el corte; luego, sólo para disfrutarlo y para que doliera.

Colt sabía que Pratt podía blandir indefinidamente ese látigo. Era un verdadero oso y lo parecía: una nariz tan plana que casi se le perdía en la cara, melena desaliñada, de un color castaño sucio, enmarañada sobre los hombros, y barba larga, densa, con el bigote fundido en

ella. Se parecía como nadie a un salvaje. Y Colt había visto brillar sus ojos ante la orden de traer el látigo. Era un trabajo que le gustaba.

¿Cincuenta y cinco, sesenta? ¿Para qué trataba de llevar la cuenta? ¿Le quedaba aún algo de piel? ¿Eran los daños tan graves como le parecía o sólo la destreza de Pratt le daba la sensación de tener la espalda en llamas? Tenía apenas conciencia de la sangre que le estaba llenando las botas.

¿Por cuánto tiempo podría Jenny estarse de pie allí, mirando, con una expresión tan dura y poco emotiva como la de su padre? ¿Era posible que él hubiera pensado en casarse con esa muchacha, en comprar un rancho con el saquito de oro que había hallado entre sus pertenencias al llegar al Rocky Valley? El último regalo de su madre.

Deseaba a Jenny desde el momento en que la había visto por primera vez. Jessie había bromeado con él sobre ese interés, alentándote a actuar. También le había instilado confianza en sí, para que no vacilara por mucho tiempo.

Cuando los presentaron descubrió que la atracción era mutua, tanto que en menos de un mes Jenny le obsequió con su inocencia. Él le pidió esa misma noche que se casara con él. desde entonces hacían planes y esperaban sólo el momento adecuado para decírselo al padre. Pero el viejo sospechaba lo que iba a pasar. Puesto que el ganado del Rocky Valley pastaba en la pradera, prácticamente junto al rancho Callan, a él le era fácil ir de visita tres o cuatro veces por semana, a mediodía y al atardecer. El hecho de que Walter Callan no ignorara lo serio de ese cortejo tenía mucho que ver, probablemente, con su cólera actual. ¿Y la cólera de Jenny?

Comprendió que había hecho mal en no revelarle lo de su pasado, en no decirle que su verdadero nombre era Trueno Blanco, White Thunder en inglés; Colt, sólo una ocurrencia de Jessie. El caso es que Jenny no le habría creído; habría pensado que era sólo una broma suya. Jessie había hecho un buen trabajo con él; generalmente, hasta pensaba como los blancos.

Pero para Jenny había dejado de ser blanco. Colt había visto su furia, antes de que ella imitara la dura expresión paterna, al comenzar el tormento. No había lágrimas; ya no pensaba en sus manos y en su boca sobre la piel; no recordaba cómo le habla rogado que le hiciera el amor, cada vez que se encontraban solos. Ahora no veía más que a un indio, recibiendo lo que merecía por aspirar al amor de una blanca.

Comenzaba a debilitársele las piernas. Y también la vista. El fuego se había abierto paso hasta estallar dentro de su cerebro. No sabía cómo se mantenía en pie, cómo impedía que sus músculos faciales se contrajeran espasmódicamente. Había creído experimentar el peor de los dolores durante la ceremonia de la Danza del Sol, pero eso era un juego de niños junto a esto. Y Jenny no cerraba los ojos ni apartaba la vista. Claro que, desde el porche, no podía verle la espalda. Probablemente eso no habría importado. Y ya no importaba mirarla a los ojos. Ya no servía para bloquear el dolor.

Walter Callan hizo señas a Ramsay para que se detuviera por un momento, al ver que Colt cerraba los ojos y dejaba caer la cabeza hacia atrás.

-¿Sigues vivo, muchacho?

Colt no respondió. Los gritos estaban ahí, en su cabeza, en su garganta, esperando sólo escapar en cuanto abriera la boca. Se habría arrancado la lengua de un mordisco antes de dejarlos brotar. Y no era por su feroz orgullo de indio por lo que había decidido no pronunciar palabra. Los indios respetaban al blanco que sabía enfrentarse a la muerte con valentía. Él no esperaba respeto semejante de esos hombres. Su silencio era por su propio bien, por su propia dignidad.

Pero el silencio que le rodeaba había sido quebrado por la pregunta de Callan. Hubo exclamaciones de asombro por el hecho de que aún estuviera en pie; se debatió si era posible desmayarse sin caer; se sugirió que le arrojaran un cántaro de agua, por si se había desvanecido. En ese momento él abrió los ojos; estaba lo bastante consciente como para saber

que el agua, al tocar cualquier parte de su espalda herida, le haría perder el dominio. Levantar la cabeza fue más difícil, pero también lo logró.

-Si no lo estuviera viendo con mis propios ojos, no lo creería -dijo alguien a su lado. Se reanudó el zumbido y el chasquido del látigo, pero ya nadie prestaba mucha atención, salvo el recipiente y el verdugo.

-Aún no lo creo -gruñó una voz, detrás de Colt-. No es posible que siga de pie.

-¿Qué esperabas? Sólo es humano a medias, ya lo sabes. Es la otra mitad la que sigue en pie.

Ramsay se desentendió de esas voces, concentrado en azotar sólo las heridas abiertas. Estaba furioso por no haber quebrado todavía al indio y ese enojo le afectaba la puntería. Ese cretino no podía hacerle eso. No podía morir sin abrir la boca. Ramsay estaba tan enfadado que no oyó a los jinetes que aparecieron a todo galope por el costado de la casa. Los otros sí. Al volverse, se encontraron con Chase y Jessica Summers, más unos veinte de sus vaqueros, que descendían hacia ellos. Si Ramsay los oyó, debió de suponer que eran los hombres de Callan, llegados de la pradera, pues no se detuvo. En el momento en que echaba el brazo atrás para otro azote, Jessica Summers disparó su revólver. La bala destinada a perforar el cráneo de Ramsay pasó sobre su cabeza. Summers había desviado hacia arriba el brazo de su esposa en el último instante, al ver sus intenciones. Pero ese disparo fue una señal. Todos los hombres del Rocky Valley apuntaron rifles o pistolas al oírlo. Los peones de Callan no movían un músculo; ni siquiera respiraban. Walter Callan comenzaba a caer en la cuenta de que quizás había cometido un grave error. No porque no quisiera ver muerto al mestizo, sino porque tal vez no convenía hacerlo tan públicamente. Ramsay Pratt clavó la vista horrorizada en el montón de armas apuntadas hacia él. Un látigo no servía de nada contra tantas. Bajó cautelosamente el brazo hasta que el tiento ensangrentado se convirtió en una víbora roja enroscada a sus pies.

-¡Hijo de puta! -gritaba Jessica Summers. Pero el grito estaba destinado a su esposo. -¿Por qué me lo impediste? ¿Por qué?

Antes de que él pudiera contestar, ella se había deslizado desde la montura para correr hacia adelante, apartando a empellones nada suaves a los hombres que no se atrevían a moverse. Su cólera era monumental. En sus veinticinco años de existencia nunca se había enfurecido así, al punto de estar dispuesta a matar. Ni sus padres, ni su esposo, ninguno de los que la hacían enfadar de vez en cuando, la habían hecho perder nunca de ese modo el dominio de sí. Si Chase no se lo hubiera impedido, habría vaciado la carga de su revólver contra los hombres de Callan, reservando para él la última bala.

Pero cuando llegó junto a Thunder y vio de cerca los daños causados por el látigo, la furia desapareció. Se dobló en dos, con un gemido agudo que acabó abruptamente al vaciar su estómago en el patio manchado de sangre.

Chase estuvo allí de inmediato y la rodeó con sus brazos. Pero no miraba sino a Thunder; él también se sentía algo descompuesto. Había llegado a considerar amigo suyo a ese hombre, aunque Colt tenía relaciones más estrechas con Jessie, que le amaba como a un hermano. Ambos compartían una relación especial desde hacía muchos años, la mitad de la vida. Colt siempre estaba allí cuando ella necesitaba un amigo, y Jessie iba a culparse de no haber llegado a tiempo. Y Chase tenía la fuerte sensación de que era demasiado tarde. Si Colt no moría por el shock, le mataría la pérdida de sangre.

-¡Nooooo! -Jessie acababa de levantarse, llorando, y miraba otra vez a Thunder. -Oh, Dios, Dios... ¡Haz algo, Chasel

-Ya he mandado por el médico.

-Eso llevará demasiado tiempo. Haz algo ahora. Tienes que hacer algo ahora mismo. Detén la hemorragia... Oh, Dios, ¿ por qué no le han cortado todavía las ataduras?

En realidad no era una pregunta. Jessie no sabía lo que estaba diciendo. Casi en trance, caminaba alrededor del poste. Así era mejor.

Desde delante se le veía bien, exceptuando la palidez de su piel, su inmovilidad mortal, su leve respiración. Tuvo miedo de tocarle. Quería tomarle en sus brazos, pero no se atrevió. Cualquier contacto le haría daño. Cualquier movimiento sería una tortura.

-Oh, por Dios, Trueno Blanco, ¿qué te han hecho? Lo dijo en un susurro lacrimoso. Colt la oyó. Sabía que ella estaba allí, frente a él, pero no abrió los ojos. Si veía el dolor grabado en la cara de esa mujer, perdería el leve hilo de control que le restaba. Sentía terror a que ella le tocara, pese a que necesitaba su ternura, la necesitaba desesperadamente.

-No... llores...

-No, no lloraré -le aseguró ella, en tanto las lágrimas seguían corriéndose por las mejillas-. Pero no trates de hablar, ¿eh? Yo me encargaré de todo. Hasta mataré, a Callan en tu nombre.

¿Acaso trataba de hacerle reír? Cierta vez él le había hecho el mismo ofrecimiento, sólo que en esa ocasión el hombre a matar era su actual esposo, el mismo que ella amaba con toda su alma.

-No... mates... a nadie.

-Chist... está bien, como quieras. Pero no sigas ha- blando. -Y luego-. -Maldición, Chase, ¡date prisa con esas sogas! Tenemos que detener la hemorragia.

Colt no movió los brazos cuando los tuvo libres. Chase estaba ahora frente a él, explicando con voz suave:

-Jessie, tesoro, ese látigo tocó la tierra una y otra vez. Habrá que limpiarle la espalda para que la infección no le mate.

Hubo un pesado silencio. Colt se hubiera puesto tenso, pero se sostenía ya demasiado rígido.

-Hazlo, Chase -dijo Jessie, en voz baja. -Caramba, Jessie...

-Tienes que hacerlo -insistió ella.,

Los tres se conocían lo suficiente como para que ambos hombres supieran a qué se refería ella; no estaba hablando de limpiar heridas, ni siquiera de moverle. El cuerpo de Colt casi suspiró de alivio. Era hora de que a ella se le ocurriera algo sensato.

-Primero necesitamos un colchón. Y un par de hombres para que le sostengan y le impidan caer.

Cuando se trataba de dar órdenes, Jessie estaba en su elemento.

Sin embargo, al oírle indicar a dos hombres que entraran en la casa para buscar un colchón, Walter Callan recordó quién era allí el dueño y se plantó ante la puerta para bloquearles el paso.

-Nadie va a arruinar uno de mis colchones por ese sucio...

No concluyó. Jessie había girado en redondo al oír su objeción y concentraba en él toda su atención, toda la furia que había sentido momentos antes. Subió los escalones del porche y, antes de que nadie adivinara sus intenciones, había arrancado el revólver a uno de los hombres a quienes Callan bloqueaba el paso. Esta vez Callan no estaba allí para quitárselo. Nadie más se atrevería.

-¿Nunca le han disparado, Callan? -dijo, en tono de conversación, mientras indicaba por señas a los dos hombres que entraran.

Acarició con indiferencia el cañón del viejo Colt 44 Dragoon.

-Hay partes del cuerpo que se pueden volar de un disparo sin que sangren mucho, pero siempre duelen horriblemente. Un dedo del pie, por ejemplo, o de la mano... o lo que hace hombre al hombre. ¿Cuántas balas calcula que harían falta para cortar dos centímetros cada

vez? ¿Tres, quizás? ¿O ni siquiera tantas? ¿Le parece que eso igualaría su propio salvajismo, Callan?

-Está loca -dijo Walter, en un susurro horrorizado. Había llevado la mano al revólver, en un gesto protector. Jessie no hizo nada por impedírselo. Se limitaba a mirarle la mano, con la esperanza de que él extrajera el arma. Él le leyó el deseo en los ojos y apartó lentamente los dedos.

-Cobarde -siseó la mujer, harta de jugar con él-. Empaquete sus cosas y desaparezca antes de que se ponga el sol, Callan. Usted y sus hombres. Si no presta atención a mi advertencia, haré de su vida un infierno. No habrá sitio en el territorio en que pueda esconderse de mi venganza.

Él no esperaba semejante cosa.

-Pero usted no tiene derecho...

-¡Cállese la boca!

Él ranchero miró al esposo, suplicante.

-¿No puede dominar a su mujer, Summers?

-Ya te hice un favor, hijo de puta -le gritó Chase-. Impedí que ella te volara la cabeza. Si se le ocurre hacerte alguna otra cosa, será lo menos que merezcas, de modo que no insistas. Tienes suerte de que uno de tus hombres acostumbre salir a beber con mi capataz y nos haya avisado al enterarse de lo que planeabas. Y tienes muchísima suerte dc que nos haya encontrado en la pradera, en vez de verse obligado a galopar hasta el Rocky Valley. Pero ahí se te acaba la fortuna. Lo que has hecho es salvajismo del más bajo, digno sólo de bestias.

-Yo tenía todo el derecho del mundo -protestó Walter-. Él mancilló a mi hija.

-Esa perra fría que tienes por hija le provocó -le espetó Jessie, haciéndose a un lado para dejar pasar un colchón. Ya se había confiscado una carreta del granero-. Sólo me queda una cosa por decirte, Callan: si él muere, tú mueres. Será mejor que reces mucho mientras sales del territorio.

-Ya se enterará el comisario.

-¡Oh, espero que cometas la estupidez de decírselo, sí! Si no te entrego yo misma es porque temo que sólo te daría una palmadita. Ponte contra mí y yo misma me encargaré dé hacer justicia. Lo juro por Dios. De cualquier modo, es lo que debería hacer -concluyó Jessie, con cierto disgusto contra sí misma, en tanto le volvía la espalda.

Walter gruñó, tras ella:

-Al fin y al cabo es sólo un condenado mestizo, qué joder.

Jessie giró en redondo; sus ojos de turquesa lanzaban chispas.

-¡Cretino! ¡Cretino hijo de puta! ¡Él que querías matar es mi hermano! Di una palabra más y te meteré una bala entre los ojos!

Le dio dos segundos para decidir si deseaba enfrentarse a esa última amenaza. Luego le dejó para acercarse a Colt. Él tenía los ojos abiertos. Se miraron por un largo instante.

-¿Lo... sabías?

-No desde siempre. ¿Y tú?

-Cuando... partí.

Ella le apoyó muy suavemente un dedo contra los labios.

-Me sorprende que ella te lo dijera. Siempre me extrañó la afinidad que me unía a ti y no a tus hermanos. Por fin se lo pregunté a tu madre, de frente. Ella no quiso responder. Sin duda no le gustaba admitir que su hija mayor no era la única que había dado un hijo a mi padre. Pero el hecho de que no lo negara fue respuesta suficiente para mí, sobre todo porque yo deseaba mucho que así fuera.

-Jessie, ¿no crees que esta conversación debería quedar para otro momento? -sugirió Chase.

Ella asintió, dejando correr el dedo por la mejilla de Colt, en una caricia afectuosa. Fue la señal para que los dos hombres que esperaban atrás se adelantaran y tomaran a Colt por los brazos. El volvió a cerrar los ojos. Chase se puso delante de él.

-Disculpa, amigo mío.

-No seas idiota, Chase -dijo Jessie, tranquilamente. Con eso obtuvo de su esposo una mirada que decía: "Ya ajustaremos cuentas, tú y yo", pero la ignoró, según su costumbre-. Es lo único que podrá agradecer en todo este día infernal. Acaba de una vez.

Chase obedeció. Echó el puño hacia atrás y lo impulsó hacia la mandíbula de Colt.

2

Cheshire, Inglaterra, 1878

Vanessa Britten, olvidada del bordado que tenía en el regazo, observó a la duquesa, que completaba otra vuelta a la habitación. No se podía decir que estuviera paseándose. La muchacha no debía de saber que estaba abriendo un surco en la fina alfombra oriental.

¡Quién habría pensado que la duquesa se afligiría por la pequeña tragedia que se desarrollaba en la planta alta! Por cierto, Vanessa no lo había creído posible al aceptar el puesto de dama de compañía junto a la muchacha de diecinueve años, apenas un mes atrás. Era muy común que las jovencitas se casaran con aristócratas entrados en años, buscando el título y la fortuna. Y Jocelyn Fleming había atrapado a uno de los mejores candidatos: Edward Fleming, sexto duque de Eaton, que ya pisaba la ancianidad y estaba enfermo en el momento de desposarla, el año anterior.

Pero Vanessa no había tardado mucho en cambiar la opinión que le merecía la joven duquesa de Eaton. Era verdad que, al aceptar la propuesta matrimonial del duque, estaba en la ruina. Su padre había sido dueño de una caballeriza situada en Devonshire, una de las mejores de Inglaterra, según decía Jocelyn. Pero tenía, como tantos de sus coetáneos, una deplorable tendencia al juego; murió tan lleno de deudas que dejó a su hija sin un centavo. Edward Fleming la había salvado, literalmente, cuando ya consideraba la posibilidad de hacer lo peor que podía hacer una dama de buena crianza: buscar empleo.

Ante semejante hazaña, Vanessa sólo habría dicho: "Buena jugada".

Le encantaban las historias de triunfos; no era de las que se hubieran resentido contra otra mujer por un poco de buena suerte... o mucha, como en el caso de la duquesa. Pero Jocelyn Fleming no era la cazafortunas que ella había supuesto en un principio.

Vanessa había vivido demasiados años en Londres, donde sus iguales eran gente de sangre fría, dispuesta a conseguir todo lo que se pudiera. Jocelyn no habría podido actuar así, ni siquiera deseándolo. Era demasiado ingenua, demasiado franca y confiada, demasiado inocente.

Sin embargo, no fingía. Lo más asombroso era que en verdad amaba al hombre que, en ese mismo instante, agonizaba en la planta alta.

Vanessa había sido contratada precisamente para esa contingencia. El duque había tomado muchas precauciones desacostumbradas en los últimos meses, como vender propiedades no hipotecadas, transferir dinero al exterior y comprar las cosas indispensables para viajar.

Se había ocupado de todos los detalles necesarios. Jocelyn y su cortejo, bastante numeroso, sólo debían partir. Hasta el equipaje estaba preparado.

Vanessa se había mostrado bastante escéptica ante las razones que justificaban esas previsiones por parte del duque. Comprendió sólo al conocer a sus parientes lejanos: los "buitres", según él los llamaba, que estaban esperando para caer sobre su propiedad y hacerla trizas.

Si alguien merecía el título de avaricioso e implacable hasta la crueldad, ése era Maurice Fleming, actual heredero del ducado. Edward no tenía familiares directos. Maurice era sólo un primo segundo, cuya presencia el duque no toleraba. Pero el primo tenía una numerosa familia política que mantener, además de una madre y cuatro hermanas. Decir que esperaba ávidamente el fallecimiento de Edward era expresarse con mucha discreción. Tenía espías en Fleming Hall, para que le mantuvieran informado sobre el estado de Edward. En

cuanto se dictaminara que el duque había fallecido, sin duda sonaría el llamador en la puerta principal.

La pobre Jocelyn estaba en el medio de algo que sólo podía llamarse una reyerta familiar muy antigua. Los parientes habían hecho lo posible por convencer a Edward de que no se casara con ella.

Fracasado eso, expresaron ciertas amenazas, aunque no en presencia de Edward; de cualquier modo habían llegado a sus oídos. Al prepararlo todo para el futuro de su joven esposa no pecaba de sobreprotección. Vanessa era ahora la primera en reconocer que habría sido una tontería permanecer en Inglaterra, tentando al destino. El nuevo duque no se quedaría cruzado de brazos, permitiendo que la mayor parte de las propiedades de Fleming volaran fuera de su alcance. Haría todo lo posible por recuperarlas. Y por ser el nuevo duque de Eaton, su poder sería inmenso. Pero Edward había decidido que Maurice y su codiciosa familia no recibieran de él nada que no estuviera hipotecado. Todo debía pertenecer a Jocelyn, por su lealtad y su devoción sin egoísmos.

Si alguien necesitaba del consejo y la guía de Vanessa, era esa joven de ojos lacrimosos. Jocelyn no quería abandonar Inglaterra, donde estaba todo cuanto le era familiar. En vano había discutido con su esposo desde la primera sugerencia. En ese aspecto ella era como una criatura temerosa de lo desconocido. No llegaba a comprender el peligro que sufriría si permanecía allí y caía bajo el control de Maurice. Vanessa sí. Buen Dios, no quería siquiera pensarlo. Jocelyn podía ser la duquesa; duquesa viuda, dentro de poco, pues Maurice tenía esposa y a ella le correspondía ser la nueva duquesa de Eaton. Pero el título no daría a la joven ninguna protección si Maurice lograba echarle mano.

-¿Su Gracia? -el ama de llaves apareció en la puerta, vacilante, acompañada por el propio médico de la reina-. ¿Su Gracia?

Hizo falta una repetición más para arrancar a Jocelyn de sus sombríos pensamientos. Vanessa comprendió que hasta ese momento se había aferrado a una esperanza, aunque leve. Pero le bastó mirar al médico para que esa esperanza muriera definitivamente.

-¿Cuánto queda? -Preguntó, con voz apretada.

-Será esta noche, Su Gracia -respondió el viejo facultativo-. Lo siento. Sabíamos que era sólo cuestión de tiempo.

-¿Puedo verle?

-Por supuesto. Pregunta por usted.

Jocelyn asintió y se cuadró de hombros. Si algo había aprendido de su esposo en el año transcurrido, era el mantener el porte y cierta confianza en sí misma, que provenía de gozar una posición importante. No lloraría delante de los sirvientes. Pero una vez a solas...

Tenía solo cincuenta y cinco años. Cuatro años antes, cuando conociera a Jocelyn, su pelo castaño había estado apenas salpicado de gris. Había ido a Devonshire para comprar un caballo de cacería al padre de la muchacha. Ella le recomendó una montura menos vistosa, y Edward siguió su consejo antes que el del adiestrador de su padre. El caballo recomendado por ella tenía más resistencia, más vigor. Edward no se arrepintió.

Volvió al año siguiente, por dos caballos de carrera. Una vez más, compró guiándose sólo por la recomendación de Jocelyn, con lo cual la halagó en grado sumo. Ella entendía de caballos; se había criado entre ellos, pero nadie la tomaba en serio debido a su poca edad. Sin embargo, Edward Fleming había quedado impresionado por sus conocimientos y su seguridad. Los pura sangre vendidos por ella le habían hecho ganar mucho dinero. Una vez más, no se arrepintió. Y acabaron siendo amigos, pese a la gran diferencia de edades.

Al enterarse de la muerte de su padre, Edward acudió inmediatamente y le hizo un ofrecimiento que ella no pudo rechazar. No tenía nada de procaz. Sabía que iba a morir; los médicos le habían dado sólo unos pocos meses de vida. Lo que deseaba era una compañera,

una amiga, alguien que cuidara de él y derramara alguna lágrima muerte. Tenía amigos, pero ninguno íntimo.

Solía decir, con cariño, que ella le había dado motivos para vivir un poco más. A Jocelyn le gustaba pensarlo así. Estaba muy agradecida por esos meses adicionales que le habían sido brindados junto a él. En Edward lo encontraba todo: padre, hermano, mentor, amigo, héroe. Todo, salvo amante, pero eso no tenía remedio. Él era incapaz de hacer el amor a una mujer desde muchos años antes de conocerla. Pero Jocelyn, inocente desposada de dieciocho años sabía lo que se perdía y, por lo tanto, no lamentaba verse imposibilitada de explorar ese aspecto de sus relaciones. Se habría mostrado más que dispuesta, pero no se sentía engañada. Simplemente, amaba a Edward por todo lo que le ofrecía.

A veces pensaba que había nacido al conocerle. Su madre había muerto antes de que ella pudiera guardar recuerdos auténticos de su figura. El padre pasaba la mayor parte del tiempo en Londres. De vez en cuando volvía al hogar y reparaba en ella, pero la muchacha nunca había gozado de una relación íntima con él. Llevaba una vida solitaria y aislada en el campo, interesada sólo en los caballos que su padre criaba. Edward, por el contrario, le había abierto todo un mundo nuevo: deportes, fiestas, amigas, ropas bonitas y lujos que nunca había soñado. Ahora estaba a punto de embarcarse en otra vida nueva, pero sin contar con él como guía. Por Dios, ¿cómo afrontarla sin él?

Jocelyn acomodó su respiración al olor a enfermedad que reinaba en el dormitorio principal. No quería un pañuelo perfumado para disimular ese hedor desagradable. No podía obrar así con Edward.

Él yacía acostado en la cama enorme, en el centro de la gran habitación, para facilitarse la respiración. La observaba, opacos los ojos grises, ya casi sin vida, con la piel hundida bajo ellos y una palidez mortal. El verle así le llenó los ojos de lágrimas. Apenas unas semanas antes aún se mantenía razonablemente activo; si retrocedía unas semanas más le recordaba vigoroso y alegre (al menos, eso le había hecho creer). Y durante todo ese tiempo había estado haciendo planes y arreglándolo todo por su bien, sabiendo que se le acababa el tiempo.

-No te pongas tan triste, querida mía.

Ni siquiera su voz sonaba igual. Por Dios, ¿cómo despedirse de él sin derrumbarse? Le tomó la mano que yacía en la colcha de terciopelo y se la llevó a los labios. Cuando la apartó de su cara, mantuvo una sonrisa para él, pero duró apenas un segundo.

-Haces trampa -protestó, regañándose a sí misma al tiempo que a él-. Estoy triste. No puedo evitarlo, Eddie.

Algo del humor que le caracterizaba le volvió a los ojos al oír ese apodo que nadie se había atrevido nunca a aplicarle, ni siquiera en la infancia.

-Siempre fuiste deplorablemente franca. Es una de las cosas que más he admirado en ti.

-¡Y yo, pensando que era mi excelente criterio para elegir caballos!

-También eso. -A su vez, él fracasó en el intento de sonreír.

-¿Tienes dolores? -preguntó ella, vacilante.

-Ninguno al que no esté habituado, a estas horas.

-¿No te dio el médico ... ?

-Más tarde, querida. Quería permanecer lúcido para despedirme.

-¡Oh, por Dios!

-Vamos, vamos, nada de eso. -Él trató de mostrarse severo, pero nunca había podido ser severo con ella. -Por favor, Jocelyn. No soporto verte llorar.

Ella apartó la cara para enjugarse las lágrimas, pero en cuanto volvió a mirarle le corrieron otra vez por las mejillas.

-Lo siento, Eddie, pero sufro mucho. No formaba parte del trato que yo te amara así -dijo, desolada.

Pocos días antes, un comentario como ése le habría hecho reír.

-Lo sé.

-Dos meses, me dijiste. Y yo pensé... pensé que en tan poco tiempo no me encariñaría contigo. Quise hacerte cómodos los últimos días, hacerte feliz hasta donde pudiera, porque me ayudabas mucho. Pero no pensé intimar contigo a tal punto que doliera el... No importó, ¿verdad? -Una sonrisa irónica le cruzó los labios y desapareció.- Antes de que acabaran esos dos meses ya te amaba demasiado. Oh, Eddie, ¿no puedes darnos un poco más de tiempo? Si engañaste antes a los médicos, puedes volver a hacerlo, ¿no?

Él habría querido con toda su alma decir que sí. No quería renunciar a la vida ahora, cuando la felicidad llegaba tan tardíamente.

Pero nunca la había engañado y no pensaba hacerlo en esos momentos.

Había sido egoísmo desposarla, cuando existían tantas otras maneras de ayudarla. De cualquier modo, estaba hecho, y en verdad no lamentaba el tiempo pasado con ella, por breve que fuera y aunque ahora la hiciera sufrir. Él había querido tener junto a sí a alguien que le llorara, y así era. Pero no había sospechado que su propio corazón sufriría también al abandonarla.

Le estrechó la mano, a manera de respuesta. Al ver que ella encorvaba los hombros, adivinó que comprendía. Suspiró, cerrando los ojos sólo por un momento. Contemplarla le causaba mucho placer, un placer que ahora necesitaba.

Era increíblemente bella, aunque ella habría sido la primera en burlarse si se lo hubiera oído decir. Y con razón, pues su aspecto no era en absoluto el que indicaba la moda. Sus colores eran demasiado vistosos: cabellera roja, demasiado brillante, como una llamarada; ojos verde lima excesivamente fuera de lo común por su claridad y demasiado expresivos. Cuando alguien no le gustaba, sus ojos lo decían, pues la muchacha era demasiado sincera para su propio bien y no conocía la duplicidad. Tampoco se parecía a otras pelirrojas, en cuanto no tenía una sola peca en su piel de marfil, tan clara que parecía translúcida.

Sus facciones eran más aceptables: un pequeño rostro oval, agraciado con delicadas cejas en arco, nariz pequeña y recta, boca suave y delicada. Su mentón tenla una inclinación terca, aunque no indicaba un temperamento fuerte, al menos hasta donde Edward podía asegurarlo.

La única terquedad que había demostrado era su resistencia a abandonar Inglaterra, pero en eso había acabado por ceder.

En cuanto al resto de su persona, era preciso admitir que su silueta habría podido ser algo más generosa. Su estatura superaba un poquito la media normal, aunque era varios centímetros más baja que él, y Edward era de estatura mediana. Siempre había sido activa, y más aún desde su llegada a Fleming Hall; eso explicaba su delgadez. Y en las últimas semanas, la preocupación por él le había hecho perder peso; las ropas ya no se ajustaban a su silueta.

Eso no la preocupaba. No era coqueta en absoluto... Aceptaba aquello con que podía contar y no se molestaba mucho en mejorarlo.

Edward, en su enamoramiento, se sentía sumamente celoso; por eso se alegraba de que otros hombres no la encontraran tan encantadora como él. Y puesto que su amor por ella no era de tipo sexual, su falta de redondeces no tenía importancia.

-¿Te he dicho cuánto te agradezco que aceptaras ser mi duquesa?

-Cien veces, cuanto menos.

Él volvió a apretarle la mano. Jocelyn apenas lo sintió.

-Tú y la condesa ¿habéis preparado el equipaje?

-Eddie, no...

-Tenemos que hablar de eso, querida mía. Debéis partir inmediatamente, aunque sea en mitad de la noche.

-No es correcto.

Él comprendió a qué se refería.

-Los funerales son deprimentes, Jocelyn. De nada servirá que asistas al mío, como no sea para arruinar todo lo que he hecho para dejarte a salvo. ¿Me lo prometes?

Ella asintió, aunque de mala gana. Edward le estaba haciendo ver con demasiada realidad su partida inminente, cuando ella trataba de no pensar en eso, como si ignorándolo pudiera retener al duque a su lado. Y eso ya no era posible.

-Envíe a Maurice una copia de tu testamento. -Al ver que ella dilataba los ojos, explicó.- Espero que eso le impida hacer algo drástico. También espero que, cuando huyas abandonado el país, opte por dejar las cosas así y se conforme con las propiedades hipotecadas que heredará. Eaton es lo bastante rica como para mantenerle con toda su familia.

Jocelyn no necesitaba quedarse para presenciar la lectura del testamento. Edward ya había transferido a su nombre todo lo demás.

-Si les hubieras dejado todo...

-¡Jamás! Antes preferiría donarlo para obras de caridad. Quiero que lo recibas tú, Jocelyn. Todo. Es uno de los motivos por los que me casé contigo. Quiero estar seguro de que jamás te faltará nada. Y me he ocupado de tu seguridad. Los hombres que he contratado para tu guardia son los mejores de los que se podía disponer. Cuando estés fuera de Inglaterra, Maurice no podrá manipular a los tribunales contra ti. Y cuando llegues a la mayoría de edad, o si vuelves a casarte...

-No menciones ahora el matrimonio, Eddie... Ahora no -dijo ella, con la voz quebrada.

-Lo siento, querida, pero eres muy joven. Llegará el día en que ....

-¡Por favor, Eddie!

-Muy, bien, pero ¿sabes que sólo quiero que seas feliz?

Había hecho mal en hablar tanto. Estaba cansado; apenas podía mantener los ojos abiertos. Y aún tenía mucho que decirle.

-El mundo entero es tuyo... Disfrútalo.

-Lo haré, Eddie, te lo prometo. Lo convertiré en una aventura, tal como tú dijiste. Lo veré todo, lo haré todo. -Jocelyn hablaba con celeridad, pues él parecía desvanecerse ante sus mismos ojos. Le estrechó la mano con más fuerza hasta que él volvió a centrar su mirada en ella.- Montaré camellos y elefantes, cazaré leones en Africa, subiré a las pirámides de Egipto.

-No te olvides... de tu caballeriza.

-No me olvidaré. Criaré los mejores pura sangre del... Eddie... -Él había cerrado los ojos. Sus dedos estaban laxos.- ¿Eddie?

-Te... amo... Jocelyn.

-¡Eddie!

3

Territorio de Arizona, 1881

No era tanto un camino como una senda de mulas, a veces tan estrecha que en dos oportunidades el primero de los carruajes se atascó: al principio, entre la ladera de la montaña y cantos rodados imposibles de mover; después, entre dos altas cuestas rocosas. En cada ocasión se perdieron muchas horas en ensanchar el camino con picos y palas, herramientas que por fortuna habían sido incluidas entre las provisiones. No habían cubierto muchos kilómetros en esa calurosa mañana de octubre.

Calurosa, sí, pero México había sido mucho peor, sobre todo en julio. Era pleno verano, mala época para entrar en ese país. La caravana de carruajes y carretas había cruzado la frontera mexicana la noche anterior; allí había desaparecido el guía, y ése era el motivo por el cual no estaban circulando por un camino decente, sino perdidos, en medio de cadenas montañosas que parecían prolongarse eternamente, aunque la senda que seguían debía de terminar en alguna parte, sin duda.

Iban rumbo a Bisbee. ¿O era hacia Benson? Realmente, necesitaban mucho un guía en esa zona. El mexicano al que habían contratado varios meses antes se había portado admirablemente, haciéndoles cruzar la frontera sin incidentes; sin embargo, era obvio que había mentido en cuanto a sus conocimientos sobre la región norteamericana; de lo contrario no se habría marchado, dejándolos sin previo aviso.

Claro que nadie tenía prisa por llegar a alguna parte. Llevaban suficientes provisiones para todo un mes y oro para reponer la carga cuando por fin llegaran a Bisbee, Benson o lo que apareciera antes. Cualquier ciudad daba igual. No importaba.

Últimamente se habían arrojado muchas monedas para decidir en qué, dirección continuar el viaje. Jocelyn había empezado a hacerlo en Europa, al no poder decidir qué país deseaba visitar a continuación.

Tenía intenciones de llegar, tarde o temprano, a California, adonde había enviado su barco, el *Jocel,* para que la esperara allí. Claro que, si algo le hacía cambiar de idea mientras tanto, siempre le sería posible enviar un mensaje al capitán para que la esperara en otro sitio, como tantas veces había hecho.

Se preguntaba si pasar algunos meses explorando ese país, como había hecho en México, o si continuar a Canadá o a América del Sur, una vez que llegara a California. En realidad era cuestión de prioridades: la seguridad contra el placer. Quería conocer mejor esos territorios del Oeste, y también otros estados, las ciudades principales de cada uno. Hasta ahora sólo había visto Nueva York y Nueva Orléans. Y deseaba, sobre todo, visitar las caballerizas de Kentucky, de las que tanto había oído hablar, para ver si sus pura sangre podían compararse con los de ella; quizá tuvieran algunas yeguas que ella quisiera comprar para Sir George, el potro premiado que llevaba consigo.

Pero si obraba según sus deseos, era posible que John Longnose los alcanzara. Era un fulano que los seguía por todo el mundo desde que ella saliera de Inglaterra, tres años antes, contratando cohortes en diferentes países según las necesitaba; de ese modo, ellos no sabían nunca de quién sospechar o contra quiénes estar alerta. Nunca habían visto a ese hombre ni conocían su verdadero nombre. John Longnose (Nariz Larga) era sólo el que le daban para poder referirse a él, puesto que le mencionaban con tanta frecuencia en sus conversaciones.

Lo más seguro sería volver al mar en cuanto llegaran a California.

Existía una buena posibilidad de que de ese modo Longnose perdiera el rastro, siquiera por un tiempo. A menos que ya hubiera seguido al barco hasta la Costa Oeste y la estuviera

Librodot

esperando allí. En verdad, Jocelyn estaba harta de hacer lo más seguro. A eso se había limitado desde el principio de esa loca aventura; con frecuencia tenía que abandonar un sitio cuando aún no estaba dispuesta; cambiaba de hoteles con frecuencia; con más frecuencia aún cambiaba de nombre.

-Oh, querida, ya veo que estás malhumorada otra vez -comentó Vanessa, mirando con intención el abanico que Jocelyn utilizaba con creciente velocidad. El ceño fruncido que le dedicó a manera de respuesta la hizo añadir: -Claro que hace muchísimo calor, ¿verdad?

-Hemos estado en países más calurosos, incluido el que acabamos de abandonar.

-Es cierto. Vanessa no dijo más. Volvió a mirar por la ventanilla, como si el tema quedara cerrado. Jocelyn no se dejó engañar. Era costumbre de la condesa dar la impresión de abandonar la contienda, cuando rara vez era ésa su intención. El hábito resultaba fastidioso, aunque Jocelyn estaba ya muy acostumbrada a eso y lo pasaba por alto casi siempre. Resultaba más fácil decir a Vanessa lo que deseaba saber antes que tratar de evitarla.

Cualquiera habría dicho que dos mujeres, tras ser compañeras constantes durante tanto tiempo, acabarían irritándose mutuamente. Pero no era así. La amistad iniciada en Inglaterra había crecido a tal punto que cada una lo sabía todo de la otra; no había tema del que no pudieran hablar.

Formaban un extraño contraste: Jocelyn, con sus colores vívidos; Vanessa, pálida, de pelo rubio ceniza y ojos castaño claro. La condesa ya tenía treinta y cinco años, pero representaba diez menos; su figura redondeada hacía que los hombres se volvieran a mirarla. Jocelyn seguía siendo delgada, pese a todas las comidas suculentas y exóticas que había probado en tantos países como visitara.

Medía un metro sesenta y cinco, pero la baja estatura de Vanessa la hacía parecer más alta y delgada. La condesa era accesible, de aspecto convencional y en absoluto intimidante. Jocelyn causaba el efecto opuesto, sólo por su aspecto fuera de lo común.

La joven no habría sabido qué hacer sin la condesa. Con frecuencia se maravillaba de que ella no la hubiera abandonado mucho antes, o cuanto menos en Nueva York, donde la persecución había tomado un aspecto más siniestro con el asesinato del abogado norteamericano de Jocelyn. Pero Vanessa parecía solazarse con las aventuras; a diferencia de su compañera, siempre había querido ver el mundo y disfrutaba de esos viajes minuto a minuto. Rara vez se quejaba, aun cuando el alojamiento era menos que adecuado o cuando el clima resultaba de lo peor.

Vanessa no era la única que se había mantenido leal a lo largo de todo aquello. Aún contaban con Babette y Jane, las doncellas que las acompañaban desde Fleming Hall. Los tres palafreneros que atendían los caballos eran los mismos que Edward había elegido para el cortejo de su esposa, así como Sidney y Pearson, los dos sirvientes que tan útiles resultaban cuando acampaban al aire libre. Habían perdido al primer cocinero y a sus dos ayudantes, pero Philippe Marivaux, el temperamental francés que contrataran en Italia, seguía con ellos, y también el español y el árabe encargados de ayudarle en la cocina y de conducir las carretas cuando era necesario. De la escolta original, constituida por dieciséis hombres, sólo cuatro se habían marchado. No fue fácil remplazarlos, pues no eran muchos los hombres diestros con las armas que estuvieran dispuestos a abandonar el hogar y la patria para unirse a un viaje que comenzaba a parecer indefinido.

Habían pasado cinco minutos, a lo sumo, cuando Vanessa volvió a empezar:

-No estás preocupada por este pequeño camino, ¿verdad?

-Es sólo una senda, según creo. No, no estoy preocupada por eso. Ahora parece descender, de modo que no tardaremos mucho más.

-Eso significa que estabas preocupada, sí -apuntó Vanessa, con tono de "ya lo sabía”-. Espero que no sea por ese fulano que debiste abandonar en Nueva York. ¿No habías llegado a

la conclusión de que no podías casarte con él mientras no solucionaras ese pequeño problema de tu virginidad?

Jocelyn no se ruborizó como la primera vez que su raro aprieto se convirtió en tema de conversación. Desde entonces lo habían discutido tantas veces que ya no quedaba de qué ruborizarse.

-No he cambiado de idea -replicó Jocelyn-. Charles conocía a Edward; se lo habían presentado en su viaje por Europa. Bajo ninguna circunstancia puedo permitir que Charles conozca la incapacidad de Edward. No quiero que su memoria quede mancillada de ese modo. Y si me casara con Charles, él no dejaría de darse cuenta... a menos que él padezca la misma incapacidad, cosa muy poco probable, siendo tan joven.

-Y tan agresivo en lo sexual. ¿No dices que te acorraló en ese dormitorio y estuvo a punto de... ?

-Desde luego. Las dos decidimos que es sobradamente capaz de reclamar todos los derechos maritales.

Ahora Jocelyn había vuelto a ruborizarse. Hubiera preferido ocultar ese incidente a Vanessa, pero su compañera se lo había sonsacado, como de costumbre. En realidad, no se avergonzaba de lo ocurrido. Charles ya le había propuesto matrimonio. Y si ella, tras haber bebido un poco en exceso en esa fiesta, había permitido que el joven la sedujera, la cosa no tenía nada de malo, considerando lo que ambos sentían. Pero esa noche ella se había olvidado de su problema. Si Vanessa no hubiera ido en su busca, con lo que puso fin a los apasionados abrazos de Charles, el problema en cuestión ya no habría existido. Charles ya habría descubierto que la viuda del duque de Eaton aún era virgen.

-Si hubieras soltado riendas en Marruecos -le recordó la condesa-, habrías podido mantener una bonita aventura con ese jeque, no recuerdo el nombre, que no dejaba de perseguirte. Él no conoció a Edward y ni siquiera sabía que eras viuda; además, apenas hablaba nuestro idioma, de modo que no habría importado. Y basta un solo amante, querida mía, para que tu problema se acabe.

-Era demasiado pronto, Vanessa. Por si no lo recuerdas, yo todavía estaba de luto.

-¿Y eso qué tiene que ver? ¿Acaso supones que yo esperé un año, tras el fallecimiento del conde, para tomar un amante? No, por Dios. Las mujeres tenemos necesidades tan potentes como los hombres.

-No lo sé.

Vanessa sonrió ante ese tono pacato.

-No, claro, pero ya lo sabrás. ¿O te estás poniendo nerviosa otra vez?

-En absoluto -dijo Jocelyn. Y era sincera, aunque una cosa era hablar al respecto y otra muy distinta hacerlo en verdad-. Es hora de que averigüe a qué viene tanta bulla. Ya no me basta saber cómo se hace para satisfacer mi curiosidad. Pero no puedo hacerlo con cualquier hombre.

-No, desde luego. Para la primera vez no basta con una atracción leve. Cuanto menos, debe ser alguien que te haga perder la cabeza.

-He estado buscando -dijo Jocelyn, a la defensiva.

-Lo sé, querida. Obviamente, esos mexicanos morenos y atezados no eran tu tipo. Si al menos hubieras tomado esta decisión antes de conocer a alguien como Charles, con quien deseabas seriamente casarte...

-Pero ¿cómo iba yo a saber que querría volver a casarme?

-Te advertí que así pasa. Nadie planea enamorarse.

-Aun así, francamente no pensaba casarme. Después de todo, tendría que renunciar a gran parte de la libertad de la que tanto he llegado a disfrutar.

-Con el hombre adecuado, eso no te importaría.

En ese largo viaje por mar, entre Nueva York y México, ambas habían decidido que, siendo el casamiento una posibilidad futura, Jocelyn debía deshacerse de su doncellez. Sólo así podría impedir que el nombre de Edward fuera objeto de chismes sucios. Al fin y al cabo, una viuda no tenía por qué ser virgen. Seguir siéndolo a los veintiún años no era motivo de orgullo, sobre todo cuando era lo último que se podía esperar de ella.

Esa virginidad se había convertido finalmente en un estorbo. Tal como Vanessa decía, era algo que habría debido liquidar tiempo atrás.

Ahora sus opciones eran limitadas. Una consistía en acudir a un médico, pero la idea de que le introdujeran un instrumento para cortarle la membrana la hacía estremecer de disgusto. La alternativa era tomar un amante que no perteneciera a su esfera social, alguien que no hubiera oído hablar de Edward; sobre todo, alguien a quien ella no volviera a ver nunca más cuando todo acabara. Ya volviera a Nueva York y a Charles Abington III, ya encontrara a otro hombre adecuado para su posición social y sus medios económicos, podría casarse sin preocupaciones. La impotencia de Edward jamás saldría a la luz.

Jocelyn estaba dispuesta. Lo estaba desde que desembarcaran en México. Y Vanessa se equivocaba: varios mexicanos le habían resultado muy atractivos. Por desgracia, su interés no fue correspondido o, si lo fue, ella no contaba con la experiencia necesaria para interpretar señales sutiles. No era en absoluto adicta al coqueteo.

Eso de hallar un amante no sería fácil. Además de su falta de experiencia, debía tener en cuenta al señor Longnose; tampoco podía permanecer en un mismo sitio el tiempo suficiente para desarrollar una relación al punto de invitar a un hombre a su lecho. Probablemente volverían a rondarla, como había ocurrido en Medio Oriente y en la Costa Este de Norteamérica. En algunos países los hombres eran más agresivos que en otros o, al menos, más audaces para expresar sus deseos. Bien le habría sentado ahora un poco de esa audacia, que hasta entonces le había parecido pura arrogancia.

Al recordar el sabueso que aún les seguía el rastro, Jocelyn dijo:

-En realidad, no pensaba en Charles. Hace tiempo que no pienso en él. ¿Crees que pudo haberme gustado menos de lo que yo suponía?

-No lo trataste durante mucho tiempo, querida. Dicen que algunos amores nacen instantáneamente, aunque nunca he experimentado uno de ésos.

"En general, el amor tarda en crecer. Podríamos haber pasado varios meses en Nueva York, pero conociste a ese hombre apenas tres semanas antes de que nos viéramos obligados a partir. El mero hecho de que te interesara me parece buena señal, Puesto que en estos años tendías a ignorar a los hombres. Ahora... dime por qué nuestro persistente amigo de la larga nariz te tiene preocupada. ¿No pensarás que ha descubierto tan pronto nuestro paradero, después de todos los cambios de rumbo que hicimos en México?

Jocelyn tuvo que sonreír. Vanessa parecía segura de que sólo dos temas podían tenerla preocupada.

-No. No veo cómo pudo averiguar que nos embarcábamos hacia el sur, cuando bien habríamos podido retornar a Europa.

-Tampoco sabemos cómo nos encontró en Nueva York, pero lo hizo. Empiezo a preguntarme si no tiene un informante entre nosotros.

Los ojos verdes se dilataron de alarma. Si Jocelyn no podía confiar en las personas que la rodeaban estaba en grave peligro.

-¡No, no quiero pensar semejante cosa!

-No me refiero a las personas de tu escolta, querida. Pero ya sabes que la tripulación del *Jocel* cambia constantemente. En cada puerto que toca, el capitán pierde a varios hombres que debe remplazar. En el viaje entre Nueva Orléans y Nueva York había seis hombres nuevos;

cuando partimos hacia México, diez más. Y como el telégrafo se utiliza cada vez en más países, si Longnose tiene informaciones internas sobre nuestro paradero, no ha de tardar mucho en obtenerlas.

Era sorprendente, pero las implicaciones de ese razonamiento no le causaron tanto miedo como enfado. ¡Maldito hombre! Hasta entonces, ella sólo se había preocupado por la posibilidad de que él localizara el barco en California antes de que ella y su gente pudieran llegar.

Ahora resultaba concebible que él supiera dónde estaban en ese mismo instante, o hacia dónde se dirigían. Lo único que obraba a su favor era que el hombre no contaba con un barco a sus órdenes para seguirlos con facilidad.

-Bueno, eso resuelve el dilema de adónde iremos -dijo Jocelyn, con voz tensa-. No será a California.

Vanessa arqueó una ceja.

-Sólo eran especulaciones mías, querida.

-Lo sé. Pero si aciertas, eso explicaría por qué ha podido encontrarnos siempre, aun cuando hemos dejado el barco para viajar por tierra, sólo para hacerle perder la pista. Te juro, Vanessa, que ya he llegado al límite. Bastante me molestaba que Longnose tratara de secuestrarme para llevarme otra vez a Inglaterra. Pero desde que cumplí los veintiún años ha tratado por dos veces matarme. Tal vez va siendo hora de que yo acepte el desafío.

-No sé si quiero saber a qué te refieres con eso.

-No lo sé, pero ya se me ocurrirá algo -le aseguró la joven.

4

-No me gusta la idea de matar a una mujer, Dewane.

-¿Y a ti qué te importa? No es de las que están a tu alcance, Clydell. Y es forastera, como ese hombre. Mírale: tranquilo y paciente como el que más. No se viste como nosotros, no actúa como nosotros, no habla como nosotros. Y él dice que la mujer también es inglesa. Entonces ¿qué te importa?

Clydell echó un vistazo al extranjero. Alto, delgado, vestido con esos lujos del este... ¿o serían lujos ingleses?... y diez años mayor que cualquiera de ellos, por lo menos. Estaba tan fuera de lugar allí que se destacaba como una verruga en la nariz. ¡Y qué limpio!

Después de haber dormido con todos ellos en el barranco, por la noche, ¿cómo podía estar tan limpio?

-Aun así... -recomenzó Clydell. Pero sorprendió la mirada que su hermano le clavaba con los ojos entornados.

-Mira, el tipo nos sacó de México, ¿no?, cuando ya pensábamos que nunca íbamos a juntar lo suficiente para cruzar otra vez la frontera. Si quieres que te diga lo que pienso, me alegro mucho de estar otra vez en un lugar donde se puede mear y escupir sin que te metan en la cárcel por eso. Estamos en deuda con él, Clydell; no podemos negarlo. ¿Y tú ves que los otros muchachos se aflijan? ¡Es un trabajo como cualquier otro, por el amor de Dios!

Cuando Dewane asumía ese tono, su hermano menor sabía que era hora de callar. Dewane sólo explicaba hasta cierto punto por qué hacían determinada cosa. Asaltar diligencias no estaba tan mal, o robar un poco de ganado. Y desde luego, armar alboroto y enredarse en un par de riñas era normal cuando llegaban a una ciudad. Clydell se había quejado un poco por ese asunto del banco, pero lo habían hecho, de cualquier modo. Y por ese trabajo les había seguido un grupo armado que no se pudieron sacudir.

Les habían perseguido hasta México, donde ellos creyeron estar a salvo, hasta que una banda de forajidos montañeses los dejó sin un centavo. El inglés fue entonces un envío del cielo: apareció justo cuando estaban en el fondo del pozo, por así decirlo; trabajaban sólo por la comida y el alojamiento en una sucia cantina, donde ni siquiera entendían el idioma. Habían pasado varios meses y Clydell ya temía morir allí.

En realidad, no debía quejarse ni pensarlo dos veces. Dewane tenía razón, corno de costumbre. Esos cuatro muchachos que habían recogido en Bisbee, dos de ellos antiguos socios de robo de ganado a los que conocieran en Nuevo México, ni siquiera habían parpadeado cuando se les dijo lo que debían hacer. Sólo a Clydell le parecía que matar a una mujer no estaba bien. Y el modo en que habían decidido matarla le revolvía el estómago. Claro que eso podía no dar resultado; gracias a Dios, no era uno de los dos escogidos para ir tras ella si el canto rodado no lograba hacerla pedazos. Si había que liquidar a alguien, un trozo de plomo era mucho más limpio. Pero él era uno de los cuatro que empujarían ese canto rodado para hacerlo caer del barranco. Por eso gruñó para sus adentros. cuando el mexicano, apostado algo más allá para anunciar la llegada de la víctima, se presentó a decirles que ya no faltaba mucho.

Elliot Steele abrió su reloj de bolsillo para ver la hora. Era casi mediodía. La duquesa llegaba tarde, como de costumbre. Pero siempre se las había compuesto para hacer algo que malograra los bien trazados planes de su perseguidor. Sin saber por qué, estaba seguro de que esta vez sería diferente. Por fortuna, la hora no tenía importancia. Sólo había una senda, y la mujer venía por ella.

No podía marchar sino hacia adelante, directamente hacia la trampa.

¿Cuántas veces había pensado lo mismo? Sin embargo, ella seguía alegremente viva. La muchacha tenía una suerte endiablada. De lo contrario ¿cómo había podido escapar de sus trampas una y otra vez?

Elliot era eficiente en su trabajo; al menos, eso había pensado antes de que le contratara el duque de Eaton. En años anteriores había ganado una pequeña fortuna trabajando para la aristocracia en lo que fuera necesario, sin que le importara en qué; por lo tanto, era bueno en lo suyo. Y lo que Maurice Fleming quería era muy simple, en un principio: bastaba con que hallara a la muchacha y se la llevara a Inglaterra, donde él gozaría de completo dominio sobre ella y su dinero, que era cuanto Fleming deseaba.

Elliot tenía contactos en otros países, hombres que se dedicaban a lo mismo. Y sabía cómo contratar a hombres que se vendieran por poco y no hicieran preguntas. La misión habría debido concluir en unos pocos meses: apenas los necesarios para averiguar dónde atracaría el *Jocel.* Sin embargo, en casi dos años (período en que el duque continuó pagando todos los gastos de Elliot) sus hombres sólo habían podido echar mano a la muchacha una sola vez.

Era ridículo, pues la duquesa era muy fácil de identificar dondequiera que fuese: si no por su barco, por el cortejo de coches, carretas y guardias armados que la acompañaban. La caravana no pasaba desapercibida, y ella nunca trataba de ocultarla, cambiarla y dejarla atrás. Su carruaje era finísimo: grande, de color azul verdoso, tirado por seis yeguas de bello andar, todas grises. Resultaba tan llamativo que bien podría haber tenido el escudo ducal pintado en las puertas.

Sin embargo, cuantas veces lograba localizarla hallaba problemas para acercarse a ella. Su pequeño ejército de sirvientes y guardias se lo dificultaba de un modo frustrante, y ella nunca se alejaba mucho del cortejo. En la única ocasión en que sus hombres lograron secuestrarla, fue rescatada ese mismo día; sus cuatro secuaces habían muerto, mientras que los guardias de la muchacha no recibieron una sola herida.

Pero esos tiempos habían terminado. Ahora que la joven era mayor de edad, a Fleming no le resultaría nada fácil manipular a los jueces para que le dieran control sobre ella. Por lo tanto, ya no la quería ni pagaba los gastos a Elliot para que la buscara. Nada había obtenido Elliot por el tiempo perdido, los problemas y las frustraciones, antes de ser despedido. Había malgastado dos años sin ninguna ganancia. Él no era hombre que aceptara algo así encogiéndose de hombros. En absoluto.

Sus propósitos eran ahora dobles. Iba a matar a esa zorra pelirroja por placer, pero también para desquitarse por la sensación de incompetencia que ella le había causado, y por haber arruinado su reputación de hombre capaz de ejecutar una misión prontamente y sin fallos. Además, cuando informara al duque que la misión estaba cumplida, que ella había muerto sin testar, que Fleming podía reclamar su fortuna sólo por ser su único pariente, Elliot sería finalmente recompensado.

No le importaba cuánto tardase ni cuánto dinero costara. Y matarla era mucho más sencillo que tratar de secuestrarla. Se podía hacer a distancia y de muchas maneras distintas. Lo había intentado dos veces; sus dos fracasos demostraban que ella aún no había perdido su buena suerte.

Hasta los países sanguinarios que a ella le gustaba cruzar solían darle la ventaja. México parecía ideal para los propósitos de Elliot: era enorme, poco poblado fuera de las grandes ciudades y dotado de grandes páramos en los que una masacre podía quedar ignorada durante días y semanas enteras. Por otra parte, la duquesa acampaba convenientemente en mitad de la nada, de vez en cuando. Eran oportunidades perfectas para atacar con una fuerza, para contratar un ejército que equivaliera al de ella. Contratar allí a ese ejército era fácil y barato... pero no para esos fines. Era casi imposible lograr que un mexicano aceptara matar a una mujer. Lo había intentado una y otra vez, siempre sin resultado. Ella le había vencido otra vez sin hacer nada, sólo por el carácter del pueblo mexicano.

Por fin había encontrado a Dewane y Clydell Owen: dos norteamericanos en mala racha, con ese aspecto que Elliot había aprendido a reconocer como el del hombre dispuesto a todo. Los envió al norte, más allá de la frontera, y ellos volvieron con cuatro más, del mismo tipo. Además, conocían un buen sitio para una emboscada. Debían reunirse en la ciudad minera de Bisbee, que él había logrado localizar, por fin, el día anterior. Había pasado el resto de la jornada a caballo, yendo y viniendo por el estrecho sendero para mulas, en busca del sitio ideal para lo que tenía pensado.

El sitio no era tan perfecto como él habría deseado; estaba casi fuera de las montañas, y la cuesta, a través de la cual pasaba el sendero, se extendía hasta el fondo. Había árboles en esa zona, al menos en la cuesta inferior, por debajo de la senda; no eran muy abundantes, pero bien podían detener a un carruaje que rodara si la roca no hacía otra cosa que sacar al vehículo del camino. No era probable que ocurriera eso. Dado lo pronunciado de la pendiente por la que caería la piedra y la amplitud de la senda en ese punto, parecía casi seguro que la roca caería con fuerza sin ir más allá.

Si hubiera tenido tiempo habría trasladado esa maldita roca a un sitio más propicio, donde habría quedado atascada entre dos pendientes, imposible de quitar; de ese modo la senda habría sido infranqueable para caballos y vehículos. En ese caso habría dejado que la duquesa pasara primero, simplemente por el placer de matarla con sus propias manos. Pero tal como estaban las cosas, si el canto rodado no cumplía con su misión de aterrizar directamente sobre el primer carruaje, la senda quedaría igualmente obstruida, bloqueando al resto de la escolta, y los hombres de Elliot dispararían contra ellos para distraerles un rato. En cuanto la duquesa estuviera al otro lado del canto rodado, los dos hombres designados para esa contingencia podrían bajar subrepticiamente para eliminarla sin dificultades.

Ya se oía el paso de los caballos que se aproximaban lentamente por el sendero.

-¿Cuántos jinetes contaste en la vanguardia? -preguntó Elliot al mexicano.

-Seis, señor.

El inglés asintió. Habría debido prever que los guardias no faltarían a la costumbre sólo porque la senda fuera estrecha y diferente de lo habitual. Siempre montaban seis delante y seis detrás del carruaje. Por suerte, en esa cornisa había espacio suficiente para que los jinetes de vanguardia maniobraran junto al coche cuando los mexicanos empezaran a disparar, atrayéndolos hacia la parte trasera del vehículo. Si no retrocedían para investigar, poco era lo que se podría hacer, pues resultaba dudoso que se pudiera derribar a los seis antes de que tuvieran oportunidad de cubrirse. Y si el carruaje se salvaba de la roca, quedarían demasiados guardias con vida para protegerlo.

-Vuelve a tu puesto -ordenó Elliot al hombre- y aguarda la señal de comenzar.

Dewane le siguió con la vista. Luego dijo, algo burlón:

-Usted no ha dicho al mexicano que ella va a morir, ¿no?

Elliot miró fríamente al mayor de los hermanos Owen. Tenía como política explicarse lo menos posible ante sus hombres; no vio motivos para mencionar sus experiencias anteriores con los mexicanos ni para decir que no iba a correr peligro con el contratado para guiar a la duquesa lejos de los caminos principales, a fin de que se viera obligada a seguir ese trayecto.

-No, por supuesto -fue cuanto respondió. Era suficiente.

Esos hombres desconfiaban de él, y así debía ser. Ellos compartían una camaradería de compatriotas de la que él se mantenía aparte; así lo habría preferido, aun cuando no hubieran existido diferencias. Cuando uno empleaba a gente tan fría e inmisericorde como uno mismo, era preciso mantener distancias, a fin de eliminar cualquier duda sobre quién mandaba.

Elliot se volvió para observar al mexicano que corría a lo largo de la cornisa alta, hacia el puesto asignado. Ese sitio era ideal, en verdad, Las dos cornisas, de las cuales la superior no se veía desde abajo, lo convertía en un lugar perfecto para una emboscada. Hasta había un sendero que descendía por el otro lado del barranco donde estaban escondidos los caballos. Y

Librodot

quienes llegaran por abajo no podrían perseguirlos, pues los dos senderos no se encontraban sino al pie de la montaña, por ese lado. El sendero que descendía por el flanco opuesto del barranco llegaba al pie de las colinas en la cara occidental de la montaña, pero los caballos no podían maniobrar para subirlo ni para bajarlo.

Pronto... pronto podría seguir con su vida. Esta vez nada saldría mal. No era posible. Esta vez la suerte debía estar de su parte.

Ocupó su propio puesto, que le permitía ver claramente el sendero de abajo. Ya veía a los primeros jinetes; Sir Parker Grahame, capitán de la guardia, los precedía como de costumbre. Elliot conocía a toda la escolta por el nombre y podía dar algunos detalles sobre la vida de cada uno. Había hablado con ellos; los había invitado a tomar una copa; en Egipto había llegado casi a seducir a Babette, esa tonta doncella francesa. Lo que le facilitaba las cosas era que ellos no tenían idea alguna de quién era él, de cómo era. Jamás sospecharían, mientras mantuviera la precaución de no acercarse a ninguno de ellos a menos que fuera a solas, y la de no volver a abordar al mismo en otra ciudad.

-Será mejor que os preparéis, -dijo Elliot en voz baja a los hombres que esperaban tras él.

Se tendió a la izquierda del canto rodado. No renunciaría a ese sitio; quería ver con sus propios ojos la devastación que causara. La enorme roca estaba en el borde mismo del barranco. Había bastado con aflojar primero su asentamiento en la montaña; ahora sólo tendría que darle un empellón.

Los cuatro hombres dispuestos para empujar aplicaron las manos contra la piedra, esperando. Elliot aguardó a que los jinetes de la vanguardia pasaran por abajo; cuando el primero de los caballos del carruaje estuvo directamente bajo él, indicó por señas al mexicano que podía comenzar con su parte. Dewane se reunió con él, con un revólver en cada mano, aunque dejó uno en el suelo para usarlo después.

El último hombre sacó el espejo con que haría la señal al mexicano.

-Quiero que el cochero sea eliminado antes de que frene -repitió Elliot-. Detendrá el carruaje en cuanto los guardias de delante traten de volverse para investigar los disparos en la retaguardia. Sea que los guardias hayan pasado ya hacia atrás o no, el conductor no debe llegar a aplicar el freno. Sin cochero, los caballos continuarán por su cuenta.

-No hay problema -sonrió Dewane, que ya podía ver al hombrón montado en el pescante del primer carruaje-. No es blanco al que se pueda fallar.

Elliot vio que era uno de los palafreneros. Lástima que no se tratase del español, un verdadero demonio con los cuchillos, que había matado en Nueva York a uno de los hombres de Elliot, al descubrirle saboteando el coche de la duquesa.

Ya estaban pasando los guardias. En un momento más...

-Envía la señal -ordenó Elliot, por encima del hombro.

Y aguardó, tenso, conteniendo el aliento. La primera yunta de rucios acababa de pasar, la segunda ya lo estaba haciendo. Por todos los diablos, si ese mexicano...

Se oyó el disparo. También lo oyeron los guardias de abajo. Todos giraron, pero Grahame sólo envió a dos para que investigaran. Todos los vehículos se estaban deteniendo. Había gritos y preguntas a voz en cuello. El conductor del primer coche se levantó para mirar hacía atrás.

La tercera yunta de rucios ya estaba debajo del canto rodado.

Hubo otros dos disparos sucesivos. Los cuatro guardias restantes empezaron a maniobrar para pasar junto al coche, trepando por la ladera, único sitio por donde podrían hacerlo. Grahame se detuvo, sin duda para tranquilizar a la duquesa. Elliot, que le observaba, no vio que el cochero alargaba la mano hacia el freno. Dewane sí lo vio.

Librodot

El disparo sobresaltó al inglés, pero no tanto. que no viera al cochero soltar las riendas al caer del carruaje. Dio en tierra tras el caballo de Grahame, haciendo que el animal se alzara de manos, desbocado. El cochero cayó muy cerca de la tercera yunta de rucios, que también trataron de alzarse de manos, alborotando al resto del tiro.

De inmediato partieron en una carrera de pánico.

-¡Ahora! -gritó Elliot.

Lanzó un juramento: el canto rodado se había estrellado en la cornisa inferior, haciéndose pedazos, sin otro efecto que cubrir de polvo el carruaje que se alejaba precipitadamente.

Se levantó con un rugido y estuvo a punto de recibir un balazo.

Los guardias ya estaban respondiendo al fuego de sus hombres.

Los dos pistoleros designados para descender a la cornisa inferior y ocuparse del coche, si éste no resultaba aplastado, estaban allí, de pie, aguardando nuevas órdenes.

-Montad a caballo e id hasta donde se encuentran estas sendas -indicó Elliot-. Dada la suerte de esa condenada mujer, el carruaje llegará milagrosamente hasta el fondo de la montaña sin rodar por la ladera. Seguidlo a toda velocidad; detenedlo, si es preciso, pero aseguraos de que no quede en él nadie con vida. Nadie.

5

-¿Vanessa? Vanessa, ¿estás bien?

-Pregúntamelo dentro de un rato. En este momento, francamente, no lo sé.

Jocelyn estaba tendida en el suelo; para ser más exactos, en la portezuela. Después de esa horripilante carrera, que parecía no tener fin, el carruaje había acabado por volcar, quedando sobre un costado. Jocelyn había caído contra la portezuela al inclinarse el vehículo; en ese momento tenía la espalda apretada contra ella y las largas piernas estiradas en el suelo, que estaba ahora en posición vertical. A Vanessa no le había ido mucho mejor. Aunque permanecía en el asiento, que ahora se encontraba a un lado sobre la cabeza de la joven.

Ambas se incorporaron al mismo tiempo; Vanessa, con un gemido; Jocelyn, gruñendo.

-Supongo que nos quedarán unos cuantos cardenales como recuerdo de esta experiencia.

-¿Eso es todo? -contestó Vanessa, con una voz que no parecía la suya-. Pues me parece...

-Sí que estás herida -acusó Jocelyn, al ver que la condesa se apretaba un lado de la cabeza con la mano.

-Creo que es sólo un chichón. Traté de, sujetarme, pero se me deslizó el brazo.

-Date la vuelta y apoya la espalda contra el asiento. Es más acolchado que el mamparo.

Jocelyn la ayudó hasta que la condesa estuvo acomodada; luego se puso de rodillas. Ambas estaban desaliñadas, con las ropas torcidas y los peinados deshechos. La joven retiró las pocas horquillas que permanecían en su lugar y apartó la cabellera bruscamente. Sentía deseos de sonreír por haber escapado intacta de la experiencia, pero Vanessa hacía muecas de dolor por el chichón.

-¿Qué pudo haber pasado, Vana?

-Creo que John Longnose ha vuelto a sus viejos trucos.

-¿Te parece? -Jocelyn se mordió el labio inferior un momento, estudiando la posibilidad-. Pero ¿cómo pudo habérsenos adelantado? ¿Cómo podía saber por dónde vendríamos?

Vanessa no abrió los ojos para responder.

-No pasamos por México muy deprisa, querida mía. Tuvo tiempo de sobra para adelantarse a nosotros. En cuanto a cómo pudo saber por dónde iríamos... bueno, me llamó la atención la súbita desaparición de nuestro guía. Muy conveniente, ¿verdad?, eso de conducirnos hasta el comienzo de esa senda de montaña.

-¡Ese traidor ... !

-Lo más probable es que le enviara el mismo Longnose, querida. Recuerda que él mismo se presentó sin que le buscáramos. Además, reconozco una voz inglesa en cuanto la oigo, y antes de que se oyera ese estruendo alguien gritó: "¡Ahora!", con entonación decididamente británica. ¿Y qué fue ese estruendo, ya que lo menciono?

-No tengo idea. Sería mejor preguntarse qué ha sido de nuestro cochero.

Vanessa suspiró.

-En verdad no creo que estuviera con nosotros durante esa demencial carrera; de lo contrario le habríamos oído gritar a los caballos. Ese disparo que sonó tan cerca...

-¡No quiero pensarlo! -la interrumpió Jocelyn, ásperamente-. Si cayó, sin duda fue porque perdió asidero, como nos pasó a nosotras.

-Sin duda -reconoció Vanessa, para no discutir. De cualquier modo, pronto sabrían qué había ocurrido-. Pero me parece que también hemos perdido a los caballos.

Jocelyn había sentido la diferencia en el impulso del carruaje un momento antes del vuelco; no discutió ese comentario.

-Ya los hallaremos -aseguró, confiada-. Y también nos encontrarán muy pronto a nosotras... Mientras tanto...

Vanessa abrió un ojo. La duquesa se estaba poniendo de pie.

-¿Qué haces?

De pie en una portezuela, Jocelyn cayó en la cuenta de que no podía asomar la cabeza por la otra.

-Quería buscar el modo de salir de aquí, pero aun cuando pudiera abrir esa puerta...

-No te molestes, Jocelyn. Nuestros hombres no tardarán mucho en... -No concluyó, pues alguien se acercaba al galope-. ¿Ves? No han tardado casi nada. Aguzando el oído, percibieron que el primer caballo se detenía muy cerca. Probablemente era uno de los guardias, que se había adelantado a los otros; casi con seguridad, el mismo Sir Parker Grahame. Era muy diligente; además, estaba enamoriscado de Jocelyn y tendía a preocuparse más que los otros cuando Longnose hacía de las suyas.

Un momento después, el coche gruñó con el peso del salvador, que acababa de subir a él. La portezuela se abrió estruendosamente. Por la ventanilla había estado entrando sol a raudales; ya no era así.

Jocelyn quedó momentáneamente cegada al levantar la vista, pero en cuanto una silueta de hombre bloqueó en parte el resplandor le fue más fácil fijar la vista. De cualquier modo, en un primer momento no reconoció al que allí estaba.

-¿Parker?

-No, señora -dijo una voz grave, de entonación lenta.

Si el hombre hubiera añadido algo más, Jocelyn no habría comenzado a buscar su bolsito, donde guardaba la pequeña pistola comprada en Nueva Orléans. Tampoco habría podido disparar a tiempo, pues el bolso estaba escondido bajo los sombreros y las chaquetas que se habían quitado un rato antes.

El hombre volvió a hablar con cierta impaciencia.

-¿Quiere salir de ahí o no?

-No estoy muy segura -dijo Jocelyn, con franqueza. Lamentaba no ver sino una silueta negra enmarcada en la abertura.

¿Cómo se pregunta a un hombre si ha venido a matarnos? Por otra parte, ¿se habría ofrecido a sacarlas si su intención era disparar contra ellas? Bien podía hacerlo. Pero también podía tener órdenes de John Longnose de llevarlas ante él. Cabía suponer que fuera sólo un desconocido de paso por allí, pero era demasiado esperar.

Vanessa intervino en el prolongado silencio.

-Sería útil, señor, que usted nos dijera quién es... y qué hace aquí.

-Vi su tiro de caballos galopar hacia el río e imaginé que habían dejado alguna diligencia atrás, aunque nunca he visto ese tipo de caballos uncidos a un coche.

-¿Y se le ocurrió investigar? ¿No tiene usted relación alguna con el... con el inglés?

-No tengo relación alguna con nadie, para repetir su expresión, señora. Por Dios, ¿a qué vienen tantas preguntas? O bien quiere salir o bien no quiere. Ahora bien, comprendo que no quiera ensuciarse las manos permitiendo que se las tome para izarla hasta aquí. -A esas alturas la impaciencia se tornó decididamente amarga-. Pero por el momento no veo mucha alternativa, a menos que espere a que pase otra persona.

-En absoluto -manifestó Jocelyn con alivio, ya segura de que no deseaba hacerles daño-. Cualquier suciedad puede lavarse fácilmente -añadió con una sonrisa, sin comprender lo que el hombre quería decir.

Esa respuesta sorprendió al desconocido a tal punto que tardó en sujetar las manos extendidas hacia él. Entonces cayó en la cuenta de que ella no podía verle. Cuando lo hiciera cambiaría de actitud en un abrir y cerrar de ojos. Podría considerarse afortunado si le daba las gracias por su ayuda.

Jocelyn emitió una pequeña exclamación ante la celeridad con que fue izada. Se encontró sentada en el carruaje, con las piernas aún colgando dentro de él, y se echó a reír ante la sencillez de la operación. Luego miró hacia adentro, donde Vanessa continuaba inmóvil.

-¿No vienes, Vana? Es fácil.

-Si no te molesta, querida, prefiero quedarme aquí. Esperaré, a que enderecen el carruaje... si pueden hacerlo con suavidad, claro está. Tal vez por entonces se me haya calmado un poco el dolor de cabeza.

-Bueno -accedió Jocelyn-. Sir Parker no puede tardar tanto en hallarnos. -Miró a su alrededor, pero su salvador estaba directamente tras ella. Comenzó a levantarse, girando hacia él:

-Mi compañera no necesita salir. Se golpeó la cabeza, ¿comprende usted?, y no se... siente...

Las palabras quedaron sin pronunciar, olvidadas. Jocelyn no había quedado tan sobrecogida desde que viera por primera vez las. pirámides de Egipto. Pero esto era completamente distinto, pues afectaba casi todos sus sentidos. Todo su organismo pareció enloquecer por un segundo, emitiendo señales que no le eran familiares: sofocación, latidos acelerados, un torrente de adrenalina... Síntomas de miedo, aunque no sentía miedo en absoluto.

Él dio un paso atrás, alejándose sin que ella supiera por qué. Pero de ese modo pudo observarle mejor, puesto que era muy alto. Realmente hermoso, había sido su primera impresión; era fuerte, tal como ella había podido experimentar en persona, y moreno... y exótico, en ese orden. Pelo negro como la pez, completamente lacio, largo; caía bastante por debajo de los hombros, increíblemente anchos. Piel del color del bronce oscuro. Facciones delgadas y aguileñas; nariz recta y bien cincelada; ojos hundidos bajo cejas bajas, rectas; labios bien dibujados y una mandíbula cuadrada, firme.

El cuerpo, largo y musculoso, completaba el cuadro, abrigado con una extraña chaqueta de piel de animal, con largos flecos, y botas hasta la rodilla sin tacones, de la misma piel suave y tostada, también con flecos. Jocelyn se había habituado a ver revólveres a la cadera, tras cruzar México, de modo que ese detalle no la sorprendió.

Tampoco el sombrero de ala ancha, que le sombreaba los ojos. Jocelyn no pudo determinar su color, pero notó que no eran oscuros, como el resto de ese hombre.

Los pantalones, de color azul oscuro, se ceñían a las piernas bien torneadas. Eso no tenía nada extraño. Pero el hombre no llevaba camisa. La chaqueta pendía casi cerrada, pero aun así se podía ver que abajo no había prenda alguna: sólo la misma piel bronceada del rostro, suave y sin vello. En realidad, no había un solo pelo en la parte de pecho y vientre que la muchacha tenía a la vista. Eso era decididamente extraño. Claro que sabía muy poco sobre los americanos y sobre los pechos masculinos.

En verdad, nunca había visto a nadie como él. Su exotismo la puso nerviosa, pero no tanto como su atezada hermosura.

-¿Siempre anda usted así... a medio vestir?

-¿Es todo cuanto tiene que decirme, señora?

Jocelyn sintió que el calor le inundaba las mejillas.

-Oh, por favor, no se ofenda. No sé de dónde me brotó esa pregunta... Por lo habitual no soy tan impertinente.

Del coche brotó un fuerte: "¡Ja!", que hizo sonreír a la joven.

-Creo que la condesa no está de acuerdo conmigo. Y tiene razón. Supongo que mi franqueza linda con la grosería en demasiadas ocasiones.

-A preguntas estúpidas... -murmuró el hombre, volviéndole la espalda para brincar al suelo.

Jocelyn, con el ceño fruncido, le vio caminar hacia su caballo: un bello animal de grandes huesos, como ella no había visto nunca; tenía manchas negras y blancas en la grupa y en el lomo. A ella le habría encantado observarlo y hasta montar en él, pero por el momento sólo le interesaban las intenciones del hombre.

-No va usted a marcharse, ¿verdad?

Él no se molestó en mirar atrás.

-Usted mencionó que alguien vendría pronto. No tiene sentido que...

-¡Es que no puede marcharse! -exclamó ella, alarmada sin saber por qué-. Todavía no he podido darle las gracias y... ¿Y cómo voy a bajar de aquí si usted no me ayuda?

-Mierda -le oyó decir. Volvió a enrojecer, pero el hombre ya regresaba.- Está bien. Salte.

Jocelyn miró las manos que se alargaban hacia ella y no vaciló. Él ya le había demostrado su fuerza. No pensó siquiera por un instante que pudiera dejarla caer. Y él no lo hizo. Pero la muchacha se estrelló contra él. Eso no fue tan asombroso como verse de pie y a distancia casi en el mismo instante. Una vez más, el hombre le volvió la espalda.

-No, espere... -Alargó la mano, pero él no se detuvo. Entonces Jocelyn se recogió las faldas para seguirle. -¿Tanta prisa tiene que se va así?

Dio de lleno contra la espalda del hombre, que se había detenido, y le oyó jurar otra vez antes de verle girar bruscamente, para fulminarla con una mirada.

-Vea usted, señora: resulta que he dejado mi equipo y mi camisa junto al río, donde me disponía a lavarme antes de ir hacia la ciudad. En estos parajes no se pueden dejar las cosas por ahí, con la seguridad de encontrarlas al regresar.

-Le repondré cualquier cosa que pueda perder, pero le ruego que no nos deje solas todavía. Puesto que mi gente aún no ha venido, deben de estar atrapados en las montañas, detrás de nosotras. Necesitamos realmente de su...

-Han dejado una huella que cualquiera puede seguir, señora.

-Sí, pero nos vimos separadas del grupo por el ataque de ciertos hombres que me desean mal. Tan probable es que vengan ellos como mis hombres.

-¿Sus hombres?

-Mi cortejo. -Como eso no borrara la arruga de la frente morena, añadió:- Mis guardias y sirvientes, los que me acompañan en este viaje.

Al oír eso él la recorrió con la vista, apreciando la falda de terciopelo y la blusa de seda; eran ropas que sólo había visto usar en la Costa Este. Luego echó otro vistazo al reluciente carruaje azul verdoso; el interior le había hecho dudar de su vista. Ni los fantásticos coches privados del ferrocarril eran tan lujosos como ése.

Al verlo tumbado no había supuesto que encontraría dentro a ese tipo de mujeres; una era hasta condesa. ¿No era eso como ser reina o algo así? De cualquier modo, debían de ser extranjeras. Y esa mujer de pelo flamígero y ojos más brillantes que las hojas tiernas de primavera, por Dios... Al verla por primera vez había sentido otra vez su antigua amargura.

Librodot

Pero eso no le impidió un arrebato de excitación sexual. Se asustó a muerte, pues las mujeres de esa raza no le atraían desde hacía años.

-¿Quién es usted, señora?

-Oh, disculpe. Debí presentarme de inmediato. Me llamo Jocelyn Fleming. -Había decidido que no tenía por qué utilizar un nombre falso, si Longnose la seguía tan de cerca.

Él miró la mano extendida. Se, limitó a mirarla fijamente hasta que ella se vio obligada a bajarla.

-Quizá debí preguntarle qué era usted.

-Perdone; no comprendo.

-¿Es esposa de uno de esos mineros ricos que viven en Tombstone?

-No, en absoluto. Soy viuda desde hace varios años. Y venimos de México, aunque nuestros viajes se originaron en Inglaterra.

-¿Eso significa que es inglesa?

-Sí. -El modo en que ese hombre hablaba su lengua materna la hizo sonreír, aunque le comprendía perfectamente. En realidad, le gustaba la entonación arrastrada de sus palabras. -Supongo que usted es americano.

Él conocía la palabra, pero hasta entonces no la había oído usar.

Generalmente, cada uno se asociaba al estado o territorio de donde provenía y no al país. Ahora reconocía también el acento de la extranjera. Nunca había percibido esa entonación culta en una mujer, pero en sus recorridos por el Oeste había conocido a varios ingleses. Su nacionalidad explicaba el que a ella no le hubiera molestado tocarle.

Llevaba poco tiempo allí y no sabía reconocerle por lo que era. Luego no era por eso por lo que le había mirado tan detenidamente desde el carruaje. Una vez más, su cuerpo se tensó con una dureza familiar.

Por medio segundo pensó no decirle nada. De cualquier modo, lo más probable era que no volviese a verla; ¿a qué poner la distancia que acostumbraba entre ellos? Pero debía hacerlo, porque necesitaba esa distancia. Ella le estaba prohibida. Y la endemoniada atracción que le inspiraba resultaba peligrosa. Pero no estaba habituado a decirlo. Vestía de ese modo para no verse obligado a hacerlo, para que no se produjeran confusiones.

-Nací en este país, señora, pero la gente me da otro nombre. Soy mestizo.

-¡Qué interesante! -comentó ella, consciente de que el tono de su salvador había vuelto a la amargura, pero decidida a ignorarlo-. Se diría que tiene alguna relación con el ganado y las cruces. ¿Cómo se vincula a las personas?

Él la miró un instante como si la creyera loca. Luego juró por lo bajo y acabó bramando:

-¿Qué demonios puede tener que ver con las personas? Eso significa que soy sólo medio blanco.

Ese tono furioso la hizo vacilar. Aun así preguntó:

-¿Y la otra mitad?

Una vez más, aquella mirada expresaba que ella debía estar encerrada por el bien del prójimo.

-India -le espetó-. En mi caso, cheyenne. Y si eso no le hace girar en redondo, debería hacerlo.

-¿Por qué?

-¡Por Dios, mujer! ¿Por qué no estudia las costumbres del país que va a visitar?

-Oh, siempre lo hago -replicó ella, sin prestar mucha atención al hecho de que él le estuviera gritando-. Sé muchas cosas de éste.

-En ese caso, debe de haberse saltado la parte que hablaba de indios y blancos como enemigos jurados -se burló él-. Averigüe en la próxima ciudad por la que pase. Así se enterará de por qué no debe estar aquí, conversando conmigo.

-Si usted tiene algo contra los blancos, como los llama, eso no tiene relación alguna conmigo, ¿verdad? -contestó ella, sin dejarse amilanar-. Yo no soy enemiga suya, señor. Por Dios, ¿cómo puede insinuar semejante cosa, cuando no siento sino gratitud por su oportuna ayuda?

Él movió la cabeza y acabó riendo entre dientes.

-Renuncio, señora. Si pasa aquí el tiempo suficiente acabará por aprender.

-¿Significa eso que ahora podemos ser amigos? -Ante el gruñido del hombre, observó:- No me ha dicho usted su nombre.

-Colt Thunder.

-¿Colt, como el revólver? ¡Qué original, recibir el nombre de un arma!

-Es que Jessie tiene un original sentido del humor.

-¿Jessie es su padre?

-La hija de mi padre, aunque ninguno de los dos lo supo hasta hace algunos años. Hasta entonces era mi mejor amiga.

-Qué interesante. Eso me sugiere que Colt Thunder no es su verdadero nombre. Yo he tenido que usar seudónimos con bastante frecuencia, aunque ahora no es necesario, puesto que mi némesis ha vuelto a encontrarme.

Thunder decidió no preguntar. Aunque muriera de curiosidad, no preguntaría. Cuanto menos supiera de ella, antes la olvidaría... Cielos, si lograba olvidarla. Esa cabellera que le caía hasta por debajo de la cintura, como llamas que le lamieran las caderas. Vería esa cabellera en sus sueños por mucho tiempo, bien lo sabía. Y también esos ojos. Maldita mujer, ¿por qué seguía mirándole así, como si se sintiera tan atraída como él?

Le había dicho algo más sin que él oyera una palabra, pues ella se había acercado más al decirlo, apoyándole una mano en el brazo. Ese contacto, deliberado e innecesario, hizo que el corazón le latiera contra las costillas. Le inspiraba ideas en las que no se atrevía a demorarse. Maldición, ella jugaba con fuego y no lo sabía.

El disparo le arrancó el sombrero, sacándole del hechizo que ella había creado. Giró en redondo y disparó sin pensar: dos balas que dieron en el blanco. Uno de los dos hombres que venía al galope tendido hacia ellos cayó a tierra, pero con un pie atrapado en el estribo. El otro había dejado caer su revólver, alcanzado por la bala en el hombro derecho, y estaba haciendo girar bruscamente a su caballo para volver por donde había venido. Colt le dejó escapar. Nunca mataba por la espalda; tampoco disparaba a matar... generalmente.

El caballo sin jinete continuaba la marcha hacia ellos. La forma más sencilla de detenerlo era montarlo cuando pasara, y Colt lo hizo así.

Jocelyn lo había presenciado todo. Aun así le costaba creerlo, sobre todo por la celeridad con la que ese revólver había salido de la pistolera de Colt Thunder, ya disparando. Tampoco había presenciado nunca nada tan increíble como eso de montar un caballo a todo galope.

Las posibilidades de no caer de bruces en el intento eran astronómicamente pequeñas, pero él lo había efectuado enredando una mano en las crines del animal al saltar, simplemente.

Asombrada, respondió a la preocupada pregunta de Vanessa, asegurándole que todo estaba bien, y corrió hacia el caballo que ya había sido dominado, a pocos metros de distancia. Llegó en el exacto momento en que Colt imnovilizaba al animal y retiraba el pie del hombre de su estribo. Luego se inclinó para averiguar la condición de su atacante, y la muchacha tuvo ocasión de escuchar otra de sus coloridas palabrotas. Ella misma notó sin dificultad que el

hombre había muerto con el cuello quebrado, aunque la bala de Colt apenas le había rozado la sien; probablemente la caída se debiera a un desmayo.

-El cretino agachó la cabeza -dijo Colt, disgustado al incorporarse.

-¿Apuntó usted hacia algún sitio en especial?

-El hombro derecho. Es el modo más fácil de desarmar a alguien que viene directamente hacia uno. ¿Le conocía usted?

La miraba de frente, aplicándole toda la potencia de sus ojos. Puesto que el sombrero ya no le oscurecía la mirada, ella pudo ver que sus ojos no eran claros ni oscuros, sino del azul más límpido y puro que hubiera visto jamás; resultaban asombrosos en una cara tan bronceada. La dejaron literalmente sin aliento. Tuvo que bajar la vista para responder con alguna inteligencia normal.

-No, no le he visto nunca, y tampoco al otro. Pero no dudo que ambos trabajaban a las órdenes de John Longnose. Tiene por costumbre emplear a los nativos de cualquier país en el que estemos, para que hagan el trabajo sucio por él. Al parecer, usted acaba de salvarme la vida, además de haberme prestado su ayuda.

-¡Señora! Ningún hombre en su sano juicio puede tener deseos de matarla. Se me ocurren muchas cosas que uno podría querer hacerle, pero matarla no es una de esas cosas.

Al decir eso le había vuelto la espalda para recuperar su sombrero, pero ella lo oyó, de cualquier modo, y se ruborizó de placer. No eran muchos los hombres que la encontraban atractiva, debido a su excesivo colorido, pero cuando así era, ella lo notaba de inmediato. En este caso no podía decir lo mismo. Este hombre la había fulminado con la vista, le había gritado y parecía ansioso por alejarse para no volver a verla. Por eso la sorprendió descubrir que quizá, sólo quizás, él podía sentirse tan atraído como ella... eso, si acaso esos comentarios podían tomarse por cumplido.

Se apresuró a seguirle otra vez, tratando de explicarle:

-Le diré: sólo este año ha comenzado a tratar de matarme. Anteriormente sólo quería llevarme a Inglaterra. Por mi parte, estaba decidida a evitarlo a cualquier precio. La historia es muy larga, pero en resumidas cuentas he estado huyendo de ese hombre durante tres años, y francamente, estoy harta.

Él desempolvó el sombrero golpeándolo contra la pierna. Luego volvió a ponérselo, con el ala inclinada con bastante garbo.

-No es asunto mío, señora.

-No, por supuesto que no. Claro que no. Y no se me ocurriría siquiera embrollarle en mis problemas, sobre todo después de lo que ya ha hecho usted por mí.

Eran demasiadas explicaciones, cuando habría bastado con un simple gesto de asentimiento. Él la miró con serenidad y respondió, seco:

-Me alegro.

-Pues no he terminado de hablar, señor Thunder.

-Oiga, no me diga "señor". Puede llamarme Colt o Thunder. Me da igual.

-Como usted guste. Pero como le decía, no he podido dejar de apreciar lo estupendamente apto que es usted con el revólver.

-¿Estupendamente apto? -él sonrió-. Vaya, señora, usted no es de las que llaman al pan, pan y al vino, vino.

-¿Cómo dice usted?

-No importa. ¿Y qué?

-¿Qué ... ? Ah, sí. Pues... por casualidad, ¿está usted disponible?

-¿Quiere hacer matar a Longnose?

Eso la perturbó. Él lo decía con mucha facilidad, sin la menor emoción. Pero acalló la sensación.

-No, sólo quiero aprehenderle y entregarle a los representantes de la ley en este territorio, quienesquiera que sean. En Nueva York se le busca por el asesinato de mi procurador.

-¿Su qué?

-Mi abogado en Norteamérica.

-¿Y por qué mató a su ahogado?

-Solo hemos podido dilucidar que ese hombre desafortunado le descubrió en su despacho, en el acto de robar el testamento que yo había firmado ese mismo día. Sólo ese faltaba de la oficina, según su socio. Y encontramos varios testigos a los que pidió indicaciones para llegar al bufete de los abogados. Todos juran que quien los interrogó era un inglés. Además, no es el primero de mis testamentos que desaparece.

-A mi modo de ver, lo que usted necesita es un cazador de recompensas, señora, y yo no lo soy. Mejor aún: cuando vaya a entregar este cadáver, denuncie lo ocurrido aquí al alguacil de Tombstone. Bastará con el nombre de ese fulano y su descripción.

-Es que no sé su nombre ni cómo es. -Al verle fruncir el ceño, ella se apresuró a añadir:- John Longnose es sólo un nombre que nosotros le damos. Lo único que puedo decir de él es que es tan inglés como yo.

-Bueno, lo más probable es que no haya otro inglés en ciento cincuenta kilómetros a la redonda, pero nunca se sabe. He visto pasar a otros y sería fácil cometer un error. Lo mejor que usted puede hacer es atrincherarse y dejar que él vaya a buscarla. ¿Dijo que tiene guardias, señora?

-Sí, pero...

-Entonces no necesita otro brazo armado.

Jocelyn no había llegado a comprender que su propuesta era rechazada cuando Thunder sacó otra vez el revólver y disparó. Al volverse, la joven vio una larga serpiente, ya decapitada y aún contorsionándose; al comprobar lo cerca que estaba de ella no pudo sino estremecerse. No había visto ni oído el peligro. ¿Que no necesitaba otro brazo armado? Él mismo acababa de demostrar la falsedad de esa declaración.

Colt arrojó la serpiente a un lado y la miró de soslayo. Había que reconocerlo: la mujer había estado a punto de recibir un disparo y de ser mordida por una serpiente, después de que su coche se estrellara.

Y nadie podía saber qué había ocurrido anteriormente. Sin embargo, no alborotaba por nada de eso. Claro que la serpiente había logrado hacerla callar. Era la mujer más parlanchina de cuantas él conociera.

Bueno, no molestaba: su acento resultaba muy suave al oído.

Se volvió para contemplar la nube de polvo que avanzaba hacia ellos. Debían de ser sus guardias, a juzgar por el tamaño de la polvareda, que indicaba la presencia de varios jinetes. Por si acaso, volvió a cargar el revólver.

Al mirarla otra vez, vio que ella había sacado un pequeño cuadrado de encaje y se estaba secando la frente con él. Ese dulce perfume se hizo más potente, agitándole otra vez la sangre. ¡Caray, qué peligrosa era esa mujer! Cada vez que la miraba la encontraba más bonita y decididamente más deseable. Y cada vez que ella le miraba con esos hermosos ojos verde, a Colt le era preciso luchar contra antiguos instintos. Si la hubiera encontrado seis años antes, simplemente se la habría llevado a lomos de su caballo para hacerla suya. Pero ahora era "civilizado"; ya no podía seguir sus inclinaciones naturales.

De cualquier modo, los instintos seguían siendo demasiado fuertes.

Por ese motivo prefirió no demorarse allí para ayudarla a salir de sus dificultades. Si ella no hubiera contado con ayuda, las cosas habrían sido diferentes; en ese caso no habría tenido alternativa, pues no le gustaba en absoluto la idea de que alguien quisiera hacerle daño. Aunque estuviera allí fuera de lugar, allí estaba y se había cruzado en su camino. Él se preocuparía por ella hasta que la supiera a salvo. ¡Justo lo que le hacía falta!

-¿Son sus hombres los que vienen?

Jocelyn se sobresaltó ante la pregunta; apenas pudo oírla, ensordecida como estaba por los disparos. Había estado tratando de idear algún modo de hacerle cambiar de idea con respecto a no trabajar para ella. No quería que se alejara para siempre. Era imperativo retenerle aunque todavía no supiera por qué.

Entonces vio a los jinetes y reconoció a Sir Parker Grahame, delante de todos.

-Sí, es mi escolta. Y varios de los sirvientes, al parecer.

-En ese caso, me voy. Sus hombres encontrarán al tiro amarrado junto al río, a un kilómetro y medio en dirección este... siempre que alguien no los haya robado a estas horas.

Las palabras no pronunciadas quedaban implícitas en su tono. Si los caballos habían desaparecido, lo mismo podía decirse de su equipo.

-Gracias. No dudo que los recobraremos con facilidad. Pero ¿está usted seguro de que no cambiará de idea y ... ?

-El que viene hacia usted es un pequeño ejército, señora. No me necesita.

-Sin embargo, necesitamos un guía.

-En Tombstone hallarán alguno.

Jocelyn apretó los dientes al verlo montar. Obviamente, no estaba disponible bajo ninguna circunstancia.

-¿Dónde está esa ciudad que usted menciona?

-Cruzando el San Pedro, unos nueve kilómetros más allá. Es grande. No la pasarán por alto.

-¿Vive usted allí, por casualidad?

-No, señora.

-Pero ¿es posible que nos veamos allí?

-Lo dudo.

No la había mirado desde que girara hacia su caballo, pero en ese momento lo hizo y tuvo que aferrarse a la silla de montar. La desilusión se pintaba vívidamente en la expresión de la muchacha, tirándole de las entrañas con invisibles cordeles. ¿Qué diablos pretendía de él? ¿No sabía acaso que con esa mirada se estaba buscando problemas?

-Me gustaría mucho que usted lo pensara mejor -insistió, con una voz suave, implorante, que se envolvió a él, haciéndole gruñir.

Eso, aunado a todo lo demás que ella le hacía sentir, fue demasiado. Necesitaba huir a toda prisa.

-Ni lo piense, señora. No quiero ese tipo de problemas.

No comprendió que Thunder se refería a ella, no a sus dificultades. Permaneció allí, de pie, siguiéndole con la vista mientras él se alejaba a caballo. Se sentía culpable por tratar de embrollarle en una situación muy peligrosa. Él tenía razón al rehusar. Ya la había ayudado bastante. Pero por todos los santos, no podía perderle de vista.

Librodot

6

Cuando Ed Schieffelin partió hacia los páramos del sudeste de Arizona, el comandante de Fort Huachuca le advirtió que sólo encontraría su propia lápida. El viejo buscador de oro pasó por alto la advertencia; cuando halló la "veta" de sus sueños, no perdió tiempo en bautizarla Tombstone (lápida). Se encontraron otras vetas en la zona, pero la Tombstone de Ed fue la que dio nombre a la ciudad surgida a su alrededor, en 1877. Cuatro años después, la población se jactaba de tener unos quinientos edificios, de los cuales cien por lo menos contaban con licencia para vender bebidas alcohólicas; de éstos, más o menos la mitad operaban como burdeles y lenocinios en el extremo oriental de la ciudad, más allá de la calle 6; en realidad no eran muchos, si se considera que la población de la aldea había ascendido a más de diez mil almas.

Colt tenía por costumbre averiguar datos sobre cada ciudad antes de entrar en ella; sobre ésa había preguntado todo lo necesario al pasar por Benson, así como había averiguado lo suficiente sobre Benson al pasar por Tucson. Al verla con sus propios ojos le pareció comprensible que un muchacho de diecisiete años, al escapar hacia México, pudiera demorarse un tiempo allí.

En ese sitio esperaba encontrar finalmente a Billy Ewing. Sería mejor que le hallara allí, por cierto. Después de haberle pescado el rastro en St. Louis, cuatro meses atrás, sólo para perderlo una y otra vez, Colt estaba en las heces de su paciencia. ¡Las cosas que hacía por Jessie!

Sin embargo, no sería fácil localizar a un muchachito de diecisiete años en una población de ese tamaño. Le habían dicho que había allí cinco hoteles de considerable importancia y seis casas de pensión.

Pero ¿estaría Billy utilizando su propio nombre? También le habían dicho que ése no era buen momento para visitar la ciudad, que se encaminaba hacia un estallido de violencia entre los forajidos que operaban en la zona y el alguacil y sus hermanos, grupos ambos que se enfrentaban desde hacía ya tiempo.

Colt se detuvo en seco en medio de la calle Toughnut al recordar eso. ¿Cómo había podido olvidar esa información al hablar con la pelirroja? Él iba hacia Tombstone con toda la intención de sacar de allí a Billy cuanto antes, pero había encaminado en esa dirección a una mujer como aquélla. ¿Tan aturdido estaba? ¿O acaso en el fondo deseaba que ella siguiera la misma dirección? ¡Qué tonto, qué tonto! Ahora tendría que enfrentarse otra vez a ella, para explicarle que sería mejor para su salud no permanecer mucho tiempo en esa ciudad. No: verla otra vez sería aún más tonto. Le enviaría el mensaje por intermedio de Billy... cuando le hallara.

Azuzó a su caballo, con la expresión ensombrecida por un enfado dirigido contra sí mismo; pasó varios minutos sin ver nada de la ciudad.

Al fin recobró el tino y notó que había pasado de largo por la calle 3, donde tenía intenciones de girar a la izquierda. Le habían recomendado la pensión de Fly, localizada en la calle Fremont, entre la 3 y la 4.

Antes que volver sobre sus pasos, prefirió subir por la calle 4.

La ciudad estaba distribuida en manzanas cuadradas; las arterias transversales eran Toughnut, Allen, Fremont y Safford, de sur a norte; de este a oeste, las calles 1, a 7. Después de cruzar Allen, continuó por la 4 hacia el norte; pasó ante el Hafford Saloon, en la esquina, y el restaurante Can-Can, a su lado; enfrente, una cafetería.

La variedad de establecimientos que servían comida fue un bienvenido alivio. De las ciudades pequeñas por las que había pasado, la mayoría contaba con uno solo, si acaso.

Casi todos los locales comerciales de la calle estaban separados entre sí por lotes baldíos, donde se veía algún establo que más tarde podía serle útil. Pero sólo necesitaría de uno cuando se hubiera asegurado el alojamiento y hubiera recorrido todos los hoteles de la ciudad en busca de Billy. Por lo tanto continuó su marcha. Pasó junto a un hojalatero, una oficina de análisis de metales y una tienda de muebles. La armería de Spangenburg estaba casi al final de la calle; luego, el Capital Saloon, en la esquina; allí giró a la izquierda, hacia la calle 3. Junto al salón estaba el *Nugget,* uno de los dos periódicos de la ciudad; su competidor, el *Epitaph,* se alzaba justo enfrente.

Por fin divisó la pensión de Fly, casi en el extremo de la calle, y azuzó un poco más a su caballo. Era demasiado esperar que Billy tuviera su cuarto allí; supuso que la búsqueda le llevaría el resto de la jornada. Y con la mala suerte que le acosaba, probablemente tuviera que recorrer también unos cuantos bares antes de terminar; allí las probabilidades de meterse en problemas eran siempre mayores, pero en su estado de humor actual no le importaba mucho.

Billy Ewing se pasó una mano nerviosa por el pelo castaño-dorado, antes de servirse otra medida del Cuarenta Copas que el Oriental, bar y garito, servía a manera de whisky; el nombre era adecuado, pues se decía que a las cuarenta copas aparecía la parálisis.

Billy estaba metido hasta el cuello en problemas y lo sabía, pero no se le ocurría cómo salir sin que le volaran la cabeza. Había pensado que el Oriental sería el último sitio en donde aparecería su nuevo "amigo", puesto que ese establecimiento pertenecía en parte a Wyatt Earp; una de las cosas que acababa de descubrir era la vieja enemistad existente entre los hermanos Earp y la banda Clanton. Pero en ese momento no había allí ninguno de los Earp, y Billy Clanton, el menor de los hermanos, le había encontrado.

¡Qué engañosas solían ser las apariencias! Pero ¿qué desprevenido podía adivinar que el joven Clanton, quien no pasaba de los dieciséis años, era ya un asesino a sangre fría? ¡Por Dios!

Billy había conocido a Clanton en Benson; al descubrir que ambos saldrían hacia Tombstone a la mañana siguiente, decidieron viajar juntos. A Billy le gustó la idea de contar con la compañía de alguien que conociera la zona; más aún le gustó que le ofrecieran empleo en el Rancho Clanton, cerca de Galeyville. Conocía ese tipo de tareas, gracias a todos los veranos que había pasado con su hermana, en Wyoming, y necesitaba decididamente un empleo, puesto que se estaba quedando sin dinero. Pero en este caso había demostrado su ignorancia. Trató de fingir ser lo que no era, no hizo las preguntas que habría debido hacer y se descubrió contratado, no para trabajar en un rancho, sino con una banda de ladrones de ganado y asaltantes de diligencias.

El rancho, cerca de Galeyville, era sólo el cuartel de la banda.

Un par de mineros, que trabajaban en la mina de Mountain Maid y le habían visto con Clanton, le pusieron en antecedentes la primera noche que pasó en la ciudad. Claro que no estaba dispuesto a creerles a la primera palabra, pero todos aquellos a quienes interrogó le repitieron lo mismo. La banda Clanton llevaba años operando en esa zona, además de enfrentarse con las autoridades de Tombstone. Aún se los conocía por el mismo nombre, aunque el viejo Clanton, el que organizara el grupo, había sido muerto pocos meses antes, dejando en su puesto a Bill Brocius, "Rizos".

Además de Bill Brocius y los tres hermanos, lke, Finn y Billy Clanton, había otros bandoleros muy conocidos en Tombstone que también integraban la banda. Uno de ellos era John Ringo, de quien se sabía que había participado en la guerra del condado de Mason, en Texas, antes de incorporarse al grupo; no mucho antes había matado a Louis Hancock en un salón de la calle Allen. Frank y Tom McLaury eran otros de los nombres que surgían con frecuencia. Y también el de Billy Claiborne, otro joven cazador de glorias, que insistía en

Librodot

hacerse llamar "Billy el Niño", ahora que el auténtico *Billy the Kid* ya no existía. Claiborne había matado ya a tres hombres por reírse de esas pretensiones; lke y los hermanos MeLaury le sacaron de la cárcel de San Pedro apenas una noche después de ser arrestado por ese tercer asesinato.

El joven Billy Clanton había estado involucrado en lo que ya se llamaba "la masacre del cañón Guadalupe", que llevara a la muerte de su padre. En realidad, Ewing tenía los oídos llenos de todo lo que le habían contado de esa acción de los Clanton, en especial. La banda había atacado a una caravana de mulas que transportaba plata en bruto por la cordillera de Chiricahua, en julio de ese mismo año, masacrando a los diecinueve mexicanos que las conducían. El viejo Clanton murió pocas semanas después, cuando algunos amigos de los muleros muertos le tendieron una emboscada, mientras él y algunos miembros de su banda conducían un hato robado a los mexicanos por esas mismas montañas. El joven Clanton no participó en ese mortal encuentro, aunque se dedicaba al robo de ganado desde los doce años, según los informes.

¿Y ésa era la gente con quien Billy Ewing se había enredado? Aún le costaba creerlo. Pura y simplemente, no sabía cómo salir de esa situación. Lo había intentado. Había dicho al joven Clanton que ahora tenía otras ideas. Pero las alusiones de cobardía y la insistencia del muchacho en acercar la mano a su pistola hicieron que Billy reconsiderara su decisión. A continuación trató de evitar a Clanton, sencillamente. Pero al día siguiente tendría que acompañarle al rancho. Si no se presentaba, ¿iría Clanton a buscarle? Si se marchaba esa misma noche, ¿le buscaría con toda la banda?

-Este bar está muerto, hombre. ¿Por qué no probamos en la Alhambra o en el de Hatch?

Billy volvió la cabeza hacia las mesas atestadas y el mostrador; la zona de juego estaba casi llena de mineros. ¿Muerta? tuvo miedo de que su "amigo" estuviera buscando problemas para entretenerse en esa última noche pasada en la ciudad.

-Es temprano. Apenas se está poniendo el sol -respondió-. Sólo me detuve aquí para tomar una copa antes de cenar en el restaurante Nueva Orléans. ¿Quieres acompañarme?

Había hecho la invitación sólo por cortesía. Por eso se alegró de oír la respuesta:

-No tengo hambre. Y tú no eres muy bebedor, ¿cierto? Además, hablas raro, como los pitucos del este. No me explico cómo no me di cuenta antes. ¿De dónde dijiste que venías?

-No lo dije -esquivó Billy-. ¿Tiene alguna importancia?

-Supongo que no, pero... bueno, mira. -Clanton se irguió en la silla, acariciando automáticamente la culata del revólver, en tanto observaba a un alto desconocido que acababa de franquear las puertas de vaivén.- No es apache ni comanche, pero reconozco a los indios por el olor, a un kilómetro de distancia, y no hay mestizo que me engañe. Puede ser que esto se anime un poco.

-Oh, carajo -gruñó Billy. Luego repitió, mientras se encasquetaba el sombrero hasta las cejas, hundiéndose en la silla-: Oh, carajo, carajo.

Clanton le miró con cierto disgusto.

-¿Le conoces? ¿O te asustan los mestizos?

¡Y decían que el hermano lke era el bravucón jactancioso! Billy ya estaba harto de ese Clanton, fuera asesino o no.

-No seas tonto, hombre -dijo a su compañero, que era mejor y bastante más bajo-. Ese no es uno de tantos mestizos criados entre blancos. Ese era un auténtico guerrero cheyenne hasta hace pocos años. Y desde que se apartó de la tribu ha aprendido a usar muy bien ese revólver que lleva. Nunca he visto a nadie tan veloz.

La advertencia fue contraproducente, pues Clanton se consideraba muy rápido.

-Conque le conoces. Por casualidad, ¿anda buscándote?

Una mirada a la sonrisa expectante del muchachito hizo que Billy volviera a gemir por lo bajo.

-Que no se te ocurra.

-Es que viene hacia aquí.

Billy se arriesgó a echar un vistazo y se encontró empalado por esos ojos azules, tanto más intensos que los suyos. Si hubiera podido escurrirse debajo de la mesa, lo habría hecho.

-Colt -dijo angustiosamente, a manera de saludo. No recibió siquiera un gesto de cabeza como respuesta. Colt ya no le miraba: vigilaba a Clanton, que se estaba levantando. Antes de que el muchachito hubiera podido erguirse del todo, Colt ya tenía el revólver en la mano y le estaba dando órdenes de volver a sentarse. El jovencito lo hizo, con los ojos dilatados y bastante menos color en la cara.

Billy se levantó lenta, muy lentamente, pero se tranquilizó un poco al ver que Thunder enfundaba el revólver. Aún no había dicho una palabra y él estaba seguro de que no lo haría, por lo menos allí. Pero sí más tarde.

La cara de Clanton estaba recobrando velozmente el color, muestra de lo mucho que le enfurecía haber sido vencido con tanta facilidad, pero no trató de volver a levantarse. De cualquier modo, tampoco guardó silencio, puesto que había testigos, incluido Buckskin Frank Leslie, el tabernero de Earp. Nadie había dicho una palabra, pero el mestizo había llamado la atención al entrar y todas las miradas seguían fijas en él mientras obligaba silenciosamente al joven Clanton a echarse atrás.

-No tienes por qué acompañarle, Ewing; no importa lo que hayas hecho. Ahora tienes respaldo. Cuando yo cuente a mis hermanos...

-Olvídate del asunto, hombre -dijo Billy, con un suspiro que bien podía ser de alivio, puesto que la aparición de Colt acababa de sacarle de un aprieto. Hasta sonrió a su efímero amigo. -Tengo que acompañarle, sí.

-Pero qué, diablos...

-Oh, ya sé la que me espera, sí -le interrumpió Billy, ensanchando la sonrisa. Y por fin añadió:- Te diré: es mi hermano.

Librodot

7

Billy ya había tenido su fiesta. No sonreía cuando salió a la acera de tablas, frente al Oriental, para esperar que Colt franqueara de espaldas las puertas de vaivén. Le vio ponerse rápidamente a un lado antes de aflojar la mano que sostenía la pistola. El muchacho sintió cierta agitación en el estómago. ¿Colt Thunder allí? No tenía la menor esperanza de que se tratara de una coincidencia.

-¿Dónde está tu caballo? -preguntó Cott, seco.

Billy hizo una mueca al ver el gran Appaloosa calle abajo, frente a otra taberna.

-Vine caminando desde el hotel de Noble, donde me hospedo.

-Bien. Vamos.

Eran casi de la misma estatura, pero Billy tenía la sensación de tropezar con sus propios pies cuando trataba de seguir el paso a Colt, que marchaba por la acera.

-No imaginé que ella te enviaría a buscarme, Colt. Te lo juro.

-¿Creías que te seguiría en persona?

-¡No, desde luego! Supuse que escribiría a Jessie y que ella encargaría la búsqueda a Chase. Siempre se apoya en él cuando necesita ayuda.

-Eso fue antes de que se casara con Jessie. De cualquier modo, probablemente el encargado habría sido él, si hubiera estado en su casa. Pero no fue así. Y no fue tu madre la que me pidió buscarte, sino Jessie. Tuvo la loca idea de que te encontraría sin trabajo.

-Lo siento -dijo Billy, mansamente.

-Dame tiempo para decidir si te voy a reventar a palos o no, muchacho. Después veremos si lo sientes.

Billy hizo una mueca. Habría querido ver la expresión de Colt, pero el hombre aún le llevaba varios pasos de ventaja y hablaba sin mirar atrás. De cualquier modo, sin duda hablaba en serio. Lo que decidiera al respecto sólo dependía de su enfado. Pero bien pensadas las cosas, tampoco su expresión le revelaría nada. Colt era demasiado capaz de disimular sus emociones cuando así lo quería.

Los últimos años habían sido una sorpresa tras otra. Billy había sido criado en Chicago por Rachel, su madre, y por su padrastro, aunque por entonces no sabía que Jonathan Ewing era sólo su padrastro. También ignoraba que tenía una hermana. Sólo lo supo al morir el padre de Jessie, cuando Rachel viajó a Wyoming para actuar como tutora de la muchacha. En esa época Billy tenía sólo nueve años; conocer a alguien como Jessie fue una experiencia impresionante. El padre la había educado como a un varón, y ella manejaba el rancho heredado con tanta capacidad como cualquier hombre. Usaba pantalones de montar, llevaba revólver y sabía todo lo necesario sobre la cría de ganado. Billy la adoró; quedó encantado al saber que no eran sólo medio hermanos, sino hermanos de verdad, pues Thomas Blair había sido su verdadero padre.

Pero Rachel volvió a Chicago, llevando al niño consigo, y sólo un par de años después Billy volvió a visitar el rancho Rocky Valley. Allí estaba el día en que apareció Colt, aunque por entonces se llamaba Trueno Blanco.

Billy había oído hablar de él, por supuesto. El valiente guerrero cheyenne era íntimo amigo de Jessie desde hacía muchos años, aunque hasta entonces nunca hubiera ido al rancho. Pero en un principio Billy no supo de qué se trataba; después de enterarse de tantos problemas como estaban causando por entonces los sioux y los cheyennes, el ver un indio entrar a

Librodot

caballo con todo desparpajo le asustó, sobre todo puesto que no era obviamente, de los mansos.

Medio desnudo, con el pelo suelto hasta la mitad de la espalda, Trueno Blanco no tenía nada de manso... a menos que uno le viera conversando con Jessie en inglés. Y no era un inglés claro y gramatical, como el que se podía enseñar a un indio, sino con la entonación del Oeste, copia exacta de la candencia de Jessie; no cabía sorprenderse, después de todo, puesto que lo había aprendido de ella.

Billy, con sus once años, quedó tan fascinado por Thunder como antes por Jessle. No tuvo tiempo de presenciar su transformación en "hombre blanco"; por eso le reconoció a duras penas cuando Colt viajó al Este con Jessie y Chase, para asistir a la boda de Rachel con Carlos Silvela, el padre de Chase; había pasado menos de un año. Pero aún quedaba algo en él que impedía a Billy relajarse del todo en su presencia, a pesar de que se mostraba franco y cordial. Eso no desaparecería nunca; mucho menos ahora, después de ese problema que Colt había tenido en 1878 y que casi le costó la vida; ya no se mostraba despreocupado.

Fue entonces cuando Billy descubrió que Colt no era sólo el mejor amigo de Jessie, sino también su medio hermano. Y medio hermano del mismo Billy, pues Thomas Blair los había engendrado a los tres. Por desgracia, no por eso se sintió más a gusto con Colt; al menos, no tanto como Jessie. Por muy hermano suyo que fuera, Colt aún le asustaba más que diez Billy Clanton juntos, sin intentarlo siquiera.

Como si le hubiera estado leyendo la mente, su hermano mayor preguntó:

-¿Quién era ese acalorado amiguito tuyo?

Billy respondió sin pensar y se descubrió apretado contra la pared del establo por el que pasaban, con los puños de Colt aferrados a su camisa.

-¿Te olvidaste el sentido común en el Este, hijo? Antes de haber cruzado la mitad del territorio ya había oído hablar mucho de esa gente: sabía perfectamente que eran de mal vivir.

-Bueno, pues yo no -dijo Billy, a la defensiva-, Cuando me enteré ya era demasiado tarde. -Y añadió, sin poder sostener la mirada penetrante de Colt-. En cierto modo, me contrataron. Pensé que era para el trabajo del rancho.

-Pedazo de...

-Por Dios, Colt, yo no sabía en qué me estaba metiendo. Comenzaba a faltarme el dinero.

-Habría bastado con que cablegrafiaras a tu casa.

-Si lo hubiera hecho, habría tenido que volver a casa. Y dudo que mi madre esté dispuesta a compartir mi punto de vista.

-Que lo comparta o no... Oh, no importa.

Colt dejó a Billy en el suelo y echó un vistazo al Oriental; nadie había salido de allí desde que ellos lo hicieran. Continuó la marcha hacia su caballo, preguntando sobre el hombro:

-¿Renunciaste?

-Lo intenté, pero ya has visto lo acalorado que es Billy Clanton. No acepta que le contradigan.

-Está bien, no importa. Si alguien se opone a que abandones la ciudad, que se entienda conmigo. Liquidaremos tu cuenta en el Noble y...

Los pensamientos de Colt echaron a volar en cuanto vio un coche de color azul verdoso que venía por la calle, hacia ellos, rodeado por doce jinetes armados. Lo seguía otro vehículo, no tan grande, y un tercero. Cerraban la marcha tres grandes carretas colmadas de equipaje y provisiones. A su lado marchaban, llevados de la brida, cuatro de los pura sangre más estupendos que jamás se vieran al oeste del Mississippi.

-Por Dios, ¿qué diablos ... ?

Colt apenas oyó la pregunta de Billy. Debía de ser la misma que cruzaba la cabeza de todo el mundo, salvo la suya. En toda la calle, la gente se detenía, boquiabierta, se asomaba a las ventanas o salía de las tiendas para mirar mejor. Los niños de media ciudad corrían junto a la caravana, como si acabara de llegar un circo a la ciudad y ellos no quisieran perderse un momento de la fiesta.

-Pensé que habría llegado mucho antes -comentó Colt, distraído, con la mirada fija en el primer carruaje.

Billy le miró de reojo, como si le hubiera oído decir que la luna era verde.

-¿Conoces a esa gente?

Colt salió de su ensimismamiento y bajó de la acera para desatar a su caballo, de espaldas a la calle.... y a ella.

-Me encontré con las damas que van en el primer coche al otro lado del San Pedro. Necesitaban ayuda, pues se habían separado de los demás y el carruaje estaba volcado.

Billy notó que su hermano ignoraba deliberadamente el espectáculo de la calle.

-Así que al otro lado del río... ¿Y qué hacías tú tan hacia el oeste?

-Prefiero seguir un río antes que los caminos, De ese modo te encuentras con menos gente indeseable.

Billy hizo una mueca, captando la indirecta.

-¿Y quiénes son?

-Las señoras son inglesas. Con los acompañantes no trabé relación, pero por su aspecto son todos extranjeros.

-Eso creo -comentó Billy.

Estaba observando a uno de los carreros, que vestía una larga túnica blanca y una especie de pañuelo grande envuelto a la cabeza, en vez de sombrero. Los doce hombres de la guardia también lucían atuendos extraños: idénticas chaquetas rojas, con esclavinas rojas, pantalones de color azul marino con una banda de satén negro en la costura exterior y altos sombreros de aspecto militar.

-Oye, van a detenerse -observó el muchacho, sorprendido.

Colt giró en redondo, con un juramento.

-Caramba, esa mujer no puede ser capaz de... ¡Y delante de una taberna!

Ella lo hizo; uno de sus guardias se adelantó apresuradamente para abrirle la portezuela. Él llegó a ver por un momento esa gloriosa cabellera roja, antes de montar muy deprisa.

-Esa mujer -no tiene más sentido común que tú, Billy.

-¿Por qué lo dices? No ha hecho otra cosa que apearse y... y creo que viene hacia ti.

Colt se negó a mirarla otra vez. Ya se le estaba calentando la sangre, sólo por saber que ella estaba a pocos metros de distancia.

-No lo hará, si yo puedo evitarlo. Te espero delante de tu hotel.

Billy ensanchó los ojos:

-¿No piensas esperar a... ?

-Ya sabes cómo reaccionará esta gente si la ven dirigir la palabra a alguien como yo.

Billy se erizó; detestaba que Colt se degradara de ese modo.

-Tal vez ella pueda enseñar una o dos cosas a esta gente, que no sabe juzgar a un hombre por lo que vale.

Colt no se molestó en contestar. Apartó a su caballo y echó a andar por la calle. Billy se encontró frente a la pelirroja más hermosa que nunca viera. Ella se había detenido en medio

de la calle, con expresión de gran desilusión, y seguía a Colt con la mirada. Billy tuvo ganas de dar un puntapié en las posaderas a su hermano... aunque nunca se atrevería a hacerlo.

¿Y qué había ganado Colt con eso? De cualquier modo, todo el mundo la estaba mirando... y todos podían ver a quién miraba ella, con quién había tenido intenciones de hablar.

No con Billy, obviamente, pues una vez que Colt se hubo perdido de vista, la elegante pelirroja giró en redondo y, después de intercambiar algunas palabras con uno de sus guardias, volvió a su coche y continuó calle abajo.

8

Vanessa abrió la puerta de sus habitaciones, en el Grand Hotel.

Babette reía como una tonta en el pasillo, junto al señor Sidney, uno de los dos lacayos que rivalizaban constantemente por sus atenciones.

-Bueno, muchacha, vamos -dijo la condesa, impaciente, clavando en Sidney una mirada de severa desaprobación, que le puso en inmediata retirada-. He logrado que se acueste con una compresa fría, pero no se quedará tranquila mientras no sepa qué informes ha traído Alonso. ¿Sabes ya qué averiguó?

-Por supuesto -sonrió Babette. Sus artificiosos bucles rubios revolotearon al entrar ella en la habitación-. Alonso sabe dónde va el americano, pero cuánto tiempo estará ahí... -La doncella francesa se encogió de hombros.

-Bueno, mientras permanezca allí por el tiempo necesario para lo que ella piensa hacer... Aunque no imagino de qué se trata. Ya me ha dicho que él rechazó el empleo. -Vanessa frunció el ceño, contemplando la puerta cerrada del dormitorio de Jocelyn.- Pensándolo mejor, tal vez sería preferible que no volviera a verle. No la he visto llorar así desde aquellos primeros meses, tras la muerte del duque.

-Se explica, con todo lo que pasa hoy...

-Oh, lo sé, lo sé -replicó Vanessa, aún sorprendida de que ninguno de sus acompañantes hubiera recibido heridas serias en la emboscada. Dos de los hombres estaban heridos y en cama, con atención médica, pero podían reanudar el viaje si se presentaba la necesidad.

Pero no es por eso que lloró. ¡Qué descaro el de ese patán! ¡Dejarla plantada de ese modo!

-Quizá no la vio, ¿sí?

-Quizá.

Pero Vanessa no lo creía así, por cierto. Y aunque le sorprendía el interés de Jocelyn por ese hombre, no estaba segura de que fuera prudente darle rienda suelta, después de lo que le había oído decir sobre su encuentro con él. Se le antojaba demasiado... fuera de lo común.

-¿Averiguó Alonso qué es un mestizo?

Los ojos celestes de Babette se tornaron redondos al recordar esa parte del informe.

-Oh, sí, pero no le gustará, creo.

-Tampoco yo lo creo -comentó Vanessa, seca-. Anda, ven.

La condesa llamó suavemente a la puerta antes de entrar con la doncella en la habitación a oscuras. El sol ya se había puesto, pero quedaba un cielo de espliego en las ventanas abiertas, con suficiente luz para ver que Jocelyn no dormía. Por el contrario, estaba levantada y miraba a la camarera llena de expectativa.

Vanessa indicó a Babette que encendiera las lámparas. Luego dijo:

-Me he tomado la libertad de ordenar que se te sirva un refrigerio ligero, dentro de un rato. No sé qué piensas tú; por mi parte no tengo ganas de cambiarme para cenar.

Jocelyn miró a su querida amiga con el ceño fruncido.

-Eras tú la que debía acostarse. Vaya, sobre todo después del terrible dolor de cabeza que sufriste esta mañana. Yo no tengo nada...

-... que no se cure con un poco de comida y descanso -concluyó Vanessa, sin permitir discusiones.

Jocelyn suspiró. Cuando la condesa caía en una de esas actitudes maternales era mejor ceder. Y así estaba desde que Jocelyn sucumbiera a ese tonto arrebato de emociones, después de entrar en su cuarto. Volvió la mirada hacia Babette, que aún seguía pasando de una lámpara a otra. Sólo en esa habitación había seis.

El alojamiento era muy adecuado, contra lo que se les había advertido: que casi todas las ciudades del Oeste eran pequeñas y sus hoteles, más pequeños aún. Esa población, la primera en la que entraban, resultaba una agradable sorpresa, así como la diversidad de hoteles con que contaba. El Grand no podía competir con los lujosos establecimientos de la costa Este, pero al menos lo intentaba. Y les había sido posible alquilar toda la planta alta, lo que era ideal para mantener la seguridad.

-Basta ya, Babette -ordenó Jocelyn, impaciente-. ¿Cuánta luz requiere el informe de Alonso?

La francesita sonrió con descaro, ya descubierta su treta para demorar las cosas.

-No es tan malo. Al menos Alonso dice que es sólo cuestión de prejuicios. Al mestizo, se le considera igual al indio. Y al indio se le trata con desprecio y odio.

-¿Desprecio?

-Para disimular el miedo, ya sabe. Al indio todavía se le teme mucho aquí. Todavía asalta, mata y...

-¿Qué indio? Digo, ¿qué indios?

-Apaches. Oímos hablar de ellos en México, ¿no?

-Es cierto, pero no recuerdo haber oído decir que siguieran siendo tan hostiles.

-Sólo Jerónimo. Alonso dice que es renegado, con sólo un pequeño número de seguidores que se esconden en México y asaltan este lado de la frontera.

-Muy bien, pero Colt Thunder no es un mestizo apache, sino cheyenne -Señaló Jocelyn.- ¿Qué ha averiguado Alonso de los indios cheyennes?

-En esta zona no se les conoce.

-En ese caso ¿por que pensó el señor Thunder que yo debía desconfiar de él?

-Creo que no captas el asunto, querida -intervino Vanessa-. El prejuicio no es algo particular. Al parecer, a todos los mestizos se les trata del mismo modo en estos territorios del Oeste, sin que importe a qué tribu india pertenezcan.

-¡Pero eso es ridículo! -insistió Jocelyn-. Por no decir injusto. Además, no hay nada despreciable en Colt Thunder. Me pareció muy cortés... bueno, cortés, en general. Y me ayudó muchísimo. Buen Dios, ¡si hasta me salvó la vida dos veces en el curso de una hora!

También era impaciente, respondón, de mal genio y testarudo en todo lo que se refiriera a relacionarse con ella. Pero no valía la pena mencionar esos detalles.

-Mi querida Jocelyn, todos estamos agradecidos a esta persona por su oportuno socorro. Puedes estar segura. Pero él no pudo expresar con mayor claridad, esta tarde, lo que opina al respecto. No quiso hablar contigo.

-Ahora lo comprendo. Esta mañana se comportó del mismo modo, como si yo estuviera cometiendo alguna falta de decoro muy grave sólo por estar cerca de él. ¡Qué tontería!

-Por lo visto, él no piensa que sea tonto.

-Lo sé; él creyó protegerme al evitarme delante de la gente. Es muy digno de elogio por esa actitud, pero no me parece necesario en absoluto. No pienso dejarme influir por los prejuicios ajenos. Y me importa un rábano la opinión general. Si quiero relacionarme con ese hombre, lo haré. Nadie va a decirme qué puedo hacer y qué no.

Vanessa enarcó una dorada ceja al ver el gesto terco de Jocelyn. Cierta vez, durante la primera entrevista, el duque le había dicho que su esposa era muy dulce, dócil y flexible. Vanessa estaba en situación de pensar lo contrario.

Librodot

-¿Y qué tipo de relación tienes en mente? -preguntó, renuente, temerosa de saberlo por anticipado.

Jocelyn se encogió de hombros, aunque en sus ojos verde lima se veía una chispa evidente.

-Oh, no lo sé. Tal vez lo que estábamos analizando esta mañana.

-Temía que me respondieras eso.

9

-Atiendo yo -anunció Billy.

Y saltó de la cama en donde estaba tendido, observando a Colt, que se rasuraba los pocos pelos de la cara, puesto que no tenía tiempo para arrancarlos, como era su costumbre.

Pero antes de haber tocado el pomo de la puerta, el muchacho oyó el sonido característico de un revólver amartillado y comprendió que acababa de cometer otra tontería. Cuando uno está en una ciudad en donde se esperan problemas, no abre su puerta sin preguntar quién llama o, tal como acababa de hacer Colt a su espalda, prepararse para cualquier posibilidad. Y Billy Clanton aún no había abandonado la población. Era improbable que hubiera seguido a Billy hasta esa pensión, pero podía ser.

Pensó que Colt volvería a regañarle como la noche anterior, por haber olvidado echar la llave al cuarto que compartían. Sin embargo esa mañana parecía estar de mejor ánimo, pues se limitó a decir, al verle vacilar ante la puerta:

-Abre, pero mantente fuera de la línea de fuego.

Billy tragó saliva ante el consejo, pero quitó la llave y abrió de par en par, manteniéndose detrás de la puerta. Mientras estuvo solo no se había preocupado por esas cosas; no buscaba el peligro detrás de cada esquina, como le había enseñado Jessie. Era un milagro que hubiera sobrevivido hasta ese momento.

De cualquier modo, esa vez la precaución parecía innecesaria. En el pasillo había dos hombres, ninguno de los cuales era el joven Clanton, y ambos habían quedado inmovilizados al ver a Colt en el otro extremo del cuarto, con un revólver apuntado hacia ellos, vestido sólo con pantalones y botas indias. A Billy le extrañó verle enfundar el arma de inmediato, guardándola en la pistolera que había colgado del lavabo. Un segundo después él también reconoció esas chaquetas rojas. Los hombres aún no habían abierto la boca, aunque ya no había arma apuntada contra ellos, pero era comprensible. Si el revólver los había sobresaltado, el ver la espalda de Colt en el momento de volverse éste para enfundar el arma debía de haberlos enmudecido.

Convenía que Colt no cayera en la cuenta de eso. Si había algo que le enfurecía hasta la demencia era que alguien mirara sus cicatrices con horror. Jessie decía que se relacionaba con su orgullo: no quería que nadie supiera cuánto dolor había debido sufrir para que su espalda tuviera ese aspecto. De cualquier modo, Billy sabía hasta qué punto se ponía a la defensiva cuando detectaba la más leve compasión dirigida hacia él. Prefería el odio a la piedad.

El muchacho se apartó de la puerta, obligando a los dos hombres a centrar sus miradas en él y no en su hermano. Apelando a sus mejores modales, preguntó cordialmente:

-¿Podemos serles útiles en algo, señores?

El más alto de los dos tenía la estatura de Billy, pero su edad se aproximaba a la de Colt; llevaba muy corto el pelo castaño y sus ojos eran del mismo color. Aún desconcertado por lo que acababa de ver, respondió a la pregunta:

-Bueno... ¿Colt Thunder no será usted, por casualidad?

Lo preguntó con tanta esperanza que Billy no pudo dejar de sonreír.

-Temo que no.

Los dos guardias intercambiaron una mirada. Su incomodidad era palpable, pero al fin el más alto dijo:

Librodot

-Ya lo suponía, pero... bueno, no importa. -Se inclinó hacia un lado para echar otro vistazo a Colt. Luego irguió la espalda para decir, con voz más potente.- Si su compañero es el señor Thunder, tenemos un mensaje para él.

La sonrisa de Billy se hizo más ancha. No pudo resistirse a la tentación de repetir ese apelativo, aunque sabía que Colt detestaba oír ser llamado así.

-Señor Thunder, vienen por ti.

-Ya lo he oído, pero no me interesa.

El muchacho giró en redondo, borrada la sonrisa. Colt se estaba poniendo la camisa. Si su hermano no tenía interés, él se moría de curiosidad, pues sabía perfectamente quién había enviado a esa gente.

-Oh, vamos, Colt. Es sólo un mensaje. No te pasará nada por escucharlo.

Colt se adelantó con expresión inescrutable, aunque Billy reconoció en él las señales sutiles de la impaciencia. Su hermano se había limitado a meter la camisa dentro de los pantalones, sin molestarse en abotonarla. El hecho de que ambas prendas fueran negras justificaba, tal vez, que los dos ingleses hubieran retrocedido cautelosamente un paso al verle llenar el vano de la puerta; sin embargo, probablemente eso era obra de su intimidante tamaño.

-Veamos -ordenó, seco.

El hombre más alto carraspeo; al parecer estaba encargado de hablar por los dos.

-Su Gracia, la duquesa viuda de Eaton, solicita de usted el honor de...

-¿La qué? -interrumpió Colt, en el mismo instante en que Billy soltaba un juramento-. ¡Caray, una duquesa británica!

-¿O sea que tú...?

-No, claro que... ¿cómo ibas a... ?

-Suéltalo de una vez, hijo, antes de que te atragantes.

Billy se ruborizó, pero estaba demasiado excitado para dejarse apabullar.

-Una duquesa es un miembro de la nobleza de Inglaterra, la esposa de un duque. La nobleza de Inglaterra tiene diferentes grados de importancia: hay barones, condes, etcétera. Se los podría comparar con los jefes de tribu y los líderes de guerreros. Pero no se puede ser más importante que un duque o su duquesa, a menos que uno sea miembro de la familia real.

Colt frunció el ceño, pero dirigió el gesto a los dos mensajeros.

-¿Es cierto lo que dice el muchacho?

-Bastante acertado -replicó el portavoz, decidiendo que no valía la pena aclarar lo del grado de influencia y la magnitud de las propiedades, puesto que sólo deseaba salir de allí cuanto antes-. Bueno, señor Thunder, tal como le decía, Su Gracia solicita de usted el honor de su compañía a la hora del almuerzo en el restaurante Mais... Meis...

-Maison Dorée -colaboró su compañero, con un susurro.

-Eso es: el restaurante Maison Dorée.

EL hombre terminó con una sonrisa. Colt miró a su hermano, que había vuelto a sonreír con toda la cara.

-Quiere que almuerces con ella -aclaró el chico.

-No -dijo Colt, simplemente. Y comenzó a darse la vuelta.

-¡Un momento, señor Thunder! Para el caso de que usted rechazara la primera invitación, se me han dado órdenes de extenderle otra. Su Gracia tendría sumo placer en recibirle en sus habitaciones del Grand Hotel, cuando a usted le parezca conveniente, desde luego.

-No

-¿Que no?

-No voy a encontrarme con esa mujer en ninguna parte, a ninguna hora. ¿Está claro?

Los dos mensajeros parecían atónitos, pero no por su negativa. Eso quedó en evidencia cuando el portavoz observó:

-Hay maneras correctas de referirse a una duquesa, señor. Puede decir Su Gracia, Su Señoría y hasta Lady Fleming, pero jamás “esa mujer”. No es lo que se estila, señor.

-No puedo creer lo que estoy oyendo -murmuró Colt. Esa vez sí les volvió la espalda-. Deshazte de esta gente, Billy.

El muchacho no habría podido decir quién le desilusionaba más: si Colt, con su indiferencia hacia una auténtica duquesa, realmente encantadora por añadidura, o el mensajero con su esnobismo.

-No ha estado usted muy feliz, señor...

-Sir Dudley Leland, señor -aclaró el de la chaqueta roja, con aire de importancia-. Segundo hijo del conde de...

-Caramba, hombre, usted no entiende, ¿verdad? Estamos en Norteamérica. Por si usted no lo recuerda, hace unos cien años libramos una guerra contra sus antepasados justamente para eliminar las diferencias de clase. Sus títulos pueden impresionar a las matronas de la costa Este, pero para un guerrero cheyenne no significan nada.

-Ah, tiene usted mucha razón, señor. Le ofrezco mis disculpas. Pero aún tengo otro mensaje para su amigo, aquí presente.

Billy echó un vistazo a Colt. Estaba de pie ante la única ventana del cuarto, contemplando el lote baldío vecino a la pensión de Fly.

Allí no había más que una oficina de análisis de metales; como el panorama no ofrecía ningún interés, Colt tenía que haber escuchado a Sir Dudley, pero no pensaba dar señales de eso.

-Será mejor que yo me encargue de transmitírselo -sugirió.

Sir Dudley comprendió que Colt oía la conversación, de modo que hizo un gesto afirmativo. También él notaba que Colt le escuchaba perfectamente; aun así dirigió el mensaje a Billy.

-Su Gracia previó que ambas invitaciones podían ser rechazadas.

En ese caso, mis instrucciones ordenan informar al señor Thunder que Su Gracia ha hecho averiguaciones, tal como él sugirió y ha recibido un informe completo sobre los prejuicios vinculados a su estirpe.

Desea asimismo hacerle saber que no comparte en absoluto esos prejuicios, y expresar su esperanza de que el señor Thunder, teniendo eso en cuenta, acepte una de sus invitaciones.

El hecho de que Colt no se apartara de la ventana tras ese discurso demostraba que no iba a aceptar ninguna. Sin embargo, Billy notó que tenía las manos apretadas al marco y que se había puesto tenso.

-Creo que ya tienen ustedes la respuesta, caballeros -dijo, en voz baja-. Pueden informar a la duquesa...

-No me hagas decir lo que no he dicho, hijo -se oyó, casi en un rugido-. No hay respuesta. Y ahora ¡cierra esa condenada puerta!

Billy miró a los mensajeros encogiéndose de hombros, como para darles a entender que no compartía esos malos modales. Aun así les cerró la puerta en las narices. Luego empezó a contar en silencio, con calma. Trataba de llegar a cincuenta, pero iba por diez cuando estalló:

-Nunca en mi vida he tenido la desgracia de presenciar una conducta tan grosera, despreciable y ridícula. Para colmo, apostaría a que lo hiciste a propósito. Pero ¿por qué, en nombre de Dios? Sabes lo que van a decir a esa señora y... Y de eso se trata, ¿verdad?

Librodot

-Parloteas demasiado -criticó Colt, alargando la mano hacia su pistolera.

Billy movió la cabeza.

-Mira, no lo comprendí ayer y tampoco lo comprendo ahora, qué demonios. Pude ver bien a esa dama y tuve la sensación de que me habían dado un garrotazo. Es bellísima...

-Y blanca -interrumpió Colt. Terminó de abrocharse el cinturón y fue en busca de las alforjas, que había dejado a los pies de la cama.

Billy quedó mudo. De pronto comprendía perfectamente la conducta de su hermano. Y le parecía detestable. Nunca había podido soportar el rencor de Colt, ese rencor que se remontaba al doloroso momento en que había estado a punto de morir. Billy amaba a su hermano; en su opinión, no había hombre más digno, valiente y leal; por eso le hería en lo más hondo ver que se denigrara así, adoptando la actitud de esos blancos ignorantes y llenos de prejuicios, que le ponían en un pie de igualdad con la escoria de la tierra.

-¿Acaso se me escapó algo de lo que se dijo? Habría jurado que, según su mensaje, a la señora le importa un rábano qué tipo de sangre corra por tus venas.

-Se siente obligada, Billy -respondió Colt, sin alterarse-. A eso se reduce todo.

-¿Te parece? ¿Y por eso te mostraste tan grosero y malhumorado con sus sirvientes? ¿No quieres aceptar su gratitud? ¿Y es por eso que ella está tan deseosa de volver a verte? ¿Sólo para expresar su gratitud? No bromees, Colt..

-No bromeo. Ya ves que te dejo conservar los dientes. Ahora baja al establo O.K. y retira nuestros caballos. Te esperaré en la calle dentro de quince minutos. Si nos damos prisa, llegaremos a Benson con tiempo para un almuerzo tardío.

“Si, matando a los caballos”, gruñó Billy para sus adentros. Puesto que ya era casi mediodía y Benson estaba a más de treinta kilómetros hacia el norte, sólo de ese modo podrían llegar. No, no debía ser injusto. Colt no era capaz de descargar su mal humor con su caballo. Pero estaba muy decidido a salir de Tombstone cuanto antes. ¿Antes de que la duquesa ideara otro modo de verle? Colt ya había salido del cuarto para pagar la cuenta, de modo que el muchacho recogió sus cosas y salió por la parte trasera, como se le había indicado. El establo no estaba muy lejos. Camillus S. Fly tenía una galería fotográfica en la trastienda de su pensión. Más atrás estaban la caballeriza O.K. y su corral, bien en el centro de la manzana, donde se podía llegar por cualquier lote baldío de las calles 3, 4, Fremont y Allen.

Billy volvió a la calle Fremont con tiempo de sobra, Pero sin los caballos, según pudo comprobar Colt al salir de la pensión.

-No me mires así -protestó el muchacho-. A mi caballo se le cayó una herradura cuando salíamos. Tardará sólo un par de horas...

-¿Un par de horas?

-El herrero está ocupado -explicó Billy-. Fue él quien calculó el tiempo, no yo. ¿Qué te parece si optamos por almorzar temprano?

Te desafío a unas partidas de billar en la tienda de Bob Hatch, la de la calle Allen.

-Te estás buscando problemas, muchacho -respondió Colt, pero su expresión ya no era tan ceñuda como antes.

-No creo que tropecemos con el joven Clanton, si a eso te refieres. -Billy sonrió ampliamente.- Acabo de enterarme de que su hermano lke fue golpeado por uno de los hermanos Earp, esta mañana, y llevado ante el juez, que le puso una multa. Debe de haber sido Wyatt. Dicen que le encanta ablandar cabezas duras. Probablemente Billy ha vuelto al rancho, llevando a su hermano. Bien, ¿dónde prefieres comer? ¿En el Maison Dorée?

La respuesta fue un suave puntapié en el trasero.

10

La sombrerería de la señora Addie Bourland estaba flanqueada por las oficinas de una línea de diligencias y el consultorio de un médico, sobre la calle Fremont. Jocelyn no necesitaba en absoluto un sombrero nuevo, pero allí estaba para encargar uno, dos o diez: todos los que hicieran falta para mantenerse allí hasta que viera a Colt Thunder, entrando en su pensión o saliendo de ella, en la acera de enfrente. Vanessa le había sugerido que se presentara en su umbral, sencillamente, pero ella vacilaba. Los hombres enviados esa mañana no habían sido bien acogidos; no había motivos para pensar que a ella le iría mejor. No, lo mejor era un encuentro casual en la calle. Y si poco tenía de casual, el señor Thunder no lo sabría. Ella no se dejaría ignorar otra vez.

Había llegado en su carruaje poco antes de las dos, pero la multitud de curiosos se diseminó cuando ella despidió al coche. Por lo tanto, nada indicaba que ella estuviera atrincherada en la sombrerería. Los guardias eran una necesidad de la que no podía prescindir: seis, para esa salida. Estaban apostados en las puertas principal y trasera; los de la calle trataban de no llamar la atención, pero no lo conseguían. Para empezar, habían azorado mucho a la señora Bourland, que no estaba habituada a ver su tienda invadida por tantos hombres. Hasta uno solo resultaba una rareza. Pero acabó por ignorarlos, pues la perspectiva de un encargo tan grande concentraba toda su atención.

Mientras Vanessa, desde la ventana, esperaba la aparición de Colt, Jocelyn mantenía ocupada a la señora Bourland con la vasta selección de plumas, flores, colores y materiales disponibles. Nunca se mostraba tan indecisa al elegir, pero esta vez no tenía idea de cuánto tiempo tendría que permanecer allí. Demoró todo lo posible en explicar los complicados estilos europeos que prefería, pero aún no bastaba. Esas fingidas indecisiones estaban frustrando a la propietaria, pero no había remedio. Si Colt no aparecía antes de la hora de cerrar...

-Jocelyn, querida, creo que deberías echar un vistazo a esto -la llamó Vanessa desde la ventana-. Parece que esta punto de ocurrir algo... desacostumbrado.

La joven se acercó a la ventana, seguida inmediatamente por Addie Bourland. De inmediato vio lo que había llamado la atención de su compañera. Cuatro hombres vestidos de negro caminaban por el centro de la calle, a paso lento, pero decidido; se les veía idénticos: los mismos sombreros Stetson, las mismas corbatas de lazo fino, los mismos bigotes caídos, por no mencionar sus armas, de aspecto letal. No tan elegantes resultaban los cinco individuos que parecían esperarlos en el lote baldío de enfrente.

-¡Ha llegado el momento, buen Dios! íEl grande!

-¿Qué cosa es grande? -inquirió Jocelyn.

-El gran ajuste de cuentas -explicó Addie, sin apartar la mirada de la calle-. Hace tiempo que lo esperamos.

-¿Y qué es un ajuste de cuentas? -preguntó Vanessa a la sombrerera.

La mujer la contempló con extrañeza por un momento. Luego rió entre dientes.

-Ya me parecía que ustedes hablaban de un modo raro, señoras. No son de la zona, ¿eh? -Pero no aguardó la respuesta.- Un ajuste de cuentas es una pelea a balazos. Ese es Virgil Earp, nuestro alguacil, que viene con sus hermanos Wyatt y Morgan. El que lleva el fusil es el doctor Holiday, un buen amigo de los Wyatt.

-¿Y un médico va a participar en un tiroteo? -Vanessa nunca había oído nada tan poco ético.

-En el Este era dentista, señora. Ahora se gana la vida con los naipes. Me extraña verle levantado tan temprano. Ese hombre es ave nocturna.

-¿Y los caballeros que parecen esperar escondidos?

-¿Caballeros, esos rufianes? -bufó Addie-. ¡Alborotadores sin conciencia, eso es lo que son! Verdaderos ladrones y forajidos. Son de la banda de Clanton. -Ante la mirada interrogante de Vanessa, aclaró:- lke y Billy Clanton, Frank y Tom McLaury. Y parece que hoy los acompaña el joven Billy Claiborne. Sin duda hace muy poco que las señoras han llegado a la ciudad, si no saben quiénes son los de la banda de Clanton. Son archienemigos de los Earp.

-En verdad llegamos apenas ayer por la tarde. Pero si el señor es representante de la ley, como usted dice, ¿por qué han de enredarse en un ajuste de cuentas, utilizando sus propias palabras? ¿No es más lógico suponer que el alguacil sólo tiene intenciones de arrestar a esos hombres?

-Oh, probablemente ésas sean sus intenciones, sí, pero no es tan sencillo. Esos muchachos de enfrente no se dejarán arrestar así sin más. Si esperan allí es porque piensan escapar a disparo limpio. Apostaría mi tienda. Como he dicho, hace ya mucho tiempo que esperamos esto.

Vanessa intercambió una mirada con Jocelyn. Ninguna de las dos sabía si tomar a la mujer en serio o no. En verdad, nunca habían visto a tantos hombres exhibir armas tan flagrantemente como allí, en Tombstone. Dondequiera que una mirara veía siempre lo mismo. Pero sin duda eso tenía una causa, y la causa no debía de ser ese posible "ajuste de cuentas".

Los cuatro señores vestidos de negro estaban ya muy cerca del baldío. Jocelyn, fascinada, les vio girar en redondo, abrirse en semicírculo, de espaldas a la sombrerería. Los cinco bandidos también se abrieron en semicírculo, frente a frente. Alguien gritó una orden, algo sobre arrojar las armas. No fue atendida. Antes de que Jocelyn pudiera prever lo que iba a ocurrir, se inició el tiroteo.

Uno de sus guardias la apartó bruscamente de la ventana, arrojándola al suelo o poco menos; lo mismo ocurrió con Vanessa y con Addie Bourland, que protestó. A Jocelyn no se le ocurrió protestar, pues había oído una bala perdida, por lo menos, hundirse en el muro frontal de la tienda. Los disparos parecían no tener fin, aunque el terrible ruido se prolongó apenas por un treinta segundos. De cualquier modo, no se le permitió levantarse sino cuando uno de sus hombres hubo comprobado que la escena había terminado de verdad.

Por entonces Addie había logrado desasirse y estaba otra vez ante la ventana, contando ávidamente los cuerpos.

-Parece que cayeron los dos McLaury. Y también el joven Clanton.

Debería lamentarme por ese niño; no debía de tener más de dieciséis años. Pero su padre fue mala persona y así lo crió. ¿Qué se podía esperar de él?

Jocelyn no esperaba que se le brindaran los sangrientos detalles.

Por Dios, ¿cómo era posible que un niño de dieciséis años hubiera muerto allí?

-Creo... creo que deberíamos volver al hotel -sugirió, con voz trémula.

-Será mejor que esperen un momento -replicó Addie-. lke y el joven Claiborne escaparon, pero nunca se sabe. Al menos, esperen a que los Earp abandonen la escena. Ahora están ayudando a Morgan. Parece que recibió un balazo en el hombro. Creo que el alguacil y el doctor también están heridos, pero se mantienen de pie: no puede ser grave. -Por fin rió entre dientes.- No, las heridas no son graves. Se van caminando, y la calle se ha llenado de curiosos. Creo que voy a conversar un rato con el señor Fly. Parece que lo vio todo desde cerca.

Había olvidado su venta, pero no dejó de clavar una mirada fulminante en el pobre Sir Dudley, por haberse empeñado en protegerla. Salió bruscamente, dejando la puerta abierta de

par en par. El olor de la pólvora invadió la tienda, haciendo que Jocelyn se sintiera descompuesta.

Vanessa, decididamente pálida, se llevó a la nariz una pañuelo perfumado.

-No sé qué opinas tú, Vana, pero no me interesa permanecer un momento más aquí. ¿Te molestaría caminar? Tardaríamos demasiado en pedir el coche.

El carruaje habla sido enviado a esperar en la calle Safford, donde no llamara la atención, pero Vanessa se apresuró a mostrarse de acuerdo. No quería pasar un momento más allí. Y los guardias de Jocelyn, siempre diligentes y atentos a los deseos de la señora sin necesidad de que ella dijera nada, ya estaban saliendo de la sombrerería para despejar el paso en la acera, realmente atestada.

Fue la aparición de esas chaquetas rojas lo que llamó la atención de Billy Ewing, dede la acera de enfrente. Hasta allí le habían empujado, mientras contemplaba el cadáver de Billy Clanton, su efímero compañero, que sangraba por el pecho y el vientre. Apenas pudo retener el almuerzo que había consumido poco antes. Necesitaba desesperadamente algo que le distrajera, y la silueta que esperaba ver a continuación vino a satisfacerle. Sin pérdida de tiempo, cruzó la calle. Allí estaba cuando las dos señoras se reunieron con la custodia en la acera.

A juzgar por el aspecto de ambas, no estaban más habituadas que Billy a ver cadáveres tendidos en la calle. Estaban pálidas; la mayor parecía a punto de desmayarse. Ninguna de las dos miró hacia el otro lado de la calle, aunque de cualquier modo no habrían visto nada entre la multitud que rodeaba los cuerpos. Sin embargo, era obvio que sabían perfectamente lo ocurrido, aunque no lo hubieran presenciado con sus propios ojos.

Billy subió de un brinco a la acera en cuanto pudo ver hacia dónde se dirigían y resistió el empellón que le dieron los dos guardias que abrían la marcha. Esos y los otros cuatro formaban un cerrado círculo en torno de las damas, con expresiones muy poco amables.

Billy lamentó que Colt no estuviera a su lado. Pero su hermano iba rodeando la multitud reunida en el lote, llevando a los caballos hacia la calle. Aunque viera a Billy, difícilmente iría a reunírsele.

Unos de los guardias llegó al extremo de asir a Billy por la pechera de la camisa, sin darle tiempo a decir una palabra. Antes de que pudiera apartarle del paso, Sir Dudley, que cerraba la marcha, ordenó:

-Déjalo, Robbie. Es el caballero que estaba con ese Thunder, esta mañana.

Por fortuna para Billy, el pelirrojo Robbie le dejó inmediatamente sobre sus pies. Hasta le acomodó la camisa que había arrugado con sus grandes puños, dedicándole una gran sonrisa a manera de disculpa. Era el más corpulento de los guardias presentes; medía un metro ochenta, por lo menos; bajo ninguna circunstancia un flacucho de diecisiete años habría podido medirse con él. Pero Billy no tenía intenciones de provocar disturbios. Sólo quería presentarse a la duquesa, con la esperanza de poder borrar, con algunas palabras, la imagen de muerte que llevaba grabada en la mente. Por desgracia, no se le había ocurrido que ella también pudiera estar alterada; ése no era momento para detenerse a charlar amistosamente, en el caso de que ella se dignara dirigirle la palabra.

Sin embargo se volvió hacia él. No iba tan distraída que no hubiera escuchado el comentario de Dudley.

-¿Conque usted es amigo del señor Thunder?

Los dos guardias de delante se habían apartado de inmediato, para que ella pudiera acercarse a Billy. Vista desde cerca era aún más bella de lo que él creía. Esos ojos increíbles parecían relumbrar a fuer de claros. El jovencito llegó a notar que una seda de color verde, mucho más oscuro que los ojos, modelaba las delicadas curvas de una silueta esbelta; de cualquier modo, no podía apartar los ojos del rostro. Pasaron largos instantes antes de que pudiera responder.

Librodot

-No sé si corresponde decir que soy amigo de él, Lady Fleming. Colt y yo somos hermanos.

-¡Hermanos! -exclamó ella, sorprendida-. Pero usted no se le parece en absoluto. ¿Usted también es mestizo?

Billy estuvo a punto de reír. En el Oeste nadie hubiera formulado esa pregunta. Se daba por sentado que los mestizos se reconocían a primera vista. Y el que lo parecía lo era sin más.

-No, señora -respondió Billy, descubriendo con sorpresa que había descartado la entonación abreviada del Oeste, recuperando el buen idioma aprendido en la costa Este como respuesta al tono culto de la joven-. Colt y yo somos hijos del mismo padre, pero no de la misma madre.

-En ese caso es la madre del señor Thunder quien es cheyenne -comentó ella, casi para sus adentros-. Sí, ha de parecerse a ella. Pero los dos tienen ojos azules, aunque no del mismo... Perdone usted. No era mi intención explayarme así.

Billy sonrió ante el ligero rubor que había coloreado las mejillas de la duquesa al cobrar conciencia de sus divagaciones.

-No tengo nada que perdonar, señora. Colt heredó los ojos de un antepasado de nuestro padre. Me han dicho que Thomas Blair también tenía ojos de turquesa. Sólo Jessie heredó su color de pelo y de ojos.

-Jessie... Sí, su hermano me la mencionó ayer, cuando nos conocimos. Pero si no le importuno con mis pregunas, ¿Por qué ha dicho usted que sólo sabe el color de ojos de su padre por lo que le dijeron? ¿No le conoció?

-Mi madre le abandonó antes de que yo naciera y me crió en el Este. Pasaron varios años sin que yo supiera de su existencia ni de la de mi hermana mayor. Y aún tardé varios años más en descubrir que tenía un medio hermano. Como usted verá, los tres crecimos separados. Jessie fue educada por nuestro padre en un rancho ganadero de Wyoming. Colt creció con la tribu de su madre, en las planicies del norte, mientras que yo vivía en una mansión de Chicago. Los porqués de todo esto son algo complejos.

-Todo esto es fascinante, joven -comentó Vanessa, a esas alturas.

-No quisiera ser grosera, pero estamos algo deseosas de abandonar cuanto antes este... este sitio. Sin duda alguna, la duquesa se mostrará encantada de continuar esta conversación, pero en un ambiente más tranquilo. Si gusta usted, puede acompañarnos a nuestro hotel.

-Por mucho que lo deseara, señora, temo que no me es posible. Colt me está esperando. -Su rápido vistazo a lo acera de enfrente expresó dónde era esperado.- Sólo quería explicar su conducta de esta mañana y asegurarle, lady Fleming, que él no tiene nada contra usted, personalmente. Alberga ciertas ideas fijas, ¿sabe usted?, y...

Billy dejó de hablar, pues la señora ya no le estaba prestando atención. Había seguido la dirección de su mirada hacia el otro lado de la calle y la mantenía allí, fija en Colt, que la observaba con la misma fijeza. Pero era obvio que su hermano se limitaría a eso. No había hecho un solo gesto de saludo, no movía un músculo; esperaba con paciencia, reteniendo a los caballos por la brida, a que Billy terminara sus relaciones sociales y fuera a reunirse con él. ¿Con paciencia? Nada de eso. Colt debía de estar furioso, sólo que su expresión nunca lo revelaba.

-¿Acaso se va de la ciudad?

No era difícil sacar esa conclusión, pues ambos caballos estaban ya cargados con lo necesario para el viaje. La expresión y la voz alarmada de la duquesa sorprendieron a Billy. ¿Qué interés podía sentir una dama como ella por alguien como Colt? Apenas le conocía.

El muchacho se sintió incómodo; adivinaba la reacción que provocaría con su respuesta.

-A Colt no le gustan las ciudades, señora, sobre todo las que no conoce. Si vino a ésta fue sólo por buscarme. Ahora que me ha encontrado no ve la hora de partir otra vez. Ya lo habríamos hecho, a no ser porque mi caballo perdió una herradura.

-El señor Thunder obra de modo muy acertado -comentó Vanessa-. Por mi parte, me gustaría abandonar esta ciudad de inmediato.

-Pero aún no tenemos guía -replicó distraídamente la duquesa a su amiga.

-¿Hacia dónde vais, señora, si puedo preguntarlo?

Jocelyn vaciló apenas un momento antes de decir:

-A Wyoming.

Billy no fue el único sorprendido por la respuesta, pero sí fue el único que hizo comentarios, y sin la menor sospecha.

-¡Qué coincidencia! -exclamó, con infantil deleite-. También nosotros vamos hacia allí; al menos, Colt, puesto que aún no me ha dicho si va a enviarme a casa o no. Es lástima que no podamos viajar todos...

No terminó ese pensamiento; cayó en la cuenta, justo a tiempo, que no tenía derecho a invitar a nadie, sobre todo a una mujer que Colt evitaba por todos los medios posibles. Pero ya había dicho demasiado. Ella se arrojó sobre la idea sin darle la menor oportunidad de corregir su equivocación.

-Me parece una idea maravillosa, señor... Blair, ¿verdad?

-Ewing -corrigió él, con una sensación muy desagradable en el estómago-. Adopté el nombre de mi padrastro.

-Pues bien, señor Ewing, usted es nuestro salvador -continuó la mujer, precipitadamente-. Estoy de acuerdo con la condesa en que no podemos permanecer más en un sitio tan violento. Y no tardaremos nada en prepararnos para partir.

-Pero...

-Oh, no tema que nos aprovechemos de su buena disposición, señor. En absoluto. Puesto que necesitamos realmente un guía, usted debe permitirme que le contratemos, junto con su hermano, con esa finalidad. Podemos pagarle muy bien para compensar la obligación de soportarnos por el tienipo que tardemos en llegar a Wyoming.

-Pero...

-Oh, no, no puede rechazar la paga. Insisto, de veras. De otro modo sentiría que molesto. Bien: si usted nos espera delante del Grand Hotel dentro de una hora, no retrasaremos su partida ni un instante más. Hasta entonces, señor Ewing.

Pasó junto a él con un gesto de despedida y desapareció antes de que él pudiera pronunciar otro “pero”, aunque uno más habría servido de tanto como los otros. Billy quedó de pie en la acera, solo... y mirando a Colt, con la calle por medio. ¡por Dios! ¿Qué demonios había pasado? No era posible que hubiera aceptado escoltar la duquesa y a su grupo hasta Wyoming, ¿verdad? Pero tampoco se había negado.

Con los pensamientos convertidos en un torbellino, Billy seguía sin dar un paso. Pero Colt, al verle solo, cruzó hacia él llevando a los caballos de la brida.

-Monta, hijo.

Así. Ni siquiera tenía curiosidad por saber qué había hablado Billy con la duquesa; en todo caso, si sentía curiosidad no tenía intenciones de saciarla. Para Billy habría sido más sencillo que le gritara diez insultos distintos por acercarse a esa mujer. Se sentía idiota, por cierto. La dama le había envuelto. Ahora él tendría que hacer otro tanto con Colt.

-No... eh... todavía no podemos partir, Colt.

-¿Cómo que no?

Billy gruñó para sus adentros, pero se lanzó de cabeza.

-En cierto modo, he aceptado llevar a la señora hasta Wyoming con nosotros.

Hubo un largo silencio, crepitante de tensión, en tanto el muchacho aguardaba el estallido. Por fin, el comentario de Colt fue apenas un susurro:

-Tal como, en cierto modo, aceptaste trabajar pan los Clanton.

-Bueno, en realidad ella no me dio la menor posibilidad de aceptar o no. En cierto modo, lo dio por seguro.

-Monta tu caballo, Billy -fue cuanto dijo el mayor.

-¡Pero esto es diferente! Ella ha ido a su hotel para preparar el equipaje. Nos esperará allí dentro de una hora.

Colt montó tranquilamente su caballo antes de contestar.

-Comprenderá que ha cometido un error cuando salga y no nos vea, ¿no es cierto?

Eso era muy cierto y resultaba la forma más sencilla de evitar el problema. Salvo que...

-No comprendes, Colt. Esas damas tienen miedo de permanecer aquí después de lo que han presenciado. Quieren abandonar la ciudad hoy mismo, con guía o sin él. ¿Dejarías que crucen este país solas, sin saber nada de él, qué peligros acechan, cómo reconocer las señales de indios, nada? Acabarán perdiéndose, se ahogarán por cruzar algún río por donde no debían o serán víctimas de algún asalto. Ya sabes que hay cientos de bandidos que operan en esta zona. Bastará con que pidan indicaciones a quien no corresponde para que caigan en una trampa. Son novatas, Colt: cien veces más novatas que yo.

Algo debió de llegar a la conciencia de Colt, pues a esas alturas perdió los estribos.

-¡Le dije que no estaba disponible, maldición!

-Pero ¿sabías que ella iba a Wyoming? Y dice que paga muy bien. Ya que te has tomado tantas molestias al hacer este viaje, al menos podrías obtener alguna ventaja.

Recordar a Colt los motivos por los que estaba allí no era, quizá, lo más prudente. Billy se sintió aplanado por aquella mirada. Pero Colt dio un tirón a las riendas... y se dirigió hacia el Grand Hotel.

11

Billy debería haber previsto que Colt no sería tan fácil de convencer. No tenía intención alguna de acompañar al norte a la duquesa y a su escolta. Tal como dijo mientras aguardaba a que ella apareciera en la puerta del hotel, llevaba tres años viajando y todavía estaba sana y salva. Su pequeño ejército le brindaba toda la protección necesaria; para no perderse, podía seguir las líneas de diligencias. Si necesitaban un guía, probablemente hallarían a uno en cuestión de horas, sin que eso les impidiera salir de la ciudad ese mismo día. Lo que no necesitaba ni obtendría era la compañía de Colt, y allí estaba él para encargarse de que a la dama no le quedara ninguna duda al respecto.

Cómo pensaba hacerlo, Billy lo ignoraba. Colt había dicho lo suyo y ni una palabra más. Pero mientras esperaban frente al Grand Hotel, sin desmontar, observando el equipaje que se cargaba en las carretas, Billy temió que su hermano no se mostrara muy simpático con ella. Y Colt podía ser muy antipático cuando se lo proponía. Por otra parte, no se estaba comportando de manera normal. Mientras esperaban, movía la mandíbula como si estuviera rechinando los dientes; cambió seis veces la inclinación de su sombrero; parecía ponerse tenso cada vez que se abrían las puertas del hotel. Billy habría dicho que Colt estaba nervioso, pero sabía que eso no podía ser. No había ser viviente que pudiera intimidarle. Pero no reaccionaba ante las cosas como cualquiera.

Dentro del hotel, en cambio, era indudable que reinaba el nerviosismo. Jocelyn estaba casi trémula cuando se acercó a la puerta del hotel. Le habían dicho que Colt Thunder aguardaba allí con su hermano. Ni por un momento se había permitido creer que el mestizo aparecería, pero el hecho de que estuviera allí no significaba que ella se saliera con la suya. Muy por el contrario. Él tenía pleno derecho a ponerse furioso con ella por el modo en que había manipulado a su hermano. Probablemente había ido sólo para decirle lo que pensaba de su atrevimiento.

-Deténte un momento y respira hondo, si no quieres descomponerte -le advirtió Vanessa, con voz severa, mientras la detenía apoyándole una mano en el brazo; indicó por señas a los guardias que retrocedieran-. A lo hecho, pecho. Ahora sólo te queda disculparte.

-Podría rogarle.

-¡No harás semejante cosa! -le espetó la condesa, indignada-, No estamos desesperados por contar con su ayuda ni tú estás desesperada por su cuerpo; todavía no, al menos. Padeces una poderosa atracción, pero una vez que le pierdas de vista le olvidarás. Le olvidaras antes de lo que crees.

-Y seguiré virgen por siempre jamás -suspiró Jocelyn. Vanessa no pudo dejar de sonreír ante lo melancólico de su expresión.

-Difícilmente será así, querida. Bien lo sabes. Olvidas que apenas ahora has decidido tomar un amante. Hasta ahora no lo habías buscado activamente, pero una vez que lo hagas te sorprenderá descubrir que atraes a muchos hombres.

-Es que ya he elegido.

-Tu elegido no se muestra dispuesto a cooperar, querida. ¿O acaso no te has percatado? -observó Vanessa, seca. Lamentó haber hablado así al ver que Jocelyn hacía una mueca de dolor-. Anda, nada de eso. Probablemente exista un buen motivo por el que dicen que estos indios americanos son salvajes, ¿sabes? Dudo que te hubiera gustado su forma de hacer el amor. Alégrate de que no haya resultado.

-No es un salvaje, Vana.

Librodot

-Veremos qué opinas después de enfrentarte a él. Y será mejor que lo hagas cuanto antes. Vamos.

Continuaron la marcha; los cuatro guardias volvieron a seguirlas, y los dos que estaban apostados en el vestíbulo se pusieron a ambos lados. Los seis restantes ya estaban fuera; habían revisado a fondo la zona hasta los edificios de enfrente. Si hubieran encontrado a una sola persona sospechosa que no se dejara alejar, no habrían permitido a Jocelyn salir del hotel. Con frecuencia perdían horas enteras en esos preparativos. Resultarían inútiles si alguna vez Longnose contrataba a un hombre de buena puntería; por fortuna, ninguno de sus subordinados había sido nunca competente con las armas de fuego, al menos a distancia.

Sir Parker estaba allí, para abrirles la puerta con una sonrisa.

Adoraba a Jocelyn, pero sólo desde lejos. Ella era como un ideal que se podía venerar sin problemas, pero jamás se habría atrevido a expresarle sus sentimientos. ¡Como si no los conocieran todos, incluida la misma Jocelyn! Ella era como los sueños, mientras que las criaturas terrestres, como Babette, constituían la realidad; tanto Parker como la mitad de los guardias solían aprovechar con frecuencia la realidad de la doncella francesa. Pero resultaba divertido observar a Parker y a Jocelyn cuando se tomaban tantas molestias para disimular los sentimientos del caballero.

En opinión de Vanessa, era de lamentar que considerara a Jocelyn tan fuera de su alcance. Pues tenía la edad perfecta (treinta años), poseía propiedades considerables en Kent y era el más apuesto de los guardias, gracias a su pelo negro y sus ojos verde oscuro. El problema era que jamás se conformaría con ser sólo el amante, en el supuesto caso de que ella le considerara como candidato. No estaba dispuesto aún a sentar cabeza (por eso disfrutaba tanto del empleo que el duque le había ofrecido), pero si hubiera tenido esperanzas de ser aceptado por Jocelyn, le habría propuesto matrimonio al momento.

No, Jocelyn jamás pensaría en alguno de sus hombres para sus primeros experimentos amorosos, pues de ese modo no podría proteger la memoria del duque. Pero los malos presentimientos de la condesa con respecto a ese tal señor Thunder iban en aumento; ahora mantenía con firmeza la opinión de que él tampoco era adecuado para su amiga.

Toda virgen necesita gentileza y sensibilidad en su primera experiencia sexual, y resultaba muy dudoso que el señor Thunder poseyera alguna de esas cualidades. Dado su aspecto y su modo de hablar, más comprensible que el de la mayoría de los habitantes del oeste, habían supuesto que, pese a su origen, el hombre se había criado en lo que pasaba allí por civilización. Fue toda una sorpresa enterarse por su hermano de que no había sido así. El hombre educado por salvajes, ¿no era salvaje a su vez? La pátina civilizada de Colt Thunder debía de ser muy superficial, y por eso era una bendición que no correspondiera al interés de Jocelyn.

Vanessa se vio obligada a cambiar de opinión una vez más cuando bajó de la acera, frente al hotel, y vio allí al hombre, todavía montado a caballo. ¿Superficial? Ni siquiera eso. No había nada de civilizado en la mirada que clavó en Jocelyn. Decía con más claridad que las palabras el problema en que la muchacha se habría encontrado si no hubiera tenido compañía. ¿Se daba cuenta ella de eso o seguía cegada por la morena belleza de ese hombre? Y era hermoso, sí. Al verle bien, Vanessa comprendía mejor por qué había afectado tanto a Jocelyn.

La muchacha no pasó por alto el significado oculto tras aquella mirada de Colt, pero estaba esperando algo parecido. El hombre seguía enojado con ella y quería hacérselo saber. De cualquier modo, no le gritaba, al menos por el momento. Claro que esta vez ella no estaba sola, sino rodeada por su custodia. Sin embargo, difícilmente eso le habría impedido gritarle, si así lo hubiera querido.

Librodot

El silencio se prolongó. Él continuaba mirándola con fijeza, destrozándole los nervios. Jocelyn pensó que correspondía disculparse; probablemente era lo que él esperaba. Pero no lograba decir una palabra.

Y entonces habló él.

-Cincuenta mil dólares, duquesa. ¿Acepta o no?

Fue una suerte que Jocelyn no pudiera ver la expresión de los hombres que la seguían; de lo contrario habría pensado que eso iba a terminar en derramamiento de sangre. En cambio, sí oyó la exclamación de Vanessa. También supo que la condesa había apoyado una mano en el brazo de Parker para impedirle reaccionar a ese insulto asestado a su señora. Y era un insulto, sí: no sólo de palabra, pues daba a entender que sólo por una fortuna aceptaría trabajar para ella, sino también por el tono con que había pronunciado esas palabras.

Oh, ese Colt Thunder era astuto. Esperaba que ella se mostrara indignada ante esa tarifa. Contaba con eso. También estaba segura de que ella se negaría; había dicho esa cifra para obligarla a negarse. Ella tuvo que disimular una sonrisa. Podía contratar a cien guías por ese precio y ambos lo sabían; lo que él no sabía era lo que se deseaba de él. Quizás era el amante más caro que nadie hubiera comprado nunca, pero ¿en qué otra cosa podía gastar su fortuna?

-Trato hecho, señor Thunder -dijo Jocelyn, con bastante placer-. Desde ahora trabaja para mí.

Y tuvo que volverle apresuradamente la espalda para no soltar la carcajada ante la expresión de total incredulidad que había aparecido en aquella hermosa cara.

Librodot

12

-Lo ha hecho por rencor, bien lo sabes -se quejó Vanessa, enojada, mientras se limpiaba el polvo de la cara con un paño húmedo-. Apenas cuatro o cinco kilómetros más atrás pasamos por una ciudad, y ya era casi de noche. No hay ningún motivo por el que pueda habernos obligado a continuar viaje y a acampar aquí. Sólo quiere vengarse de ti, por haberle hecho tragar lo falso de su propuesta. Recuerda lo que te digo, Jocelyn ese hombre quiere hacerte lamentar el haberte cruzado en su camino.

-Pero yo no le he hecho nada. Me limité a aceptar sus condiciones.

-No seas obtusa, querida. Esas ridículas condiciones no fueron impuestas para que las aceptaras. Bien lo sabes. Si le hubieras visto la cara...

-Se la vi. -Jocelyn sonrió con tanto placer que Vanessa no pudo dejar de divertirse con ella.- Hasta ahora, el dinero de Edward nunca me había dado tanto gusto. Pidió la luna y la luna pude darle. ¡Buen Dios, qué satisfacción!

-Ojalá sigas pensando lo mismo cuando acabemos pasando las próximas semanas en esta tienda.

-Oh, deja de protestar, Vana. No puede decirse que esto sea exactamente una tienda.

Aquello era enorme, con amplio espacio para estar de pie, una suave alfombra persa cubriendo el suelo, almohadas de seda para recostarse y gruesas pieles para dormir en ellas.

-Tenemos todas las comodidades que se puedan desear -añadió la joven.

-Salvo un baño -replicó la condesa, revelando la fuente de su fastidio.

-Puedes pedir un baño. Bien lo sabes.

-Sidney y Pearson cargaron las carretas hace pocas horas. No me atrevería a pedirles que ahora traigan agua desde el río. Me gusta ser considerada.

-No sólo los lacayos pueden acarrear agua, Vana. Me gustaría saber por qué te muestras tan difícil.

-No soy yo la difícil. Simplemente, no tenemos por qué estar incómodas con una ciudad a pocos kilómetros de distancia. Es tu costosísimo guía el que se muestra difícil.

-¿Y si tuviera motivos legítimos para evitar esa ciudad?

-Me encantaría conocerlos. ¿Por qué no le preguntas? Bueno, ¿qué esperas?

-No está aquí -admitió Jocelyn-. Dice su hermano que ha salido a recorrer la zona.

-¡Hum! Lo más probable es que haya vuelto a Benson para pasar la noche en una cama blanda. Lo verás por la mañana, bien descansado y dispuesto a someternos a más incomodidades. Es el tipo de venganza que atrae a la gente como él.

-En eso te equivocas, Vana. Si quisiera vengarse, no lo haría de manera tan sutil. Y se vengaría de mí, no de todos.

-¿También eso le leíste en los ojos? -observó Vanessa, con voz mucho más suave. Se acercó para arrodillarse entre los almohadones que servían de asiento a Jocelyn. Ante el gesto desdichado de la muchacha, le apoyó una mano en la mejilla-. ¿No has comprendido todavía que no se parece a los hombres con quienes has tratado hasta ahora? Es duro, peligroso...

-Aun así le deseo -le interrumpió Jocelyn, susurrante-. Aun cuando me estaba fulminando con los ojos y sentía cosas extrañas por dentro, como la primera vez que le vi.

Vanessa suspiró.

-No se mostrará suave contigo, querida. Lo sabes, ¿verdad? Y si le tientas mientras aún está furioso, tal vez te haga daño... deliberadamente.

Librodot

-No puedes asegurarlo -protestó Jocelyn, aunque sus ojos se habían llenado de incertidumbre-. No es un hombre cruel. De lo contrario yo lo habría percibido, ¿no crees?

-Tal vez -reconoció Vanessa-. Aun así, no creo que sea capaz de actuar con suavidad. Es producto de una vida y una cultura que ni siquiera podemos imaginar. ¿Lo tendrás en cuenta, al menos?

Jocelyn asintió y volvió a caer entre los almohadones, suspirando.

-No sé por qué te preocupas. Lo más probable es que no me perdone por ser rica y poder pagar su precio.

Vanessa no pudo sino reír.

-Y eso demuestra lo diferente que es. ¿Algún otro se pondría furioso por recibir ese maná del cielo? Y no lo apartamos de su camino, siquiera. Para que le sea cómodo, vamos adonde él va. A propósito, ¿dónde diantre queda Wyoming?

-¿Qué demonios es eso?

Billy rió entre dientes cuando vio hacia dónde miraba su hermano.

-El alojamiento de las señoras. La compraron a un jeque del desierto, mientras viajaban por los países árabes. No imaginas en qué sitios han estado, Colt. Con las anécdotas que pueden contar nos mantendrían entretenidos hasta llegar a Wyoming.

Colt echó sobre el jovencito una mirada de disgusto, en tanto desmontaba.

-¿Dónde está tu sentido común, hijo? Esperaba encontrarme con un campamento, no con toda una aldea. ¿Tienes idea de cuántos hombres harán falta para cubrir una zona de este tamaño?

Había otras tiendas junto a la principal, aunque no tan grandes; junto con los vehículos, estaban esparcidas por toda la zona. Lo único que se había hecho correctamente era agrupar a los animales en un sitio a barlovento.

-¿Por qué no te tranquilizas, Colt, y comes un poco? Te guardé algo de la cena. Tienen un cocinero francés, ¿sabes? Y puedo jurar que nunca probé nada tan...

Se le apagó la voz al ver que su hermano se volvía hacia él con expresión amenazadora.

-Te diviertes con esto, ¿no?

Billy tragó saliva. Prefería que Colt le gritara en vez de hablarle con esa voz suave, dominada. Era imprevisible cuando se imponía su mitad india.. Era menester pacificarle cuanto antes.

-Saben lo que hacen, Colt. Son expertos en acampar. Desempaquetaron y armaron todo en menos de veinte minutos... Y no olvides que hay muchos, hombres. Ya han cubierto la guardia...

Otra vez quedó mudo. Colt se había dedicado a desensillar su caballo, pero la misma inflexibilidad de sus movimientos resultaba muy elocuente. Estaba más tenso que un arco a punto de disparar. Billy acabó por comprender que el campamento no tenía mucho que ver con su estado de ánimo: era sólo una vía de escape para el enfado que no podía dirigir hacia su fuente verdadera. Por suerte, esa “fuente” ya se había retirado a dormir.

Aún parecía increíble que Colt estuviera trabajando para la duquesa. Esas tres palabritas: “¿Acepta o no?” le habían hecho caer definitivamente en la trampa. Lo más probable era que la mitad de su enojo fuera contrad mismo, por haber brindado a la mujer esa opción, aunque no tenía intención alguna de dársela. Cincuenta mil dólares.

Billy había estado a punto de caerse de su caballo al oír esa cifra.

Pero no era nada comparado con su asombro (y el de Colt) al aceptar la duquesa esa exigencia.

Ahora resultaba divertido; al menos, eso le parecía. Pero difícilmente Colt hallaría algo de humor en eso, jamás.

Colt tenía una pequeña fortuna en oro en bruto que su madre le había dado, pero Billy dudaba que hubiera utilizado algo de él. Las riquezas no tenían importancia para ese tipo de hombres. Aún vivía de la tierra, como siempre. En ese aspecto, Jessie no había podido civilizarle. A veces dormía en la enorme casa que Chase había construido para Jessie en el rancho, al incendiarse la antigua; a veces, en la cabaña que él mismo había construido en las colinas, por encima del rancho. Pero generalmente pasaba la noche bajo las estrellas, sobre todo durante el tiempo cálido. Y nunca había trabajado a las órdenes de nadie, ni siquiera para Jessie.

Ella había tratado de enseñarle a criar ganado, pero no era algo a lo que él quisiera dedicarse, de modo que no puso voluntad en aprender. Finalmente se decidió por aquello para lo que siempre había tenido más habilidad: el adiestramiento de caballos. Ahora suministraba al Rocky Valley y a los otros ranchos de la zona todos los caballos de trabajo que hacían falta, animales que antes era preciso traer desde Colorado o más lejos. Y el potro que había regalado a Chase era ganador de la carrera anual de Cheyenne desde hacía dos años; por lo tanto, sus animales de carrera gozaban ahora de mucha demanda.

De cualquier modo, el dinero no tenía importancia para él. Atrapaba y adiestraba caballos salvajes porque le gustaba hacerlo, no por el lucro que así obtenía. Aun así, comprendía el valor del dinero y el precio de las cosas. Jessie se había encargado de redondear su educación al respecto, llevándole en viajes comerciales a Denver y a San Luis, junto con Chase. Y durante su estancia en Chicago había visitado algunas de las mejores casas, correteado por las tiendas más lujosas, visto con sus propios ojos cómo vivían los ricos, en qué gastaban sus fondos. Al pedir esa cantidad por su trabajo de guía, lo había hecho con la seguridad de que era ridícula, que nadie en su sano juicio le tomaría en serio. Ese fue su error.

Sabía que la duquesa era rica, sí. Era imposible no darse cuenta: su equipaje, sus finos caballos, sus ropas y el número de personas que empleaba decían a gritos que era adinerada. Lo incomprensible, hasta para Billy, era que cincuenta mil dólares pudieran parecerle una suma deleznable, indigna de un parpadeo. Ni siquiera Billy conocía a nadie tan rico como para eso.

Pero ni siquiera la gente de mucha fortuna malgasta frívolamente su dinero, y eso era exactamente lo que la duquesa estaba haciendo.

¿Por qué? Tal vez fuera excéntrica, pero a Billy no le parecía incompetente ni alocada. Muy por el contrario, ¿Acaso estaba tan malcriada que no toleraba una negativa cuando deseaba algo?

Eso no tenía sentido. Si lo que deseaba era un guía ¿O no era un guía? Antes bien, se habría dicho que deseaba tener a Colt, en especial, como guía, si bien él le había dicho que no estaba disponible. En verdad, su elección en excelente, pero había muchos otros hombres capaces de llevarla a destino sana y salva, y cualquiera habría aceptado el trabajo con placer. Colt no lo quería y lo había dicho con toda claridad, pero eso no parecía tener importancia para la duquesa. Por lo tanto, debía de tener un motivo en especial para hacer que Colt trabajara a sus órdenes, costara lo que costara.

Y ese motivo no era visible para el muchacho.

Tampoco para Colt, aunque había analizado meticulosamente la situación mucho más a fondo que su hermano y con más datos a su disposición.

Sabía que, en un principio, ella había querido contratarle para deshacerse de su enemigo. Contratarle como guía era una idea posterior.

Colt se preguntaba si habría tenido una tercera ocurrencia si él hubiera accedido a conversar con ella anteriormente. Era probable.

Librodot

¿Acaso le creía una solución para todos sus problemas?¿Ignoraba que no se puede obligar a alguien a prestarnos ayuda? Se había comprado un guía y eso era todo lo que tendría.

En todo caso, ¿por qué le enfurecía ver que su campamento estuviera abierto a cualquier ataque? Esa maldita mujer contaría con su protección, aunque él no quisiera brindársela. Pero no iría tras su enemigo. Si se creía capaz de convencerle, se llevaría una brusca sorpresa.

Sin embargo, no podía ser por eso por lo que ella se mostraba tan insistente en su decisión de llevarle consigo. Habría podido contratar a diez o doce cazadores de recompensas por el precio que estaba dispuesta a pagarle. ¿O acaso no estaba dispuesta a malgastar esa suma? Tal vez había respondido a su vana exigencia con una aceptación igualmente vana, sin intenciones de pagar. Y tal vez él pudiera salir del atolladero exigiéndole el pago por adelantado...

Pero quedaría otra vez como un tonto si ella, por casualidad, tenía ese dinero en su poder. ¡Ni pensarlo! Bastaba con una vez.

Colt dejó caer la silla de montar al suelo, tan cerca del fuego que saltaron chispas; Billy, que lo estaba atizando, tuvo que apagarse la ropa a palmadas. Colt no reparó en nada. Estaba contemplando esa enorme monstruosidad a rayas blancas y amarillentas, erguida a menos de seis metros; ni siquiera veía la carpa: imaginaba a la mujer en su interior. ¿Tendría la cabellera suelta, como aquella primera vez? ¿Se habría quitado esas ropas finas y caras para ponerse...? ¿Qué? ¿Qué se ponían para dormir las mujeres como ella?

Colt apretó los dientes y volvió a dedicarse a su caballo. Habría preferido que Billy no hubiera encendido el fuego tan cerca de esa tienda, pero ya estaba hecho. De cualquier modo, no tenía esperanzas de dormir mucho esa noche; poco importaría estar tan cerca de ella.

-Vuelvo en un minuto, hijo. Haz desaparecer esa comida extranjera. Yo mismo me prepararé, algo.

Billy quiso protestar, pero lo pensó mejor. Colt ya había soportado demasiado en un solo día. Las provisiones de esa mujer se le habrían atragantado, por ricas que fueran.

Con un suspiro, Billy siguió a su hermano con la vista, mientras Colt llevaba a su appaloosa con los otros animales. No era el único que le observaba. Desde su llegada, todas las miradas del campamento estaba fijas en él, con diversos grados de curiosidad, suspicacia y animadversión.. Esas gentes no sabían qué pensar de él. Tampoco sabían cómo tratarle, por cierto. Sólo estaba en claro que la señora estaba decidida a incluirle entre ellos. A Billy le dirigían la palabra y le trataban con cordialidad, hasta de manera amistosa. La actitud de Colt, en cambio, no invitaba a esos acercamientos. Aun si no hubiera insultado a la duquesa ante la mitad de sus hombres, motivo suficiente para que le tuvieran antipatía, su expresión era una advertencia a voz en cuello.- "Que nadie se acerque."

Y quien debía mantener mayor distancia era la misma duquesa. Sin embargo, mientras Billy pensaba en eso, ella había salido de su tienda para seguir a Colt hacia los caballos.

Librodot

13

Sabía que ella estaba allí. La había oído acercarse, Pese a todos sus intentos de hacerlo en silencio. No necesitaba volverse a mirar para saber que era ella. Su perfume le llegaba con toda potencia, pero incluso antes de haberlo percibido sintió su proximidad, tal como un animal siente la de su pareja.

Ella estaba de pie tras él, aguardando a que se diera por enterado de su presencia. Y él no debía hacerlo. Cuanto menos le hablara, mejor sería. Pero ella no se iría sin más. Era demasiado terca, esa mujer. Aunque su silencio demostraba que estaba nerviosa, aun así se le había acercado; su decisión era más fuerte que la incertidumbre.

-Hace bien en mantenerlos cerca.

Jocelyn tardó un momento en sobreponerse al sobresalto que le había producito lo súbito del comentario, y un momento más en comprender a qué se refería. Giró para ver quiénes la habían seguido y vio a cuatro de sus guardias, por lo menos; estaban apostados ahí, sin tratar siquiera de pasar desapercibidos. Le permitían cierta intimidad al mantener una distancia razonable, pero obviamente no estaban dispuestos a dejarla completamente sola con su nuevo guía.

-Todavía no le conocen, señor Thunder. Cuando le conozcan dejarán de vigilar así.

-Tampoco usted me conoce.

Ella se estremeció por el modo en que le había oido pronunciar esas palabras; parecían implicar una amenaza. Probablemente así era; quizá lo más prudente era girar en redondo y correr como si la persiguiera el demonio. Bastante nerviosa estaba ya sin necesidad de que él dijera ese tipo de cosas. Pero no quería tenerle miedo.

Y no quería que él siguiera furioso contra ella. Si se dejaba asustar de ese modo, nunca llegarían a nada.

-Eso se puede solucionar -dijo, vacilando, deseosa de que él se volviera a mirarla-. Me gustaría mucho conocerle mejor.

-¿Por qué?

-Porque usted me resulta... extraño –“Y excitante muy deseable, y maldito seas, Colt, ¡mírame de una vez!”

Él no lo hizo. Continuaba cepillando a su caballo con movimientos lentos y fáciles, como si ella no estuviera allí. Jocelyn no estaba habituada a que se la ignorara deliberadamente. Eso no fomentaba la confianza en una mujer, y la suya estaba ya bastante decaída.

Durante un rato observó en silencio los movimientos de aquella mano sobre los flancos del animal. Casi quedó hipnotizada, imaginando...

Se sacudió deprisa esos pensamientos y se acercó al animal para acariciarle el hocico, admirando por un momento al caballo y no a su dueño.... que se empecinaba en no mirarla.

Lo intentó otra vez.

-¿No podemos siquiera charlar?

-No.

Por algún motivo, esa seca negativa la fastidió al punto de activar su propio temperamento. Ese hombre era imposible, total y absolutamente imposible.

-Vea, sé que todavía está enojado conmigo, pero...

-Lo que siento es mucho más que enojo, señora.

Por fin él había erguido la espalda y la miraba. Jocelyn deseó entonces que dejara de hacerlo. Esos ojos azules, muy azules, ardían con una emoción feroz que la dejó sin aliento. ¿Furia? No estaba del todo segura.

Tampoco Colt, que trataba de aferrarse a su enojo mientras otras cosas insistían en interponerse: el perfume de esa mujer, su voz... recuerdos. Cada vez que se acercaba tanto a una mujer blanca llegaba casi a sentir el látigo arrancándole la carne de la espalda. Con ella era aún peor, pues la deseaba, pese a saber que no podía ser suya. Eso no debía ocurrir. No había ocurrido en tres años. En todo ese tiempo, las mujeres de su raza le habían provocado repugnancia, al despertarle el recuerdo de lo que una de ellas le había hecho sufrir. Colt era de los que no cometen dos veces el mismo error.

¿Por qué ella no le asqueaba? ¿Por qué, le ardía el cuerpo con la necesidad de asirla, de acercarla más aún? ¿Y por qué demonios ella no se alejaba, antes de hacerlo perder el poco dominio que le quedaba?

-¿Qué pasa? -acusó, en tono deliberadamente seco-. ¿Nunca antes le habían dicho que no?

-No... no es por eso, ciertamente.

-Dígame entonces, duquesa, ¿por qué yo?

El desprecio puesto en el título nobiliario fue la gota que desbordó el vaso. A la intimidación de Jocelyn se impuso un arrebato de indignación.

-¿Y por qué no? Por lo visto, usted tiene un precio. De lo contrario no estaría aquí. -Se mostraba obtusa y lo sabía, pero quiso decir algo más, antes de que él se lo hiciera notar.- No le dejaré ir, sépalo usted, aunque insista en esa actitud agria.

-Si yo creyera que hay un modo de hacerme despedir lo aprovecharía -le aseguró él, con bastante exasperación. Pero de pronto su mirada cayó en los labios de la joven y se detuvo allí por un momento apabullante. Entonces añadió, con más suavidad: -Pensándolo bien... quizás haya algo...

Ella adivinó lo que iba a ocurrir aun antes de que Colt estirara la mano... Adivinó que no sería agradable, que él tenía intenciones de insultarla, de hacerle daño o algo similar, para que le despidiera. Pero al mismo tiempo le daba todas las oportunidades posibles para impedírselo. Sus movimientos, la mano que extendía hacia el cuello, no eran apresurados en absoluto. Y el primer contacto de sus dedos contra la nuca fue suave, sin exigencia.

Hasta ese momento Jocelyn habría podido escapar pero varios dolorosos segundos después ya era demasiado tarde. Él enredó los dedos a su densa cabellera para inmovilizarla y atraerla hacia si. Sin embargo, lo hizo con tanta lentitud que incluso entonces ella habría podido hacer algo: forcejear, gritar... Pero no lo hizo.

Probablemente, él creía tenerla tan asustada que había perdido la capacidad de hablar o de moverse; la sencilla verdad era que Jocelyn no quería impedirle nada. Quería el contacto de aquella boca al punto de estar dispuesta a aceptar el dolor al mismo tiempo. Lo había sabido ya al advertirle Vanessa que él no sería suave con ella.

Si algo temía ahora, era que él no la besara.

Pero el beso fue más brutal de lo que esperaba. El hombre estaba decidido a repugnarle, tal vez a hacerse odiar, cuanto menos a hacerse despedir. Lo que él no sabía era que el beso justificaba sólo la mitad de lo que la joven sentía. La otra mitad, la increíble excitación que se apoderó del resto de su cuerpo, la sostuvo y le permitió aceptar lo que se ofrecía sin ninguna resistencia.

-¿Ahora está dispuesta a despedirme?

La pregunta fue pronunciada en tono rechinante, aquella mano seguía aferrándola dolorosamente por la cabellera. Probablemente él no sabía que le estaba haciendo daño. Jocelyn tenía los labios entumecidos y palpitantes, la respiración agitada y las rodillas tan

flojas que apenas se tenía en pie. Él parecía pendiente sólo de su boca, a la espera de una respuesta, como si eso bastara para determinar sus actos posteriores.

-No -respondió ella, sofocada, sorprendiéndole tanto como se sorprendía a sí misma. No quería que él siguiera haciéndole daño, pero tampoco estaba dispuesta a ceder.

Él la miró fijamente a los ojos. Tal vez trataba de determinar si ella era sólo terca o simplemente estaba loca. De pronto se puso tenso. La realidad acababa de intervenir.

-Dígale que no me toque -murmuró, en suave amenaza- si me hago cargo de él, no le será útil para nada durante mucho tiempo.

Ella, parpadeando, descubrió a Robbie detrás de su guía. Tenía la manaza apoyada en el hombro de Colt. Este no le había mirado, pues mantenía los ojos clavados en ella. A Jocelyn le pareció dudoso que la corpulencia de Robbie pudiera hacerle cambiar de opinión. Por el contrario, Colt estaba listo para la violencia; no deseaba otra cosa. Y ella lo comprendió así.

-Todo está bien, Robbie. El señor Thunder sólo quería... demostrarme algo. No tiene usted por qué preocuparse.

El fornido escocés vaciló, indeciso. Lo poco que había visto de ese beso punitivo, a la luz de las fogatas encendidas detrás de ellos, había sido suficiente para hacerle dudar de esa explicación.

Jocelyn se asombró de haber podido olvidar que sus hombres estaban allí. Claro que no tenía por qué darles explicaciones, pero de cualquier manera...

Y entonces cayó en la cuenta de que Colt aún tenía los dedos enredados en su pelo, sujetándola. Probablemente era eso lo que inquietaba a Robbie. Pero cuando levantó el hombro para tocar la muñeca de Colt, en un sutil recordatorio, él no la soltó. Le bastó mirarle a los ojos para saber que él no la retenía así sin darse cuenta. No pensaba retroceder bajo ninguna circunstancia.

Ella no pudo comprender qué le motivaba. ¿Quería provocar una riña con sus hombres, con la esperanza de ser despedido? ¿O era sólo otra manera de asustarla, de demostrarle que sus hornbres no podían protegerla de él? De un modo u otro, a ella no le gustó.

Si le regañaba y él no le prestaba atención, la riña sería inevitable. Si obligaba a Robbie a alejarse mientras Colt aún la tenía en su poder, equivaldría a darle rienda libre para recomenzar por donde lo había dejado. Pero si no hacía nada, Colt sí haría algo, y Vanessa no le perdonaría jamás si su guardia favorito resultaba herido. Sobre cual de los dos saldría herido, cabían pocas dudas. Robbie podía ser muy corpulento y muy escocés, pero no había en él acero frío e inmisericorde. En Colt Thunder, en cambio, todo anti'nciaba el peligro.

No había otra salida.

-Aprecio mucho su interés, Robbie, pero en compañía del señor Thunder estoy perfectamente segura. Ahora puede retirarse... y lleve consigo a los otros caballeros. Volveré en un momento.

Ante aquella orden, él no tuvo más alternativa que obedecer, si bien contra su voluntad.

-Como su Gracia desee.

En cuanto Robbie retiró la mano y se alejó, Colt dejó en libertad a la joven. Conque sólo eso deseaba. Maldito hombre, que la había hecho preocupar con respecto a sus intenciones.

-¡Qué actitud tan despreciable! -susurró, frotándose el cuero cabelludo dolorido-. Y no me refiero a lo que usted me hizo, aunque también eso fue despreciable. No pongo en duda que usted sea capaz de maltratar bastante a mis hombres, pero utilizar esos métodos para hacerse despedir es cobardía. Y yo pensaba muchas cosas de usted, señor, pero nunca le creí cobarde.

-¿Y qué piensa ahora de mí? -preguntó él, en voz baja y dura.

Jocelyn dio un paso atrás, muy consciente de que se refería a lo que acababa de hacerle. ¿Qué pensaba, en verdad, salvo que él podía ser implacable para conseguir lo que buscaba?

-Pienso que usted es un hombre muy decidido, Thunder. Pero también yo me caracterizo por esa cualidad. Y lamento desilusionarle, pero su pequeña demostración no ha dado resultado. Todavía le necesito.

Entonces se alejó. Pero lo que le había hecho esas últimas palabras era amplia venganza por el beso. Al decir "lo necesito" ella no quería decir lo que el cuerpo de Colt interpretaba, pero eso le mantuvo despierto por toda la noche, de la cual pasó la mitad sufriendo.

Librodot

14

-Ferme lá!

-Hein? ¡Espèce de salaud, je vais te casser la geule!

-Mon cul!

-Por Dios, ¿es preciso que nos despertemos cen semejantes palabrotas? -acusó Jocelyn, irritada, volviéndose entre las pieles-. ¿Por qué riñen esta vez?

Vanessa, que estaba de pie en la abertura de la tienda, observando el alboroto, se encogió de hombros.

-Creo que Babette ha vuelto a criticar sus platos. Ya sabes que Philippe es muy susceptible cuando se trata de su oficio.

-Espero que ella no le aplaste la cara, como ha anunciado, ¿verdad?

-Se ha apoderado de una sartén, pero él tiene otra. Por el momento se limitan a fulminarse con la mirada.

-Hazla callar, Vana. Le he advertido una y otra vez que no debe reñir con Philippe. ¿Cómo cree que podríamos remplazarle si renunciara por culpa de ella? Es a ella a quien debería remplazar. ¡Qué problemas causa!

-Pero anima la existencia, debes reconocerlo. Y yo añadiría que mantiene felices a los hombres. También tú estás susceptible, esta mañana. ¿Qué te pasa?

Jocelyn pasó por alto la pregunta.

-Anda, hazla callar antes de que me arruinen el desayuno. ¿Por qué están encendidas las lámparas? ¿Y qué hora es, al fin y al cabo?

A esas alturas Vanessa rió entre dientes.

-Calculo que son las seis de la mañana. Tu dulce señor Thunder despertó a todo el campamento hace treinta minutos. Dice que debemos partir con la salida del sol, para no malgastar las horas del día.

-¿Con la salida del sol? ¡Pero ese hombre está loco! -exclamó Jocelyn.

-Yo arriesgaría la opinión de que sólo quiere terminar cuanto antes con sus obligaciones. A este paso, llegaremos a Wyoming en un abrir y cerrar de ojos.

-Voy a hablar con él.

-Buena suerte.

-¿Qué es lo que tanto te divierte, Vana?

-¿No te lo advertí, querida? Ese hombre hará todo lo posible para que te arrepientas de haberlo contratado. ¡Guía, ni soñarlo! No es otra cosa que un esclavista.

Vanessa salió de la tienda para cuidar de que los franceses del grupo no llegaran a la guerra civil. Pero un momento después estaba de regreso con Jane, que traía un cuenco de agua caliente y una toalla limpia. Babette brillaba por su ausencia; sin duda se le había advertido que acababa de provocar el disgusto de su ama; por lo tanto, fue Jane quien preparó las ropas de Jocelyn antes de volver a salir.

La joven permanecía bajo las mantas, luchando contra una irritación que no guardaba relación alguna con el diálogo reciente. Sentía los labios hinchados y doloridos; sin duda, si se miraba al espejo los vería inflamados. ¿Cómo haría para disimular algo así? Y si Colt la veía, tendría la seguridad de que le había hecho daño. Jamás podría comprender que ella no le hubiera despedido de inmediato. ¿Y qué le diría ella si exigía explicaciones? ¿Que le gustaba

ser tratada con rudeza? O la verdad: que le deseaba como primer amante, al punto de pasar por alto su rudo comportamiento de la noche anterior.

-Bueno, querida, si no estás lista para partir a la hora indicada, tendrás a ese hombre aporreando la... eh... la solapa de la tienda. ¿Tal vez es ésa tu intención? ¿Quieres que te deje el terreno libre?

Decididamente, Vanessa no mejoraba las cosas con su seco humor, esa mañana. Cuando acertaba con una advertencia, le encantaba hacerlo sentir. Jocelyn supuso que, en opinión de su amiga, ese malhadado madrugón era prueba de que Colt aún quería cobrarse el hecho de que le hubieran hecho caer en la trampa.

-Si viene por aquí, mala suerte -gruñó Jocelyn-. No pienso partir mientras no esté dispuesta.

-¿Qué es esto? ¿Te preparas para la primera riña con ese hombre? ¿Tengo que estar presente?

-¡Vana!

-Bueno, bueno -concedió la condesa, mientras se sentaba al pie de las pieles de Jocelyn-. Supongo que ya he demostrado tener razón. Pero ¿por qué estás tan susceptible?

Jocelyn suspiró.

-No he dormido bien.

-¿Quieres que hablemos de eso?

-No mucho. -Jocelyn se volvió hacia otro lado e hizo una mueca: acababa de oír la exclamación de Vanessa, que le había visto la cara por primera vez en mañana.

-¡Santo Dios, ya ocurrió! ¿Cuándo? ¿Y por qué no me lo dijiste? Gracias a Dios, todavía estás entera. Bueno, al menos ahora podemos prescindir de ese rufián.

-No ocurrió nada.

-Tonterías -bufó Vanessa-. Sé reconocer una boca bien besada a primera vista.

-Es todo lo que hizo. Y lo hizo para que yo le despidiera.

-¿Lo despediste? No, claro está; de lo contrario no estaría aquí. Pero... Bueno, ¿al menos avanzaste algo?

-¿Que si avancé? -Jocelyn, tuvo deseos de reír. -No me besó porque quisiera hacerlo, Vanessa. Trataba de...

-Sí, ya me lo dijiste. De que le despidieras. Pero ¿fue... lo que esperabas?

-Lo que yo esperaba.... Sí. Lo que yo quería, no. Lo hizo tan brutalmente como pudo. Espero que le duelan los labios tanto como a mí, maldito sea.

Vanessa parpadeó ante esa acalorada réplica.

-Bien, se puede decir que no hubo progresos -analizó-. A menos que él haya perdido el dominio de sí y por eso haya actuado con tanto salvajismo.

¿Dominio de sí? La voz de Colt no había sonado muy serena al preguntar si ya estaba dispuesta a despedirle. Y ahora que lo pensaba mejor, también él tenía la respiración agitada. Y había tensado los dedos en su cabellera al terminar el beso, no antes. ¿Era posible que la pasión hubiera intervenido en el beso sin que él lo planeara? ¡Por Dios, cómo quería ella pensarlo así! Pero la inexperiencia le impedía estar segura.

-No lo sé, Vana. En realidad, tampoco importa. Acabé fastidiándole otra vez. Sin duda se acostó maldiciéndome a muerte, no jadeando de deseo. Y ahora que lo pienso -añadió, apartando las mantas para levantarse-, lo mejor será que no me acerque a él en unos cuantos días. Hice mal en abordarle anoche, sabiendo que aún no había tenido oportunidad de serenarse. No volveré a cometer ese error.

15

-Ya viene Peter.

-Era hora -gruñó Dewane.

-¿Trae al médico? -preguntó Clay, desde su jergón.

-Deja de molestar -le espetó Dewane-. Ya te saqué esa condenada bala, ¿no?

-Peter viene solo, Clay -aclaró Clydell, desde la puerta-. De cualquier modo, el médico no podría hacer nada contigo. Y después tendríamos que matarle para que no hablara. ¿Quieres más whisky?

Elliot los contempló en silencio. Una botella del agua de fuego que en esa zona se llamaba whisky pasó a manos del llamado Clay. El hombre estaba agonizando, pero no lo sabía. Había perdido demasiada sangre antes de llegar, hasta ellos. Elliot no le habría hecho sufrir aún más retirando la bala; era partidario de despenarle, pero nadie le había pedido opinión. Él tampoco la ofreció. De cualquier modo, habrían querido matar a ese hombre por fracasar en su misión, pero se guardó también el comentario. No convenía que los otros adivinaran su furia en toda su magnitud.

En definitiva, la culpa de ese último fracaso era suya, por contratar a incompetentes, por no idear un plan mejor, por despachar sólo a dos hombres en busca de la duquesa. La suerte la había acompañado otra vez. ¡Suerte infernal la de esa mujer! Esta vez había encontrado ayuda en la nada. Por añadidura, una ayuda muy hábil.

¿Cómo se las componía para salir siempre indemne?

Clay había vuelto a su semiinconsciencia; al menos dejaría de gemir por un rato. Esos gemidos persistentes volvían loco a Elliot, aunque no dijera nada. Esperaba que irritaran también los nervios de los otros, para que nadie se opusiera mucho cuando él sugiriera que era preciso dejarle morir en paz allí mismo.

Dewane dejó la cafetera en la mesa, pero Elliot no volvió a llenar su tazón de lata con ese horrible brebaje. El alojamiento también era deplorable, pero al menos tenían un techo que los protegía.

Clydell había encontrado esa covacha vacía; la utilizaban los vaqueros de algún rancho cuando estaban en la pradera, ganándose la vida. Contaba con una mesa, dos sillas, una vieja cocina, unas cuantas latas herrumbradas en el arcón y un colchón mohoso, suspendido en un elástico de cuerdas. Lo más probable era que el techo tuviera goteras, pero al menos podían esperar en algún sitio mientras Pete Saunders averiguaba lo que pudiera sobre el rumbo tomado por la duquesa.

Sin embargo, tras dos noches de espera Elliot comenzaba a pensar que el miembro más joven del grupo lo había abandonado. Eso no le habría sorprendido demasiado. Hacía mucho tiempo que nada le salía bien y cabía esperar lo peor. Pero Pete acababa de regresar. Por fin podría dedicarse a planear su próximo paso.

Pete entró a paso largo en la única habitación, con una enorme sonrisa y sacudiéndose el polvo de la ropa con un sombrero maltrecho, algo más viejo que él. Elliot había desconfiado de él, en el momento de emplearle, pese a que la barba entera disimulaba un poco su escasa edad. Pero tras escuchar la lista de sus hazañas, que incluían asalto a mano armada, robo de ganado y un duelo a revólver del que había resultado triunfador, lo pensó mejor. Aún no le gustaban el entusiasmo y la actitud alegre de ese muchacho de dieciocho años; era como si sólo estuviera jugando.

-Te dábamos por perdido, Pete -dijo Clydell, a manera de saludo.

-Yo dije que estarías borracho, incapaz de salir de una escupidera -agregó Dewane, desdeñoso.

-No he bebido una gota -protestó Pete, sin dejar de sonreír. Y se dejó caer frente a Elliot, en la única silla existente aparte de la que ocupaba el inglés-. Ahora sí me vendría bien un trago. ¿Cómo sigue Clay?

-Igual -respondió Clydell, dejando en la mesa su botella.

Elliot le permitió beber unos cuantos sorbos antes de interpelar:

-Si tiene algo que informar, señor Saunders, le agradecería mucho que lo hiciera ahora mismo.

La sonrisa aún estaba allí cuando descendió la botella. Elliot la habría tomado por una deformidad de la boca por lo constante, si no la hubiera visto desaparecer en el momento en que Clay se había reunido con ellos, cubierto de sangre.

-Claro, jefe -respondió el muchacho-. Cuando llegué a Tombstone no me costó mucho hallar a la señora. Había provocado mucho alboroto, con esos coches lujosos y tanto guardia. Todo el mundo hablaba de ella; se preguntaban quién sería y qué estaba haciendo.

-Sí, sí, lo mismo ocurre dondequiera que vaya -interrumpió Elliot, impaciente-. Continúe, ¿quiere?

-Bueno, ella y toda su banda se inscribieron en el Grand. Supuse que pasaría un tiempo allí. Pensaba partir hacia aquí la mañana siguiente, después de averiguar si no nos buscaban los cazadores de recompensas...

-¿Nos buscan? -preguntó Dewane.

-No. Hablé con el fulano que limpia la cárcel. Dice que ellos entregaron el cadáver achacándolo todo a “personas desconocidas”. Como no dieron ninguna descripción, el alguacil no puede actuar. Pero como decía, por suerte me quedé dormido y no pude partir a primera hora.

-¿Fuiste a divertirle, basura, mientras nosotros te esperábamos comiéndonos las uñas? -acusó Dewane, ceñudo.

-Oh, vamos, hombre. ¿Qué iba a hacer en mis ratos libres? Esa primera noche me acosté un poco tarde. Pero si yo no hubiera salido a divertirme no podría contarles que la mujer ya no está en la ciudad.

-¿Ha reanudado el viaje? -preguntó Elliot, algo sorprendido.

-Sí. Partió justo después del tiroteo. Oye, Dewane, ¡ni te imaginas a quién liquidaron! -agregó Pete, excitado-. A los hermanos McLaury y al muchacho de los Clanton.

-¿Los Earp?

-¿Quién, si no?

-¿Lo viste todo? -preguntó Clydell.

-No. Sucedió mientras yo estaba en la cárcel, averiguando lo que podía. Pero los disparos se oían desde todas partes. Cuando llegué ya había terminado todo.

-Si me permite, señor Saunders -intervino Elliot-, la que me interesa es ella, no un oscuro tiroteo en cualquier ciudad de frontera.

-Sí, jefe. Lo que ocurre es que la señora estaba allí. Y cuando todo terminó puso pies en polvorosa. Supongo que tanta bala le revolvió el estómago y no quiso quedarse. Me dije que, como ya era tarde, bien podía pasar por su hotel una vez más. Y fue entonces cuando vi que estaban cargando sus carretas.

-Supongo que usted tuvo la inteligencia necesaria para seguirla.

Pete asintió.

Librodot

-Hasta que acamparon a unos cuantos kilómetros de Benson, anoche. Siguen las rutas de diligencias, aunque contrataron a un mestizo para que los guíe. El hombre los hizo levantar el campamento al amanecer, marchaban hacia Tucson. Entonces volví.

-¿Adónde irá ella? -preguntó Elliot.

-A Tucson, parece -ofreció Clydell, para ayudar.

Elliot suspiró para sus adentros. Imbéciles, sólo un hato de imbéciles.

-Le aseguro que la duquesa no tiene intenciones de permanecer en este territorio, señor Owen. Lo que quiero saber es su objetivo final.

-Va hacia el norte, pero apostaría a que no quiere llegar a Utah -aseguró Dewane, el único capaz de comprender lo que Elliot deseaba-. Allí no hay más que desierto. Pueden desviarse hacia California o hacia Nuevo México; después, tal vez a Colorado. Allí hay ferrocarril. Si quiere puede viajar en tren hasta el Este.

-Muy bien -Por fin Elliot sonrió, aunque fue una sonrisa fría y llena de expectativa. -Mientras ella siga el camino, lo cual es casi seguro, dado lo inmaniobrable de sus vehículos, nosotros podremos adelantarnos galopando un poco. ¿A qué distancia está Tucson?

-Demasiado lejos para que ella pueda llegar hoy, con esos coches lujosos. Pero nosotros, si partimos ahora y cabalgamos toda la noche, llegaremos primero.

-Excelente. Pero también necesitaremos varios hombres más. ¿Conocéis a algunos en Tucson?

-Tal vez -replicó Dewane-. ¿Ahora atacaremos en gran número?

-No olvide que ella tiene a muchos hombres armados, señor Owen. Y ahora ha añadido a uno más. Lástima lo de ese guía. Uno de vosotros podría haberse ofrecido para ese trabajo. Una vez en su campamento, habría sido fácil degollarla y escapar en la primera noche sin luna. A propósito, ¿qué es un mestizo, exactamente?

-Mezcla de indio y blanco. ¿Qué es, Pete? ¿Apache?

-No, demasiado alto. Y nunca he visto que los mestizos apaches usen el revólver como si supieran disparar. Se limitan a los rifles.

-Alto, ¿eh? -dijo Dewane, intranquilo-. Por casualidad, ¿no oíste decir su nombre?

-Pues sí. Estaba cerca de dos guardias que hablaban de él. Me hicieron abandonar la calle, pero oí que le llamaban "señor Thunder".

-¡Ah, mierda! -juró Dewane. Luego añadió otras palabrotas escogidas-. ¡Esta vez sí que ha conseguido a un pistolero veloz!

-¿Debo interpretar que usted conoce a ese tal Thunder?

Dewane cometió la imprudencia de fulminar al inglés con la vista, por la calma que mantenía frente a su inquietud. Colt Thunder, el único hijo de mala madre que le había hecho desístir de una pelea.

¡Mierda! ¿Qué estaba haciendo tan al sur?

-Se puede decir que le conozco, sí. Le he visto sacar el arma para apuntar contra un fulano, hace algunos años, y no tenía rival.

-Pero Dewane, si eras...

-¡Te callas, Clydell! -bramó Dewane a su hermano-. Yo sé lo que vi. -Luego, más tranquilo- con ese indio no se juega, jefe. No acepta insultos de nadie. No tiene por qué, siendo tan rápido con el arma. Y apostaría la vida a que fue él quien disparó contra los nuestros. Por eso ella pudo contratarle tan pronto. Ya le conocía.

-¿Y cuál es el problema? Bastará con que lo eliminéis.

-¿Cómo diablos lo eliminamos? Le he dicho que...

-No se preocupe, querido compañero -replicó Elliot, sardónico-. No sugiero que se le desafíe a duelo. Bastará un buen balazo por la espalda. Después, la duquesa necesitará otro guía, ¿verdad?

-Supongo que sí. -Dewane sonrió. Mientras no tuviera que acercarse a Colt Thunder...

-Si no tiene otra cosa que informar, señor Saunders, sugiero que iniciemos la marcha -dijo Elliot, levantándose- . Necesito tiempo para estudiar esa nueva ciudad y descubrir cualquier ventaja que pueda aprovecharse en su distribución.

-¿Y Clay? -preguntó Pete.

-Si creéis que sobrevivirá al viaje, traedle, traedle.

Pete echó una mirada a Dewane, en tanto el inglés salía. No tardaron en seguirle. El quinto hombre del grupo, que no había participado en la conversación, hizo otro tanto. Conocía a Clay desde hacía pocos meses; no malgastaría su solidaridad en un descuidado capaz de hacerse matar, puesto que todos corrían el mismo riesgo.

Sólo Clydell dedicó una última mirada al moribundo. Como si la idea acabara de ocurrírsele, dejó la botella whisky en el suelo, junto al jergón de Clay, antes de seguir a los otros.

16

Constituían un bello espectáculo, la mujer y su magnífico caballo.

Por un momento, Colt quedó magnetizado ante la destreza que convertía a la joven en parte del animal, durante aquel loco galope por la llanura sembrada de cactus. Jamás la habría creído capaz de montar así, tras verla gozar de sus coches lujosos. Y ni siquiera montaba en la posición normal, sino de costado. ¡Buen Dios! Colt se preguntó cuántas ideas falsas se habría formado con respecto a ella.

Pero no se permitió cavilar mucho. Su enfado comenzaba a surgir, y cuando ella se detuvo a su lado ya estaba a punto de ebullición.

No le dio tiempo ni para recobrar el aliento. Gritó tanto que logró espantar al potro, y pasaron varios momentos antes de que ella pudiera dominarlo.

-...Nada más idiota y estúpido... Dígame, ¿está usted loca? ¡Debí imaginarlo! ¡Quién, si no una loca, puede contratar a doce hombres para que custodien y luego salir sola, sin hacerse acompañar siquiera por uno!

-¿De qué está hablando? -acusó Jocelyn,- cuando al fin pudo detener a Sir George junto a él-. Le vi a usted desde lejos y galopé directamente hacia aquí. Por si no lo notado, no hay colinas, árboles ni matorrales que puedan servir de escondrijo a alguien. No corría ningún peligro al cubrir sola esta distancia.

-¿Le parece? Pues mire mejor, duquesa. Ese puma está algo lejos de su territorio de caza, pero ahí está. Si ha conseguido la presa que persiguió hasta tan lejos, nadie lo sabe, pero eso no significa que deje pasar a una víctima tan fácil como usted, si la olfatea.

Aguardó un momento, mientras ella contemplaba horrorizada al lento felino que se movía a sólo trescientos metros de distancia. Por suerte no parecía muy interesado. Pero ella lo ignoraba. Y Colt aún no había concluido.

-Y la serpiente que asuste a ese nervioso caballos suyo y la haga caer estará todavía ahí para picarla, mientras su animal se aleja prudentemente. ¿Cree que alguien podrá auxiliarla a tiempo para extraer el veneno antes de la muerte? Se equivoca. En estos territorios, el hombre no es el único peligro.

-Creo que me ha convencido -dijo Jocelyn, en voz baja.

-Me alegro -respondió él, con bastante satisfacción sólo para añadir: -¿Qué demonios hace aquí?

-Tanto Sir George como yo necesitábamos ejercicio -explicó ella, apresuradamente-. Él no ha galopado desde que partimos de México.

Además, tengo por costumbre montarlo un rato cada día. En este caso... quería conversar con usted. Como me pareció que usted no regresaría antes del anochecer, no vi peligro alguno en.... Ahora lo veo, pero entonces no, y decidí reunirme con usted.

-Desmonte.

-¿Cómo dice?

-Ya lo ha hecho galopar, duquesa: unos cinco kilómetros. Ahora dele un respiro. ¡Por Dios! ¿No sabe que...?

-¡No se atreva a indicarme cómo debo cuidar a mi caballo! -le espetó ella. Pero desmontó de inmediato e hizo caminar a Sir George en círculos alrededor de Colt. -Puede darme instrucciones con respecto a lo que guste, pero sobre caballos, no. He dedicado mi vida entera a criarlos. Nadie, absolutamente nadie, puede decirme algo que no sepa sobre ellos. Y probablemente yo lo sepa mejor.

Colt no pronunció palabra. El hecho de que ella también tuviera su genio le sorprendía al punto de hacerle dominar el suyo. Y no cabían dudas de que ella sabía mucho de caballos. Si montaba tan bien tenía que conocerlos. Pero de ahí a criarlos... No era una empresa típica para una mujer, al menos para una blanca.

En realidad, estaba demostrando ser distinta de lo que él imaginaba, al menos en ciertos aspectos. Pero esa sorpresa, en especial, venía a aliviarle de una preocupación: si la sorprendían sola y ella se veía obligada a escapar, ¿quién demonios podría alcanzarla, montada en ese animal? Y ella lo sabía, sin lugar a dudas. ¿Por qué no lo había mencionado, en vez de permitirle regañarla así?

-¿Usted misma lo crió?

Hasta entonces ella había estado rabiando en silenlencio, pero ante la pregunta levantó la mirada, cautelosa.

-Sí.

Colt desmontó y se irguió ante ella, obligándola a detenerse. El potro bayo se echó hacia atrás, nervioso, hasta que él alargó una mano y pronunció algunas palabras en un lenguaje que Jocelyn no conocía. Incrédula, vio que Sir George metía el hocico en esa mano extendida; hasta empujó a Jocelyn con el flanco para acercarse más a él.

-¡Es asombroso! -exclamó ella-. Si es nervioso en presencia de gente conocida, jamás deja que un desconocido se le acerque. Usted ya había trabado relación con él, ¿verdad? -añadió, suspicaz.

-No.

-Pero ¿cómo ha logrado que...? ¡Buen Dios, tiene usted el toque!

-¿Qué toque?

-La habilidad de hacer que los animales confíen en usted. Yo también lo tengo, pero nunca he logrado un efecto tan inmediato.

A Colt le fastidió que ella descubriera un terreno común entre ambos, cuando él necesitaba aferrarse a las diferencias.

-¿Sobre qué deseaba hablarme, duquesa?

-Oh, bueno... Esta mañana usted se marchó sin que nadie pudiera preguntarle por qué nos había apartado del camino por el que viajamos ayer, desviándonos súbitamente hacia el este.

-Porque ayer nos siguieron -fue cuanto él dijo.

-Que nos... ¿Cómo...? ¡Vaya! No estaban muy cerca, al parecer, puesto que nadie los vio. Claro que usted se alejó más...

-Era un solo hombre -interrumpió Colt, antes de que la duquesa cayera en otro de sus arrebatos parlanchines, Se acostó a dormir a un kilómetro del campamento y volvió por donde había venido, poco después de que usted retomara el camino a Tucson.

-Entonces informará que partimos hacia allí, mientras que hemos virado en dirección casi contraria -adivinó ella, riendo-. Oh, yo sabía que usted resultaría valiosísimo, Thunder, pero no calculaba hasta qué punto. Vamos, no me mire así. ¿Que he dicho?

-No soy guía, duquesa, y nunca afirmé lo contrario. Como ese puma, me he desviado muchísimo de mi territorio de caza. No sé siquiera cuándo encontraremos otro pozo de agua. Sólo sé que, detrás de aquellas montañas están Nuevo México y la vieja senda de Santa Fe, que nos conducirá a las planicies. Las planicies me son conocidas, sí. Pero hasta llegar allí... -Terminó encogiéndose de hombros.

-Por Dios, hombre, ¿quiere decir que podríamos perdernos?

-Perdernos no, pero por un tiempo no habrá caminos que nos faciliten el trayecto. Tampoco aseguro que el paso entre esas montañas sea transitable para sus vehículos, duquesa.

Librodot

-Dígame, pues, ¿cómo llegó usted hasta aquí desde Wyoming? Porque de allí viene, ¿verdad?

-Sus carruajes no podrían circular por donde yo vine, decididamente. Pero yo seguía a Billy, y él no sabía dónde diablos ir.

-No parece preocuparse mucho al respecto -señaló ella.

-Siempre hay un camino. Sólo queda por ver cuánto tiempo se pierde en hallarlo. Allí delante tenemos territorio apache. Tiene que haber sendas bien marcadas.

-¿Y apaches?

-Los habría encontrado con más facilidad en México. Casi todos están recluidos en reservas, como todas las tribus del país. Debería haberse preocupado por los indios cuando tropezó conmigo, duquesa, no ahora.

Ella volvió la espalda a la amargura que había brotado en su voz y caminó hacia su caballo.

-Por favor, no volvamos a empezar -dijo, sin mirarle, centrando su atención en el gran animal, que se mantuvo dócil mientras ella le deslizaba la mano por el cuello-. Nada de cuanto haga logrará convencerme de que es un salvaje incivilizado.

Fue mala idea lanzarle un desafío así, suponiendo que no lo aceptaría. Pero ella no estaba habituada a tratar con ese tipo de hombres. Sin previo aviso, se encontró tendida en tierra, con él encima. Ambos caballos se habían apartado bruscamente y él ya le estaba recogiendo las faldas.

-¿Nada, duquesa? -pronunció él, con voz fría y decidida-. Ya veremos qué piensa cuando haya acabado con usted.

Quedó tan aturdida que apenas le oyó, pero sí sintió el fuerte tirón que desgarró sus bragas y la dura intromisión de un dedo dentro de ella.

-No, Colt, no le voy a permitir.

-No puedes impedírmelo, mujer. ¿No lo has comprendido todavía? Tú misma te encargaste de que estuviéramos solos, donde no cuentas con otro protector que yo. ¿Quién te protegerá de mí?

Ella pujó con fuerza contra los hombros de Colt, tratando de quitárselo. Pero era cierto: no podía impedirle nada.

-¡Lo hace sólo para asustarme! -Y con éxito.

-¿Crees que ha pasado mucho tiempo desde que yo tomaba lo que deseaba y mataba porque tenía el derecho de hacerlo? ¿Sabes qué te habría pasado si te hubiera conocido en aquellos tiempos? Esto... y mucho más. No nos limitábanios a violar a las blancas: las convertíamos en esclavas.

Jocelyn temió que en esa oportunidad él no se limitara a hacer una demostración. En verdad iba a poseerla aIlí mismo, en el polvo, con el sol de la tarde ardiendo sobre ambos. No quería que fuera así; los ojos se le llenaron de lágrimas, pero él no las vio. Sólo el instinto hizo que le echara los brazos al cuello, rogando:

-Por favor, Colt, no me hagas daño.

Él se apartó instantáneamente, con una cruel palabrota. Una vez más la dejaba aturdida. Nunca habría sospechado que fuera tan fácil detenerle, pero el peligro había pasado, decididamente. ¡Conque sólo había tratado de asustarla otra vez!

-¡Debería hacerle azotar! -protestó, acomodándose las faldas para ponerse de pie-. ¡No puede seguir haciéndome cosas como ésta, Colt Thunder! ¡No lo permitiré!

Él le echó una mirada sobre el hombro. Permanecía sentado, tratando de dominar su cuerpo acalorado.

-¡Diga una sola palabra más y volveré a tenderla de espaldas!

En esa oportunidad ella estaba demasiado furiosa para prestar atención a sus bramidos.

-¡Ya lo veremos, condenado hijo de... de... india!

Colt la vio acercarse a su propio appaloosa, recogerse las faldas y montar... de la manera normal, con lo que el vestido quedó levantado hasta las rodillas. También la vio sacar el rifle de su funda, pero no se levantó. No sabía qué diablos pensaba hacer.

Mientras no apuntara contra él...

-No quiero que se convierta en la cena de ese puma, pero espero que se haya calmado para cuando se reúna con nosotros.

Diciendo así, Jocelyn disparó dos balas contra el suelo, junto a las patas del felino, que huyó a toda carrera. El ruido espantó también a cinco o seis conejos, un gallo lira y hasta a un pavo silvestre que hasta entonces habían pasado desapercibidos.

Otros tres disparos, en rápida sucesión, acabaron con la fuga del pavo y dos de los conejos.

Colt aún miraba fijamente al tercer animal derribado cuando la voz de la muchacha se abrió paso a través de su asombro.

-El peligro sólo es peligro cuando se pierden sus contornos, señor Thunder. Tal vez quiera recoger esas presas. Nuestro cocinero se las agradecerá.

Colt apenas había comprendido la mitad de esos últimos comentarios.

De pronto ella partió, levantando una nube de polvo, y emitió un silbido agudo. Al oírlo, el bayo levantó la cabeza y galopó tras ella.

Ni siquiera entonces se levantó. Aún no lograba creer en la puntería de esa mujer, que se parecía mucho a la suya: otra habilidad que nunca le habría atribuido. Todavía no llegaba a captar la audacia con que ella le había dejado allí, sin montura.

Al menos, eso creía ella. Colt habría podido llamar a su caballo con tanta facilidad como ella a Sir George, pero para eso debía verse obligado a tenerla otra vez a su alcance. Y quedaba demostrado, sin sombra de duda, que no podía dejar de echarle mano si la tenía cerca. ¡Por Dios, aprovechaba cualquier excusa para tocarla, aunque sólo fuera con intenciones de asustarla, a fin de que ella no volviera a acercársele, obligándole a buscar nuevas excusas!

Por fin comprendió que estaba sentado en el suelo, con tres animales muertos a poca distancia. Eso no dejaría de atraer a los buitres.

Entonces dejó escapar un torrente de maldiciones que habrían puesto al rojo las orejas de aquella vengativa inglesa.

Necesitaba tiempo para serenarse, para calmar el cuerpo. Puesto que la caravana estaba aún a dos kilómetros de distancia, por lo menos, podría hacerlo. Su carácter, por el contrario, comenzaba a alterarse otra vez.

17

-¿Qué harás cuando ese hombre comience a azotarte?

Jocelyn agitó una mano, descartando la ocurrencia.

-No seas tonta, Vana. No se atreverá. -Pero dio en pasearse por la tienda. Hasta ella reconocía la incertidumbre de su voz.

-¿O sí?

-No me lo preguntes a mí, querida. Eres tú la que insististe en jugar con fuego. Yo aún no he conversado siquiera con él. Pero ¿no es algo que habrías debido tener en cuenta antes de robarle el caballo?

-No se lo robé; sólo lo tomé prestado. De cualquier modo, él merecería que se lo hubiera robado.

Había causado un verdadero revuelo al regresar, a horcajadas del gran appaloosa. Pero a todos les bastó echar u vistazo a su agria expresión para no hacer el menor comentario; ni siquiera los hizo el hermano de Colt, al menos ante ella. Claro que eso había sido varias horas antes.

La caravana había pasado ya por el sitio en donde ella dejara a Colt, sin ver señales de él. También habían montado el campamento por otra noche sin que él apareciera. Probablemente, la gente empezaba a preguntarse si ella se habría deshecho de él de un modo definitivo. Despues de todo, sus disparos habían sido bien audibles. También había que tener en cuenta a las serpientes que él mencionara. Y ese condenado puma seguía por allí, en alguna parte... Claro que ella no le había dejado completamente sin armas: todavía portaba un revólver. Sin duda, él sólo quería preocuparla.

-Me gusta bastante esta alfombra, pero no durará mucho si sigues paseándote así -observó Vanessa, con tono más seco-. ¿Por qué no vienes a tomar un jerez antes de la cena?

-Lo siento -respondió Jocelyn, sin dejar de pasearse-. Reconozco que no he sido una compañía muy grata estos últimos días.

-Debes de estar bromeando. Tus enfrentamientos con el señor Thunder han sido la mejor diversión que hemos gozado desde que nuestros dos apuestos lacayos trataron de matarse mutuamente por Babette. No me has contado qué pasó hoy, pero si partes de aquí impecablemente vestida y vuelves hecha un esperpento, no resulta difícil imaginarlo. A decir verdad, me muero por saber qué ocurrirá a continuación.

Por esas palabras, la condesa recibió una mirada ceñuda y lúgubre, que se convirtió casi de inmediato en una mueca de ojos apretados: ambas podían oír la conmoción que acababa de estallar ante la carpa. El señor Thunder estaba allí.

-Vea, compañero -dijo uno de los guardias, fastidiados-: no puede entrar ahí sin ser invitado.

La única respuesta fue un ruido de carne contra carne, probablemente bajo la forma de nudillos contra cara. Entonces se oyó la voz de otro guardia, más forcejos y otros dos sólidos puñetazos.

-Sería mejor que sacaras tu pequeña pistola querida, mientras él no se calme lo suficiente como para entender razones.

Pero Jocelyn no se movió. En realidad, no hubo tiempo. Parecía irónico que ninguna de las dos hubiera consideraado la posibilidad de que los guardias ganaran el combate; en eso acertaron ambas. La solapa de la tienda se abrió bruscamente y Colt entró sin quebrar el paso: un paso furioso que le llevó directamente ante Jocelyn.

Librodot

Ella se preparó para lo peor, pero no se movió un centímetro. Tal vez fue eso lo que impidió a Colt alzar una mano. Se limitó a arrojar el sombrero al suelo, entre ambos... y a gritar.

-Tendría que... No se atreva jamás a...

No terminó ninguna de las frases, derrotado por la visible calma de la joven ante su furia. Y resultó fascinante ver cómo luchaba por dominar sus emociones. Se quedó de pie, con los ojos cerrados, y Jocelyn casi pudo sentir la turbulencia que hervía en él, el calor y la fuerza que irradiaban tan cerca de la superficie. Sin embargo, ya no los veía.

Jocelyn tuvo la sensación de que él no estaba habituado a perder el dominio de nada, de que se enorgullecía de poder disimular las sensaciones del cuerpo y la mente, Sin dejar nunca entrever el torbellino interior que pudiera estar experimentando. No era la primera vez que presenciaba ese control. Tampoco era la primera vez que él le gritaba así.

¿Sería una buena señal que ese hombre pareciera perder la calma sólo en su presencia? ¿O se trataba sólo de que él no podía manejar la situación en que se encontraba? Ella habría querido saber a qué atribuirlo, pero juzgó que, por ese día, ya le había provocado bastante.

Vanessa tenía razón, como de costumbre. No convenía jugar con fuego sin conocer las consecuencias.

Antes de que él abriera los ojos la tienda volvió a ser invadida por otros seis guardias.

-Llegan tarde -apuntó Colt en voz baja, mientras Vanessa se apresuraba a asegurarles que no había motivo de alarma-. Llegar hasta usted es demasiado fácil, mujer.

-No tanto, en realidad -respondió ella, también en voz baja-. Si usted pudo llegar hasta aquí es porque ellos le conocen. Si un desconocido hubiera intentado hacerlo. habría recibido un disparo y no una advertencia. ¿Hizo usted mucho daño ahí fuera?

-No.

-Bien.

Con una sonrisa, se volvió hacia sus hombres y añadió a las palabras de Vanessa su propia afirmación de que todo era un malentendido.

Se atribuyó toda la culpa, aunque sin entrar en detalles, admitiendo tan sólo que había provocado irrazonablemente a Colt. Como todos sabían que ella había vuelto con el caballo de Colt, pero sin su propietario, el arrebato del guía resultaba comprensible y perdonable.

Él no tuvo que pronunciar una palabra en defensa propia. Tampoco lo habría hecho de ser necesario.

Sólo Sir Parker se mostró renuente a marcharse mientras Colt siguiera allí. Pero como éste parecía ahora la imagen misma de la calma y puesto que las dos mujeres aseguraban que no habría más dificultades, poco podía hacer al respecto. En cuanto el último guardia se hubo retirado, sin embargo, resultó muy desconcertante oír el comentario de Colt, en voz baja, pero seria.

-Traté de que se me pasara. Primero caminé; después, corrí. Pero nada dio resultado. Sólo se me pasaría retorciéndole el cuello, duquesa.

Vanessa, horrorizada al oír eso, abrió la boca para llamar a los guardias, pero Jocelyn se lo impidió.

-Bueno, mi cuello le agradece que haya recobrado el sentido común. Quizá le deba una disculpa.

-Muy cierto. -Hasta eso fue dicho en tono moderado.

-Pero usted también me debe una. ¿Por qué no damos las cuentas por cerradas, por esta vez?

Él no acusó recibo de la sugerencia, ni con palabras ni con un gesto. Jocelyn se sentía cada vez más incómoda bajo aquella mirada penetrante. Esos ojos eran realmente letales por

lo que le hacían sentir; si trataba de sostenerle la mirada, sólo conseguía empeorar las cosas: en aquellas azules profundidades veía el conocimiento íntimo de su cuerpo. Esa masculina dureza la había cubierto apenas horas antes. Su mano le había quemado la carne de las piernas al apartar las faldas. Aún ahora se le aflojaban las rodillas al recordar que le había introducido el dedo. Y tenía la sensación de que, al mirarla de ese modo, él estaba recordando lo mismo. Rezó porque no fuera así.

Apartó la cara, captó la mirada cautelosa de Vanessa y estuvo a punto de estallar en una carcajada de alivio. Vanessa era muy afecta a hacer comentarios satíricos y advertencias basadas en supuestos, pero al ver con sus propios ojos a ese hombre no sabía qué pensar. Colt no era fácil de interpretar, por cierto, sobre todo en ese estado de ánimo. La furia seguía allí, probablemente, pero sepultada a tal profundidad que no podía hacer daño... al menos por el momento.

-La condesa me recordó, hace un rato, que he pasado por alto las presentaciones. Colt Thunder, permítame presentarle a mi querida amiga y acompañante: Vanessa Britten.

-A sus órdenes -dijo Colt, inclinando la cabeza.

Vanessa encontró en eso alicientes para decir:

-Encantada, señor Thunder.

-Oh, no le gusta que le llamen señor, Vana. Responde tanto a su nombre como a su apellido.

-¿Sin preferencias? ¡Qué, extraño!

-Pero la informalidad resulta muy agradable, ¿verdad? Se tiene la sensación de conocer al otro más a fondo de lo que en realidad se le conoce.

-Con su permiso, señoras.

Colt dijo eso cuando ya se encaminaba hacia la salida, obligando a Jocelyn a plantarse delante de él.

-Oh, no puede abandonarnos todavía. Tiene que cenar con nosotras.

-¿Por obligación?

Ella bajó los ojos antes de corregirse.

-¿Quisiera cenar con nosotras, por favor?

-No suelo...

-Al menos, quédese a tomar una copa -insistió ella-. Seguramente tiene... -No convenía mencionar la sed.- Tenemos jerez... No, no creo que eso le guste. Vana, ¿por qué no encargas a Jane que busque alguna bebida más fuerte en el carro de las provisiones?

-¿No ha aprendido todavía que no le conviene quedarse sola conmigo?

Jocelyn giró en redondo: Vanessa los había dejado si responder y la solapa de la tienda aún tremolaba. Estaban solos, en verdad... por el momento.

-Regresará enseguida y... -le echó un vistazo a los ojos. Por Dios, otra vez esos ojos que le provocaban escalofríos de excitación en la piel, pese a ser tan inescrutable -Y usted ¿todavía no ha aprendido que no me dejo intimidar tan fácilmente?

-Usted está loca, mujer... y se lo está buscando.

Sí que se lo estaba buscando, pero no en el sentido que él daba a las expresión. ¿Era posible que no se diera cuenta? ¿Por qué se esforzaba tanto por mostrarse despreciable y ruin? "Porque en realidad es despreciable y ruin", le sugirió una vocecita mental. No, no estaba dispuesta a creerlo ni por un instante. Además, Sir George no se habría encariñado con un hombre que fuera cruel por naturaleza.

-Lo que pasa, Colt Thunder -dijo en voz baja, susurrante, mientras le buscaba los ojos otra vez-, es que me siento muy otra...

Librodot

-Jane vendrá en un momento. Le dije que trajera la botella de coñac añejo que conseguiste en... Oh, perdón, ¿Interrumpo algo? -preguntó Vanessa.

Jocelyn se había ruborizado intensamente, pero logró sacudir la cabeza, en tanto se apartaba un poco de Colt.

-No, en absoluto -balbuceó, sofocándose con las palabras.

Le parecía increíble haber estado a punto de confesarle la atracción que por él sentía. Eso no se hacía, simplemente, sobre todo cuando el destinatario de esos sentimientos no demostraba los suyos con ninguna claridad. Por Dios, ¡qué mortificante habría sido ponerse al descubierto y que él no reaccionara! O peor aún, que replicara, por ejemplo: “Ese es problema suyo, no mío”. En verdad, el problema era de ella, pero por una vez en la vida no podía dedicarse de lleno a resolverlo.

-Me alegra que hayas vuelto tan pronto, Vana. Estaba a punto de preguntar a Colt por qué quiso que evitáramos ayer esa ciudad. La cuestión te interesaba mucho, ¿verdad?

-Por supuesto -replicó Vanessa, bien contra su voluntad.

Una cosa era quejarse ante Jocelyn por el aparente rencor de su guía; otra muy distinta aclarar el tema con él, sobre todo considerando lo poco amable de su actitud. En realidad, la forma en que miraba a Jocelyn cuando ella no le prestaba atención... Por Dios, ¿qué había pasado ahí en su ausencia? Los ojos del hombre ardían de pasión, pero ¿qué clase de pasión?

Thunder no parecía haber escuchado el diálogo, tan profunda era su concentración en Jocelyn. Por lo tanto, Vanesa insistió:

-¿Existía algún motivo, eh... Colt?

Los ojos muy azules giraron hacia ella, cargados de algo que sólo se podía describir como impaciencia. Pero los fuegos habían perdido vigor. Un momento después volvían hacia la duquesa, casi como si él no pudiera impedirlo.

-Las mantuve fuera de Benson porque lo más seguro es acampar a cielo abierto, donde podemos ver llegar al enemigo. En una ciudad no sabemos de quién cuidarnos, puesto que ni siquiera saben cómo es ese inglés ni cómo son sus hombres. Aquí, en la llanura, todo el que se aproxime es sospechoso. Es la precaución más sencilla de todas, duquesa: mantenerse solo.

Allí había un doble significado. Hasta Vanessa lo captó. Jocelyn prefirió ignorarlo por completo.

-Ya ves, Vana, que había un buen motivo. Más aún: Longnose está momentáneamente desorientado gracias al desvío que Colt decidió esta mañana. No podríamos estar en manos más capaces, ¿no te parece?

Vanessa asintió, pero aún estaba atenta a Colt, vigilando su reacción. Las antiquísimas tácticas de Jocelyn eran impecables: había hecho saber al hombre que su compañía le era deseable; evitaba tímidamente su mirada, como si no se atreviera a mirarle por temor a que sus sentimientos quedaran al descubierto, y ahora recurría a los halagos. Pero nada de eso parecía dar resultados, al menos los resultados que cabía esperar. En todo caso, cuanto más agradable se mostraba la joven, más perturbado parecía él.

¿Acaso comprendía la situación, pero no quería jugar parte alguna en ella? ¿O eran sus actos los del hombre que no cree poder alcanzar lo que desea? Ese pensamiento valía la pena, pero Vanessa no llegó a formularlo por completo. Se preguntó si debía mencionar la posibilidad a Jocelyn. No: era mejor dejar que la muchacha actuara a su modo. Además, no se podía obtener confirmación sin una pregunta directa. Jocelyn solía ser muy franca con respecto a casi todos los temas, pero era de esperar que tuviera el sentido común de no abordar ése. No soportaba pensar en el bochorno que podía provocarse.

Ninguna de ellas podía saber que Colt habría recibido de buen grado un poco de franqueza, a esas alturas de las cosas, pues aún no comprendía en absoluto las motivaciones

de la duquesa. Lo último que se le ocurría pensar era que ella pudiera desearle, sabiendo lo que era.

Pero el deseo que ella le inspiraba se le estaba escapando de las manos. El estar tan cerca de ella no hacía sino empeorarlo. Había sido un grave error entrar en la tienda, aún sustentado por su furia.

Ahora que la furía había desaparecido, necesitaba desaparecer cuanto antes.

Lo hizo en el momento en que la solapa de la tienda volvía a abrirse y la criada entraba con el coñac en bandeja de plata.

-Señoras.... -fue cuanto dijo como despedida, antes de marcharse.

Pero al pasar arrebató la botella a la sorprendida mujer.

Por lo menos, eso era algo de Jocelyn que podría gozar sin remordimientos. Y esa noche le hacía mucha falta.

18

Pasaron varios días sin que Jocelyn tuviera noticias de Colt, aunque los otros le aseguraban que no les había abandonado. Simplemente, desaparecía antes de que ella despertara y no regresaba sino cuando ella ya estaba acostada. No era irrazonable preocuparse por él durante esas largas ausencias, en tanto avanzaban por lo que se tenía por el corazón mismo del territorio apache; de cualquier modo, no era lo habitual. En esos tres años había tenido muchos motivos para preocuparse, pero desde la muerte de Edward era la primera vez que lo hacía por un hombre en especial

Por eso, cuando Colt apareció una tarde y se puso a la vanguardia de la caravana, Jocelyn no fue la única que se preguntó cuál sería la razón específica de esa actitud. Típicamente, él no ofreció explicaciones. Obtener información espontánea de Colt Thunder era más difícil que encontrar agua en esa árida región. Por si ella no hubiera adivinado ya que sus hombres le tenían evidente antipatía, el hecho de que ninguno de ellos le hiciera preguntas para apaciguar la curiosidad venía a demostrarlo.

Podría haberlo hecho ella misma. Bastaba con levantar un poco la voz, puesto que ella iba sentada junto al conductor de su carruaje, mientras Vanessa dormitaba dentro. Lo pensó dos segundos. Pero había visto la expresión de Colt al acercarse y, francamente, le parecía más inabordable que nunca.

En ese momento no pudo dejar de experimentar cierta aprensión, cierto presentimiento de que algo iba a ocurrir, sobre todo al ver la rígida postura del guía. Sin embargo, pasó media hora más antes de que la tensa espera llegara a su fin.

En la distancia se alzaba algo que sólo con mucha generosidad podía denominarse colina, y en lo alto del pequeño montículo había seis jinetes. Los guardias de Jocelyn se detuvieron en cuanto divisaron al grupo, pero como Colt continuara, ella indicó por señas que todos debían seguirle. Aún no era posible identificar a los desconocidos, que no se movían; no hacían sino permanecer a lomo de sus caballos, observando a la caravana que se aproximaba. Si era Longnose... bueno, Jocelyn casi deseaba que fuera él. Para utilizar una de las frases más coloridas de la región, ese “ajuste de cuentas” llevaba ya mucho retraso.

Pero no tuvo tanta suerte. A medida que se aproximaban a la colina fue quedando en claro que estaban ante auténticos indios norteamericanos. Un poco más allá comprendieron que no se trataba de la variedad doméstica, puesto que todos lucían muchas cartucheras, ya como cinturón, ya en bandolera. Sin embargo, aún no había por qué alarmarse, puesto que eran tan pocos. Su guardia los doblaba en número. Aun así, Jocelyn no pudo menos que contener el aliento al ver que los indios descendían de su lomada, lentamente y enfilados hacia el sendero por el que avanzaba la caravana.

Esta vez Colt sofrenó a su caballo. Quienes le seguían le imitaron en seguida. Al cabo de un momento, Sir Parker avanzó hasta ponerse a su lado y ambos intercambiaron unas pocas palabras. Por fin Colt se adelantó para hablar con los indios.

Pearson, encargado ese día de conducir el carruaje principal, se inclinó hacia Jocelyn para susurrarle.

-Yo creía que estos patanes eran arqueros consumados.

Ella comprendió de inmediato el por qué de ese comentario: no había un arco ni una flecha a la vista.

-Estos son tiempos modernos, señor Pearson. Sin duda han descubierto que el rifle es un arma más útil para matar... animales.

-La caza no es muy abundante en esta zona. ¿Quizá quieran comida o algo así?

Librodot

-Quizá, o algún dinero como peaje por cruzar su territorio -respondió ella, bastante aliviada-. Sí, es lo más lógico, ¿verdad? ¿Por qué otro motivo podrían... estar...?

Su atención se centró inmediatamente en Colt, que se había encontrado ya con los indios e intercambiaba con ellos algunas palabras.

La distancia era demasiado grande como para que Jocelyn pudiera oírlas. Sólo pudo extrañarse por el excesivo uso de ademanes que utilizaban Colt y el jefe indio para dar énfasis a la discusión.

Por suerte no tardaron mucho. Colt puso a su caballo en dirección contraria. Cuando llegó hasta el carruaje, Jocelyn ya había requerido ayuda y estaba de pie en el suelo. Por desgracia, él traía una expresión tan lúgubre que ella volvió a contener el aliento. Colt la tomó del brazo y se apartó con ella unos cuantos metros.

-Quieren su potro, duquesa -dijo, sin preliminares.

Igualmente directa, Jocelyn replicó:

-Sir George no está en venta a ningún precio.

-No he dicho que quieran comprarlo.

-Pero... ¿eso significa que exigen a Sir George como pago por dejarnos cruzar su territorio?

-No. Ellos tampoco tienen derecho a estar aquí. Son apaches renegados.

-¿De ésos que hacen incursiones en este lado de la frontera?

La manera vacilante en que ella lo había expresado estuvo a punto de hacer sonreír a Colt.

-Veo que me ha comprendido.

Al percibir su condescendencia, ella irguió la barbilla.

-¿Y si me niego a entregarles a Sir George?

-No suelen pedir, sino tomar -replicó él, paciente-. Nos vieron ayer; podrían haber hecho el intento de robar el potro anoche. Creo que les han tomado por gente del Este; por esa razón se muestran tan audaces. Están seguros de que perderéis la cabeza por el miedo y les daréis el caballo sin discutir.

-¿De veras? -resopló ella.

Esta vez Colt sonrió.

-¿Qué debo decirles?

-Esto es absurdo -manifestó Jocelyn, arrojando una mirada fulminante, sobre el hombro, hacia el grupo de indios que aguardaban-. ¿Qué pueden hacernos? Les llevamos una ventaja numérica de tres a uno o más. Y no necesito recordarle, Colt, que yo también sé disparar un arma con destreza.

Él admiró su coraje, pero en realidad ella no sabía a qué se enfrentaba.

-¿Alguna vez ha matado a un hombre, duquesa?

-No, por cierto -declaró ella-. Pero no es necesario matar para desarmar a alguien.

Lo dijo con tanta confianza que él no lo puso en duda. Y cambió de enfoque.

-Permítame poner las cosas en claro, duquesa. Usted puede hacer que se vayan con las manos vacías. Se irán, sí. Pero puede apostar su bonito... a que volverán con refuerzos. Dentro de unos pocos días, de una semana, sin que usted sepa cuándo. Y entonces no habrá advertencia, puesto que ellos llevan ventaja cuando atacan por la noche, mientras casi todo el campamento duerme. Cuando lo hagan no querrán sólo el potro, sino todo cuanto tenéis, especialmente la vida de todos.

-No les entregaré mi potro bajo ninguna circunstancia -afirmó ella, con terca determinación-. Es el futuro de mi caballeriza.

-No creo que usted necesite montar una empresa para mantenerse, ¿verdad, señora? ¿Me he equivocado al suponer que tiene dinero en abundancia, al punto de no darle valor?

A juzgar por su tono, se estaban acercando a terreno peligroso.

-Por mucho dinero que tenga a mi disposición, necesito algo que justifique mi existencia, Colt. Y eso es lo que obtengo criando finísimos pura sangre.

Por esa razón había permitido, tras cumplir su mayoría de edad, que Sir George sirviera a las tres yeguas, suponiendo que sus vagabundeos llegaban a su fin. Gran equivocación.

De pronto se le ocurrió otra solución.

-¿Y si les ofrezco una de mis yeguas?

Él arqueó las cejas, sorprendido:

-¿Lo haría?

-No me gusta la idea, pero si eso impide que nos a ataquen más adelante, lo haré, por supuesto. No quiero arriesgar innecesariamente a los míos.

Él movió lentamente la cabeza.

-No daría resultado. El jefe de este grupo ha puesto los ojos en el potro. Con un caballo así vería aumentar tanto su prestigio entre sus seguidores que está dispuesto a morir para poseerlo. Pero haré un trato con usted. Si logro que se vayan sin que usted pierda ninguno de sus caballos...

-¿Va a decirme que hay otra solución para este dilema y que usted no la ha mencionado todavía?

-Podría decirse que sí. Pero no voy a hacerlo gratuitamente, duquesa. Esto le costará...

-¡Está bromeando! -protestó ella-. ¡Con lo que le pago!

-...una potranca de una de sus yeguas..., siempre que sea su potro el que las haya servido.

Por un momento ella le miró fijamente, sorprendida. ¿Cómo podía saber que las yeguas estaban gestando ya sus futuros animales de cría, si éstos no debían nacer hasta la primavera? Pero más aún le asombraba su descaro. No podía deshacerse de esos indios como parte de su trabajo, no. Eso habría sido demasiado magnánimo. ¡Condenado extorsionador!

-¿Es ése el trato? -preguntó, seca-. Si esos apaches se retiran sin volver a molestarnos, ¿usted recibe una potranca hija de Sir George?

Ante el seco gesto de asentimiento de Colt, añadió:

-¿Y cómo hará para que se vayan?

-Eso es asunto mío, duquesa. ¿Acepta el trato?

-Puesto que no hay alternativa...

-Bien -le interrumpió él, ya impaciente-. Haga que sus hombres permanezcan aquí. También le sugiero que usted y las otras mujeres se queden en los coches, sin mirar.

¿Sin mirar?

-¿Sin mirar qué? -interpeló ella.

Pero Colt había vuelto ya hacia su caballo. No la oyó o no quiso responder. De un modo u otro, ella estaba tan fastidiada que no repitió la pregunta.

Volvió lentamente al carruaje. Iba a reunirse con Vanessa, que aún debía de estar durmiendo, pues no había preguntado el porqué de esa detención. Pero se detuvo en seco, más fastidiada aún al caer en la cuenta de que estaba haciendo exactamente lo que Colt le había ordenado.

Caminó alrededor del carruaje hasta detenerse bajo su sombra. Allí podría ver cuánto tardaba Colt en convencer a los indios. Para justificar lo que estaba cobrando, haría bien en

dedicar a eso todo el resto de la tarde. Pero apenas habían pasado un par de minutos cuando Colt giró otra vez hacia la caravana.

Jocelyn se puso tiesa. ¿Tan fácil? ¡Grandisimo oportunista bueno para nada! Pero no: sólo habia recorrido la mitad del trayecto, seguido por uno de los indios. El aborigen desmontó al mismo tiempo que él, a unos veinte metros de ambos grupos.

Conque iban a discutirlo a solas. Muy bien. Jocelyn comprendió qué ventaja podía sacar Colt de eso: probablemente haría ciertas amenazas nada caballerescas. Después de todo era mucho más alto que el apache y más corpulento. En realidad, el indio de pura sangre era más bajo y flaco, al extremo de parecer desnutrido.

Sin embargo no estaban discutiendo. El apache dejó su rifle; las rodillas huesudas asomaban entre las botas blandas y un paño amarillo que le pendía hasta medio muslo. Llevaba además una camisa de algodón suelta, de mangas largas, comprada u obtenida por trueque, y una sola cartuchera a la cintura, en la que ensartaba un largo puñal.

Al verle desde más cerca, Jocelyn notó también que era mucho más moreno que Colt; el pelo negro, mucho más corto, le llegaba apenas a los hombros, sujeto por una vincha roja. Aunque menudo, se le veía claramente amenazador, en tanto esperaba que Colt le enfrentara.

Mientras tanto, el guía se estaba quitando la chaqueta de piel. Jocelyn notó por primera vez que ese día llevaba una camisa también de piel, larga y por fuera de los pantalones, ceñida por un ancho y complicado cinturón. Cuando se volvió para colgar su chaqueta de la silla de montar, se vio que la pechera lucía una especie de dibujo... ¡Maldita distancia! Parecía una aplicación de cuentas blancas y azules, pero no era seguro. Junto al bordado, unos flecos muy largos le caían sobre la parte superior de los brazos y descendían por las mangas hasta las muñecas; cada fleco parecía tener una cuenta cosida en el extremo.

A continuación él se quitó el sombrero. Jocelyn quedó boquiabierta al verle dividir el pelo en dos para trenzarlo a ambos lados. Terminada la operación se quitó la pistolera. La joven sintió un primer estremecimiento de alarma y dio un paso hacia adelante, sólo para quedar inmovilizada: Colt acababa de arrancar uno de los flecos más largos para entregarlo al apache. Luego volvió la espalda al indio. ¿Qué diantres...?

Un momento después ahogó una exclamación, consternada. No fue la única. También sus guardias estaban murmurando entre sí, preguntándose por qué Colt permitía que el apache le atara la mano derecha al cinturón, por atrás, dejándole ese brazo inutilizado. Un segundo después descubrieron la respuesta.

Los dos hombres extrajeron los puñales para un duelo primitivo. Colt había cedido al otro una gran ventaja, pues Jocelyn sabía que no era zurdo. Ambos tenían los puñales en el puño, con las hojas hacia abajo, como para clavar en vez de blandir. Sin embargo los estaban blandiendo. El apache fue el primero.

Era ágil y veloz; decididamente, buscaba matar. Pero también Colt hacía lo mismo. Al parecer, el objetivo del combate era hacer jirones al contrincante. Colt tenía el brazo más largo, pero ésa era su única ventaja. Su desventaja consistía en no contar con el brazo derecho para mantener el equilibrio ni para parar los golpes. Si caía... Jocelyn no quiso pensar en el resultado.

Obviamente el apache también lo comprendió así, pues tras recibir varios cortes en el torso, sin poder acertar ninguno a su vez, cambió de táctica. Comenzó a saltar hacia Colt, en vez de apartarse de él, tratando de ponerse a su espalda. Como eso no diera resultado, intentó hacerle tropezar.

Por fin Jocelyn salió de su horrorizada inmovilidad y echó a correr hacia ellos. Sir Parker la detuvo de inmediato.

-No debe ir, Su Gracia. Él dijo que si interveníamos ellos dispararían.

-¡Pero es preciso detenerlos!

-Ya es demasiado tarde. Esperemos que esos indios entiendan algo de inglés, pues cuando debamos tratar con ellos, después de...

Calló al ver que la duquesa había perdido el color por completo.

¿Después de que Colt muriera? ¿Acaso todos pensaban que no tenía la menor posibilidad? No, no moriría. Ella prefería entregarles a Sir George.

Pero era demasiado tarde. Cuando miró otra vez a los combatientes descubrió que Colt ya había caído, con el apache sobre él. Jocelyn estuvo a punto de desmayarse: jamás llegaría a tiempo para impedir aquello. No podía hacer otra cosa que presenciarlo todo, como los otros, mientras el indio inmovilizaba la única defensa de Colt sujetándole el brazo armado con la mano izquierda y se preparaba para apuñalarle con la derecha.

La joven giró en redondo; no podía ver aquello. Pero acabó dando el giro completo, pues tampoco podía dejar de verlo. Y en esos pocos segundos Colt había logrado lo imposible. Ahora estaba arriba, con el cuchillo contra el cuello del apache.

-¿Qué pasó? ¿Cómo fue?

Sir Parker parecía disgustado por la escena.

-El indio no tuvo fuerza suficiente para mantenerle el brazo inmovilizado. Thunder logró levantar su puñal para bloquear el golpe, su adversario perdió entonces el arma y también el equilibrio, pues aún tenía sujeta la muñeca Thunder.

Jocelyn comenzó a sonreír, pero aquello aún no había terminado. ¿O sí? Colt se levantó poco a poco, estiró el brazo hacia la espalda para liberar su mano derecha luego ofreció la izquierda a su adversario, para ayudarle a levantarse. Conque no había matado al apache, aunque la inmovilidad del otro así lo había hecho creer. Pero el derrotado rechazó la ayuda y se levantó lentamente, para caminar en línea recta hacia su caballo.

Colt aguardó hasta que el apache se hubiera reunido con sus compañeros. Cuando todos se alejaron, volvió a montar y se reunió con los vehículos. Le fastidió notar que la duquesa aún estaba fuera de su carruaje. Cuando se detuvo a su lado, ella le miró con preocupación, buscando señales de sangre. Pareció aliviada al ver que no la había, y eso le fastidió aún más. No quería que esa mujer se preocupara por él. Ese interés pulsaba como una garra las cuerdas de su corazón, haciéndole sentir... caramba, sólo más frustración, porque jamás sería suya.

-Me alegro de que usted no le matara -dijo ella, sonriendo.

Esa sonrisa provocó el más ceñudo de los gestos.

-¿De veras? Si hubiera sido un cheyenne habría tenido que matarle, pues mi pueblo prefiere morir antes que afrontar la desgracia de una derrota. Pero las costumbres apaches difieren de las mías en muchos aspectos. Ellos prefieren vivir para otro combate, de modo que le dejé ir.

Con eso desapareció la sonrisa de la muchacha.

-¿Y si prefería vivir para tratar otra vez de adueñarse de Sir George?

-No lo hará. Le dije que el potro era mío. A su modo de ver, la única manera de obtenerlo era matarme, y no pudo hacerlo.

-¿Eso significa que usted... él... Sir George habría tenido que ... ? -Apretó los dientes por un segundo, muy agitada, olvidando por completo su enorme alivio al verle vivo y sin heridas. –Dígame, por favor: ¿qué habría pasado si usted hubiera perdido?

Colt la enfureció aún más sonriendo de oreja a oreja al responder:

-Eso no habría sido asunto mío, ¿verdad, duquesa?

19

Vanessa dejó escapar un suspiro fatigado, al ver por la ventanilla que Jocelyn levantaba una gran nube de polvo, ejercitando a Sir George. Ya no se alejaba a lomos del potro desde aquel encuentro con los apaches. Vanna agradecía haberse enterado de aquel episodio sólo de oídas, en vez de presenciarlo. En realidad, la duquesa ofrecía una imagen estupenda contra el vívido cielo azul, pese al estéril paisaje que la rodeaba.

Ese estéril paisaje se estaba tornando depresivo, aunque a Jocelyn parecía no afectarla en absoluto. En cierta zona se habían visto rodeados de montañas liláceas, pero tan alejadas que parecían inalcanzables. Lo habitual eran interminables extensiones de suelo plano y reseco, siempre resquebrajado; sólo algún cactus ofrecía un poco de verde; lo demás, desde las matas de espinos hasta los mechones de hierbas marchitas, se veía bañado en plata bajo el sol cegador.

¿Llovería alguna vez en esa parte del mundo? No había caído una gota desde que abandonaran esa ciudad de Tombstone (lápida, nombre muy apropiado), y en todo ese tiempo sólo habían visto un pequeño curso de agua: el arroyo San Simón, que a esas alturas del año era apenas un hilo cenagoso, a tal punto que nadie había podido pensar en bañarse. Por suerte llevaban toneles con agua; de lo contrario se habrían visto en aprietos.

Sin embargo, Vanessa no emitía una palabra de queja desde aquella noche en que había protestado a propósito, sólo para señalar la mala disposición del guía. A decir verdad, no habría querido perderse esa parte del país; podía ser desolada, tediosa y eternamente polvorienta durante el día, pero al amanecer y en el crepúsculo aparecían allí los más espléndidos estallidos de color. A veces el cielo parecía envuelto en llamas por la intensidad de los rojos y los amarillos. Luego asomaba la luna, con tan enorme boato que parecía estar casi al alcance de la mano. Mientras esa esfera refulgente, monstruosa por su tamaño, pendía sobre el horizonte, el cielo se negaba a ennegrecer para que cayera realmente la noche; las fogatas sólo eran necesarias para cocinar y caldear el aire.

Jocelyn nunca dejaba de salir, al terminar cada día, para presenciar esos espectáculos; pero al mismo tiempo observaba subrepticiamente el campamento, con la esperanza de que apareciera Colt Thunder. Este no se presentaba nunca. Continuaba esquivando a todos, salvo a su hermano, a quien daba las indicaciones generales para cada jornada.

A Vanessa la fastidiaba infinitamente ver la desilusión de Jocelyn cuando terminaba el día sin que hubiera visto al guía, ni siquiera desde lejos. Pero lo que la había alarmado de verdad era oír a Jocelyn describir las emociones subyacentes que la joven había experimentado, sobre todo al creer que Colt estaba a punto de morir.

Era su preocupación por ese norteamericano semisalvaje lo que alarmaba a Vanessa. Esos sentimientos podían conducir fácilmente al amor, aunque la muchacha no lo comprendiera así. Y ésa no era una eventualidad a considerar. Claro que aún no había ocurrido; al menos, Vanessa rezaba porque no fuera así. Puesto que Jocelyn seguía decidida a gozar de ese fulano, la única manera de impedir que el amor se entremetiera en esas relaciones era acabar de una vez con esa desfloración, para que Colt Tlunder pudiera seguir su camino.

Pero para lograr eso existía un gran obstáculo, descartando el hecho de que Thunder rara vez se dejaba ver por allí. Dicho simplemente, él era el único guía con quien podían contar; mientras no llegaran a algún sitio civilizado en donde pudieran remplazarle, no había más remedio que seguir con él.

Librodot

Sin embargo, ocurrió que el terreno desigual, combinado con la velocidad del viaje, habían causado estragos en los vehículos y en los animales. Se requerían con urgencia los servicios de un herrero, y había trabajo suficiente como para demorarlos varios días... El guía ya no podía evitar las ciudades, pero tampoco había ciudad alguna que evitar.

-Debo reconocer una cosa en su favor -comentó Vanessa a la mañana siguiente, cuando entraron en Silver City-: al menos no nos ha traído a una población de una sola calle y un único hotel de cuatro habitaciones... aunque nos haya traído de mala gana.

Jocelyn no se apartó de la ventanilla; contemplaba con interés esa nueva ciudad del Oeste.

-Sabes que tiene razón cuando trata de evitar las ciudades, Vana.

-Supongo que sí -reconoció la condesa. Pero aún la fastidiaba el hecho de que hubieran entrado en Nuevo México varios días antes, sin enterarse de ello. -Bien, podría haberse dignado informarnos que estábamos cruzando un nuevo territorio. ¿Estás segura de que nos avisará cuando lleguemos a Wyoming?

Al percibir uno de los tonos más secos de su amiga, Jocelyn se volvió con una gran sonrisa.

-Como guía se ha desempeñado muy bien, ¿no es así? Sobre todo, si tenemos en cuenta que nunca afirmó ser guía. Hemos llegado hasta aquí sin sufrir percances. ¿Y hace falta añadir que no le contratamos para que nos ayudara a hacer turismo?

-Ahora que mencionas para qué fue contratado, creo que deberías aprovechar nuestra estancia aquí para llevar a cabo ese asunto. Servirá de mucho que tengas una habitación para ti sola; puedes aprovechar cualquier excusa para quedarte a solas con él en tu habitación. Una cosa llevaría a la otra y...

-Estás olvidando un pequeño detalle -le interrumpió Jocelyn, perdida la sonrisa-: no le gusto.

-Yo no diría tanto, querida.

-Yo sí. Ha hecho todo lo posible por demostrarlo. No me encuentra nada atractiva.

Vanessa estuvo a punto de resoplar, pero se contentó con decir:

-Tonterías. ¿No se te ha ocurrido pensar, niña, que puede sentirse tentado, pero al mismo tiempo creer que no debe solicitar favores amorosos a alguien tan importante como tú?

-No es inglés, ni siquiera europeo; no le interesan las diferencias sociales, Vana. ¿Recuerdas el sermón que su hermano espetó a Sir Dudley sobre la importancia que los norteamericanos dan a la igualdad?

-Es cierto, pero en su caso se trata de un norteamericano de otra raza, que te desdeñó en público para proteger tu reputación. ¿Lo has olvidado? Quizá me equivoqué al utilizar el vocablo "importante". Me refería a alguien de tu... color.

-¿Porque soy lo que él llama "una mujer blan- ca"? -Jocelyn ahogó una exclamación de tardío entendimiento.- Buen Dios, ¿crees que de eso se trata?

-No me sorprendería. Al menos, eso explicaría por qué se ha tomado tantas molestias para mantenerte a distancia... asustándote, por así decirlo.

-Pero... ¿cómo haré para sortear eso?

-Buena pregunta. Él ya ha sido informado de que su condición de mestizo no te merece importancia. Por lo tanto, puede que él también tenga sus prejuicios, pero a la inversa, cosa que sinceramente dudo. O tal vez ha interpretado mal todas tus insinuaciones, simplemente porque no cree posible que desees a alguien como él.

-No me gusta ninguna de esas posibilidades, Vana dijo Jocelyn secamente, en defensa de Colt.

-Pues la segunda me parece muy probable.

Librodot

-No puedo creer que él se tenga en tan poca estima.

-Querida mía, no puedes imaginar qué tipo de vida ha llevado ni qué circunstancias le han hecho tal como es. Supongamos, siquiera por un momento, que estoy en lo cierto. Si aún no sabe que le deseas lo que corresponde es hacérselo saber.

-Se lo diré, simplemente.

-¡No, nada de eso! -replicó Vanessa, con horrorizada vehemencia.- ¿De dónde sacas que mis suposiciones son infalibles? No permitiré que te arriesgues al más horrible de los bochornos, en el caso de que yo esté equivocada. Por otra parte... no vendría mal que te mostraras un poquito más obvia en cuestiones de seducción.

-¿Un poquito?

Vanessa sonrió con aire conspirador.

-¿Quizás una de tus *negligées* francesas para recibirle a solas en tu cuarto? Creo que con eso todo se resolvería de inmediato.

-Sí, me violaría suciamente -replicó Jocelyn.

-Bueno, si vas a tomar esa actitud...

-Oh, no te enfades. -Jocelyn sonrió.- Es una buena idea, si bien no estoy segura de que rinda los resultados deseados. Él me ha advertido que no debo estar sola con él. Y cuando no le presto oídos se pone furioso.

-Pero si de eso se trata, querida. ¿Por qué te haría esa advertencia, si no fuera por su propio bien? Lo hace porque la tentación es demasiado grande y no puede resistirla. A mi modo de ver, ese hombre te desea tanto como tú a él, si no más. Si pasas más allá de sus defensas, será tuyo.

Ante esas palabras de aliento, un cosquilleo agitó el vientre de Jocelyn.

-Espero que no te equivoques, Vana.

"También yo, queridísima", respondió Vana, pero sólo para sus adentros.

20

Esa noche, mientras aguardaba a que Colt llamara a su puerta, Jocelyn no podía estarse quieta. Esta vez él no podría negarse a acudir. Después de todo, trabajaba para ell. Y Jocelyn tenía una legítima excusa para hacerle llamar: debía preguntarle cuánto faltaba para llegar a Wyoming. Al tomar la decisión de ir allá, no se había detenido a considerar dónde quedaba ese sitio ni cuánto tiempo se tardaba en llegar.

Vanessa se había quejado de que viajarían durante semanas enteras, pero sin duda era una broma. La verdad era que ninguna de ellas había oído mencionar Wyoming antes de que Billy Ewing lo nombrara; sólo sabían que estaba "en el norte". Silver City, según el empleado del hotel, se encontraba en la mitad sur occidental de Nuevo México; puesto que se acercaban los meses de invierno, el tiempo y la distancia que faltaran comenzaban a preocupar a Jocelyn, que debía instalarse en algún sitio antes de que a sus yeguas les llegara el momento de parir, en la primavera.

Por lo tanto, contaba con una buena excusa para exigir la presencia de Colt. Y si él cometía la grosería de hacer algún comentario sobre su liviano atuendo, también habría una excusa para eso: lo tardío de la hora, la fatiga causada por el largo viaje y la suposición de que él no tardaría en llegar, puesto que le había hecho llamar horas antes.

En realidad, apenas acababa de despachar a Pearson y a Sidney para que le buscaran y le enviaran a su cuarto. Vanessa había exigido que la escena estuviera completamente preparada de antemano, por si acaso Colt era encontrado de inmediato.

Jocelyn no halló faltas en ese razonamiento ni en el clima que su amiga le había ayudado a crear. La cama algo revuelta, como si Jocelyn ya hubiera estado en ella; todas las lámpara apagadas, salvo una, y aun ésa con la mecha baja. Pero el toque final era ella misma, bañada, perfumada y envuelta en un reluciente satén, tan fino que resultaba indecente a más no poder.

Por su parte, no habría escogido esa *negligée* en especial, pero cedió ante la opinión de Vanessa, tanto más experimentada en esos asuntos. Era nueva, creación de una modista francesa descubierta en Nueva York. La había encargado por capricho, tras conocer a Charles Abington, cuando la idea del casamiento apareció en su mente por primera vez. El color, verde lima, era casi igual al de sus ojos; la prenda era la imagen de la sencillez: fruncida en los hombros, ceñida a la cintura y a las caderas, sin adornos y con un escote tan bajo que la tela sólo le cubría los pechos mientras se mantuviera erguida. Se cubría con una bata de mangas largas, de la misma tela, bordeada con encaje blanco; esa prenda no tenía un solo broche, siquiera un lazo con que cerrarse, puesto que su finalidad no era ocultar el camisón, sino enmarcarlo provocativamente.

El toque final era su cabellera, lavada y cepillada hasta que su brillo rivalizó con el del satén. Lo dejó suelto, para que flotara sobre la espalda o los hombros, acorde con sus movimientos.

-Así lo llevabas cuando te conoció, pero recuerda lo que te digo -advirtió Vanessa, después de dar la última cepillada a esos flamígeros mechones-: esta noche no resistirá la tentación de tocarlo para ver si quema.

Pero Jocelyn no se sentía tan segura; recordaba los dedos de Colt enredados a su pelo, provocándole dolor. Junto con su excitación nerviosa experimentaba ciertos temores. Pero como su deseo de Colt Thunder era innegable, estaba dispuesta a arriesgarse a todo, con la esperanza de que esa noche él se comportara de modo diferente a otras ocasiones en que habían estado solos. Esa noche él sería el gentil amante con quien soñaba desde que había

Librodot

tomado esa decisión, pocas horas después de conocerle: sería él quien le enseñaría a hacer el amor. Si permitía que se interpusiera la incertidumbre, jamás tendría valor para abrirle la puerta cuando él llamara.

Mientras esperaba, no podía evitar un respingo ante el más leve ruido, sobre todo a medida que los minutos se convertían en horas y la ciudad quedaba en silencio. Sin duda los sirvientes no lograban encontrarle. Ella habria debido preverlo. Pero alguno de ellos le hallaría y él acudiría de inmediato. En cualquier segundo...

Eso se repetía, una y otra vez, aumentando su agitación no poco a poco, sino bruscamente. Caminaba hasta la ventana para contemplar el techo inclinado del porche; luego volvía a la cama, donde habían puesto sus propias sábanas de seda. Allí trataba de sentarse un rato, pero al cabo de algunos segundos estaba otra vez de pie, acercándose al gran espejo, que le devolvía una imagen totalmente extraña. Se daba palmadas en las pálidas mejillas para infundirles un poco de color y volvía a caminar hacia la puerta, alerta a los pasos que pudieran aproximarse; hacia la ventana, para recomenzar todo el proceso.

Por desgracia, la habitación no era muy grande, aunque le habían dicho que era la más espaciosa de todas. El hotel tenía sólo dos pisos con cuartos, de modo que no había podido albergar a todo su cortejo; algunos se hospedaban en la casa de pensión, calle abajo; otros habían preferido permanecer en los vehículos. Como no era posible disponer de todo un piso para ella sola, había un guardia apostado junto a su puerta, pero no se le oía un solo ruido.

Si Colt no aparecía pronto, ella quedaría convertida en un manojo de nervios. De ese modo no podría convencerle de que le sorprendía verle allí, de que había estado “durmiendo”. Condenado hombre, ¿porqué tardaba...?

Cuando por fin oyó tocar a la puerta, tuvo la sensación de que el vientre se le caía varios centímetros. Se quedó con la vista clavada en la puerta, inmovilizada por una total falta de compostura, por no mencionar el valor. Y cuando la puerta se abrió inesperadamente, dejando paso a Vanessa, su alivio fue enorme.

-Lo siento, querida -dijo la condesa en un susurro, antes de cerrar. Luego añadió, con voz más normal, aunque apenada-: Le han buscado por todas partes: en las otras pensiones, en las tabernas, en... eh... los establecimientos menos decorosos. Se muestra tan elusivo como durante el viaje. Ni siquiera su hermano le ha visto desde que llegamos a la ciudad.

-No importa, Vana. Pasaremos aquí unos cuantos días. Mañana lo intentaremos otra vez.

-Lo estás tomando demasiado bien. Yo estaría enloquecida, después de tantos preparativos...

-¿Qué preparativos? -Jocelyn sonreía de puro alivio-. No puedo decir que haya pasado horas vistiéndome para un baile. Sólo me preparé para acostarme...

-Te preparaste para recibir a un hombre, que no es lo mismo, por cierto. -Pero la condesa añadió, sapiente:- ¿Fue demasiado terrible esperar?

-Espantoso. -Jocelyn se echó a reír-. La espontaneidad tiene mucho a su favor.

-Pero mucho más ventajosa es una seducción bien planeada -replicó Vanessa-. Recuerda que probaste la espontaneidad sin resultados.

-Es cierto. Bueno, lo intentarames otra vez a tu modo. Tal vez sea más fácil con la práctica.

Se echó a reír una vez más, por el simple placer de recobrar la normalidad de sus sentidos. Pero en su carcajada había una nota discordante, como si la desilusión estuviera allí y ella la ignorara deliberadamente.

Vanessa, sospechándolo así, tomó las cosas a la ligera.

-Tal vez mañana se nos ocurra una estrategia mejor. Después de todo, una cama blanda y una habitación privada son maravillosas para la inspiración, a diferencia de las tiendas, que

tienen ojos y oídos, o el aire libre. -Hizo una mueca y añadió, con disgusto:- Te diré algo: no conviene retozar al aire libre, aunque una crea gozar de completa intimidad.

-¡Lo dices por experiencia, desde luego!

-Naturalmente. Aparte de los horribles insectos, a quienes les encanta la piel desnuda, una está a merced del clima. En esta zona del país, lo que hay es polvo, polvo y más polvo para extender la manta. Y te diré un secreto, querida: por muy gruesa que sea esa manta, siempre habrá un guijarro, un palillo o algo así bien debajo de tu espalda, para arruinarte el humor. Además, tienes que lidiar con las bestias salvajes.

-¿Bestias salvajes, Vana? -exclamó Jocelyn, con una risita.

-Bueno, una vez topé con un conejo. Pero pensé que se trataba de mi jefe de jardineros. Casi me muero del susto.

Jocelyn estalló en una carcajada.

-Ahora sí que exageras.

-Casualmente hablo muy en serio. Temí que el pobre hombre muriera de la impresión.

-¿Después de esas alocadas fiestas de fin de semana? Me has contado que la mitad de las parejas que se perdían en tu laberinto estaban casadas con la otra mitad. Tras haber presenciado tantas aventuras ilícitas, tu jefe de jardineros no debía de asustarse ante nada.

-Ocurre, querida, que mi amante de esos momentos era su apuesto hijo.

-Ah...

-Ya ves.

Se miraron medio segundo antes de reír a la par. Cuando Jocelyn recobró el aliento sonrió a su amiga con cariño.

-Gracias. Me estaba tomando esta seducción demasiado en serio, ¿no?

-Un poquito. Él es sólo un hombre que va a hacerte un servicio necesario, querida... si no has cambiado de idea. Ahora que hemos vuelto a algo que puede pasar por civilización, podrías buscar a otro.

-No. Colt sigue siendo...

-No se diga más. -Vanessa suspiró para sus adentros, pero replicó, decidida: -Si, es a él a quien quieres, él será. Pero no esta noche. Anda, acuéstate.

-¿Ya no le buscan?

-A estas horas ya no tendría sentido. No, he dicho a los sirvientes que pueden acostarse. Que disfrutes de un largo sueño. Si tu mestizo es tan apasionado como sospecho, mañana no podrás dormir mucho.

-Siempre que le pueda seducir.

-¿Con esas armas a tu disposición? -observó Vanessa, recorriendo a su amiga con la mirada.

Y cerró la puerta tras de sí, muy sonriente.

21

Por la ventana abierta llegaba el ruido de las botas que repiqueteaban suavemente por la acera de enfrente. De pronto, el susurro sobresaltado, apenas audible:

-¡Santo Dios, el susto que me has dado, hijo!

Pero no hubo respuesta, y el repiqueteo de las botas asumió un ritmo aún más enérgico. Una rana armaba estruendo con su croar; era un sonido distante, que sólo se oía cuando el pianista de una taberna, calle abajo, se tomaba un descanso. También la música sonaba lejana; el pianista era bastante bueno y su piano tranquilizaba en vez de perturbar. De vez en cuando se oía una carcajada, pero no tan potente como para mantener despiertos a los habitantes de la ciudad.

Por cierto, Jocelyn no podía culpar de su desvelo a esos ruidos apagados. Teniendo en cuenta las muchas veces que se había visto despertada en medio de la noche por el agudo gemir de los coyotes o por alguno de sus guardias, que tropezaba con la estaca de una tienda al patrullar el campamento y lo anunciaba con una palabrota, esos noctumos sonidos de la ciudad eran apacibles. De cualquier modo, no la adormecían.

Había tratado (pero aún estaba demasiado nerviosa) de pensar en lo que podría haber ocurrido esa noche y de analizar su alivio por el hecho de que nada hubiera pasado. Llegó a la conclusión de que esa seducción deliberada no correspondía a su estilo. Tendría que decírselo a Vanessa aunque la desilusionara. probablemente, su amiga se había dormido planeando la estrategia para el día siguiente.

Jocelyn renunció al sueño y apartó las sábanas. El cuarto estaba muy oscuro, pues la luna se levantaba por detrás del hotel y su única ventana daba al frente. De cualquier manera, su vista se había adaptado a la oscuridad y pudo encender la lámpara. Bajó la mecha, para que diera apenas un leve resplandor, el suficiente para buscar su bata y acercarse a la ventana sin inconvenientes.

Al descorrer las cortinas quedó desilusionada, pues no había nada que ver. El claro de luna era tan intenso que las sombras por él creadas resultaban negras como la pez. El tejado del porche estaba en sombras; la barandilla del borde, que sostenía el letrero, le impedía ver la calle. La luna revelaba con claridad los edificios de enfrente, por lo menos en su mitad superior, pero no había ventanas iluminadas que atrajeran su atención.

Lo que necesitaba era dar un largo paseo para cansarse. Estaba segura de que el guardia apostado ante su puerta no tendría inconvenientes en acompañarla, pero le impidió hacerlo el pensar en la indignación que mostraría Sir Parker a la mañana siguiente, si ella se aventuraba a salir con un mínimo de protección.

Suspiró, fastidiada consigo misma, fastidiada con Colt, fastidiada con su aprieto. Si no hubiera sido por Longnose habría podido salir a pasear. Si hubiera sabido dónde estaba Colt, la caminata no habría hecho falta. Si no le deseara, nada le importaría y el sueño vendría con facilidad. ¡Maldición!

¿Cómo se atrevía ese hombre a desaparecer así? ¿Y si hubieran tenido que partir apresuradamente? Era una posibilidad muy real, a juzgar por las muchas veces que se habían obligado a hacerlo en el pasado.

Pero se estaba mostrando irrazonable. Colt patrullaba los alrededores todos lo días; si Longnose estaba cerca, él no habría dejado de enterarse ni de dar aviso. Probablemente, el inglés seguía buscando su rastro en Arizona. Y para ser franca, lo que la mantenía desvelada era la posibilidad de que Colt estuviera en la cama de otra mujer.

Librodot

De nada servía continuar así. Daría ese paseo como fuera; ya tendría tiempo para preocuparse por Sir Parker. Pero en el momento en que se apartaba de la ventana oyó un golpe en el pasillo: sordo, pero bien audible, como si... como si alguien hubiera caído al suelo. Clavó la vista en la puerta; luego, en su bolsito, que estaba al otro lado de la habitación, y supo sin lugar a dudas que no tendría suerte: antes de que pudiera echar mano de su pequeña pistola, la puerta ya estaría abierta. Y esa arma sólo servía a corta distancia. Debía tenerla en la mano y esconderse tras la puerta para esperar. Pero una segunda mirada a la puerta reveló que el pomo ya empezaba a moverse.

Sin pensarlo dos veces, se descolgó por la ventana hasta bajar al tejado del porche. Por fortuna, la pendiente no era muy pronunciada.

Pero allí acababa su buena suerte. Demasiado tarde, comprendió que quien se estaba introduciendo en su habitación, en mitad de la noche, no dejaría de mirar fuera de la ventana cuando la encontrara vacía.

La vería sin lugar a dudas, a pesar de las sombras. Pero ¿se arriesgaría a despertar a toda la ciudad con un disparo? Lo más probable era que esperaran encontrarla en la cama, dormida, donde podrían eliminarla de muchas maneras silenciosas. ¿Se atreverían a seguirla por el tejado?

Habría debido pedir auxilio a gritos. Con un buen grito podía ahuyentarlos, probablemente. Pero su atuendo, esa maldita *negligée* que nada escondía, le hizo cerrar la boca por un momento.

No aguardó a que alguna cabeza asomara por la ventana. El extremo del tejado estaba a un par de metros de distancia, puesto que sólo el baño separaba su cuarto del final del edificio. Tenía más posibilidades de no ser vista si caminaba rápidamente hasta allí y se descolgaba desde el tejado, en vez de tratar de alcanzar la ventana vecina, con la esperanza de que estuviera abierta, puesto que desde donde estaba no podía saberlo. Como la barandilla que coronaba el tejado por delante no se prolongaba por los lados, no tendría que franquear ningún obstáculo. Bastaría con deslizarse por el borde en el punto más bajo, sujetar una de las columnas con las piernas y deslizarse a tierra, simplemente. Después, una loca carrera. hasta la parte trasera del hotel, donde funcionaban los establos, y estaría a salvo. Allí había algunos guardias suyos. Si tenía que pasar por la humillación de que la sorprendieran en camisón era preferible que todo quedara en familia, por así decirlo.

Eso fue exactamente lo que hizo, aun mientras lo pensaba, aunque no había contado que el impulso ganado al correr hacia la esquina del techo la estrellara contra la barandilla antes de poder detenerse.

No se dio tiempo a recobrar el aliento. Deslizarse hacia abajo fue sencillo, pues los cortos postes de la barandilla le brindaban algo a que sujetarse hasta que pudiera encontrar la columna de abajo con los pies.

Pero allí se le acabó la suerte. Balanceó las piernas de un lado a otro sin encontrar más que el aire, Tardíamente, comprendió que había contado con que todos los techos del porche tendrían columnas de sostén. ¿De qué otro modo se mantenían esos malditos tejados?

Y en ese caso, ¿dónde estaba ese condenado poste? Lo más importante, puesto que no estaba allí, era saber a qué distancia estaba del suelo. Endiablada suerte, ¿por qué no había reparado en ese tipo de cosas al entrar en el hotel? Recordaba que había unos pocos peldaños desde la calle hasta el porche, delante del edificio, pero eso era todo. No tenía idea de la altura en la que estaba suspendida; No sabía si el porche se extendía más allá del extremo del edificio o si allí sólo estaba la calle, con lo cual la distancia entre ella y el suelo sería aún mayor. Echó un vistazo hacia abajo, pero no vio más que sombras.

Tal vez podría moverse por el frente del tejado, en busca de ese elusivo poste, pero ya le dolían las manos de soportar su peso durante esos pocos segundos. Era preferible dejarse caer desde allí, antes de perder todo el dominio; si caía más adelante, tal vez cayera sobre el trasero

y no sobre los pies. Pero no lograba reunir el coraje necesario para soltarse. Se iba apoderando de ella un pánico insidioso, que empeoraba momento a momento, añadiento a cada instante varios centímetros a la distancia entre ella y el suelo. Acabó imaginando allí abajo un gran abismo sin fondo.

Tardó varios segundos en notar que ya no estaba sujeta sólo por las manos, que había unos brazos rodeándole las piernas para sostenerla. Al mismo tiempo oyó una voz suave, lenta y familiar, que decía:

-Suelte.

El aliento que había reunido para un alarido ensordecedor escapó en la forma de un largo suspiro. Se soltó. Tal como se había arrojado a sus brazos desde el carruaje, el día en que se conocieran, confió en que Colt la depositara en el suelo sana y salva.

Pero no fue igual. Esta vez terminó envuelta entre sus brazos. Y esta vez él no la apartó inmediatamente de sí.

Un largo silencio se estiró entre ellos, mientras ella trataba de divisar sus facciones entre las sombras. Fracasó. No lograba imaginar por qué él estaba exactamente allí cuando ella le necesitaba. Y por el momento no podía decidirse a preguntarlo.

El silencio se quebró con bastante sarcasmo por parte de Colt.

-Permítame adivinar: tiene usted aversión a las puertas, ¿verdad?

Mientras lo decía la depositó en el suelo, aunque sin apartarla de él. Por el contrario, la retuvo aferrándola por los antebrazos. ¿Para sostenerla? Ella prefirió creer que lo hacía para no quebrar todavía el contacto. Por su parte, tampoco deseaba quebrarlo. Por fin su pregunta penetró en el puré que llenaba su mente. Entonces olvidó lo agradable, que había sido estar en sus brazos y recordó, en cambio, el motivo de que estuviera allí. Apresuradamente, explicó:

-Había alguien... Oí un ruido en el pasillo... y mi bolso estaba demasiado lejos, no podía alcanzarlo... Vi que se movía el pomo... ¿Qué otra cosa podía hacer?

De algún modo él se las compuso para entender lo principal:

-¿Quiere decir que alguien trató de entrar a su cuarto, duquesa?

-Tratar, no. La puerta no estaba cerrada con llave. No esperé a que se abriera, pero no tengo dudas de que alguien entró.

-¿Y sus guardias?

-Había uno solo. Y temo que puedan haberle matado. El ruido que oí....

Él no le dio tiempo a terminar, pero la soltó para ponerle un revólver en la mano. Tampoco perdió tiempo en explicarle lo que debía hacer con él.

-No se mueva de aquí -fue cuanto dijo.

-Pero ¿adónde va?

Estúpida pregunta, puesto que él ya había brincado para aferrarse al techo del porche y, en cuestión de segundos, desapareció allí arriba. Jocelyn contempló la calle desierta, el sombreado porche del hotel (allí se encontraba, pues la elevación techada se extendía, sí, más allá del edificio) y el revólver que tenía en la mano. No se parecía en nada a su pequeña pistola: era pesado y de cañón largo. Jocelyn no había usado nunca ese tipo de armas; tampoco estaba segura de poder hacerlo ahora, con los dedos todavía doloridos por haber estado colgando del techo.

Al cabo de algunos segundos más, el arma se tornó muy pesada para su brazo; lo sostuvo contra el cuerpo mientras esperaba, mirando hacia el extremo del techo. Apenas llegaba a divisar los mellados restos del poste que en otros tiempos se había levantado en la esquina, donde ella esperaba encontrarlo; por lo visto, se había roto en algún momento, sin que lo repusieran. Se sintió mejor al comprobarlo; al menos no había sido completamente

estúpida al improvisar su plan. Pero ahora que estaba en tierra no se le ocurrió continuar con él; no pensó correr hacia el establo para estar a salvo.

Colt le había dicho que no se moviera de allí. Y allí esperó.

Librodot

22

El cuarto no estaba desierto. En él había dos hombres, dedicados a revolver los baúles de la duquesa, arrojando sin ningún cuidado sus vestidos y pertenencias al suelo. Uno había encontrado un joyero y estaba tratando de abrir la cerradura con un pequeño cuchillo; el otro, de rodillas, tenía la cabeza sepultada en el arcón más grande. Ninguno de los dos prestaba atención a la ventana, por donde Colt entró silenciosamente. Sólo vigilaban la puerta, con miradas nerviosas de vez en cuando.

Todo acabó en pocos segundos. La pesada tapa del baúl descendió contra la cabeza del hombre, en el momento en que éste se levantaba con algo en el puño. Y el pie de Colt hizo contacto con la mandíbula del otro... lo cual fue un error. Con el pie palpitante, soltó un torrente de palabrotas por no haber utilizado el cuchillo, que tenía listo en la mano. Pero ya no hacía falta; los dos asaltantes estaban desmayados.

Renqueó con disgusto hasta la cama, donde se sentó a inspeccionar su pie. Pero en cuanto se hubo sentado, el perfume de Jocelyn le atacó por sorpresa, obligándole a levantarse con otra serie de maldiciones. En ese momento estaba tan furioso que habría podido degollar a los dos hombres, pero se impuso la cordura. No era culpa de ellos que Colt hubiera pasado la mitad de la noche de pie en la acera de enfrente, con una botella de mal whisky, mirando fijamente la ventana de la duquesa, como un tonto enamorado, sumergido en cinco o seis fantasías que podían hacerse realidad si se decidía a hacer uso de esa ventana abierta.

Hizo falta una verdadera batalla con su conciencia para no cruzar esa calle. Por eso le ponía furioso que, pese al triunfo de su conciencia, estuviera de cualquier modo allí, en el cuarto de ella, inflamado por el hecho de que la mujer le esperara abajo.

Existía una leve esperanza de que ella no estuviera allí, de que hubiera buscado de inmediato al resto de sus guardias para informarles de lo ocurrido. Pero cuando volvió a salir y descubrió que ella le había obedecido, al menos había puesto freno a su lascivia y dominaba su genio.

-Ya puede entrar, duquesa.

Milagrosamente, su voz sonó casi agradable al llamarla. Ella no podía saber que su tono era forzado.

-¿No había nadie en mi cuarto?

-No he dicho eso. Tenía un par de visitantes, Pero han sido liquidados. La espero en el pasillo.

-¡No, espere! -pidió ella, en un susurro frenético-. No puedo pasar por el vestíbulo. ¿Y si alguien me ve vestida así?

Colt la miró desde el techo, alegrándose de que la sombras no le permitieran distinguirla con mucha claridad. ¿Conque se avergonzaba de ser sorprendida en camisón? Más debería haberla preocupado que él la viera así, no un empleado de hotel, medio dormido.

-A usted le gusta coquetear con el peligro, ¿no?

Ella entendió aquello completamente al revés.

-No hay tanta altura. ¿No podría estirar las manos y levantarme?

En un largo rato no vio sino su sombra. Tampoco llegó su respuesta. Levantando la cabeza, nerviosa, se preguntó qué problema había, si acaso él no había escuchado su petición. No sería la primera vez que la izaba así. Aquella primera vez la había sacado del carruaje sin mucha dificultad. Y allí la altura no era mucho mayor.

Por el momento había tenido suerte: nadie la había visto, esperando en el extremo del porche. Colt apenas había tardado unos minutos en "liquidar" a los intrusos. Se estremeció, preguntándose qué significaría eso. Pero no podía seguir esperando indefinidamente. A medida que bajaban hacia el norte, las temperaturas habían ido descendiendo gradualmente; ahora se notaba una marcada diferencia de temperatura después del anochecer. Y esa noche era decididamente fría; al menos, eso le parecía con atuendo tan escaso. Sentía escalofríos desde el momento en que se había disipado su miedo. No podría pasar mucho tiempo allí.

-¿Colt?

Esta vez no se molestó en susurrar. Si él había vuelto a entrar para esperarla en el pasillo, como había dicho, su fastidio sería grande, pese a que él acababa de.... ¿de qué? ¿De salvarla otra vez? En realidad, ella no sabía qué había hecho. Y no lo sabría mientras...

La mano apareció tan bruscamente que ella dio un respingo. Conque había estado todo el tiempo allí, después de su pregunta.

No era buen momento para regañarle por hacerla esperar, mientras decidía si tenderle una mano o no. En realidad no podía regañarle por nada, a menos que estuviera dispuesta a darle una excusa para renunciar al trabajo. Y no estaba dispuesta, no. Además, no ignoraba hasta qué punto carecía Colt de tendencias caballerescas. No sería ella quien esperara hacerle cambiar de costumbres en ese momento sólo porque se encontraba en un porche, temblando de frío, y no le gustara presentarse medio desnuda en un vestíbulo bien iluminado.

Primero le entregó el revólver, que él enfundó rápidamente antes de volver a extenderle la mano. El problema era que ella no alcanzaba sus dedos, ni siquiera irguiéndose de puntillas. Iba a decírselo, pero tuvo la sensación de que no podía pedir más; él no bajaría esa mano un centímetro más, aunque pudiera hacerlo. Por algún motivo no quería ayudarla a subir a ese tejado. Pero ella era más tal taruda que Colt.

Lo consiguió en el primer brinco: sus dedos se enlazaron a los de él. Pero en cuanto los pies quedaron ballanceándose en el aire comenzó a deslizarse. Estaba a punto de gritar, esperando un duro aterrizaje sobre el trasero cuando se sintió izada un poquito más.

La otra mano de Colt la asió por la muñeca.

Eso de colgar de un solo brazo le provocó una punzada dolorosa en el hombro, pero no tuvo tiempo de quejarse: un segundo después estaba arriba, sentada en el borde del techo. Dadas las circunstancias, sin embargo, no se sentía inclinada a dar las gracias, sobre todo porque un tirón insistente la obligó a levantarse de inmediato.

Una vez más, estuvo a punto de regañarle, pero un seco: "Vamos, maldición" la obligó a seguirle, apretando los dientes, hasta llegar a la ventana.

Allí se presentó otro inesperado problema. Las manos de Jocelyn, estiradas hacia arriba, llegaban apenas al antepecho. Con lo que sus brazos habían soportado esa noche, de ningún modo podría levantarse hasta pasar por esa ventana.

Detestaba pedirlo, pero no había remedio:

-Por favor, ¿tendría la gentileza de ayudarme una vez más para que pueda subir?

Ella no vio los ojos de Colt, que descendían por su cuerpo hasta el sitio que probablemente tendría que tocar para impulsarla hacia la ventana. Su virilidad, ya medio excitada por la proximidad de la muchacha, entró en estado de alerta. No había modo alguno de ponerle las manos en el cuerpo sin hacer más que eso. Tampoco se sentía capaz de agacharse junto a sus piernas para hacerle un estribo con las manos sin perder el control. Ya era más que suficiente.

-Por nada del mundo, duquesa -respondió ásperamente, con decisión.

También Jocelyn perdió el control a esas alturas.

-Pues lo siento mucho, pero no puedo subir sola. Me duelen los brazos, estoy congelada y cansada... ¿Cree que escapé por la ventana y me descolgué desde el tejado sólo por diversión?

-En mitad de la noche, mujer. ¿Quién demonios está levantado a esta hora?

-Usted -replicó ella, muy digna-. Y esos señores que entraron en mi habitación. ¿Y cómo puedo estar segura de que no haya algunos más esperando en el vestíbulo?

Tenía mucha razón, pero de cualquier modo él no estaba dispuesto a apoyar las manos en las proximidades de ese glorioso trasero.

-Está bien, apártese -cedió de mala gana.

Y se impulsó hacia adentro por la ventana.

Era justamente lo que él quería evitar: entrar otra vez en su cuarto, estar allí con ella... a solas. Hasta el momento de conocerla se había creído capaz de soportarlo todo: dolores, torturas, tentaciones... Cielos, si hasta ese sádico de Ramsay le había azotado sin poder quebrantarle. Pero esa pequeña pelirroja se acercaba mucho a vencerle sin siquiera hacer el intento. Y ni siquiera podía culparla por ello. No, él sabía exactamente quién tenía la culpa: eso que estaba dentro de sus pantalones.

La lujuria estaba convirtiendo su voluntad en objeto de burla; laceraba su orgullo y hacía pedazos su autoestima. Pero se trataba de algo que nunca hasta entonces le había dominado; por eso no sabía cómo luchar. Sólo sabía que nunca había deseado nada como deseaba ahora a esa mujer. Y cada vez que la veía su necesidad parecía aumentar. Eso bastaba para que uno quisiera degollarse.

Con asco contra sí mismo, la tomó de las manos y tiró de ella hasta el antepecho de la ventana, lo suficiente como para que pudiera subir el resto por sí misma. Luego giró en redondo y se encaminó hacia la puerta, decidido a salir de allí antes de que ella acabara de entrar. Pero la duquesa, obviamente, no estaba dispuesta a que la dejara así, medio dentro y medio fuera.

-¡Colt! -gimió.

Él no se detuvo.

-Si tengo que tocarla otra vez, duquesa, lo lamentará de verdad.

-El hecho de que usted haya podido hacer esto si ningún esfuerzo no significa que... ¡Oh, está bien, no importa!

Jocelyn bajó la mitad superior del cuerpo hasta que su peso la hizo caer hacia adelante, dentro de la habitación aunque de una manera ignominiosa. No perdió un segundo en corregir su poco graciosa entrada. Se levantó de inmediato. Comprobó que él no estaba mirando, pero eso no la serenó. Por el contrario, el verle alargar la mano hacia el pomo de la puerta fue la gota que desbordó el vaso.

-Usted es lo más agrio y mal educado que... ¡Por Dios! -exclamó, al ver el desorden que reinaba entre sus cosas-. ¿Qué diantres ha pasado aquí? ¿Pensaban que estaba oculta en alguno de los baúles?

Ante eso, Colt se detuvo. El tema no ofrecía peligro y ella tenía derecho a saber. Además, entre ambos se interponía todo el ancho del cuarto. Aun así, no quiso correr el peligro de mirarla, ahora que ya no estaban las sombras para ocultarla. El desorden que ella contemplaba atrajo también su atención, como si no lo hubiera visto hasta entonces.

_No la buscaban a usted, duquesa.

-Por supuesto que sí. Sólo Longnose...

-Esta vez no. Su Longnose no nos ha alcanzado todavía. Cuando llegue, yo me enteraré.

Ella no puso en duda tanta certidumbre. Sabía que Colt pasaba todos los días de viaje explorando en amplios círculos a su alrededor.

-¿Quiénes eran, pues?

-Un par de ladrones, probablemente de la zona. El guardia apostado ante la puerta puede haberlos atraído. Nueve veces de cada diez, cuando una habitación necesita más seguridad que una cerradura y una llave, es porque dentro hay algo que se puede robar.

Ella le miró inmediatamente, recordando el golpe que había oído en el pasillo.

-¿Robbie? ¿Está...?

No pudo terminar, temerosa de que, si Colt no la miraba, era porque el corpulento escocés había muerto. Pero él aclaró las cosas, aunque sin mirarla. Se inclinó para recoger un trozo de seda que había a sus pies y se quedó mirando la fina cinta azul, como si aquel objeto fuera el más extraño que hubiera visto en su vida.

-Su guardia fue golpeado desde atrás. Por la mañana tendrá un espantoso dolor de cabeza como consecuencia de su descuido, pero nada más. Supongo que uno de ellos le distrajo un momento mientras el otro le dejaba sin sentido. La estrategia suele dar resultados cuando se trata de un solo hombre.

-¿Y los dos bandidos?

-¿Quiere que le dé los sanguinarios detalles?

-¡Colt!

Se había puesto pálida, pero él no lo vio. Fue el silencio siguiente a esa indignada exclamación lo que le hizo ceder.

-Recibieron tan sólo lo mismo que habían dado. Pero tuve que cortar una de sus enaguas, duquesa, para atarlos y arrojarlos así al pasillo. Harán compañía a su Robbie. Supuse que a usted no le molestaría. No creo que se muevan hasta la mañana, pero de cualquier modo habrá que reemplazar al guardia. El que venga puede vigilarlos hasta que se los pueda entregar al comisario. -Hubo una larga pausa. Por fin Colt añadió:- Usted debería estar mejor protegida.

Habitualmente así era, pero esa noche se habían presentado circunstancias especiales; esa noche ella había planeado recibir a un visitante del que nadie debería saber. Si había permitido que Robbie montara guardia ante la puerta, era sólo porque Vanessa le creía capaz de callar todo lo que viera. Pero a ninguna de las dos se le había ocurrido añadir otro guardia al cambiar las circunstancias.

Recordar ese plan fue un verdadero golpe. En realidad, se estaba cumpliendo. Colt estaba allí, en su habitación. Estaban solos. Y todo había ocurrido sin planearlo, de modo que él no podía sospechar de sus motivos. Por Dios, si hasta estaba vestida para su papel. Y ya no sentía el remprdimiento de haber proyectado deliberadamente la seducción. Lo que ocurriera...

Antes de que su corazón pudiera acelerarse con ese pensamiento, Jocelyn comprendió que nada ocurriría, porque Colt no la había mirado una sola vez desde que estaban en esa habitación, apenas iluminada. Comprendió que no la miraría. Y estuvo a punto de reír.

Si le obligaba a mirarla, eso equivaldría a tratar deliberadamente de seducirle. Era preciso aceptarlo. Esa noche, fatalmente, no sería "la noche".

-Si puse sólo un guardia ante mi puerta fue, indirectamente, por culpa suya, Colt.

Sonrió ante el doble significado que él no podía captar. Al ver que él se ponía rígido, se apresuró a aclarar:

-Indirectamente, he dicho. Desde que usted forma parte del grupo, me siento tan segura que me he descuidado en cuanto a las medidas de precaución. Además, pensé que los hombres merecían tener una noche libre.

-¿De qué diablos le sirve tener un ejército alrededor, si no lo utiliza para que la cuiden, sin tener en cuenta sus propios deseos?

Librodot

A ella le tocaba ahora hablar con sequedad.

-Tiene usted mucha razón. He sido una estúpida al depender de usted, tan hábil para el rescate, sólo porque le he visto exhibir su capacidad tan bien y con tanta frecuencia.

-Estúpida, sí.

Era el colmo. No la miraba siquiera para gritarle.

-Buenas... noches, señor Thunder.

Hirviendo por dentro, le vio alargar la mano hacía el pomo de la puerta. Esta vez salió con un portazo.

23

En cuanto se quedó sola, Jocelyn se arrancó la bata, la hizo un ovillo entre las manos y la arrojó a sus pies. También habría querido pisotearla. Ese miserable, detestable...

-¿Y cuándo demonios piensa echar llave a esta condenada... puerta?

La "condenada puerta" en cuestión se había abierto otra vez, para que Colt le gruñera esa pregunta. Jocelyn no respondió. Se había quedado sin aliento ante esa brusca reaparición y parecía haber olvidado cómo se respiraba en cuanto sus ojos tropezaron con él. De hablar se acordaba mucho menos.

Colt parecía tener el mismo problema, pues apenas había logrado pronunciar la última palabra. Permanecía allí, con una mano en el pomo de la puerta y la otra apretada a la pared exterior, inclinado hacia el interior del cuarto. Y no abandonaba esa posición; al menos, con el cuerpo. Sus ojos, por el contrario, se movían por cada centímetro de Jocelyn, recorriendo la cabellera de fuego, ahora en desaliño, hasta tocar la punta de los pies descalzos que asomaban bajo el ruedo de esa increíble túnica de adherente satén verde. Y lo que había en medio... ¡Dios Todopoderoso! Al verla así habría debido quedar reducido a cenizas.

-Muchas veces me he preguntado... qué se ponía usted para dormir.

Jocelyn no habría sabido qué responder a eso; de cualquier modo, no podía decir palabra. Apenas había logrado volver a respirar, y eso con dificultad. El habla le era todavía inalcanzable, tanto como el movimiento. Tenía miedo de dar un paso, pues sentía que las rodillas no la sostendrían. Y no era su único temor. Los ojos de Colt, habitualmente tan opacos, ardían ahora con tanto calor que ella se sintió chamuscada, conmovida hasta lo inconcebible... pero también temerosa. No podía evitarlo; recordaba que él nunca había sido suave con ella. Y en ese moniento distaba mucho de parecer suave.

Sin apartar los ojos de ella, Colt dio un paso hacia el interior, lo suficiente para cerrar la puerta a su espalda. Támbién hizo girar la llave, siempre con la mirada fija en Jocelyn.

Si ella no hubiera adivinado ya que se había acabado la espera, en ese momento lo habría confirmado. Pero lo sabía. Él iba a hacerla suya. No sería posible negarse aunque quisiera. Y no quería.

Lo deseaba, pese al miedo, pese a saber que recibiría una ruda pasión y no un suave amor. No habría podido decir por qué eso no la hacía cambiar de idea, por qué no huía otra vez por la ventana. Sólo sabía que él debía ser el primero; no imaginaba a nadie más tocándola como iba a dejarse tocar por él.

Su pasión en ciernes y la decisión nerviosa no eran tan marcados como su miedo, y esto último fue lo único que Colt percibió en ella, lo único que leyó en sus ojos dilatados. Con un efecto primitivo, eso no hizo sino inflamarle aún más. Pero en el fondo de su mente tenía conciencia de que ella no había instigado ese encuentro, que sólo su propia debilidad sería culpable si le linchaban después. Habría sido un verdadero cretino si hubiera utilizado ahora las mismas tácticas que antes para ahuyentarla. Puesto que había perdido la batalla, no tenía necesidad de ellas. Pero sí necesitaba jugar limpio, sobre todo porque ella no podía detenerle sin ayuda.

Por eso, pese a su decisión, se obligó a brindarle una úlima oportunidad de escapar a lo que ya no podía impedir.

-Grite ahora, duquesa, mientras tenga tiempo. No tendrá otra oportunidad.

Jocelyn habría deseado que él no dijera semejante cosa. Sonaba demasiado amenazador, como si fuera a sucumbir en ese encuentro, como si estuviera completamente equivocada en cuanto a lo que estaba a punto de ocurrir.

-¿Por... por qué?

Su voz actuó como un imán que le atrajo a través de la habitación, mientras respondía con brutal claridad.

-Porque voy a tenderla en esa cama y a llenarla con mi carne.

¡Por Dios, que así fuera! Bastaron esas palabras para hacerle volar la sangre, para que el corazón le golpeara contra las costillas. No pensó siquiera en gritar. En gemir sí, tal vez. Ya sentía la necesidad de gemir y tuvo que resistirse a ello a plena voluntad, por no hacer ningún ruido que él pudiera interpretar equivocadamente antes de que estuviera a su lado.

Cuando él estuvo allí la oportunidad se perdió para siempre. De inmediato le enlazó los dedos en la cabellera para sujetarle la cabeza e inclinarla hacia atrás, aplicando suficiente presión para que no pudiera escapar de la boca que bajaba para cubrir la de ella.

Tal como Jocelyn esperaba, fue un beso devastador, cargado de una necesidad contenida demasiado tiempo, quemante, hiriente, colérico.

Pero Jocelyn comprendió la emoción que escondía, o creyó comprenderla. Si Vanessa estaba en lo cierto, Colt debía de estar furioso con ella por haber permitido que eso ocurriese. A ella le correspondía domesticar esa furia antes de que se desbocara por completo.

Pujó desesperadamente contra su pecho hasta que él levantó la cabeza. Hasta dejó caer una mano, para que ella pudiera crear un espacio entre ambos, la otra mano permaneció donde estaba, enredada a su cabellera. Mientras ella no tratara de apartarse demasiado, no dolía.

Pero él podría inmovilizarla en cualquier momento; sólo estaba dejando pasar un momento para que ambos recobraran el aliento.

Ella estaba jadeando; en vez de calmarse, no hizo sino acelerar la respiración al ver que aquellos ojos le recorrían el cuerpo, bebiéndolo todo al mismo tiempo, a tan poca distancia. Cuando quiso decir algo, cualquier cosa que sirviera para romper la tensión que se le acumulaba en el vientre, él lo supo sin levantar la vista y se lo impidió moviendo la cabeza.

-Ya no, duquesa. -En su voz vibraba la advertencia. Ya pasó la oportunidad.

Ella tragó saliva con dificultad, y sólo porque los ojos de Colt continuaban en otra parte logró pronunciar:

-En ese caso, llámame Jocelyn.

En ese momento Colt comprendió que ella estaba bien dispuesta. La miró a la cara para confirmarlo. Y allí estaba: ni miedo, ni horror, ni siquiera disgusto: sólo incertidumbre y... excitación. Eso actuó en él como el whisky volcado sobre las llamas. Con un gruñido, alargó una mano temblorosa para tocarle la mejilla, la deslizó por su cuello y la dejó descansar en el pecho, donde podía sentir el ritmo salvaje de su corazón.

Jocelyn dejó escapar un suspiro, segura ya de que no había nada que temer. Le ofreció la boca y él la tomó exquisitamente, con presión suficiente para avivar su deseo, pero no tanta que la alarmara o la magullara. Luego ella se estrechó contra él y trató de envolverle con sus brazos. Entonces descubrió que, si el salvajismo había desaparecido, su impaciencia seguía intacta.

Colt lo quería todo a la vez: tocarla, mirarla, saborearla.

Quería estar ya dentro de ella. Al mismo tiempo, no quería renunciar al placer de su boca. Por eso, sin dejar de besarla (lo cual se había convertido en una exploración sensual de sabor y textura), enganchó los pulgares en los estrechos tirantes de su camisón. Cuando sus manos desecendieron por los brazos de Jocelyn, la prenda quedó colgándo de la cintura; sólo entonces sintió la tentación de retirarse hacia atrás, pero lo que vio no hizo sino acrecentar su impaciencia.

Librodot

Ella tenía pechos pequeños, pero de forma perfecta; los pezones eran bultitos duros, sin que él los hubiera tocado siquiera. Tan sorprendido quedó que la miró a los ojos. Entonces se llevó otro sobresalto. La incertidumbre había desaparecido. Ella le sostuvo la mirada con calma, y había en sus pupilas un deseo tan desnudo que a Colt le costó apartar la vista.

-Me deseas. -Lo dijo con respeto casi religioso, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta, hasta que la oyó susurrar:

-Sí.

Y sintió sus manos en el pecho, tratando de desabotonar la camisa.

Sus propias manos volvieron a concluir rápidamente lo que habían iniciado, pero no tuvo más suerte que ella con los botones. El camisón no pasaba más allí de la cadera, y Jocelyn estaba demasiado ansiosa por tocarle la piel desnuda como para pensar en ayudarle.

-Hay una cinta atrás -reveló, como para ayudarle.

-¿Te importa?

-No.

Un leve tirón rompió la atadura. La prenda se convirtió en un charco a sus pies. Él la apartó para poder observarla mientras se quitaba la ropa; el incentivo añadió celeridad y eficiencia a sus movimientos.

Ella también quería mirarle, sin perder detalle de ese cuerpo sobre el que tanto había fantaseado. Pero el pequeño espacio que había entre los dos le provocó una súbita timidez, haciéndole cobrar aguda conciencia de su falta de experiencia. No sabía qué se esperaba de ella a esas alturas, si acaso se esperaba algo. ¿Sería grosero mirarle?

¿No debía desvestirle, como había hecho él? ¿O correspondía ir directamente a la cama para esperarle allí? Resultaba bochornoso que él tuviera que indicárselo.

Contra su voluntad Jocelyn giró hacia la cama, pero un susurro medio ronco la detuvo.

-Quiero ponerte yo mismo allí, como dije.

Eso la llevó a recordar las palabras exactas: que iba a llenarla con su carne. El mero recuerdo de esas palabras tuvo el poder de debilitarle las rodillas. Cedió a alegremente a su primer deseo: satisfacer su curiosidad con respecto al cuerpo de Colt, en especial sobre aquella misteriosa parte de la forma masculina que hasta entonces no había visto nunca.

Vanessa había tratado de explicarle cómo era; hasta le había trazado algunos bosquejos ridículamente divertidos, pero que no se parecían a la realidad. ¿O tal vez si? El solo pensarlo hizo que le diera vueltas la cabeza; por no hacer algo realmente tonto, como arrojarse sobre él, obligó a sus pensamientos a tomar otra dirección.

En verdad no había visto qué llevaba puesto él esa noche, pero fue reparando en cada prenda a medida que iban cayendo al suelo. La camisa y los pantalones eran oscuros, pero normales para variar. En realidad, el cinturón con pistolera y el pañuelo que llevaba al cuello (Jocelyn vio que lo cortaba con el cuchillo en vez de desatarlo) le asemejaban a cualquier otro habitante del Oeste. Sólo faltaban las botas con espuelas y, por esa noche, el sombrero. Pero entonces vio las dos finas trenzas adelante. Se fundían tan bien con el resto del lacio pelo negro que casi no se veían, al menos con tan poca luz.

Billy le había hablado de ese capricho de Colt: se vestía de ese modo para que nadie le tomara por lo que no era. El muchacho no le había dicho el motivo, pero ella sospechaba que se relacionaba con la amargura que había sentido en Colt aquella primera vez, no con el orgullo que le inspirara su raza... Habría querido conocer la causa, pues de pronto caía en la cuenta, con notable sorpresa, de que tenia el fuerte deseo de liberarle de esa amargura, de verle feliz.

Sin embargo, de inmediato se llevó otra sorpresa. Se había distraído tanto que había perdido la oportunidad de verle en toda su espléndida desnudez. Lo comprendió al sentirse levantada en vilo, y entonces gritó, sin pensar:

-¡Espera!

-¿Qué pasa? -gruñó él.

"¡Idiota! No puedes decirle que quieres verle la..."

-Nada.

-Me alegro, porque no puedo esperar.

Sin más pausa, él la llevó directamente a la cama y la depositó allí. De inmediato se tendió sobre ella. Antes de que Jocelyn hubiera tenido oportunidad de adaptarse a ese peso desconocido, sintió que él le abría las piernas con las rodillas. Pero lo más chocante fue comprender que él no iba a esperar un minuto más. Aunque no lo hubiera visto, ya lo sentía: la carne con la que deseaba llenarla. Y eso iba a ocurrir inmediatamente.

Trató de resistir, de prepararse, pero él le sujetó las manos, tornándola más frenética... hasta que la besó profundamente, haciéndole sentir su urgencia, haciendo que le deseara.

Un momento después la miró con pasión tan feroz que Jocelyn ni siquiera tuvo conciencia de aquella primera tentativa de penetración.

Lo que notó fue la retirada. Eso, y el segunto embate, con el que avanzó apenas dos centímetros más.

-Por Dios, qué estrecha eres -gruñó él, como si sufriera-. Creo que podría pasarme el resto de la vida dentro de ti, pero en este momento te deseo demasiado. Abrete a mí, duquesa, antes de que estalle.

Lo dijo rozándole apenas los labios con los suyos. Aún no la llamaba por su nombre, pero ahora hacia que su título nobiliario sonara como un apodo cariñoso. Pero fue el quejido de Colt, cuando ella obedeció la indicación, lo que provocó un sonido igual en su propia garganta. Él había penetrado un poco más, pero no lo suficiente. Jocelyn podía percibir lo que le estaba costando esperar a que el cuerpo femenino se ajustara a su tamaño, en vez de limitarse a empaparla. Todo su torso estaba tenso y duro, pero los ojos continuaban hipnotizándola con su intensidad.

-Será una cabalgata dura. ¿Puedes soportarla?

Jocelyn tragó saliva, pero asintió. Como recompensa, recibió una sonrisa de flagrante satisfacción masculina.

-Ya lo imaginaba -añadió él, con voz tensa-. Tres años, ¿no?

Ella comprendió a qué se refería. Otros hombres, rechazados por ella, habían insinuado que, en su viudez, debía de estar hambrienta de sexo. Colt tendría su respuesta demasiado pronto.

-No es asunto mío, ¿verdad? -Esa vez no le dio oportunidad de responder.- No importa. No quiero enterarme.

Jocelyn no reparó en su áspero tono; tampoco supo que él, al imaginarla así con otros hombres, había perdido todo deseo de contenerse para facilitarle las cosas. Colt cerró los ojos y pujó profundamente. Oyó la aguda excIamación de la muchacha, sintió la barrera que acababa de desgarrar y quedó quieto como la muerte.

Jocelyn también estaba tensa, aguardando las inevitables preguntas.

No las hubo. Después de un momento torturante por lo largo, él comenzó a besarla, lamiéndole los labios, incitándolos a abrirse para él; deslizó la lengua en su boca, para enloquecerla un poco con salvajes sensaciones que la recorrían, con su embriagador sabor. Y sus manos la acariciaban. Ahora se mostraba tan increíblemente tierno que sentía ganas de llorar.

Desde la mejilla hasta el cuello, hasta los pechos, sus dedos eran muy suaves, casi demasiado suaves, hasta que la boca siguió el mismo sendero, bañándola de calor. El roce de

su lengua contra los sensibles pezones la hizo gemir de placer. Cuando él succionó, Jocelyn tuvo la sensación de que iba a morir.

Los ojos se le llenaron de lágrimas; le acunó la cabeza contra el seno. Se sentía querida, preciosa y muy deseada. Se sentía hermosa a sus ojos, algo que nunca antes había sentido. Y mientras tanto él atendía su cuerpo con exquisito cuidado. Algo caliente seguía muy dentro de ella, quieto, paciente, pero palpitando con la necesidad que ella deseaba desesperadamente complacer.

Cuando él volvió a moverse, mucho después, ya no había dolor. El dolor habia desaparecido desde aquel primer beso. Y Colt había hecho que su deseo aumentara hasta un nivel tan febril que en pocos momentos se disolvió en una marea de sensaciones al rojo vivo. A través de esa niebla de placer, apenas le oyó alcanzar su propia culminación.

Se quedó dormida antes de que por el cuerpo de Colt, pasara el último estremecimiento.

Librodot

24

-Maura, la hermana, es encantadora -estaba diciendo Vanessa, mientras dejaba el hilo verde y tomaba el rojo, para su bordado-. Creo que te gustará. Tiene más o menos tu edad, y se muere por ver esos figurines de modas que compramos en Nueva York. ¿Te dije que de ahí vienen? Hasta conocen a Charles. Al menos, han oído nombrar a los Abbington.

-¿Estás segura de que Robbie está bien?

Vanessa no levantó la cabeza, pero sí los ojos, y sus cejas se unieron suspicaces en el medio. Esa pregunta había sido formulada y respondida... dos veces.

-En realidad, la muchacha es bastante audaz, no tan pulida como su hermano.

-Qué bien.

La condesa dejó caer el bordado en el regazo, con un suspiro de exasperación.

-¿Has oído siquiera una palabra de lo que he dicho, Jocelyn? ¡Yo-ju.... Joce-lyn! -canturreó.

La joven se apartó apenas de la ventana, frente a la cual había pasado la última hora.

-¿Decías algo, Vana?

Con forzada serenidad, la condesa respondió:

-Te estaba hablando de los Dryden.

-¿De quiénes?

-¡Jocelyn Fleming! Se supone que hoy debes estar radiante, no distraída. ¿Qué te pasa?

Jocelyn volvió a mirar por la ventana, pasando por alto la censura, pero no la pregunta. En verdad, ¿qué le pasaba? ¿Por qué no podía dejar de pensar en la noche anterior, de preguntarse dónde estaría Colt? Una vez más, era imposible encontrarle. Por la mañana temprano, según le habían dicho, estaba esperando al relevo de Robbie; por lo visto, él mismo había montado guardia durante el resto de la noche. Pero ¿en su cuarto o en el pasillo?

Al despertar, Jocelyn había hallado la habitación vacía; dos largos cabellos negros, en la almohada, eran la única señal de que Colt había estado allí. Bueno, en realidad había otra señal: las manchas de sangre seca en la parte superior de los muslos. Pero ¿cuándo se había marchado? ¿Y por qué sin decir nada?

Vanessa llegó temprano, llena de preocupación, tras haber visto a los dos ladrones llevados a rastras ante las autoridades locales. Quiso saber en todos los detalles la pequeña aventura de Jocelyn fuera de la ventana, y también Io que había ocurrido después. También se mostró muy aliviada al saber que la proyectada seducción había tenido lugar, al fin y al cabo.

-Entonces, no hay necesidad de continuar viaje hasta Wyoming, ¿verdad? Ni de seguir empleando al señor Thunder.

Al oír eso, Jocelyn se sintió extrañamente despojada. Insistió en asegurar que los servicios de Colt eran muy necesarios, aunque sólo fuera para conservarla sana y salva. Señaló las muchas veces que él había acudido a rescatarla. Señaló su habilidad para impedir que Longnose descubriera el nuevo rumbo que llevaban. Y por si eso fuera poco, anunció que era en Wyoming donde había decidido instalar su criadero de caballos.

Vanessa, prudente, no dijo más, aunque Jocelyn había sentido por entonces su desaprobación y aún la sentía. Hasta llegaba a comprenderla, sabiendo que a su amiga la preocupaba la posibilidad de que se formara un vínculo completamente inadecuado con Colt.

Librodot

-Inevitablemente, el primer amante es especial –le había dicho meses antes, al decidir ambas que Jocelyn necesitaba uno-. Lo importante es recordar que es sólo el primero y no confundir una simple y saludable atracción con el amor.

Al recordar ahora esas palabras, Jocelyn trató de analizar sus sentimientos, pero sólo halló confusión, inquietud con respecto a su próximo encuentro con Colt y sobre todo, un perdurable asombro porque el acto de amor fuera tanto más satisfactorio de lo que ella había imaginado.

Echó un vistazo a su amiga sobre su hombro, revelando una parte de esas sensaciones.

-Lo siento, Vana. Es que fue... fue...

-Lo sé -Interrumpió Vanessa, con un resoplido-. Fue tan maravilloso que no tienes palabras para describirlo.

-Bueno, es cierto -replicó la muchacha, a la defensiva.

-Por lo tanto, debemos a nuestro agrio guía nuestra eterna gratitud, ¿verdad? -continuó Vanessa, con su tono más seco-. Sobre todo, porque podría haber ocurrido justamente lo opuesto, tratándose de un temperamento tan imprevisible como el suyo. Y aún podría ocurrir, si cometieras la tontería de buscar otra vez sus atenciones. -Entonces suavizó la voz para exponer su verdadera preocupación:- Lo que experimentaste, querida, se puede gozar con cualquier hombre. Pero sería preferible, además de menos peligroso y mucho menos preocupante para mí, que lo experimentaras con un amante del que no debieras temer un estallido de violencia en cualquier momento. Te sugiero que busques a otro para demostrártelo. Y pronto, antes de que conviertas a éste en lo que no es.

Jocelyn solía dejarse guiar por los consejos de Vanessa, pero en este caso no eran necesarios. Su búsqueda de amante tenía una sola finalidad, y esa finalidad estababa cumplida. No necesitaba llevar a otro hombre a su cama; ni siquiera al mismo Colt. Vanessa se estaba alterando por nada. Pero no podría convencerla.

-¿Qué decías de los Braden? -preguntó en tono simpático, pero deliberado.

-Los Dryden -corrigió la condesa, recogiendo la indirecta que le sugería abandonar momentáneamente el tema-. Te decía que esta mañana los conocí en el vestíbulo. Dos hermanos muy interesantes. Se podría decir que son una variedad americana de la nobleza rural empobrecida. La mala suerte que han padecido desde que sus padres murieron, te lo aseguro, hace que una se considere afortunada de ser perseguida sólo por un asesino.

-No veo dónde está la gracia, Vana.

-Supongo que no la tiene, pero en verdad me conmovieron.

-¿Te contaron toda su historia allí, de pie en el vestíbulo?

-En realidad estábamos sentados y creo que me contaron una versión muy abreviada. Con unas pocas inversiones equivocadas, los fondos de la familia desaparecieron. Entonces decidieron reunir lo que les quedaba y venir al Oeste para comenzar de nuevo. Creo que Miles mencio algo sobre comprar un rancho.

-¿Miles? ¿Te refieres al señor Dryden? Le llamas Miles después de una sola conversación, pero continúas llamando “señor Thunder” a Colt.

-No cambies de tema, querida -replicó Vanessa, sin dejarse amilanar-. Como te decía, su suerte empeoró cuando llegaron a Nuevo México. La diligencia en la que viajaban fue asaltada por algunos malhechores, que mataron a uno de los pasajeros. Ese mismo día, en la misma diligencia, fíjate, fueron atacados por indios. Iban a quitarles el cuero cabelludo...

-¿Qué es eso?

-Algo desagradable que hacen los indios, supongo. El caso es que llegó la caballería, que había estado persiguiendo a ese grupo, y los salvó. Después de todo eso, es comprensible que hayan cambiado de idea con respecto al proyecto de instalarse aquí, pero les inspira

mucho miedo tener que viajar otra vez en diligencia. De modo que están varados en esta ciudad. Naturalmente, me sentí obligada a ofrecerles nuestra escolta.

-¿Te parece prudente? Después de todo, no sabes de ellos más que lo que te contaron. El hermano podría ser...

-Puedo asegurarte que todavía no estoy chocheando de vejez- interrumpió Vanessa, indignada-. Sir Parker ha verificado la historia. Viven en este mismo hotel desde hace tres meses. Y Miles Dryden tiene una hermana, querida, una hermana. Si nuestro Longnose tiene una, no la estaría arrastrando consigo, ¿no te parece?

-No quise decir que pudiera tratarse del mismo Longnose, pero podría haber sido contratado para... Oh, no importa. -Luego, con súbita suspicacia: -Por casualidad, ¿es apuesto?

-No me mires así. En verdad, es bastante atractivo. Eso no significa que yo pretenda distraerte con él, para que olvides a tu mestizo.

-No, desde luego -replicó Jocelyn, fastidiada, pues era obvio que eso buscaba su amiga. No sabía disimular, al menos ante ella.

Era hora de decirle que sus maquinaciones no tenían sentido, con la esperanza de que le creyera. -No quiero repetir lo de anoche, Vana.

-¿Él ya lo sabe?

-Prácticamente, el hombre fue violado...

-¿Qué?

Jocelyn hizo un gesto indiferente.

-El principio es el mismo. Hubo que obligarle, ¿no? Puedes decir que fue seducido, que se le hizo perder el dominio de sí, para que sus instintos más bajos cobraran fuerza y él no pudiera resistir. Pareces olvidar que él no quería saber nada conmigo. Fui yo quien le persiguió, no él a mí. Por lo tanto, difícilmente querrá que se repita lo de anoche, Vana. En realidad, me sorprendería mucho que no estuviera furioso y decidido a no volver a encontrarse en esa situación.

-Cuando el dado está echado, querida, las actitudes cambian. Una vez cometido el pecado, la gente tiende a repetirlo antes de arrepentirse.

-Dudo que eso se pueda aplicar a Colt. Además, he dicho que no tengo intenciones de que eso se repita. Mi problema está resuelto. Ya no necesito de ningún amante.

“Eso dice ahora, porque ha sido plenamente satisfecha hace pocas horas”, pensó Vanessa. Pero no hizo notar que la “necesidad” de Jocelyn sería pronto de un carácter muy distinto ni que el cuerpo, una vez probados los placeres de la carne, tiende a exigir más de lo mismo.

Lo que dijo fue:

-Si él te desea otra vez, querida, no creo que puedas decidir al respecto.

Esa predicción provocó un pequeño revuelo en el estómago de Jocelyn, pero lo ignoró tercamente.

-En ese caso me aseguraré de no quedar nunca a solas con él. Puedes dejar de preocup...

-¡Madame! -Babette acababa de irrumpir, tan excitada que no se había molestado en golpear. -Alonso insiste en que le diga, que monsieur Thunder está a punto de batirse a duelo en la calle. Que usted querría saberlo.

-¿Batirse cómo?

Vanessa chasqueó la lengua.

-Creo que se refiere a lo que esa sombrerera de Tombstone llamaba “ajuste de cuentas”, querida. Recuerdas lo que presenciamos... ¡Jocelyn, no te atrevas a...!

Pero la duquesa ya había salido corriendo.

Librodot

25

De pie ante el largo mostrador, Colt acabó el whisky que tenía en el vaso y se sirvió lentamente otro, de la botella que había arrebatado al tabernero rato antes. Esa era la tercera taberna a la que entraba desde que saliera del hotel, esa mañana. Según toda lógica, ya habría debido estar ebrio, pero no: tenía las entrañas demasiado llenas de furia como para que el whisky actuara.

Buscar pelea era algo que también tendía a mantenerle sobrio a uno, y no se podia negar que él la había estado buscando. Como en las dos primeras tabernas no había provocado más que miradas sombrías, había probado en ésa... y dado en el blanco. Pero no era el blanco que deseaba. Necesitaba una mole en la que descargar su enojo, no una invitación a hacer volar unas cuantas balas. Por desgracia, el único que había objetado su presencia con cierta belicosidad vocal era un jovencito que se consideraba muy rápido con el revólver. Lo fuera o no, Colt no tenía dudas de poder vencerle. Eran los callados los que ofrecían motivos para preocuparse, no los exhibicionistas.

De cualquier modo, todo habría terminado si el tabernero no hubiera insistido, armado de un rifle, en que salieran a la calle a liquidar sus diferencias. Colt proclamó que antes quería terminar su copa. Riley, como le llamaban sus amigos, se mostró magnánimo, puesto que su desafío había sido aceptado, y salió para esperar en la calle.

El muchacho era, al parecer, un profesional. Todavía en pañales, pero ya pistolero a sueldo. Trabajaba para un minero local, que había tenido algunos problemas con ladrones de minas. En los seis meses transcurridos desde que llegara a la ciudad, ya había matado a dos hombres, herido a varios más y obligado a los otros a abrirle espacio. Se decía que el minero no sabía cómo deshacerse de él, ahora que ya no le necesitaba.

Colt averiguó todo eso basándose en los fragmentos de conversaciones susurradas a su espalda. También muchos comentarios disparatados sobre él mismo, pero nada que no hubiera oído antes. Se le habían aplicado cuantos insultos existían; por lo tanto, tenía que estar de muy mal humor para ofenderse ante las palabrotas que los blancos barbotaban casi por instinto cuando veían a un indio.

Eso era lo que había estado buscando: esos insultos. Por cierto, su humor era bastante malo. Pero esas gentes, tan al sur, no sabían cómo clasificarle. Le tomaban por mestizo, pero nunca habían visto a ninguno tan alto, de aspecto tan amenazador ni con semejante Colt en la cadera. Ese tipo de cosas hacía que uno lo pensara dos veces antes de abrir la boca... a menos que uno fuera un jovencito con ilusiones de omnipotencia y unos cuantos éxitos subidos a la cabeza.

Colt ya había hecho esperar unos diez minutos a su adversario; por eso los clientes que aún permanecían en la taberna iban perdiendo la desconfianza. Riley gritó:

-¿Qué esperas, mestizo? ¿Acaso esa piel roja que tienes se te ha puesto amarilla?

Eso provocó algunas risitas sofocadas en la taberna, pero verdaderas risotadas en los dos compañeros del muchacho: un par de vaqueros que le incitaban desde un principio y que le habían seguido a la calle.

Los ojos de Colt se encontraron con los del tabernero, que estaba secando lentamente un vaso con un trapo sucio. En sus ojos enrojecidos había desprecio, mezclado con una buena medida de desdeñoso placer. Imaginaba que la pulla era acertada, que Colt acabaría preguntando dónde estaba la puerta trasera en cuanto reuniera coraje.

Imaginaba que un mestizo no tenía agallas para enfrentarse a un hombre, que no entraba en su estilo.

Y él le dejó imaginar todo eso. ¿Qué le importaba lo que pensara un tabernero, lo que pensaran todos ellos? Esperaban para ver cómo caía; tenían la esperanza de verle caer. Ese bocón de Riley podía provocar miedo y desprecio en la ciudad, pero ahora le aplaudirían si lograba derribar a un mestizo presuntuoso.

Colt volvió a vaciar su vaso y para ajustar la acción a los sentimientos, lo arrojó hacia el tabernero. Desprevenido, el hombre dejó caer el que estaba secando para atrapar el otro en el aire. Satisfecho tras oír el ruido de vidrios rotos y el gruñido del hombre, Colt se apartó del mostrador para dirigirse a la entrada. Los clientes tiraron las sillas en la prisa por seguirle, pero los pies se detuvieron patinando cuando él se detuvo, apenas franqueadas las puertas de vaivén, para localizar a su adversario.

La sombra había tentado a Riley a cruzar la calle; descansaba contra un palo de amarre, con sus dos amigos. Las aceras de tablas, a ambos lados de la calle, ya se estaban colmando de espectadores, atraídos por la provocación de Riley.

El joven tuvo que ser alertado con un codazo para que reparara en la llegada de Colt. Sonrió con toda la cara antes de erguir la espalda e hizo algún comentario que provocó risas sofocadas entre sus amigos. Después caminó hacia el centro de la ancha calle, mostrando su confianza en cada paso.

Un músculo se contrajo en la mandíbula de Colt, que apretó los dientes, disgustado. Se preguntó si las buenas gentes de esa ciudad decidirían lincharle en el caso de que él matara al patán oficial. Probablemente. Aunque la pelea fuera limpia, a los blancos no les gustaba que un mestizo derrotara a uno de los suyos.

En ese momento, poco le importaba. De cualquier modo, no tenía intenciones de matar al crío; no era ése el tipo de pelea que había estado buscando. Claro que si el exhibicionista moría accidentalmente, por ponerse en el camino de una de sus balas...

Colt inclinó el sombrero hacia atrás hasta que quedó colgando contra la espalda. En cierta oportunidad el viento se lo había echado sobre los ojos en el peor momento posible. Si aún estaba vivo era sólo gracias a la mala puntería del otro fulano.

-¿Qué esperas? -clamó Riley, impaciente, desde el centro de la calle.

-¿Tanta prisa tienes por morir?

A Riley le pareció divertido. A sus amigos también. Y a varios de los espectadores.

-Mira que no tienes arco y flechas, mestizo. ¿Te has dado cuenta?

Esta vez el muchacho se dobló de risa ante su propia ocurrencia.

Hubo muchas palmadas en la espalda y mucho enjugar de ojos a ambos lados de la calle; todos los presentes participaron de sus risas... menos el español.

Colt vio a Alonso, que acababa de salir a la calle; luego, al escocés que le acompañaba. Conque había gente de la duquesa entre los espectadores. No tenía importancia. Eran como los demás. Y sin embargo, Colt recorrió bruscamente con la mirada las aceras cubiertas... hasta descubrila. Ese brillante faro de pelo rojo no podía pasar desapercibido. Corría hacia Alonso.

¡Mierda! Ahora sí que estaba fastidiado, bien fastidiado. Se preguntó a quién debía esa nueva presencia, y tuvo la respuesta al ver que ella se detenía junto al español. La mirada que clavó en el hombre cetrino era toda una promesa de represalia, pero Alonso se limitó a encogerse de hombros.

Mirar a la duquesa no era lo que correspondía. Colt dedicó toda su atención a Riley, desaparecida su indiferencia, con la furia a punto de estallar. Si ella trataba de intervenir.

Y eso era lo que Jocelyn estaba a punto de hacer. Apreciço la situación a la primera mirada; comprendió que los dos hombres que ocupaban el centro de la calle estaban a punto de dispararse mutuamente. No podía permitirlo. Sabía por propia experiencia lo hábil que era

Colt con su revólver, pero ¿y si su joven adversario tenía la misma destreza? No podía correr el riesgo.

Pero en el momento en que se recogía las faldas para bajar a la calle, Alonso la sujetó por un brazo y le susurró al oído:

-Si usted le distrae ahora, es hombre muerto. En cuanto él vuelva los ojos para mirarla (y no dejará de hacerlo) el joven Riley aprovechará la ventaja para sacar el arma. Si usted hubiera llegado antes quizás habría podido impedirlo, pero ya es demasiado tarde.

-Pero...

Se mordió los labios, indecisa, mirando a Colt. ¿Cómo no hacer nada, cuando él podía resultar herido o algo peor?

Pero en verdad era demasiado tarde para intervenir. En el momento en que observaba al adversario de Colt, para valorar su actitud, el muchacho estaba sacando el arma.

Todo ocurrió en tan poco tiempo que la muchedumbre ahogó una exclamación colectiva. Colt ya tenía el revólver en la mano, apuntando hacia su adversario. El joven, que apenas había asido la culata de su arma enfundada, le miró con incredulidad y no se movió un centímetro.

Parecía descompuesto. Obviamente, no sabía qué hacer: si dar la lucha por perdida o correr el riesgo de desenfundar. Era el silencio del arma de Colt lo que le mantenía indeciso.

Colt no le dio tiempo a decidir. Con pasos lentos y resueltos, cruzó la distancia que los separaba hasta que la boca de su revolver quedó apoyada contra el vientre estremecido de Riley. Por entonces el muchachito estaba sudando; no se atrevía a bajar la vista, por miedo a verle apretar el gatillo. No podía mirar sino aquellos duros ojos azules, que no se apartaban de los suyos.

Colt vio su miedo, lo olfateó. Pero en ese momento no se sentía muy dado a la piedad.

-Ya lo hemos intentado a tu modo, charlatán hijo de puta -siseó, en voz tan baja que sólo Riley pudo oírle-. Ahora me darás el gusto.

Así diciendo, apartó el revólver del vientre de Riley, lo alzó hacia la izquierda y golpeó con él la cara del muchacho. Este cayó hacia un lado y se llevó una mano a la mejilla; la retiró ensangrentada. No lograba comprender. Aún no comprendía, aunque Colt había enfundado su arma y le esperaba de pie, flexionando los dedos.

Tampoco los amigos de Riley podían entender, pero no vacilaron tanto con respecto a lo que debían hacer. Uno de ellos llevó la mano al arma. Simultáneamente, Alonso sacó su cuchillo y Robbie dio un paso adelante. Sin embargo, esa ayuda era innecesaria; Colt ni siquiera reparó en ellos. No había perdido de vista a los amigos de Riley, y esa vez su revólver salió disparando.

La bala dio contra metal. El vaquero dejó caer el arma con un grito, con los dedos entumecidos. El otro se alzó de manos y retrocedió; no estaba dispuesto a enfrentarse solo a Colt.

Una vez más, el mestizo enfundó el revólver y clavó la mirada en Riley, que no se atrevía a moverse.

-Anda, muchacho, que no puedo perder aquí todo el día.

-¿Qué... qué quieres?

-¿No buscabas llevarte un trozo mío? Ven a buscarlo.

Riley dio un paso atrás, con los ojos llenos de alarma.

-¿Quieres que pelee contigo? ¡Pero eres más grande!

-Mi tamaño no impidió que me llenaras de insultos, ¿eh?

-Cometí un error, señor. ¿Por que no nos olvidamos del asunto?

Colt movió lentamente la cabeza.

-Quiero cagarte a golpes.

Riley dio otro paso atrás; sus ojos parecían platillos.

-¿Serías capaz... de dispararme por la espalda?

El mestizo frunció el ceño ante pregunta tan estúpida.

-No.

-Me alegro de saberlo. -Y Riley salió disparado calle abajo.

Por un momento Colt se limitó a seguirle con la vista con una mezcla de sorpresa y exasperación. No era la primera vez que alguien se retiraba de una pelea al verle sacar el arma, pero nunca habían huido así cuando él les ofreció la oportunidad de salvar el honor, mucho menos habiendo tantos testigos. En general, la presencia de testigos alteraba totalmente las reacciones de los hombres, convirtiendo a los cobardes en valientes, aun con la seguridad de que acabarían muertos.

Habría podido enviar unas cuantas balas alrededor de esos pies en fuga, pero eso no haría volver a Riley, de modo que no se molestó.

Giró en redondo, disgustado, sin prestar atención al murmullo de los espectadores, que experimentaban mil reacciones diversas, desde el asombro a la desilusión, pasando por el desprecio que les merecía la cobardía de Riley. La mayoría se preguntaba quién era Colt.

Para los cronistas de la ciudad sería una fuente de frustración verse condenados a no saber nunca su nombre. ¿Quién en su sano juicio se atrevería a preguntárselo, después de lo que acababan de presenciar? Y no había ningún otro dispuesto a proporcionar la respuesta. Jocelyn no lo hizo, por cierto, aunque oyó la pregunta repetida varias veces mientras volvía hacia el hotel. Tampoco sus hombres revelarían quién era el mestizo, acostumbrados como estaba a no llamar la atención.

Sin embargo, Jocelyn se detuvo en seco al oír un comentario lleno de desprecio:

-Es un salvaje. ¿Qué otra cosa quieres saber?

Alterada ya por el susto que acababa de pasar, frustrada por la desaparición de Colt entre la muchedumbre, antes de que ella hubiera podido hablarle, giró hacia el joven bien vestido cuyo comentario la había herido en lo más vivo.

-¡Cómo se atreve a hablar así, señor! -le espetó sin preámbulos, para sorpresa del caballero y su acompañante, así como de Robbie y Alonso, que la seguían de cerca-. Salieron a la calle para matarse. El hecho de que ninguno de los dos haya muerto es señal distintiva de un hombre civilizado, no de un salvaje.

Sintiéndose mejor por haber descargado una pequeña parte de su enojo, aunque era a Colt a quien deseaba regañar por haber corrido ese riesgo innecesario, siguió andando, sin reparar en la agitación que dejaba detrás de si.

-Magnífico, Miles. Por si no te has percatado por su acento, apostaría a que acabas de ofender a Lady Fleming en persona.

El sarcasmo, pronunciado con tanta sorna, puso a Miles Dryden a la defensiva.

-Pues... ¿cómo iba yo a saberlo? Por el modo en que la condesa habló de ella, imaginé una belleza deslumbrante. -Y gruñó: -¡Una pelirroja, y flaca por añadidura! Es algo que jamás podré llevar a cabo.

Maura, aferrándose posesivamente a su brazo, se dejó ablandar al oír eso. Personalmente, la duquesa le parecia hermosísima, pero por un momento había olvidado que Miles no pensaría así. Sabía por experiencia que él se inclinaba hacia las rubias bien curvadas, como ella. En todo caso, era la madura condesa quien podía darle motivos de preocupación.

-Lo harás muy bien, tesoro, pues parece que ella es el sueño de nuestra vida. Una verdadera duquesa de Inglaterra, que viaja sólo por placer y con mucho lujo. Ha de ser más rica que Creso.

-Lo mismo dijiste la última vez -gruñó Miles.

A Maura no le agradó ese recordatorio.

-La viuda Ames no mintió al decir que todos sus hijos habían muerto. Sólo calló que había diecisiete nietos aguardando pacientemente el momento de hacer pedazos sus propiedades. Te despidieron con una mina de plata inútil, que nos dejó varados en este maldito lugar. Al menos, no quisieron investigar la muerte de la anciana.

-Porque era anciana. Esta es joven.

-Esta vez no usaremos veneno para dejarte viudo de nuevo. Un accidente dará el mismo resultado.

-Y supongo que yo debo encargarme de eso.

Ella empezaba a cansarse de esa actitud negativa.

-Yo me encargué de tus dos últimas esposas, tesoro. Creo que te ha llegado el turno. Claro que si prefieres buscar un esposo para mí en vez de...

-Zorra -bramó él, celoso, tal como la mujer esperaba-. El día en que te atrevas a mirar a otro te romperé ese bonito cuello.

-Vamos, tesoro, vamos, era sólo una broma. -Ella le sonrió.- Sabes muy bien que te he sido fiel desde el día el que nos conocimos. Además, jamás podría hacer lo que tú haces tan bien. Demasiado me cuesta fingirme hermana tuya.

-La idea fue tuya, no mía. Todo este plan horrible ha sido idea tuya. “Cásate con una viuda rica, tesoro, y podrá dejar las apuestas” -imitó, con voz de falsete.

Maura entornó los ojos, fastidiada.

-Tus trampas, querrás decir. Por ellas tuvimos que huir de una ciudad y de otra. Y si mal no recuerdo, te precipitaste sobre la idea.

-Eso fue antes de descubrir que la primera esposa no era tan rica como para conformarte. Antes de que decidieras eliminarla para intentarlo otra vez... y otra, y otra.

-¡Está bien! -saltó ella-. Las cuatro resultaron mal negocio. Pero esta vez será diferente. Estoy segura.

-Ya es diferente, Maura. ¿O te has olvidado de lo joven que es esta viuda? Lo más probable es que deba esforzarme el doble para conquistarla. Y aun así no es seguro que lo consiga. Esto podría ser una completa pérdida de tiempo y esfuerzo.

-No tanto, querido. Si la dama no sucumbe a tu encanto fatal, aún nos queda esa otra posibilidad. Pero apuesto por ti. Después de todo, nadie sabe como yo lo irresistible que eres cuando te esfuerzas. ¿Acaso no me conquistaste a mí, en cuerpo y alma?

26

-Buenos días, Su Gracia.

Jocelyn se volvió para sonreír al joven que tanto bochorno te había causado la noche anterior, cuando le fue presentado. Ahora le parecía risible, pero en ese primer momento había sido mortificante descubrir que los hermanos que Vanessa había tomado bajo su protección eran los mismos que Jocelyn había atropellado, prácticamente, tras el abortado duelo del día anterior. Además, estaban invitados a cenar; no hubo manera fácil de eludir la incomodidad.

De algún modo (y aún no sabía con certeza cómo), Miles Dryden se las compuso para hacerla sentir a gusto con sus profusas disculpas; no quiso aceptar las suyas en absoluto y hasta logró hacerle olvidar el incidente por el resto de la velada. Sin duda alguna, era absolutamente encantador. Buen mozo, por añadidura, tal como ella había supuesto: pelo rubio oscuro, cortado justo por debajo de las orejas, y ojos del color del buen jerez. Más bien delgado, de estatura algo superior a la normal, poseía un par de hoyuelos simpatiquísimos, que aparecían con cada sonrisa; como gozaba de un excelente sentido del humor, sonreía con frecuencia, y lo mismo hacían todos a su alrededor.

Maura Dryden era tan interesante como su hermano. Entre ambos el parecido era escaso: ella tenía el pelo rubio muy claro y grandes ojos verdes, de tonalidad oscura; era mucho más baja y de silueta voluptuosa. Aun así, no se podía negar que ambos habían sido bendecidos con una hermosura excepcional. Si el encanto de Miles aumentaba su atractivo, Maura mantenía una actitud mohína que realzaba el suyo, al menos en opinión de los hombres, si se podía tomar a Sir Parker como ejemplo. También él cenó con el grupo y, para diversión de Jocelyn, apenas pudo quitar los ojos de la muchacha durante toda la comida.

Vanessa había quedado encantada con la velada, por cierto; sin duda se acostó sin volver a pensar en sus preocupaciones. Miles Dryden estaba teniendo mucho éxito como distracción; Jocelyn, al acostarse, lo reconoció así; hasta experimentó cierto alivio de que así fuera... hasta que se le ocurrió que el plan de Vanessa podía funcionar en ambos sentidos: tanto para Colt como para ella. Y al pensar en que Maura Dryden pudiera ser del agrado de su guía, como de Sir Parker, se evaporó el alivio que había sentido por un momento, dando nuevas dimensiones a sus sentimientos confusos. Aunque eso la fastidiara, se parecían mucho a los celos. Claro que también podía ser un equivocado sentido de la posesión, lo que cabía sentir por algo que le hubiera costado una exorbitante suma de dinero. No convenía preocuparse por el asunto.

Así lo había decidido por la noche. Pero aún en ese momento, cuando la encantadora sonrisa de Miles Dryden se volvió hacia ella, se estaba preguntando dónde estaría su hermana y cuál sería la reacción de Colt cuando la viera .También buscaba alguna manera de renegar de su permiso para que ellos formaran parte del grupo, pero eso era muy difícil. Probablemente, los hermanos estaban cargando sus pertenencias en las carretas en ese mismo instante.

-Buenos días, señor Dryden -respondió-. Espero que esta temprana hora no resulte incómoda para ustedes. Estamos más o menos a merced de nuestro guía, que no es partidario de malgastar la luz diurna, tal como expresa, típicamente.

-Conozco a los de ese tipo. Nuestro conductor de diligencias era un viejo arisco y gruñón, que nos metía prisa en cada posada del camino, con la amenaza de dejarnos allí si no nos apresurábamos según su voluntad.

Librodot

Ante esa descripción ella tuvo que sonreír: también se habría podido aplicar a su guía, exceptuando lo de “viejo”. Con mucha frecuencia, Colt se mostraba agresivo, irritable y de temperamento vivaz.

¿Cómo se mostraría ahora? ¿Se molestaría siquiera en presentarse ante el hotel o ya se habría adelantado, como de costumbre, dejando a Billy para que les indicara el camino?

De pronto comprendió que estaba ansiosa por verle. Aún no sabía lo que él pensaba de ese don de su virginidad. No trataba de engañarse pensando que quizás él no se había dado cuenta. El hecho de que la hubiese tratado con tanta suavidad, aquella noche, demostraba lo contrario.

-Nosotros no nos vemos tan urgidos, señor Dryden, pero se nos despierta todas las mañanas a horas muy ingratas. -No quería demostrar la impaciencia que experimentaba, pero quería buscar a Colt y quizá, intercambiar algunas palabras con él antes de que partieran.- No dudo que usted se acostumbrará rápidamente. Y ahora, si se molesta usted en buscar a su hermana...

-Maura ya está fuera, Su Gracia. ¿Me permite... ?

Ella vaciló antes de aceptar el brazo que se le ofrecía. Era innecesario, puesto que la rodeaba su custodia. Además, no quería que Colt la viera salir del hotel acompañada por Miles, aun sin saber por qué. Pero si no quería caer en una abierta grosería, aquello no tenía remedio.

Fuera todo estaba ya listo; Jocelyn era la última en llegar. La señorita Dryden esperaba, junto a Vanessa y las dos doncellas, a la sombra del porche, pero no prestaba atención a la charla de sus compañeras: mantenía la vista fija hacia la vanguardia de la caravana, hacia Colt.

Él ya estaba a caballo, al igual que Billy, en quien en ese momento concentraba su atención. Eso no significaba que no tuviera conciencia de que la señorita Dryden le estaba observando. Puesto que siempre estaba alerta a cuanto ocurría a su alrededor, probablemente lo sabía, y por eso sus ojos se volvieron hacia el porche sólo segundos después de que Jocelyn hubiera salido. En cuanto la vio sacudió las riendas para que su caballo se pusiera en marcha.

-¡Un momento, Colt, por favor!

Jocelyn se ruborizó inmediatamente, pues sin quererlo había atraído la atención de todos hacia ella. Tuvo que levantar la voz para que el guía la oyera, y su frase sonó imperiosa hasta para ella misma.

Si Colt la hubiera abochornado aún más ignorándola, no habría podido culpársele. Pero él no lo hizo. Describió un giro con su caballo y esperó, con obvia impaciencia. El hecho de que no desmontara para acercársele, como habría correspondido a un asalariado, llamó la atención de su guardia y hasta de Miles, cuyo brazo se puso tenso bajo la mano de Jocelyn. Pero ella prefirió no abusar de su suerte. Después de excusarse ante Miles, bajó rápidamente del porche.

Pero su imprudente impulso iba de mal en peor, tal como ella descubrió cuando llegó junto a Colt. Billy se había apartado para otorgarles cierta intimidad, pero eso no importó. Al levantar la vista hacia el hombre, comprendió sin lugar a dudas que acababa de cometer un grave error. Pese a que él solía ocultar tan bien sus emociones que nadie sabía nunca lo que estaba pensando, en ese momento las exhibía con claridad cristalina... y distaban mucho de ser plácidas.

Jocelyn llegó a dar un paso atrás ante la hostilidad de su expresión.

De inmediato se atrincheró en su resolución, o trató de hacerlo. Había hecho mal en abordarle tan pronto, pero ya estaba hecho.

Allí estaba. Y aunque no tenía la menor idea de lo que pensaba decir, tal vez se le ocurriera algo que, cuanto menos, aliviara un poco aquel enojo evidente.

-¿Quieres apearte... por favor? -pidió-. Necesito hablar contigo.

-No tenemos nada de que hablar.

-Pues sí, yo...

-No, duquesa.

Ella no sabía con seguridad qué significaba eso: si él simplemente se negaba a escuchar lo que ella tuviera que decir o si le estaba advirtiendo que no le gustaría recibir su respuesta. Esto último, probablemente. Y por eso la joven no trató de seguir reteniéndole cuando le vio girar en redondo para alejarse. Ella también se volvió. Todos los integrantes de su grupo se dedicaron súbitamente a alguna actividad innecesaria, a algún diálogo sin sentido; eso le reveló sin lugar a dudas que, hasta ese momento, la habían estado observando ávidamente. Esa vez no se sintió abochornada. Por el contrario, su genio vivo salió a relucir, sobre todo al reparar en la expresión de suficiencia que lucía la señorita Dryden.

Esa mujer no había podido oír la negativa de Colt a dialogar con ella, pero la animosidad y la falta de respeto de su actitud habían sido inconfundibles. Casi era posible leer los pensamientos de Maura: que ella jamás se dejaría tratar de ese modo por un hombre.

-Eh... no sabía que él fuera uno de sus guardias, Su Gracia.

El hecho de que Miles Dryden estuviera allí para ayudarla a subir al carruaje no apaciguó las emociones bullentes de la joven. Tampoco le sentó bien recordar su imprudencia del día anterior.

Pero por nada del mundo permitiría a nadie entrever con qué facilidad podía Colt alterarla, de modo que se las compuso para sonreír, aunque sintiera los labios a punto de resquebrajarse, a fuer de rígidos.

-No lo es. Es nuestro guía.

-¿Un pistolero por guía?

Miles parecía decidido a convertirse en blanco de su malhumor, pero ella no buscaba sustitutos. Colt era el único que lo merecía por completo.

-Su versatilidad le convierte en un guía excelente, señor Dryden, pese a su falta de buenos modales y a su mal carácter. Pero si a usted le molesta dejarse guiar por un hombre así por los páramos...

-En absoluto -se apresuró él a asegurarle.

-En ese caso, nos veremos más tarde, señor.

Y subió a su coche, para esperar con impaciencia que Vanessa se reuniera allí con ella. Si Miles esperaba compartir su coche estaba muy equivocado. Aun si hubiera tenido intenciones de renunciar a su intimidad, cosa muy alejada de su mente, en ese momento habría cambiado de idea. Bajo ninguna circunstancia aceptaba pasar el día en conversaciones triviales con dos virtuales desconocidos. El mero intento la habría vuelto loca.

Vanessa, advirtiendo su estado de humor, se mantuvo prudentemente callada, una vez que estuvieron en marcha. Pero el silencio no hizo sino permitir que la ira de Jocelyn se alimentara a sí misma. Si hasta entonces había comprendido los sentimientos de Colt, ahora se resentía ante el resentimiento de ese hombre. No lamentaba lo que había ocurrido entre ambos. No iba a disculparse por haberle deseado. En verdad él se había resistido en cada ocasión, pero ¿acaso le había llevado a su cama a punta de pistola? No,por cierto. Por lo tanto, él no tenía por qué hacerla blanco de su enfado. Y así se lo diría a la primera oportunidad.

27

Todos los instintos advertían a Colt que esa noche debía mantenerse lejos del campamento. Ya conocía la terquedad de la duquesa y no dudaba que, si ella se había decidido a una confrontación, no quedaría satisfecha mientras no se diera el gusto. Pero él no estaba listo en absoluto. Las conclusiones que había sacado sobre ella podían haberle enfurecido al punto de hacerle buscar reyerta, pero el hecho de ver esas conclusiones confirmadas resultaba mucho peor. Y si una mera sospecha podía acosarle tanto, ¿Cuánto le costaría la verdad?

Claro que, si se equivocaba con respecto a ella, las cosas eran muy distintas; en cierto sentido, el problema resultaba aún mayor. Era eso lo que le había hecho tomar lo que ella ofrecía, pese a su juramento de no volver a tocar a una blanca. Y volvería a ocurrir... si él se equivocaba con respecto a ella. En ese caso, bien podía acabar queriendo que ella fuera definitivamente suya, y demasiado bien sabía que no era posible.

De un modo u otro, lo mejor era no saber todavía la verdad, al menos mientras no estuviera seguro de poder dominar sus reacciones. Sin embargo, pese a saberlo, pese a saber que la pelirroja le acosaría como siempre, esa noche entró en el campamento.

Y eso era también culpa de ella, por permitir que un desconocido formara parte del grupo en ese momento tal especial, cuando Colt, presa de su mal humor, no estaba alerta a la aparición de recién llegados a la ciudad. Pese a todas sus precauciones, no era inconcebible que el enemigo los hubiera alcanzado en los dos días que habían perdido en Silver City. Puesto que el peligro seguía a esa mujer como un cachorro sin hogar, el desconocido bien podía ser uno de los hombres del inglés. No era muy posible, por cierto, pero bastaba la posibilidad para que Colt se preocupara. Aunque se había propuesto no protegerla, no soportaba la idea de que a ella le ocurriera algo malo mientras él no estaba allí para evitarlo, sólo por miedo a mantener una confrontación con esa mujer.

Pero la confrontación, cuando se produjo, lo hizo de una forma inesperada.

Pese a la hora avanzada en que Colt llegó, más de la mitad del campamento estaba todavía en pie; por añadidura, tuvo la mala suerte de que la duquesa fuera una de esas personas. Sintió que sus ojos le seguían a cada paso, en tanto él se acercaba a la fogata de Billy, tras haber alojado a su caballo con los otros. Ella estaba sentada ante otro fuego con un grupo de guardias, su doncella... y el desconocido.

Billy, que se había separado de ellos al ver a su hermano junto a los caballos, le entregó el plato de comida que solía mantener caliente junto al fuego. Colt había dejado de quejarse por lo que preparaba el cocinero de la duquesa. Casi siempre estaba tan cansado que ni siquiera sabía lo que se llevaba a la boca.

-No imaginé que fueras a acostarte con nosotros, esta noche.

Colt echó un vistazo a las otras fogatas antes de responder:

-No parece que nadie esté muy deseoso de dormir.

Billy se encogió de hombros.

-Es que el nuevo estuvo contando algunas cosas horribles. Probablemente las inventó. - Al recordar esos relatos, Billy comprendió que Colt no lps consideraría entretenidos y se apresuró a añadir:- ¿Viste a la rubia, este mañana? Son hermanos.

Colt pasó por alto la pregunta; sus ojos se habían detenido en el desconocido, que estaba sentado junto a la duquesa, demasiado cerca de ella.

-¿Y quién es ese tipo, al fin y al cabo?

-Se llama Dryden. Miles Dryden.

Las cejas de Colt se entretejieron en un gesto pensativo.

-¿No te recuerda a nadie, hijo?

-No creo. ¿Por qué?

-Tengo la sensación de haberle visto antes.

-¿Tal vez cuando viajaste al Este, con Jessie y Chase? Asegura ser de allí.

Colt movió la cabeza.

-No. Le he visto hace poco. ¿Estás seguro de no reconocerle?

-Y tú ¿estás seguro de que le reconoces?

Colt miró fijamente al hombre. Al cabo de un momento apartó la vista.

-Sí. Ya me vendrá a la memoria. -Luego, mirando a su hermano con intención: -¿Qué historias eran ésas?

Billy enrojeció ante la pregunta que creía haber evitado.

-Cuentos, nada más.

-Suelta -fue cuanto ordenó su hermano.

-Es del Este, Colt -dijo Billy, a la defensiva-. Ya sabes que un pequeño ataque indio no altera en nada a alguien del Oeste, pero estos bisoños arman mucho alboroto.

-¿Lo atacaron?

-A él y a su hermana.

-¿Y le llevó toda la velada contarlo?

Billy sonrió, puesto que Colt no se había ofendido por el tema.

-Ya sabes cómo son estas cosas. Llega alguien a la ciudad contando que ha estado a punto de perder el cuero cabelludo, y todos los que han tenido una experiencia similar u oído hablar de algo parecido tienen que contarlo también. Desde que llegó a Silver City, Dryden ha oído tantos relatos de ese tipo que bien podría llenar un libro.

-¿Estaba allí antes de que nosotros llegáramos?

-Desde hace varios meses. ¿Por qué?

-Curiosidad, nada más.

Colt se había tranquilizado en un aspecto: Dryden no podía estar trabajando a las órdenes de Longnose. Pero no por eso le gustaba que la duquesa permitiera el ingreso de desconocidos en su grupo.

Habría debido ser más prudente.

Varios bocados después, Colt preguntó:

-¿Qué demonios es esto que estoy comiendo?

Billy rió entre dientes.

-Una de las especialidades de Philippe. Sabrosa ¿verdad?

-No se nota el sabor de la carne por culpa de la sal -Colt apartó el plato, disgustado. -Y ése, ¿qué problema tiene?

Billy se volvió a ver quién había atraído la atención de su hermano. Parker Grahame les sostuvo la mirada sin mucha cordialidad.

-Está... bueno, digamos que le fastidió un poco el hecho de que liquidaras a esos dos ladrones que trataron de asaltar a la duquesa.

-¿Y qué debía hacer yo? ¿Permitir que robaran?

Billy sonrió.

-Supongo que le fastidia el hecho de que actuaras tú, cuando ése es su trabajo. Después de todo, se está haciendo costumbre que tú la rescates, y eso no le deja bien parado.

-¿Y eso es suficiente para hacerse matar?

Billy se puso tenso.

-¿Qué estás diciendo?

-El hombre tiene intenciones de venir hacia aquí, y no para pasar el rato.

-¡Buen Dios! Oye, no le mates, por lo que más quieras. Él es el capitán; podría decirse que expresa la opinión de todos. Y esa gente está harta de que trates a su señora con tan poco respeto. Yo sé que no lo haces a propósito, pero ella no tiene por qué saberlo, y sus guardias tampoco. Creo que lo de esta mañana colmó la medida y no puede pasar sin que nadie diga nada.

-Tiene usted toda la razón, señor Ewing –concordó Parker, desde atrás.

Billy no se volvió a mirar otra vez al inglés. Por el contrario, mantenía la vista fija en su hermano, temeroso de su reacción. Puesto que estaba de muy mal humor desde que trabajaba para la duquesa, no cabía esperar que tomara bien esto. Y a Colt no se le podía provocar cuando estaba de mal humor.

El guía se recostó contra la silla de montar, en actitud negligente, sin preocuparse en absoluto por el otro, que se irritaba cada vez más.

-Si tiene algo que decir, Grahame, escupa.

-Su hermano ya lo ha dicho. Si usted no puede comportarse con un mínimo de urbanidad...

-¿Qué pasará? -interrumpió Colt, con una mueca casi burlona-. ¿Usted me retará a duelo?

-¡Demonios, Colt! -intervino Billy.

Pero era demasiado tarde.

Parker ya le estaba esquivando para llegar a Colt, tan enfurecido que no se detuvo a pensar. Simplemente, levantó a Colt por la pechera de la camisa. El hecho de que el otro no hiciera nada para bloquear el puño, ya echado hacia atrás para derribarle, no pareció extraño a Parker, pues éste reaccionaba sin pensar. Pero la educación de años se interpuso en el último instante para hacerle vacilar, siquiera por un segundo.

Por desgracia para Parker, en ese segundo se cruzaron las miradas de ambos contrincantes. Su confianza en sí quedó casi hecha trizas.

Tuvo la horrible sensación de mirar a la muerte a los ojos. Nunca en su vida había rehuido un combate; tampoco había sido necesario: nunca había perdido ninguno. Pero en este caso acababa de olvidar a quién se enfrentaba; ese hombre no tenía igual; estaba demasiado próximo a los salvajes cuyas historias había estado contando Dryden durante toda la velada. Ese hombre conocía modos de matar de los que Grahame no tenía noticia. Y él acababa de desafiarle.

-¡Sir Parker, suéltelo de inmediato!

La voz de la autoridad y de la razón. Su salvación, también. Parker obedeció con gran alivio. La reación de Colt, en cambio, fue la opuesta.

-¡Mierda! -protestó, fulminando con la vista a la duquesa, que estaba a poca distancia-. Este hombre tiene una ofensa que resolver conmigo. ¿Quién demonios te ha pedido que intervengas, mujer?

Jocelyn quedó momentáneamente enmudecida ante ese ataque verbal, pero, de cualquier modo, no tuvo oportunidad de contestar. Parker no podía soportar más; ante esa nueva insolencia, lo vio todo rojo y dejó volar el puño.

El golpe alcanzó a Colt en el costado de la cara, pero apenas le hizo girar la cabeza. No lo había visto llegar, y eso hizo que todos los presentes contuvieran el aliento, a la espera de su reacción.

Parker, en especial, se sentía bastante alterado pues nunca había atacado a un hombre desprevenido. Por eso le sorprendió mucho que el mestizo se volviera lentamente hacia él, con una gran sonrisa.

-Te ha llevado bastante tiempo, inglés -fue cuanto dijo, un momento antes de que un golpe de revés tumbara a Parker en el suelo.

Billy atrapó en el aire el revólver y el puñal que Colt le arrojaba y se limitó a ponerse fuera del paso. Jocelyn también tuvo que retroceder, pues una carga hizo que ambos combatientes cruzaran la fogata, esparciendo chispas por doquier.

-Ven, querida -dijo Vanessa en voz baja, a su lado-. Ya no puedes hacer nada por detenerlos. Tainpoco te convendría.

-¿Que no me convendría...? Pero si están...

-Comportándose atrozmente, lo sé. Pero es obvio que tu Thunder necesita descargar su violencia contra alguien. Es mejor que lo haga contra Sir Parker, no contra ti. Anda, vamos.

Jocelyn se mordió el labio al recordar la hostilidad de Colt, esa mañana, y al presenciar su actual salvajismo. Pese a lo que Vanessa decía, no le creía capaz de hacerle daño, por muy furioso que estuviera. Y también ella estaba furiosa. No era una damisela acobardada, que debiera esconderse para no afrontar el disgusto de un hombre.

-Me quedo, Vana -dijo, con decisión-. No haré nada por detenerles, pero cuando esto acabe tendrán que escucharme.

Librodot

28

Colt se sentía de maravillas. Le dolía todo el cuerpo, pero por dentro había recobrado el dominio de sí, liberadas las emociones y con la ira de nuevo a rienda corta. Probablemente hasta podría enfrentarse ahora a la duquesa y acabar con aquello. Al menos, eso creyó hasta que la vio allí, de pie, observándole.

Entonces volvió la irritación. Primero, porque ella hubiera podido acercarse sin que él la oyera. La culpa era del zumbido que le había dejado en los oídos un golpe de Grahame. Sacudió la cabeza, pero el zumbido persistió. Miró a su alrededor, por si algún desconocido le hubiera seguido, pero sólo ella estaba allí. Y eso aumentó su irritación. Esa mujer no aprendía nunca. La había evitado, le había advertido que no debía acercarse. ¿Qué más debía hacer? Pero sólo eso cabía esperar, dada su terquedad. No tenía por qué irritarse, pero se irritaba.

-¿Qué mira, duquesa?

Jocelyn dejó escapar un suspiro ante el agrio tono de Colt. ¡Pensar que hasta se había preocupado al verle salir a tropezones del campamento! Sir Parker estaba inconsciente, pero Vanessa, que le atendía, aseguraba que se repondría. Pero Colt, aún de pie al terminar el combate, se marchó antes de que nadie pudiera curar sus cortes y quemaduras.

´Él había hundido la cabeza en la aguada junto a la cual habían acampado; estaba secándose la cara con el pañuelo de cuello cuando reparó en ella. Alguien había dejado una antorcha clavada en tierra, tras llenar los cántaros, y esa luz permitía ver la hinchazón de la mejilla izquierda, el corte que aún sangraba sobre el ojo. Tenía las ropas mugrientas y los pantalones desgarrados en las rodillas. Probablemente había otras lesiones ocultas, puesto que Sir Parker había concentrado la mayor parte de los golpes en el cuerpo. Y debían de ser muchos: la pelea había durado unos buenos quince minutos.

-Tienes un aspecto horrible. ¿Duele?

-¿Mean los perros?

Ella enderezó la espalda.

-Te agradecería que me respondieras con educación, por favor.

-Pues ve a hablar con otro. Conmigo sabes a qué atenerte.

-Esperaba que hubieras aplacado ese humor horrible después de este ejercicio.

-Yo también -afirmó él, burlón-. Eso demuestra que los indios somos muy tontos.

-No hagas eso -protestó Jocelyn.

-¿Qué?

-Degradarte así. Tal vez no hayas recibido una educación normal, Colt Thunder, pero no eres tonto, y los dos lo sabemos.

-Eso se puede discutir, querida. Después de todo, aquí estoy, ¿no?

Ella tomó aliento bruscamente.

-¿Qué significa eso? ¿Que no deberías estar aquí?

-¡Muy cierto!

-¡Vete, pues! Nadie te lo impide.

-¿Tú tampoco? -En dos largos pasos estuvo a su lado, sacudiéndola.- ¿Tú tampoco? -repitió, en un siseo de furia.

-En todo caso... me alegro -dijo ella, lamentándose ya de haberle brindado una salida en el calor de la discusión, pero también aliviada porque él no hubiera aceptado de inmediato-. Después de todo, se te necesita.

Colt le volvió la espalda, derrotado por una sola palabra. Cada vez que ella decía eso le provocaba dentro cosas descabelladas. Sobre todo, le inflamaba el deseo, pese a saber perfectamente que el empleo de esa palabra no era provocativo. ¡Cuánto habría deseado él que lo fuera!

-Hace falta integridad y honor para respetar la palabra empeñada cuando nos es tan desagradable -dijo ella en voz baja, a su espalda.

-¿Qué es esto? -acusó él, áspero, mirando sobre el hombro con expresión ceñuda-. ¿Tranquilizas a la bestia salvaje con un hueso de alabanza?

Jocelyn apretó los dientes.

-No -dijo. Habría querido gritarlo, pero temía que, si daba rienda suelta a su enojo, él lo aprovechara para renunciar- Trato de decirte que lamento el disgusto que te provoca este trabajo... pero no tanto como para dejarte en libertad.

Él giró lentamente.

-Al diablo con el trabajo -dijo, casi en tono coloquial-. El problema no está ahí; bien lo sabes. El problema eres tú. Tú y esa inesperada bonificación que me diste sin previo aviso.

Jocelyn trató de apartar la vista; presentía lo que iba a seguir.

Colt la obligó a mirarle a los ojos sujetándole con fuerza la barbilla.

-No me interpretes mal, duquesa: fue un honor. –El súbito sarcasmo de su voz decía lo contrario.- Pero ¿por qué no me aclaras el misterio? ¿Por qué tuvo que ser conmigo?

Ella sabía exactamente qué le preguntaba, pero lo negó.

-No sé a qué te refieres.

Esa respuesta provocó otra fuerte sacudida y un grito:

-¿Por qué, yo?

-Porque... te deseaba. Así de simple es.

-No es cierto. Una virgen puede desear a todos los hombres que se acerquen a husmear, pero no hará nada sin un anillo en el dedo o sin un enamoramiento que le nuble el juicio. Puesto que ninguno de esos dos motivos se te pueden aplicar, quiero que me digas el verdadero.

La ponía nerviosa esa seguridad de que esos motivos no se aplicaban a ella. ¿Cómo podía saberlo? ¿Cómo adivinaba que la atracción física no había sido su única motivación?

-No creo que eso tenga importancia, pero yo no era una virgen cualquiera: era una virgen viuda. Por lo tanto, no tuve necesidad de esperar a casarme ni a estar enamorada para desear a un hombre. ¿Quién puede oponerse a que yo haga lo que quiera?

Él la miró con fijeza por un largo instante, caviloso. Por fin sacudió la cabeza.

-Esa es la filosofía de las viudas, en efecto. Pero así como no eras una virgen cualquiera, tampoco eres una viuda cualquiera. El porqué de tus circunstancias especiales no me interesa. Seguías virgen, y las vírgenes no se entregan sin muy buenas razones. Todavía no me has dicho las tuyas.

-¡Ya te he respondido! -exclamó ella-. No sé qué más esperas.

-¡La verdad!

-¿Por qué no me crees?

-Porque lo veo en tus ojos, mujer.

Ella palideció:

-¿Qué cosa?

-Que estás ocultando algo. Y ahora lo tienes en la cara. Anoche llegué a la conclusión de que debías de tener un motivo especial para aceptarme en tu cama.

-Pero te deseaba, de veras -insistió ella-. ¿No te das cuenta? Tenías que ser tú.

-No, no me doy cuenta. Pero lo haré, aunque tenga que arrancarte la explicación a zarandeos.

Jocelyn se puso rígida. El enojo vino a rescatarla de la confusión que le provocaban esas sospechas.

-Ya lo has hecho bastante, gracias. Ahora ten la bondad de soltarme.

-No tengo ganas -dijo él con suavidad. Y la atrajo hacia sí.

Con la intimidación no había llegado a nada. Y había aprendido a reconocer en ella la vena terca. Podría acogotarla sin arrancarle una palabra más. Pero necesitaba saber, de un modo u otro.

-¿Qué diantres haces? -acusó ella, al sentir sus labios en el cuello.

-¿Y lo preguntas, después de tanto hablar de deseo?

-Pero...

-¿Pero qué, duquesa? -Los labios de Colt se movieron hacia la oreja; sus labios se ciñeron a ella hasta no dejar espacio alguno entre los cuerpos. -Debías de tener una necesidad muy poderosa para renunciar a tu virginidad a fin de satisfacerla. Y algo tan poderoso no desaparece fácilmente. ¿O sí?

-No... -se oyó decir ella, para su propia sorpresa y la de él.

Pero era cierto. Ella lo había sentido desde el momento en que él la rodeara con sus brazos. Y cada vez se tornaba más potente. Colt olía a tierra, a sudor y a hombre. Le deseaba otra vez, tanto como antes. No importaba que ya no hubiera motivos para satisfacer el deseo, salvo el puro placer.

Sus labios se habían apartado de la piel de Jocelyn ante la respuesta; el pelo húmedo de Colt le goteaba sobre el hombro, haciéndola temblar. ¿O era su aliento que aún le entibiaba la zona sensible, alrededor de la oreja?

-¿Por qué te deshiciste de ella?

Ante el sonido de su voz, la joven se apretó más a él.

-¿De qué? Oh, por favor, basta de preguntas -gimió- Bésame.

Él lo hizo, pero provocativamente, mordisqueándole los labios, echándose hacia atrás cuando ella se estiraba para fundir las bocas.

Así continuó hasta que ella estuvo dispuesta a cualquier cosa a cambio de sentir esos labios aplastados a los suyos.

-¡Colt!

-¿Por qué te deshiciste de ella?

Pese al torbellino de sus emociones, parecía fácil responder.

-Era un estorbo.

-¿Por qué? -persistió él, con un susurro gutural, mientras la recorría toda con las manos.

-Me impedía... volver a casarme si... si encontraba a alguien... que me conviniese.

-¿Por qué?

-Era preciso que nadie supiera de la incapacidad del duque.

-¿Pero no importaba que lo supiera yo?

-Tú no le conociste... difícilmente tratarás jamás con alguien que le haya conocido.

Bruscamente se sintió empujada hacia atrás. Desaparecida la calidez de Colt, quedó tan frustrada que habría podido gritar... hasta que oyó la palabrota.

-¡Hija de puta! ¿No podría haberme equivocado, siquiera por esta vez?

-¿Sobre qué? -preguntó ella, buscándole.

Pero él le apartó la mano con rudeza.

-¡Me utilizaste!

Jocelyn parpadeó, arrancada a su confusión; ahora comprendía lo que él acababa de hacer: había usado la pasión contra ella, tal como ella lo hiciera contra él aquella noche. Reparó en la ironía y se dijo que la merecía. Pero entre las tácticas de ambos había una flagrante diferencia que convertía su languidez en indignación, cegándole a la indignación de Colt. Ella no se había apartado una vez logrado su prpósitp, como él acababa de hacer. No le había dejado en la frustración.

-¿Conque por eso has estado tan desagradable en estos últimos días? -acusó, furiosa-. ¿Te sentías insultado porque yo te deseé?

- Porque me utilizaste, mujer -corrigió él, con frialdad-. Para lo que deseabas, cualquier hombre te habría servido.

-¿Y tú no me utilizaste? ¿No estaba allí esa noche, debajo de tu cuerpo, llena de tu carne?

Él habría querido pegarle por eso: por hacerle arder con el deseo de volver a llenarla, gracias a la vívida imagen que esas palabras creaban en su mente, aún más de lo que había ardido al abrazarla.

Y aún continuaba.

-¿Es eso lo que has estado tratando de decirme, Thunder? ¿Que no encontraste placer en mi cama?

-¡Cállate, maldita seas!

-¿Por qué estás resentido, al fin y al cabo? ¿Por qué te elegí como primer amante? ¿Porque me aproveché de tu momento de debilidad? Y luego, el golpe mortal: eso es lo que te molesta. ¿No? Yo sabía que no me deseabas. Lo expresabas con toda claridad cada vez que yo me acercaba. Pero logré seducirte para que perdieras el dominio de ti. Y eso es lo que no soportas, ¿eh?

Él levantó una mano, pero como ella no hiciese el menor gesto para apartarse, cerró el puño y la dejó caer.

-Respóndeme a una pregunta, duquesa. ¿Cuándo decidiste utilizarme? ¿Antes o después de haberme hecho tragar este maldito empleo?

Jocelyn no respondió de inmediato.

-Tal como pensé -apuntó él, con una mueca desdeñosa-. Cuando un hombre paga a una prostituta se asegura de recibir aquello por lo que pagó. ¿Fue así en tu caso?

Ella estaba tan furiosa que respondió:

-Por supuesto. Después de todo, eres un estupendo especimen de virilidad, el más hermoso que yo haya visto nunca.

En su voz había tanto sarcasmo que él dudó de la veracidad de esas palabras. Y entonces ella añadió, sólo por despecho.

-Pero lo que pagué fue una bagatela, ya que lo mencionas. No te preocupes por lo que me costaste. No fue nada. Además, se te puede aprovechar de tantas maneras distintas que en realidad hice muy buen negocio, ¿no te parece?

La respuesta fue un bramido:

-¡Ya sospechaba yo que eras una perra malcriada!

-Y yo sabía que eras un cretino arrogante. ¿Qué demuestra eso? ¿Lo ciega que puede ser la lujuria?

Era la última pulla que Colt podía soportar sin ceder a sus impulsos. Y en ese momento, el más fuerte -de ellos era el de cortarle esa lengua afilada. Lo único que pudo hacer para evitarlo fue marcharse de allí.

Pero ella interpretó mal. A su espalda, gritó:

-¡No te confundas, Thunder! No tengo intención alguna de dejarte en libertad mientras no hayas concluido con el trabajo que acordaste hacer. ¿Me oyes? ¡No te atrevas a renunciar!

Él se detuvo, pero sólo después de poner distancia suficiente entre ambos. Como el campamento, bien iluminado, estaba detrás de él, Jocelyn sólo podía ver su silueta. Mejor así: la expresión de Colt era en esos momentos la de un asesino.

-Yo no renuncio. Pero te hago una justa advertencia, mujer. Por última vez: manténte bien lejos de mí.

-¡Con todo placer! -fue la réplica.

Pero los largos pasos del mestizo ya habían aumentado la distancia entre ambos. No tuvo la certeza de que él la hubiera oído.

Le siguió con la vista hasta que le vio desaparecer tras una de las carretas. Entonces giró en redondo para mirar ciegamente hacia las lejanas montañas. Sólo para sus adentros, murmuró:

-Bestia odiosa.

Y de inmediato rompió a llorar.

Librodot

29

Jocelyn dejó su plato a un lado; luego de desperezarse, volvió a reclinarse contra los almohadones esparcidos bajo el cobertizo de seda, que todos los días se levantaba para que ella almorzara. Era un lujo que pronto no haría falta. Ya a fines de noviembre, siendo los días tan frescos, no se requería de sombra para la comida de mediodía. Si aún instalaban el toldo era sólo por insistencia de Vanessa que era de la vieja escuela: estaba convencida de que jamás debía el sol tocar la piel de una dama, ni siquiera el sol de un clima frío. Chasqueaba la lengua con desaprobación al ver el tono dorado que Jocelyn había adquirido en sus cabalgatas diarias, ahora que el tórrido calor del sur cedía ante el invierno.

Había pasado dos semanas desde que partieran de Silver City. Tras un breve desvío hacia el sur, para rodear las montañas, habían continuado hacia el este casi en línea recta, hasta cruzar el río Grande, que ahora seguían con rumbo norte. A partir de ahí fue mucho más fácil, pues hallaron el antiguo camino Real, que se extendía desde Santa Fe, hacía donde iban, hasta la ciudad de México. En realidad, bien habrían podido utilizar esa antigua ruta que había servido como vía comercial más de trescientos años antes; sólo que la intención original había sido la de viajar a California.

Según decía Billy, el Camino Real se encontraba con la senda Santa Fe, otra vieja ruta comercial. Había sido abierta sólo sesenta años antes y les conduciría hacia afuera de las montañas, otra vez con rumbo este, hasta llegar a las Grandes Planicies, pasturas planas que se alargaban hasta Canadá. Por Billy sabían también a qué distancia estaba Wyoming. Si hubieran sabido en un principio que tardarían dos meses en llegar... Pero eso ya no tenía importancia, tras haber cubierto tanta distancia.

Sin embargo, el camino posibilitaba un menor zarandeo. Y los paisajes eran encantadores: los montes de San Andrés a la derecha; el río a la izquierda, con más cadenas montañosas tras él; árboles abundantes, con los magníficos colores del otoño, y hasta el valle de Jornada del Muerto, durante varios días, para ejercitar a los caballos.

Sin embargo, la cualidad desértica de la tierra no había desaparecido por entero. Aún había cactus, arbustos de creosota blancos y purpúreos, largas extensiones de suelo reseco o arenas blancas. Y pocas hierbas, salvo la grama. Pero tras recorrer tanto tiempo esas regiones sureñas habían acabado por habituarse.

Al acercarse a los montes Rocallosos y a Santa Fe, que estaba a sólo tres días de distancia, más montañas aparecieron a ambos lados, así como más valles encantadores para explorar. Pero Jocelyn no sentía deseos de explorar ese día. Su suspiro debió de sugerirle lo mismo a Vanessa.

-No es por el calor. Y el almuerzo fue ligero -comentó la condesa-. ¿No dormiste bien anoche?

-Como de costumbre -replicó Jocelyn. No era mucho admitir, puesto que su amiga no tenía idea de las malas noches que estaba pasando últimamente.

Ella conocía la causa, aunque eso no sirviera para alivir el problema Simplemente, padecía un prolongado caso de bochorno grave por la conducta exhibida en su último enfrentamiento con Colt.

Esa maldita disputa. No lograba quitársela de la memoria, aun dos semanas después.

Al día siguiente se había iniciado su regla; ella la aprovechó de buen grado para justificar las injustificadas lágrimas de esa noche y su horrible conducta. Pero aún ardía de vergüenza cuando recordaba cómo había permitido a Colt reducirla al papel de una aullante arpía, llena de rencor, despecho y malicia. Nunca se habría creído capaz de eso. Pero no

Librodot

volvería a ocurrir, no. Eso se había prometido. Y mantendría su promesa por mucho que ese hombre sin corazón hiciera para provocarla... si acaso volvía a dirigirle la palabra.

En todo el tiempo transcurrido no le había visto sino dos veces y sólo a distancia, mientras ejercitaba a Sir George. Él ya no iba al campamento ni siquiera para dormir. Dónde pernoctaba era algo que nadie sabía, aunque ella sospechaba que no podía estar muy lejos, puesto que Billy iba a reunirse con él antes del amanecer, todos los días, a fin de recibir las indicaciones para la jornada. Y el muchacho nunca tardaba mucho en regresar.

Vanessa acababa de preguntar algo que ella no había oído.

-¿Qué has dicho?

-Te preguntaba si no estabas demasiado cansada para tu cabalgata de hoy. Creo que ya han ensillado a Sir George.

Jocelyn no abandonó el almohadón ni abrió los ojos para responder.

-Cansada no, Vana, pero en realidad no tengo voluntad. Que lo lleve uno de los mozos de cuadra.

-¿Y Miles? Sabes cuánto le gusta pasear contigo.

Con una punzada de irritación, Jocelyn se preguntó qué esperaba su amiga para abandonar esos intentos casamenteros. Simplemente, aquello no daba resultado.

Poco tiempo antes, semejante hombre hubiera atrapado de inmediato el interés de la joven. En cuanto a personalidad y apostura, opacaba a Charles Abington, con quien había pensado seriamente en casarse. Pero ahora existía otro hombre con el cual no podía dejar de comparar a Miles Dryden.. Y junto a él Miles no resultaba tan fascinante. Se le veía demasiado pálido, demasiado encantador, demasiado empecinado en agradar. Hasta su mala suerte podía revelar un dejo de cobardía. Colt nunca habría huido del fracaso para empezar de nuevo en otro sitio. Tampoco se habría dejado inmovilizar en una ciudad, sólo por un encuentro con la muerte. Jocelyn no imaginaba a Colt dejándose asaltar cruzado de brazos. No, por cierto.

¡Qué el diablo se lo llevara! Tenía que dejar de pensar en ese hombre. Aun así, no tenía deseos de cabalgar, ni siquiera por distraerse.

-Por un día no va a morir, Vana.

-Yo no lo diría con tanta seguridad. Creo que está embelesado. Maura piensa lo mismo, ¿y quién puede saberlo mejor que su hermana? Es su confidente más probable.

Jocelyn estuvo a punto de resoplar. Esos dos estaban demasiado unidos. Si por alguien estaba embelesado Miles era por su mohína hermana.

Alargó el cuello y los vio caminando juntos, cerca de la barrancos del río, profundamente sumidos en conversación.

-Eso te dijo ella, supongo -comentó, echando un vistazo a la condesa.

-Por supuesto.

-Bueno, yo no creería en todo lo que ella dice. Ya la he sorprendido en una mentira.

-¿Qué?

-El otro día me dijo que su padre había tenido caballos de carreras, algunos de los mejores del Este, y que ella había lamentado mucho perderlos cuando fue preciso venderlo todo, aunque no le gusta montar.

-¿Y bien?

-La primera vez que permití a Miles montar a Sir George, él comentó que siempre había deseado poseer un pura sangre, pero que su familia sólo acostumbraba tener caballos de tiro, pues en la ciudad no se necesitaba otra cosa.

A Vanessa sólo le pareció divertido, a juzgar por su risa sofocada.

-Es muy común que la gente desee impresionar a alguien de tu importancia, querida. A estas horas deberías saberlo. Esa muchacha es orgullosa y te tiene un poco de envidia, pero no hay por qué preocuparse.

-No me preocupo. Sólo que no aceptaría cuanto ella dijera como verdad literal.

-Muy bien. Pero en este caso, en lo relativo a los sentimientos de Miles, me inclino a coincidir con ella. He visto con mis propios ojos cómo te trata. En realidad, me sorprendería que no te propusiera casamiento mucho antes de llegar al ferrocarril que los devolverá al Este.

-También a mí me sorprendería.

Vanessa frunció el ceño.

-Luego sabes que está embelesado. ¿Por qué lo discutes?

Jocelyn sonrió.

-Yo no diría que eso sea discutir, Vana. Y no he dicho que le vea embelesado.

-Pero has dicho...

-Que me sorprendería que no me propusiera casamiento. ¿Cuántas propuestas matrimoniales he recibidos en estos tres años?

Vanessa suspiró.

-Demasiadas. ¿Piensas que es sólo otro cazador de fortunas?

-Temo que sí.

-Podrías equivocarte, ¿sabes? Piensa en las atenciones que te brinda. Además, es tan increíblemente hermoso... Y civilizado, debería añadir.

Como eso escociera, Jocelyn replicó:

-Difícilmente me ignoraría si pensara en mi fortuna.

-¿Por qué estás tan segura, querida?

-Por sus ojos.

-¿Qué hay en sus ojos?

-La manera en que me mira. En ellos no hay nada, Vana; ni la menor chispa de interés. Dice todo lo que corresponde decir, sí, pero sus ojos lo desmienten todo. Simplemente, no le atraigo. Claro que atraigo a muy pocos hombres.

-Porque son tontos -dijo la condesa-. No importa, querida. No pensábamos casarte con él, sino que sirviera para entretenerte. Que esto no te aflija.

Jocelyn tuvo que disimular una sonrisa.

-No me aflige, no.

Pero a Vanessa le costaba abandonar la idea.

-¿Estás segura? -preguntó después de un momento.

En esa oportunidad Jocelyn sonrió sin disimulo.

-¡Vana! -Y se echó a reír.- Te mira a ti con mucho más calor que a mí. -Y ante el rubor de la condesa, añadió:- Ah, lo habías notado, ¿no?

-Sí, pero supuse que tú recibías aún más miradas admirativas- replicó Vanessa, a la defensiva.

-Pues ahora sabes que no. No te preocupes, mujer. Me ha divertido y entretenido mucho. En parte, eso era lo que tú deseabas, ¿no?

Vanessa volvió a ruborizarse.

-Mis intenciones eran buenas, querida. Jocelyn se inclinó para abrazarla.

-Lo sé, y te quiero más por eso. Además, ya no debes preocuparte por nuestro malhumorado guía. Por si no lo has notado, me evita como a la peste. Eso terminó.

-¿De veras?

Ella no quería relatarle aquella riña después de tanto tiempo. Se limitó a decirle, simplemente:

-Sí. -Pero sabía que su amiga no dejaría así las cosas, sino que trataría de analizarlas hasta sentirse tranquila. Por lo tanto, añadió cobardemente: -Creo que, después de todo, voy a dar ese paseo.

30

Cabalgaron hacia el este, rumbo a los montes Manzano. El veloz galope los llevó hasta el pie de las colinas más bajas en poco tiempo, aunque Jocelyn iba muy adelante, como de costumbre. Desmontó para esperar a Miles, en tanto conducía al paso a Sir George bajo los álamos dorados y los pinos que salpicaban la zona.

La cabalgata la había hecho entrar en calor, pero el viento frío le impedía quitarse la chaqueta forrada de piel. Habían tenido que excavar en los baúles, en busca de algunas prendas de invierno, desde el reciente cambio de clima: una inclusión afortunada, pues probablemente verían nieve antes de llegar a destino. También fue una suerte que siendo tantos, sólo hubiera en el grupo algunos resfriados sin importancia.

Miles sofrenó a su cabalgadura prestada al acercarse a la duquesa.

Aquello le asustaba, pero Maura había estado importunándole para que acabara de una vez. Y tenía razón, Por supuesto. La proximidad del ferrocarril hacía que se acortara el tiempo; si la dama no le alentaba decididamente, no tendrían excusas para continuar viaje con ella.

Y la otra opción no aguardaría indefinidamente.

Habían esperado contar con más tiempo, suponiendo que todos tomarían el tren en Santa Fe, pero no era así. El grupo de la duquesa tendría que dividirse para transportar tantos vehículos por ferrocarril, siempre que la nueva línea de Santa Fe tuviera vagones de plataforma para cargarlos. Jocelyn ya había decidido esperar hasta que llegaran a la estación de Denver, más importante, para considerar la posibilidad de viajar por ferrocarril; por otra parte, el mestizo le había asegurado que se podía llegar a Wyoming por las planicies.

Por primera vez, a Miles le faltaba la confianza tan necesaria para ejecutar sus planes, pues no lograba predeterminar los sentimientos de la duquesa hacia él. Le ponía nervioso con sus miradas directas, pero sólo expresaba cierta diversión. A veces hasta le parecía que ella se reía de él, como si detectara perfectamente la campaña para conquistarla.

Claro que, desde un principio, él no había podido poner entusiasmo en la empresa. Las mujeres maduras del pasado habían sido presas fáciles: solitarias que creían cualquier cosa; nada costaba manejarlas. Pero a esa joven le faltaban todos los ingredientes básicos para un cortejo rápido y sin esfuerzos. Además, le dejaba indiferente, pese a su juventud. Y eso era, en realidad, lo que le daba miedo con respecto a la conversación inminente. Por mucho dinero que ella tuviera, Miles casi deseaba que ella le rechazara.

Disgustado consigo mismo, esbozó una sonrisa al desmontar.

-Gana usted otra vez, Jocelyn.

Ella le había permitido que la llamara por su nombre de pila, pero aún le miraba con extrañeza cada vez que él lo empleaba. Con tantos títulos como poseía, había acabado por desacostumbrarse a oírlo.

Hasta la propia condesa la llamaba generalmente “querida”.

-Esto no era una carrera, Miles. Los únicos animales que pueden desafiar a Sir George son sus yeguas, pero en el estado en que están no se les puede exigir esfuerzo tan grande.

Él apretó los dientes. Siempre tenía la sensación de que esa mujer le trataba con condescendencia, y sin duda era así. Un pobre muchacho de Missouri no estaba en condiciones de tratar con una aristócrata inglesa, que siempre había tenido fortuna. Probablemente, sólo sus malditos caballos valían más que todo lo que él había obtenido de sus cuatro esposas muertas, sobre todo contando los potrillos que nacerían en la primavera.

Librodot

-¿Le hacía participar en carreras, allí en Inglaterra? -se le ocurrió preguntar. La dama se mostraba mucho más agradable cuando hablaba sobre sus caballos. Y ese día la necesitaba con buena disposición.

-No, por mi fe. Era demasiado joven cuando partimos. Pero su padre... ¿Qué está haciendo, Miles?

Él le había rodeado los hombros con un brazo, mientras caminaban.

Se volvió para mirarla.

-No seas tímida -dijo, con suavidad-. Es natural que un hombre desee tocar a la mujer que ama.

-Supongo que sí.

Esa respuesta le confundió, sobre todo porque fue dicha sin la menor inflexión.

-¿No me has oído? Estoy enamorado de ti.

-Lo siento.

¿Qué era lo que sentía? ¿No haberlo oído o que él la amara? Caramba, bastante duro era tener que declararse. ¿Por qué lo complicaba ella todo?

-Supongo que has recibido muchas declaraciones de amor.

Ni siquiera tuvo conciencia del sarcasmo que chorreaba de sus palabras, pero Jocelyn lo notó con fastidio. Tenía intenciones de recibir esa propuesta como si fuese sincera y negarse con suavidad, sin dejarle entrever que conocía su verdadero interés. No se decidía a tratarle de mentiroso, pero después de ese comentario burlón decidió dejarle en duda.

-Le sorprendería saber, Miles, cuántos son los cazadores de fortuna que juran amor eterno, y con muchísima dulzura. Declaraciones, propuestas de casamiento... he recibido tantas que dejé de contarlas hace mucho tiempo.

-¿Me está usted acusando...?

-No, por cierto -interrumpió ella, con fingida indignación-. Un caballero sobresaliente como usted no sería capaz de recurrir a un medio tan despreciable de adquirir fortuna. No lo he pensado ni por un momento -le aseguró, dándole una palmadita en el brazo-. Si me he mostrado algo tibia en mi reacción, es sólo porque se ha vuelto algo tedioso tener que explicar con tanta frecuencia por qué no pienso volver a casarme. Oh, pero usted no me ha propuesto casamiento, ¿verdad? Por Dios, claro que no. Después de todo, sólo nos conocemos desde hace pocas semanas.

Tuvo que volverle la espalda para que él no viera cuánto la divertía ese rubor, que la pálida piel de Miles no podía disimular. Sin embargo, la mano apoyada en su hombro le impedía alejarse.

-¿Qué significa eso de que no piensa volver a casarse? -interpeló él, con bastante aspereza.

-¿Cómo? Ah, sí. -Jocelyn logró exhalar un fuerte suspiro, preparándose para la descarada mentira que estaba a punto de decir.

-Aunque quisiera hacerlo, es imposible, simplemente. Mi esposo se aseguró de que yo honrara siempre su memoria. Si vuelvo a casarme lo perderé todo, ¿sabe usted? Y usted comprenderá que no puedo arriesgarme a tanto.

-¿Todo? -exclamó él, casi sofocado.

-Sí, todo.

-¡Pero usted es tan joven! ¿Y si quisiera tener hijos? ¿Y si se enamorara?

-Mi esposo no me negó el tener hijos ni amantes. Si los deseo, los tendré. Oh, amigo mío, ¿le horrorizo?

La expresión de Miles lo decía a las claras, a Jocelyn le costó no reír.

-Seguramente usted odia hasta su recuerdo -dijo Miles, amargamente. Él, por cierto, lo odiaba.

-¿Qué le inspira esa idea? El pobrecito no hizo más que protegerme, asegurarse de que nadie pudiera jamás ejercer dominio sobre mí ni sobre el dinero que me legó. No veo nada malo en eso.

-Usted no, claro -murmuró Miles.

-¿Cómo dice?

-Nada. -Con un supremo esfuerzo reapareció la sonrisa conquistadora. -Como usted dice, es demasiado pronto para hablar de casamiento. Dígame: me ha llamado la atención que, teniendo tantos guardias en su custodia, ninguno la acompañe en sus cabalgatas diarias. ¿Por qué es así?

Jocelyn rió ante el súbito cambio de tema, pero le hizo creer que era la pregunta lo que la divertía:

-¿Y cómo harían para seguirme el paso? El propósito de estos paseos es ejercitar a Sir George. El placer que de ello obtengo es algo secundario. Además, nunca me alejo salvo a una distancia donde, pueda hacerme oír con un disparo. -Indicó el rifle que llevaba en la silla de montar.- Y después de todo, usted puede protegerme. Si estuviéramos solos, simplemente me mantendría a la vista de mi custodia. Bueno, ¿regresamos?

-Si está cansada, por supuesto -dijo él, con serenidad, ya bien dominada su cólera-. Pero hay una pradera encantadora que me gustaría enseñarle. Pasamos por ella... oh, poco antes de detenernos para almorzar, de modo que no ha de estar muy lejos.

Parecía tan ansioso por mostrársela... Y satisfacer ese deseo era lo menos que Jocelyn podía hacer, después de cortar sus planes tan de raíz. En verdad, se sentía muy culpable por todas las mentiras que había inventado para evitar acusaciones y rencores.

-Con mucho gusto -concedió, con una sincera sonrisa-. Me parece delicioso.

31

-Si quieres que te diga mi opinión, estamos perdiendo el tiempo.

-¿Y quién te la ha pedido?

Pete Saunders echó un vistazo de reojo al hombre nuevo. Era un fulano extraño. Se presentaba con el nomb de Angel, sólo Angel. Se suponía que era su apellido, debía de serlo, porque, ¿quién habría escogido ese nombre puesto a elegir? Pero no tenía nada de ángel.

Era muy pulcro, sí. Se rasuraba todas las mañanas y se cortaba muy bien el pelo; lavaba sus propias ropas, cuando no tenía una tintorería a la que pudiera llevarlas. Era m pesado con la limpieza, ese Angel, igual que el jefe.

Pero uno tardaba en reparar en esos detalles. Primero le veía la cicatriz que le corría desde el mentón hasta la oreja, a lo largo de la mandíbula, como si alguien, tratando de cortarle el cuello, hubiera fallado por algunos centímetros. Después llamaban la atención los ojos, negros como el pecado, fríos, implacables; ojos de animal carnicero. Uno no podía mirarlos mucho tiempo sin preguntarse si habría llegado al fin de sus días.

No era muy alto, pero ése era otro detalle en el que uno no reparaba al principio. Llevaba siempre un largo impermeable que casi rozaba el suelo y grandes espuelas de plata; con ellas anunciaba su llegada y hacía carne picada de su caballo si llevaba prisa. Pero rara vez se daba prisa por nada. Sus movimientos eran lentos; su paciencia parecía ilimitada. Nunca se sabía lo que estaba pensando pues casi siempre guardaba un silencio inquietante y nunca sonreía. Hasta ese frío inglés de ojos acerados torcía de vez en cuando los labios; pero este tal Angel, nunca.

Le habían incorporado en Benson, junto con dos antiguos miembros de la banda de Clanton, que no querían saber nada con los Earp, sobre todo después del enfrentamiento de Tombstone y las amenazas de venganza. Dewane había ido a Benson en busca de un rastreador, al perder la pista de la duquesa y su grupo, entre esa ciudad y Tucson. Sin embargo, antes habían viajado hasta Tucson; sólo después comprendieron que habían sido burlados en algún punto del camino. Perdidos cuatro días, el jefe se fastidió bastante, al punto de desmontar a Pete de una bofetada como si todo eso fuera culpa de él.

Pete no lo había olvidado. Claro, era difícil olvidarlo, con el moretón que tenía en el trasero y que no había podido borrarse con tanta cabalgata, y la rosada cicatriz del labio, que apenas acababa de perder la costra. En ese momento había estado a punto de abandonarlos, pero Dewane le hizo ver que el verdadero culpable era ese mestizo contratado por la duquesa. Ahora Pete quería encargarse personalmente de ese cretino, por haberle hecho quedar mal, e imaginaba que la única manera de lograrlo era acompañando un poco más al inglés. Pero tal como iban las cosas y con el nuevo plan del jefe (que no requería liquidar aún al mestizo, pero sí tener mucha paciencia) no parecía que fuera a darse el gusto.

La paciencia y la venganza no hacen buena pareja. Al menos, eso pensaba él. Ya había tenido dos veces al indio al alcance de sus balas, y ambas veces le habían impedido disparar. Antes debían probar el nuevo plan, aunque Pete era de la opinión de que eso tenía tantas probabilidades de funcionar como una bola de nieve en el infierno.

Por una venganza no valía la pena pasar tantas molestias. Pete comenzaba a arrepentirse de no haber tomado su propio camino a la primera oportunidad. Ahora estaban en Nuevo México, donde él no conocía a nadie, y a mucha distancia de Arizona. Y Angel, con quien formaba pareja ese día, desgraciadamente, se mostraba sarcástico.

Si él también estaba perdiendo la paciencia, Pete corría el riesgo de convertirse en presa para los buitres antes de que cayera el sol.

Librodot

-Alto, Saunders -ordenó Angel, súbitamente.

Pete sintió que el corazón le daba un vuelco, teniendo en cuenta lo que había estado pensando. Pero cuando siguió la dirección de la mirada de su compañero vio lo que Angel había divisado: dos motas que levantaban polvo en la ditancia.

-No puedo creerlo -dijo Pete-. ¿Te parece que es él, después de tanto tiempo?

Angel no se molestó en responder. Pete no abusó de su suerte con otra pregunta. De cualquier modo, pronto lo sabrían. Siguió a su compañero hasta una mata de artemisa que los ocultaría a la vista hasta que estuvieran lístos para presentarse.

El trato era que ellos estarían esperando con el dinero, de dia y de noche, más o menos a seiscientos metros del camino, por el lado este, y unos cinco kilómetros más atrás. Era la distancia necesaria para no ser detectados si alguien efectuaba una recorrida por la zona: el mestizo, por ejemplo. El jefe permanecía con los otros aún más atrás; cuando acampaban quedaba al menos una jornada entre los dos grupos.

Día a día, dos miembros del grupo se adelantaban para asistir a la cita. Día a día regresaban con las manos vacías. Si el inglés no había abandonado el plan, transcurridas dos semanas, era porque en verdad disfrutaba con la idea de que le entregaran a la mujer para que él pudiera eliminarla personalmente. La idea de eliminar al mestizo, para que uno de sus hombres pudiera remplazarle, no le parecía tan deseable mientras pudiera contar con esa alternativa; era difícil que el designado pudiera alejarla de sus guardias, y eso le obligaría a matarla en el propio campamento.

Tras diez minutos de mucho bizquear, Pete decidió finalmente que lo que veía flamear en uno de los jinetes no era un abrigo largo, sino la verde falda de una mujer.

-Es ella de verdad, ¿no?

En realidad, no pedía la confirmación de Angel; se limitaba a hablar en voz alta, sorprendido. Hasta entonces había creído que no hacían sino perder el tiempo. Sin embargo, Angel respondió:

-Lo que hay bajo ese sombrero raro es pelo rojo.

Pete se esforzó aún más.

-Caramba, tú sí que tienes buena vista. Yo no vep el sombrero.

Pero no tardó mucho en verlo.

Jocelyn comenzaba a extrañarse de ese pequeño paseo, que la alejaba cada vez más de su gente. Ella y Miles habían recorrido ya varios kilómetros sin ver señales de una pradera ni paisaje alguno digno de contemplarse. Tardíamente, se le ocurrió que Miles podía tener algún otro motivo para inducirla a alejarse: retenerla para pedir rescate, por ejemplo. Después de todo, ella había aniquilado sus planes para obtener legalmente sus riquezas. ¿Y si ahora deseaba hacerlo ilegalmente? Y ella se lo había facilitado sólo por un tonto remordimiento.

Una vez que la duda entró en su mente, se le ocurrieron otras posibilidades. ¿Y si él no había creído aquella mentira con respecto a las disposiciones testamentarias de su marido? ¿Y si se la llevaba para obligarla a aceptar el casamiento? Se estremeció; se negaba a pensar cómo podía él conseguir eso. La coerción se presentaba de muchas maneras distintas, pero ninguna de ellas era agradable.

Fue ése el pensamiento que la hizo tirar de las riedas para detener a Sir George. Miles se detuvo junto a ella con más facilidad, pues su cabalgadura era menos vital.

-¿Ocurre algo?

La inocente pregunta, la expresión preocupada la hicieron sentir tonta, pero no tanto como para seguir.

-Es sólo un dolor de cabeza que empieza a empeorar. Lo lamento, pero tendré que pasarme sin conocer ese maravilloso paisaje que usted dice.

-¡Pero si no queda muy lejos! - protestó él.

“Mira dónde queda tu expresión preocupada”, pensó ella, enarcando una ceja con aire de disgusto.

-¿De veras? Yo sólo veo... -Dos hombres que salían de entre unos arbustos, ocho o nueve metros más allá, la hicieron concluir:- ¿Amigos suyos, Miles?

Aun mientras lo decía estaba echando mano de su rifle. La mano de Miles se lo impidió, apartándole los dedos de la culata. Ella le fulminó con la mirada, sólo para descubrir que él le estaba apuntando con su revólver.

-No cometa ninguna estupidez, duquesa -le advirtió arrancándole el rifle de la funda para arrojarlo a cierta distancia.

-¿Peor de la que ya he cometido? -le espetó ella, furiosa.

Los dos hombres se acercaban. Si Miles no hubiera tenido ese maldito revólver apuntándole al pecho, a tan poca distancia, ella habría aplicado talones a Sir George. Pero no tenía posibilidades. ¡Y pensar que en ningún momento había tenido en cuenta esa posibilidad! Parecía imposible que Longnose hubiera podido llegar hasta Miles. ¿Cómo, cuándo? Sin embargo, no cabían dudas de que esos hombres estaban a las órdenes de su enemigo ni de que Miles la había conducido directamente a sus manos.

-Lo cierto es que usted no me dejó alternativas, con su inesperada revelación, duquesa -comentó Miles en voz baja, justo antes de que los dos hombres los alcanzaran-. Habría preferido tenerlo todo, pero tendré que conformarme con los cinco mil que me prometieron.

-¿Quiere usted que le tenga lástima por haberse conformado con tan poco? Buen Dios, ¡qué idiota redomado es usted!

Él se puso escarlata.

-No sé qué quieren hacerle, pero por mí pueden darse el gusto.

La irritó que él no supiera ni siquiera para qué le estaban pagando, pero de cualquier modo eso no habría cambiado las cosas.

Jocelyn lo comprendió así, pero afortunadamente estaba tan enfurecida por la avaricia de ese hombre y su propia estupidez que eso no la preocupó. Por otra parte, estaba segura de que no la matarían de inmediato, pues ninguno de esos dos hombres parecía ser su némesis. Era lógico suponer que Longnose querría estar presente en su ejecución.

Después de todo, ese objetivo le había costado demasiado trabajo como para conformarse con conocerlo de oídas.

-Conque pueden hacerme lo que gusten, ¿eh? ¿Y cómo piensa usted explicar mi ausencia a la custodia? ¿Dirá que olvidó dónde me puso o que he tenido algún horrible accidente?

-Que se ha caído al río. Con eso bastará –replicó él, mohíno.

-Ah, muy conveniente. Pero le convendrá actuar mejor que en estas últimas semanas. Si uno solo de los míos sospecha que su historia no es veraz, puede estar seguro de que ni usted ni su hermana podrán irse con sus mal habidas ganancias.

De pronto él le ofreció una sonrisa satisfecha.

-Le hicimos creer que Maura era mi hermana, ¿verdad? En realidad, es mi amante.

Esa información la desconcertó, pero sólo por un momento.

-Muy astuto, señor Dryden, pero sólo esa parte de su comedia resultó convincente.

-¡Tonterías! -le espetó él-. ¡Usted se lo creyó todo!

-¡Igual que usted! -A ella le tocaba el turno de sonreír.- Lamento desilusionarse, sucio cazador de fortunas, pero hace un rato le mentí. ¿Acaso cree que iba a casarme con alguien tan poco disimulado como usted?

Satisfecha por la palidez del hombre, que comprendía el significado de su observación, Jocelyn volvió su atención a los dos hombres, que ya estaban junto a ello. Habían oído su comentario... y lo comprendían también. No le importó. Dryden no merecía alejarse pensando que había salvado algo de sus retorcidos planes. Ahora sabía que, si no había logrado conquistarla, de nadie era la culpa sino de él.

-¿Has oído eso, Angel? -preguntó el más joven de los dos a su compañero-. Nos ha tenido esperando todo este tiempo para poder cortejarla. Si quieres saber mi opinión, no merece el dinero.

-¿Y quién te la ha pedido? -respondió el más moreno de los dos, que parecía más peligroso-. De cualquier modo, no tenía intenciones de gastar tanto dinero en él.

Antes de que comprendieran lo que eso significaba, el hombre desenfundó tranquilamente un Colt 45 y disparó contra Miles Dryden, abriéndole un agujero entre los ojos. Después enfundó con la misma serenidad.

Jocelyn había tenido una oportunidad de huir en ese momento, puesto que nadie le apuntaba, pero estaba tan horrorizada por ese inesperado giro de los acontecimientos que no pudo aprovecharla. Le bastó echar una mirada a Miles para saber que había muerto.

Mientras él se deslizaba suavemente desde la silla de montar, hasta caer al suelo, ella mantenía los ojos clavados en su asesino, que no revelaba emoción alguna. Tampoco notó que el otro hombre estaba casi tan espantado como ella, ni que el terciopelo verde de su traje de montar estaba manchado de sangre. Sólo podía mirar a ese hombre, consciente de que se encontraba a su merced y segura d que él no tendría misericordia. Tal vez fuera Longnose, después de todo.

Librodot

32

No era Longnose, por supuesto. Después de todo, hablaba con la entonación del Oeste. Y su parlanchín y sonriente compañero le llamaba Angel; también aludía a jefe que debía de ser John Longnose.

Pero el asesino de Miles Dryden era igual al inglés, pues a él llevaba.

Tras varias horas de viaje, el aturdimiento comenzó a ceder y la mente de Jocelyn volvió a funcionar. Naturalmente, en un primer momento la horrorizó encontrarse sentada en el caballo de ese hombre, frente a él; sus brazos la cercaban a ambos lados. Cuando hubo pasado una hora más, entre la cháchara incesante de Saunders y los gruñidos de Angel, su única respuesta, sintió menos miedo, al menos de esos dos.

Saunders era sólo un crío, después de todo; esa cara sonriente le hacía parecer inofensivo. En cuanto a Angel, puesto que estaba detrás de ella, no veía sus facciones duras y crueles y no se dejaba inquietar por ellas. Pero ni por un momento olvidó dónde iban y qué le esperaba cuando estuviera allí.

No es agradable saber que uno va a morir. Sólo su innato optimismo evitaba que se convirtiera en una idiota balbuciente. Mientras no hubiera exhalado el último aliento, existía la esperanza de que algo la salvara. Su rifle había desaparecido, pero no estaba del todo indemne. Llevaba numerosos alfileres de sombrero, excelentes para arrancar ojos; también dos botas muy duras y diez uñas afiladas. Y contaba con el pasado para darse valor: ¿cuántas veces Longnose había salido burlado?

Pese a todo ese optimismo, tardó un rato en reunir coraje para dirigirse al hombre montado tras ella. Cuando lo hizo fue para comenzar con una pregunta muy pertinente:

-¿Cuánto me queda?

-¿De qué?

-De vida.

-Yo no me preocuparía por eso -replicó él, despreocupado, con voz lenta.

Jocelyn quedó momentáneamente enmudecida, pero apretó los dientes.

-No estoy preocupada.

-¿Por que pregunta, pues?

-Para saber cuándo desmontarle a usted y escapar, desde luego -replicó ella, de malhumor.

Él la sorprendió con una risa.

-Usted vale, señora. Pero ya imaginaba yo que debía de ser alguien muy especial para que me pidieran este favor.

-¿Hace esto como favor? -exclamó ella, casi sofocada.

-Además me pagan bien.

¿Qué decir a eso? Obviamente, ese hombre carecía de conciencia. O tal vez tenía una deuda tan grande que no podía negarse a prestar ese favor. Sin embargo, tuvo la sensación de que ese hombre no podía ser obligado a hacer algo que no deseara, bajo ningún concepto. Por lo tanto, debía de carecer de conciencia.

Ese pensamiento desalentador la mantuvo en silencio un rato. Al fin y al cabo, ese hombre representaba una de sus esperanzas. Era el más fuerte y el más peligroso de los dos que la llevaban ante Longnose. Si lograba convencerle de que no la entregara al inglés, si le persuadía de que la devolviera en cambio a su grupo, Saunders no podría detenerlos. Pero

¿cómo convencer a alguien que le había aconsejado no preocuparse sobre el momento de su muerte? ¿Alguien que la entregaba a su asesino como favor? No se le ocurría solución, a menos que...

-Usted sabe que ese inglés quiere matarme, ¿verdad?

-No lo oculta, por cierto.

Adiós la ilusión de que él ignorara las intenciones del jefe.

-¿Y sabe por qué?

-¿Qué importa?

-A usted, nada, obviamente.

Le oyó reír otra vez y apretó los dientes, pero en esta oportunidad para no aplicarle todos los insultos que se le ocurrían. ¿Que carecía de conciencia? Antes bien, carecía de humanidad. ¡Pensar que en esa zona llamaban salvajes a los indios!

-Puesto que usted es una verdadera fuente de información -recomenzó, con voz tensa-, ¿le molestaría decirme cómo contrató Longnose a Miles Dryden?

-¿Quién es Longnose?

-El inglés.

-Conque así se llama. -Parecía sorprendido.- No me extraña que lo ocultara.

Jocelyn lanzó una exclamación fastidiada.

-No tengo la menor idea de cómo se llama ese maldito hombre. Usted tampoco, obviamente, pero ¿qué diantres importa eso? Le he preguntado cómo contrató él a Dryden. ¿Le recuerda? Ese hombre a quien usted acaba de matar.

-Así que además tiene carácter, la dama.

Era una observación, no una pregunta, de modo que ella respondió de igual modo.

-Ah, el señor entiende mi idioma.

Otra risa sofocada saludó la seca réplica. En realidad le estaba divirtiendo, mientras que él la frustraba hasta el límite de lo soportable. Pero Jocelyn se negó terminantemente a suplicar o a llorar. De cualquier modo, estaba segura de que nada ganaría de ese modo.

-¿Dryden? -insistió.

-¿Por qué quiere saberlo?

-Porque sospechaba muchas cosas de él, pero no que fuera de la banda de ese malhechor. Después de todo, no es un inútil como los que Longnose suele contratar... sin intención de ofender.

-No, desde luego.

Ella ignoró la interrupción, aunque era un placer comprobar que ese duro pellejo tenía algo de sensibilidad.

-Era sólo un inofensivo cazador de fortunas, no un asesino -señaló.

-El viejo Dewane parece pensar otra cosa, y por eso apalabró a ese inofensivo cazador de fortunas en cuanto le conoció, aun antes de haber consultado al jefe. Se diría que no se equivocó, porque ese inofensivo cazador de fortunas aceptó la propuesta.

-¿Fue eso antes o después de que le invitáramos a viajar con nosotros?

-Después. Les alcanzamos en Silver City, la mañana después de su llegada. Dewane y su hermano estaban en su hotel, buscando la manera de llegar a usted, cuando vio a Dryden hablando con su amiga, la condesa, en el vestíbulo. Imagínese el resto.

Y ella lo imaginó, aunque nada de eso tenia importancia, salvo para satisfacer la curiosidad. Era preciso tener la oportunidad de aprender con los errores, y esos hombres se encargarían de no darle esa oportunidad, ni otra alguna. ¿Serían realmente decididos? ¿Eran inconmovibles en su lealtad o se les podía comprar?

Decidió averiguarlo sin más.

-Yo puedo pagarle más que el inglés.

-Lo sé.

-Hablo de una fortuna. -No hubo respuesta.- ¿No le interesa?

-No.

-¿Cómo puede decir eso? -preguntó ella, incrédula-. Acaba de matar a un hombre por dinero.

-Usted habla demasiado.

-Pero usted lo hizo. El dinero ha de tener importancia para usted.

-No mucha.

-¿Por qué le mató, si no fue por dinero?

-Usted habla demasiado -repitió él.

-¡Y usted, demasiado poco!

-Vea, señora, la cosa fue así: ese hombre merecía morir. Él la entregó a usted, ¿verdad?

-Pero no sabía para qué.

-No se engañe -aconsejó él, disgustado-. Se le dijo que usted no podía denunciarle después de la entrega. Simplemente, se limitó a intentar antes su propio plan... y debo añadir que para él es una profesión.

-¿A qué se refiere?

-Según dice Dewane, era un jugador tramposo al que expulsaron de todas las ciudades al oeste del Missouri; entonces se dedicó a casarse con viudas ricas y a deshacerse de ellas cuando se acababa el dinero.

-¿Se divorciaba de ellas?

-No.

-¡Oh!

-Ahora ¿quiere callarse?

A Jocelyn le dolía la mandíbula de tanto apretar los dientes.

-Si no le gusta mi conversación, señor, puede montarme en mi propio caballo.

-Eso querría usted, señora -fue la única respuesta.

Por fin la joven calló. Lamentaba que no hubieran dejado en libertad a Sir George, como habían hecho con el caballo de Miles. Detestaba pensar en lo que sería de el animal si a ella le abandonaba la suerte. Estuvo a punto de preguntar a Angel si pensaba quedarse con Sir George, pero decidió que Sir George estaría tan mal en sus manos como en las de Longnose.

Saunders, que se había adelantado un corto trecho, ansioso por llegar a destino, llegó a la cima de una pequeña lomada y dejó escapar un grito. De inmediato a Jocelyn se le congeló la sangre, pues sospechaba lo que habría al otro lado.

No se equivocaba. Debajo de una empinada cuesta había seis hombres dedicados a instalar su campamento.

El grito de Saunders los había petrificado en las diversas tareas que ejecutaban. Cuando Angel llegó a lo alto de la elevación todas las miradas estaban dirigidas hacia allí. Y todas se clavaron en la presa.

Involuntariamente, Jocelyn se apoyó contra el pecho de Angel. La idea de escapar no era muy alentadora, en ese momento; tampoco muy factible. Sólo cabía preguntarse cómo pensaba matarla Longnose. ¿Se limitaría a dispararle típidamente o preferiría hacerla sufrir antes un rato?

Le individualizó de inmediato. Se mantenía aparte de los otros; era alto, delgado, recto como una vara, y tenía las manos apoyadas en el mango de plata de un bastón. Obviamente, no participaba de las tareas del campamento, algo demasiado servil para sus gustos. También su vestimenta le distinguía de los otros. No sólo lucía un traje gris de tres piezas, sino también un elegante abrigo de lana. Llevaba unos diez años a todos sus compañeros; Jocelyn calculó que tenía algo más de cuarenta.

Conque allí estaba el enemigo, por fin. No parecía un asesino a sangre fría. Todos sus hombres respondían al tipo, pero él no. En realidad, parecía completamente inofensivo y tan fuera de lugar que resultaba ridículo.

Jocelyn podría haber sonreído ante esa idea, pues ella misma estaba fuera de lugar allí, con su grueso traje de montar de terciopelo, la espumosa bufanda de encaje y el alto sombrero. Pero no tenía deseos de sonreír. Aunque Longnose no fuera lo que ella esperaba, no por eso dejaba de ser el mismo que la había perseguido tercamente a lo largo de tres años, con odiosas intenciones.

Jocelyn se puso tensa, en tanto Angel descendía por la cuesta para reunirse con sus amigos, que ya no guardaban el mismo silencio sobrecogido. Algunos de sus comentarios se abrieron paso entre los frenéticos pensamientos de la muchacha; hasta la obligaron a apartar la vista de Longnose para observarles. Todos ellos eran enemigos suyos por asociación. Si de algún modo lograba salir de ésa, no estaría mal poder reconocerles.

Pero bastó una mirada para deprimirla. Eran hombres duros, de aspecto peligroso, adecuados para ese tipo de trabajo. De ellos no lograría ayuda. Y ahora comprendía que en verdad necesitaba ayuda. No había pensado que pudieran ser tantos ni que la miraran con tanta lascivia. Lo cierto era que el coraje la abandonaba con tanta celeridad como las esperanzas de escapar.

-¡Por todos los diablos! ¡Nunca pensé que la muchacha fuera así! ¿Y tú?

-¿Qué esperabas? ¿Una vieja?

-En realidad...

-Puede olvidarse de lo que me debe, jefe -chilló alguien-. ¡Me quedo con el caballo!

Hubo algunas risitas entre dientes, pero no interrumpieron los comentarios personales que tan nerviosa estaban poniendo a Jocelyn. Sin darse cuenta se apretó aún más a Angel, que avanzaba hacia Longnose a paso lento.

-Maldita sea, nunca había visto pelo tan rojo.

-Es demasiado flaca.

-¿Y qué importa?

-Lo que quiero es saber si antes la vamos a pasar de mano en mano o qué.

Al parecer, más de uno tenía interés en saberlo, se volvieron hacia el inglés. Pero éste no dijo nada. Continuaba mirando a Jocelyn. Y sonreía.

Eso la hizo erguir la espalda. Conque estaba disfrutando de aquello, ¿no? ¿Y pensaba entregarla a esa escoria para que le sirviera de diversión?

Cuando Angel se detuvo y la dejó en tierra, ella estaba preparada.

Si Longnose hubiera estado algo más cerca, habría recibido la punta de su bota en el mentón. De ese modo le habría obligado. Pero había otras maneras de provocarle para que la matara de inmediato, antes de que sus hombres se tornaran insistentes en la exigencia. No estaba dispuesta a pasar por ese manoseo antes de que la mataran. Era demasiado.

Pero en el momento en que Jocelyn echó a andar con decisión hacia su compatriota, se encontró bruscamente obligada a mirar otra vez a Angel. Había desmontado tras ella. Con cierta sorpresa, Jocelyn notó que no era tan alto como parecía a caballo. Tampoco parecía mucho mayor que ella. Pero bajo ese impermeable que lo cubría hasta las botas se notaba una

nervuda fuerza. Ella la experimentó en el brazo que él le apretaba. Y estaba furioso. Se le veía en los fríos ojos negros.

Esa sensación quedó confirmada cuando él la sobresaltó con un susurro furioso:

-No haga eso.

-¿Qué? -preguntó ella, cautelosa.

-Iba a darle una buena bofetada, ¿no?

Los ojos de la joven se dilataron, incrédulos.

-¿Cómo demonios lo sabe?

-Porque la sentí prepararse para la batalla.

Ella volvió a ponerse tensa y exigió, en un murmullo seco:

-Suélteme.

-Creo que me equivoqué cuando la juzgué inteligente. Supuse que usted probaría con tácticas dilatorias y no con el suicidio, para dar a sus guardias la posibilidad de encontrarla a tiempo.

Ella logró liberar el brazo.

-Es cuestión de prioridad -dijo-. De lo que una más aprecie.

-¿Y usted aprecia más el orgullo que la vida?

Aquello la ruborizó, igual que su desdén. Ese condenado tenía razón.

Ella debía estar dispuesta a cualquier cosa para postergar lo inevitable. ¿Había alguna posibilidad de que la encontraran a tiempo?

Angel pareció leerle la mente.

-No se preocupe. Este no es su último día, querida.

Ella abrió la boca para exigirle una explicación a ese críptico comentario, pero otra voz habló primero.

-Ha sido muy amable al reunirse con nosotros, Su Gracia.

Ella giró lentamente y esperó a que Longnose hubiera cubierto la distancia entre ambos. Tuvo que levantar la vista, pero no importaba.

Por alguna razón, aunque no comprendía lo que Angel acababa de decir, con él a su lado no tenía miedo.

-En absoluto, Longnose. -Le saludó majestuosamente con la cabeza. -Debería agradecerle el que me invitara. Me habría sentido destrozada si no hubiera podido disfrutar de esta pequeña reunión.

Por un motivo u otro, ese comentario provocó la risa de los hombres. A él no le pareció gracioso. Sus mejillas se tiñeron de un color intenso; sus ojos grises, helados, prometían una muerte realmente espantosa. Le había provocado sin necesidad de golpearle. Pero antes de que él pudiera reaccionar, Angel murmuró un sucio juramento y la apartó a un lado con violencia.

A Elliot le escocían las manos por estrangularla, pero no por eso dejó de reparar en el movimiento de Angel. Ahora el hombre se interponía parcialmente entre él y la duquesa; estaba apartando con mucha tranquilidad su impermeable, como para facilitar el acceso al revólver que llevaba en la cadera.

El inglés no pasó por alto el significado de ese gesto, pero eso no le preocupó en absoluto. Después de todo, Angel era sólo uno entre ocho. Elliot se arrepintió de haberle contratado, pero ya era tarde para eso. Desde un principio había sospechado que tendría problemas con él, pues era muy diferente de los otros. Pero era el rastreador que Owen había hallado en Benson. Por cierto, descubrió casi de inmediato el rastro de la duquesa, permitiéndoles alcanzarla tras un fuerte galope.

En realidad, no había por qué preocuparse. Por el contrario: cabía agradecer a Angel que le hubiera distraído. En nada convenía poner fin a ese glorioso triunfo en un arrebato de ira. No era lo que había soñado. La duquesa merecía mucho más. Conque si el muchacho la deseaba, si ése era el motivo de ese desafío sutil, podía gozar de ella. Todos ellos podían gozaría. Y cuando terminaran, él la estrangularía lentamente mientras la poseía a su vez.

Elliot sonrió, saboreando la idea. Más aún, le encantó ver que la duquesa parecía desconcertada. Bien. Su audacia de un momento antes había sido algo inesperado, inadecuado en absoluto. Quería verla muerta de miedo. Así lo necesitaba.

-Tiene usted un extraño sentido del humor, Su Gracia. Espero que no lo pierda demasiado pronto. -Luego Elliot se olvidó de ella por un momento para preguntar a Angel:- ¿Hubo alguna dificultad con el señor Dryden?

-Ninguna que pueda mencionar.

-Excelente. Empezaba a dudar de él, pero ha cumplido admirablemente con su parte. Y ahora nos ayudará un poco más al hacer que ganemos tiempo.

-¿Cómo?

-Hará que la custodia de la duquesa la busque en dirección equivocada, por supuesto. Después de todo, a él le conviene tanto como a nosotros que no se la encuentre.

-A él no le importará mucho -informó Pete, a esas alturas-. Angel le mató.

Hubo otra larga pausa antes de que Elliot dijera:

-Comprendo. -Y otra larga pausa antes de que añadiera:- Bueno, no habrá tiempo ganado. Supongo que habéis vuelto deprisa, por lo menos.

-Hicimos buen tiempo -gruñó Angel-. Y ahora respóndame usted: ¿Por qué no dijo nunca que era una muchacha bonita?

-Porque ese hecho no viene al caso.

-Sí que viene al caso. Muy al caso. No es posible desperdiciar una cosa tan bonita como ésta.

Su dedo rozó la mejilla de Jocelyn, al compás de esas palabras.

Ella se lo apartó bruscamente. Conque eso era lo que había querido decirle al sugerir que ése no era su último día.

Estaba oscureciendo. En la oscuridad nadie podría hallarla. Esos hombres dispondrían de toda la noche para violarla. Y Angel tenía intenciones de ser el primero, sin duda.

Longnose debió de pensar lo mismo, pues sonrió otra vez.

-Hay sobrado tiempo para eso, por cierto. Yo mismo iba a sugerirlo. Pero todos vosotros deberéis tener cuidado, porque el privilegio de matarla es mío.

Si Jocelyn hubiera sido propensa a los desmayos, ante esas palabras habría caído a tierra. La invadía el pánico. Su única posibilidad era Sir George. Si llegaba a él le plantarían una rápida y misericordiosa bala en la espalda, pues sólo así podrían detenerla.

Pero Angel debió de leerle los pensamientos otra vez, pues le puso en el brazo una mano que parecía una morsa, manteniéndola a su lado. En ese momento, Jocelyn le habría matado con gusto. Más aún: estaba buscando uno de sus alfileres cuando la voz grave del hombre la obligó a detenerse.

-Me parece que usted no me entiende -dijo a Longnose-. He decidido quedarme con ella... hasta que me aburra.

-¡Ni pensar en eso!

La voz de Angel se tornó suavemente amenazadora.

-No le estoy pidiendo permiso, inglés.

La cara del jefe volvió a mancharse de color. Hasta levantó el bastón, lo cual fue un error.

Lo que siguió fue una escena que ya se estaba haciendo familiar para la joven: un revólver extraído en un abrir y cerrar de ojos. Apenas dio un respingo cuando el arma disparó. Sin embargo, para su eterno disgusto, Longnose seguía de pie. La bala de Angel no había hecho sino arrancarle el bastón de las manos.

Pero el hombre no tuvo el buen tino de calmarse.

-¡Señor Owen! -gritó.

Ese caballero parecía tener más sentido común.

-Nada, nada, jefe. No me meto con gente como éI.

Longnose echó una mirada a los otros. Parecían tener parecida opinión. Uno a uno, los revólveres enfundados iban cayendo a tierra.

Sólo entonces Jocelyn notó que Angel iba apuntando su arma de uno en otro. Nadie quería probar suerte desarmándole, aunque eran tantos contra uno solo. Increíble. Claro que no sólo ella había presenciado su demostración de celeridad y puntería.

-Trae ese caballo, Saunders -ordenó Angel, señalando a Sir George.

El muchacho se apresuró a obedecer. Jocelyn estuvo apunto de sonreír de puro alivio, pero recordó que eso no era un verdadero rescate. Simplemente, salía de la sartén para caer en el fuego. Sin embargo, ahora tenía mejores posibilidades y no corría peligro inminente de muerte. Probablemente tenía motivos para estar agradecida a su inesperado salvador.

Cambió de idea cuando oyó la despedida de Angel a Longnose:

-Para que se quede tranquilo, hombre, puede usted considerarla muerta. La llevo donde su gente no pueda encontrarla. Y cuando acabe con ella...

-¿La matará?

-¿Por qué no? -replicó Angel, encogiéndose de hombros-. Tengo el dinero de Dryden como pago adelantado.

33

Jocelyn había supuesto que la montarían en Sir George, aun cuando Angel cabalgara detrás de ella para asegurarse de que no huyera con el potro. Después de todo, habría que abandonar esa zona a toda prisa. Pero después de llevar a ambos caballos de la brida hasta la cuesta, sin dejar de apuntar con el arma al grupo de allí abajo, Angel montó su propio caballo y la izó a la montura, poniéndola delante de él. El potro sería llevado de la brida, tal como había hecho Saunders anteriormente.

Sin embargo, hubo un momento sorprendente cuando él le preguntó, en el momento de partir:

-Ese rifle que usted llevaba, ¿sabe usarlo?

Como ella no tenía deseos de entablar conversación, se limitó a asentir con la cabeza. Fue una sorpresa que él le pusiera su propio rifle en las manos, con esta orden:

-Dispare contra cualquier cosa que aparezca sobre esa lomada.

-Preferiría disparar contra usted.

-¿De veras? Bueno, déjelo para otro momento, querida.

Ella comprendió que tenía razón. Después de apoyar el rifle en el hombro del bandido, para tomar puntería, disparó unas cuantas veces. No podía saber si estaba haciéndolo contra cabezas o contra piedras, pues la intensa luz rosada del sol poniente era engañosa. Pero hubo ruido de disparos, que continuaron mucho después de que ellos estuvieran fuera de su alcance.

Aun así, Jocelyn no se sintió a salvo sino cuando Angel recuperó su rifle. En ese momento, él la asustó a muerte pasándola a la grupa del caballo sin previo aviso y azuzando a su caballo, con lo cual ella tuvo que aferrarse para no caer. Ni por un momento pensó en soltarse del impermeable. Aun cuando hubiera podido esconderse, aprovechando la inminente oscuridad, ese día su suerte era demasiado mala como para intentarlo sin romperse el cuello en la caída.

Pero él aminoró la marcha cuando la oscuridad fue total. Incluso cuando apareció la luna, ofreciéndole luz suficiente para evitar los arbustos y las rocas grandes, se mantuvo al paso. Jocelyn no pudo dejar de preguntarse por qué. Al fin se le ocurrió que quienes le persiguieran tampoco se arriesgarían a un paso más veloz, al menos hasta el amanecer.

No tenía idea del rumbo que llevaban. En un principio él se había encaminado hacia las montañas del este, pero ya no parecía llevar una dirección fija. Y cuando el cielo se oscureció, Jocelyn perdió todo sentido de la orientación. Si había montañas delante, ella ya no las veía.

-¿Durante cuánto tiempo pueden buscarla sus guardias, esta noche?

Esa pregunta, que venía después de tan largo silencio, tomó a Jocelyn por sorpresa. Ojalá estuviera preocupado. Por su parte, no pensaba darle ninguna información que le fuera útil.

-En su lugar, yo me preocuparía más por el inglés -dijo-. No crea que se conformará con esperar que usted me impida escapar y me mate cuando se canse. No: será él quien me siga, pero para matarnos a los dos.

Él no dijo nada. Tampoco repitió su pregunta, dejándola muy desilusionada por la falta de oportunidades de mostrarse esquiva. Unos viente minutos después tuvo otra, cuando él trató de tomarle las manos para obligarla a ceñirle la cintura. Ella se resistió con placer.

Y provocó su enfado, a juzgar por el gruñido que él le espetó por sobre el hombro:

-En su lugar, me trataría con más cariño.

Jocelyn no se dejó impresionar.

-Usted no me intimida, señor Angel. Será mejor que me mate ahora mismo, porque no pienso ser su amante ni su ramera.

-¿Mi esposa, tal vez?

Eso la desconcertó.

-¿Quiere casarse conmigo? Pero creo recordar que el dinero no le interesa.

-¿Quién habla de dinero? ¡Qué absurda pregunta!

-Bueno, supongamos que usted me dice por qué habla de casamiento.

-Aparte del motivo más obvio, el hombre tiene derecho a pegar a su mujer.

-¡No le veo nada divertido! -le espetó ella. Una súbita risa le hizo comprender que él sólo había estado bromeando-. ¡Odioso! -murmuró para sus adentros.

-¿Dónde está ese sentido del humor con el que supo provocar al inglés?

-Se ha dormido, por lo visto. Es lo que me gustaría hacer. ¿Piensa continuar viaje toda la noche?

-¿Quiere que desmontemos a esperar a mis amigos?

Ese humor la estaba irritando.

-No se olvide de los míos.

-Lo más probable es que sus guardias se hayan perdido en las colinas, tesoro. No cuentan con ningún rastreador. Claro que está ese mestizo -añadió, en tono calculador-. ¿Le parece que él se molestará en buscarla?

¿Teniendo en cuenta la manera abominable en que Colt la trataba últimamente?

-No -dijo Jocelyn, sin pensar. Luego comprendió que había debido mentir-. Pero yo no descartaría a mi guardia con tanta facilidad.

El rió entre dientes. Eso fue demasiado: Jocelyn comenzó a decirle todo lo que pensaba de él, pero en ese momento oyó que un caballo se aproximaba. Ahogando una exclamación, miró hacia atrás. Un borrón gris venía hacia ellos, a peligrosa velocidad. El corazón se le subió a la garganta.

-¡Alguien está a punto de alcanzarnos!

-Lo sé.

-Lo... ¡Bueno, haga algo!

Él hizo algo. Se detuvo y puso a su caballo en dirección contraria. Hasta desmontó, atrayéndola hacia sí. Pero no extrajo el revólver ni buscó su rifle. Ella le miraba como si le creyera loco.

Por su parte, no esperó a ver quién era: echó a correr, y cubrió unos quince metros antes de que una mano la levantara en vilo, su alarido de susto estalló en toda la campiña, sólo para interrumpirse bruscamente cuando la misma mano la plantó en otro caballo.

-¿Estás bien?

Jocelyn parpadeó, sin poder dar crédito a sus oídos. Pero era, en verdad, su voz. Levantó la vista para confirmarlo. Vio su rostro feroz y hermoso.

-¡Oh, Colt! -gimió.

Por algún motivo tonto se echó a llorar, sepultando la cara contra su pecho. Él se detuvo y la envolvió mejor con los brazos. Por un momento le impidió respirar. Por lo visto, ese hombre no conocía su propia fuerza.

-¿Estás bien? -repitió.

-Sí.

-¿Y por qué lloras?

-¡No sé! -Y lloró con más fuerza... hasta que oyó la risa de Angel en la distancia. Entonces irguió la espalda, preguntando:- ¿Dónde está tu revólver?

-¿Para qué?

-¡Quiero matar a ese maldito!

-No, nada de eso -dijo Colt, lacónico-. Tal vez lo haga yo, pero tú no.

Con esas palabras, hizo girar a su caballo y regresó al trote hasta donde Angel le esperaba, todavía riendo entre dientes. Jocelyn no entendía el humor de ese hombre, pero la ponía furiosa. ¿Acaso no se daba cuenta de que esta vez la habían rescatado de verdad?

Y entonces comprendió. En verdad todo había terminado. Colt estaba allí y no permitiría que le hicieran daño. Ya no la quería: era imposible engañarse. Nunca la había querido, mucho menos ahora. Pero aun así la protegería. Y nadie podía hacerla sentir tan segura y protegida como él.

Casi compadecía a Angel, que no tenía noción del peligro que corría. Su fastidio desapareció al pensarlo. Después de todo, el hombre no le había hecho daño. Por el contrario, la había protegido de los otros. Colt podría haber llegado a tiempo para impedir que Longnose la matara, pero no para evitar que los otros... De eso se había encargado Angel.

Tenía que hacérselo ver, sobre todo después del comentario que él había hecho sobre la posibilidad de matar a Angel.

-Eh.... Colt....

-Ahora no, duquesa.

-Pero Colt...

Era demasiado tarde. Él desmontó aun antes de detener el caballo.

Y sólo entonces, al observarle, comprendió que estaba furioso.

Angel también debió de notarlo. Ella los había visto desenfundar a ambos y no habría podido determinar cuál de los dos era más rápido.

Un momento después, Angel pendía en el aire a unos quince centímetros del suelo.

-Si fueras un poco más corpulento, grandísimo hijo de puta, ¡te mataría a golpes!

-Oh, vamos, Colt. Hice lo que me pediste.

-¡Qué diablos estás diciendo! -Eso, con un zarandeo.- Te pedí que la ayudaras si la llevaban a la banda, no que te la llevaras tú mismo.

-¡Estaba todo calculado!

-Tienes muchísima suerte de que estuviera yo allí para cubrirte -bramó Colt, antes de soltarle.

-Imaginé que eras tú quien los mantenía ocupados. ¿Cuándo llegaste?

-No tan a tiempo como para impedirte franquear esa lomada -dijo Colt, disgustado. Pero añadió, casi con angustia-: ¡Maldito seas, Angel! Si no hubiera presenciado tu triquiñuela, probablemente te habría matado al encontrarte. Ponerla en tanto peligro... Aún creo que debería matarte a golpes.

-Bueno, bueno -reconoció Angel, conciliador-, tal vez me excedí. Pero el peligro no era tanto, Colt. He pasado bastante tiempo con esa banda y sé qué se puede esperar de ellos. La mitad de ellos son perfectos cobardes; los demás no saben distinguir su culo de un agujero en el suelo.

-Pero ¿por qué diablos hiciste eso?

-Para que ella conociera a su enemigo. Todo el mundo tiene ese derecho, Colt. Durante todo este tiempo él ha actuado con ventaja porque la muchacha no podía reconocerle si se cruzaba con él en la calle. Ahora le conoce.

-Bien pudiste matarle, simplemente, y ahorrarme el problema- murmuró Colt.

-Tú no me lo pediste. -Angel sonrió.- Además, supongo que ese derecho es también de ella.

El enojo de Colt volvió a estallar.

-¿Por quién diablos la tomas? ¿Por una segunda Jessie? Es una duquesa, hombre, por amor de Dios. Esta gente no se dedica a matar a sus enemigos. Contrata a otro para que lo haga.

-Yo no lo diría con tanta seguridad, Colt Thunder -intervino Jocelyn, dominando a duras penas la voz-. ¿Quieres ofrecerme tu revólver para comprobarlo?

Por lo visto, ambos se habían olvidado de ella. Angel hizo una mueca de horror. Colt giró hacia ella, con el ceño fruncido, pero se cuidó muy bien de ofrecerle su arma. Por lo menos, ella era capaz de amartillarla y apuntarle.

-Debería hacerlo, ¿sabes? -La mujer estaba hirviendo de furia, no tanto como para matarle, pero si para gritar.- ¿Por qué demonios no me dijiste que habías enviado a alguien a ese nido de víboras? ¿Sabes que tu condenado amigo no me hizo saber una sola vez que estaba allí por orden tuya? Mencionó algo sobre un favor, pero me dejó pensar que era a Longnose a quien se lo debía. ¿Y sabes qué dijo a Longnose que haría conmigo? Iba a utilizarme hasta que se cansara de mí; después, por supuesto, me mataría.

-¿Queeeé? -se quejó Angel, con aire inocente, cuando el ceño de Colt se volvió hacia él-. Tuve que decirle algo para que lo pensara dos veces antes de seguirnos ¿Cómo iba yo a saber que estabas allí para contenerlos?

-¿Y por qué no aclaraste las cosas con ella, una vez que la sacaste de allí?

-Qué tontería, Colt, supuse que ella no se había tragado ese montón de estiércol. Bromeé bastante con ella. Le dije que no tenía de qué preocuparse. Y ella no me tenía miedo. Sólo una vez la vi alterada: cuando envié a ese hipócrita de Dryden con su Creador. Realmente me revolvió el estómago que nos la entregara así.

La mirada de Colt volvió entonces hacia Jocelyn, y ella tuvo la sensación de que su enfado también cambiaba de dirección. Ahora estaba furioso con ella, por algún motivo que ella no podía imaginar.

-Bueno, estupendo -dijo, suspirando-. Conque ahora la culpable soy yo. ¿Podrías decirme por qué?

-¿Y todavía lo preguntas? Te dejas mentir por ese cretino y luego tienes el coraje de preocuparse por su muerte. Según recuerdo, ni siquiera parpadeaste cuando maté a uno de esos bandidos para protegerte.

Ella aún no comprendía cuál era la objeción.

-Yo no conocía al fulano que mataste. Lo veía por primera vez. Además, mataste para protegerme. Angel, por el contrario, mató a sangre fría. Creo conocer la diferencia.

Él apretó los labios, haciéndole saber que eso no le apaciguaba.

También Angel tenía el ceño fruncido ante ese alegato, pero no se molestó en discutir con ella. Colt estaba demasiado enfadado, pero él necesitaba justificarse. ¡Qué sangre fría ni niño muerto!

-¿Sabías lo de Dryden, Colt? -preguntó, apartando la atención de su amigo de la duquesa.

-No todo, obviamente -replicó Colt, con brusquedad-. ¿Cuándo le reclutaron?

-Cuando todos vosotros estabais inmovilizados en Silver City. Accedió a traernos a la duquesa; por eso no hubo necesidad de acercarse hasta donde pudieras detectarnos. Dicen que mataba a viudas ricas... después de casarse con ellas. ¿Te parece mal que le haya liquidado?

-Yo mismo le habría matado sólo por entregarla. No esperaba eso, por Dios. Pero al fin había recordado de dónde le conocía. Le expulsaron de Cheyenne, hace algunos años, cuando

le sorprendieron haciendo trampas con los naipes. Me parece recordar que había cierta viuda preparándose para una boda; quedó algo desconsolada por esa partida.

Los ojos de Jocelyn se encendieron por un momento.

-¿Y tampoco te molestaste en decirme eso?

-¿Para arruinar tu pequeño romance? Me pareció que no me lo agradecerías.

¿Eran celos los que se revelaban en sus bramidos? La idea era tan increíble que... se disolvió instantáneamente. No podía ser. Probablemente le fastidiaba no haberlo sabido todo sobre Dryden. Pero el día había sido agotador; Jocelyn ya no soportaba por un momento más su acritud ni el humor de Angel. ¡Ese miserable sonreía otra vez!

-Recoge esto -dijo, disgustada, arrojando a Colt su revólver antes de que la tentación se hiciera demasiado fuerte. Luego le ignoró para volverse a Angel-. El protocolo exige que le dé a usted las gracias por su ayuda, señor, por lamentable que haya sido la manera de prestármela. -Él hizo una mueca, pero la joven aún no había terminado.- Permítame, por lo tanto, desearle una vida larga y muy tranquila... mi mayor deseo es que muera de puro aburrimiento. Buenas noches, caballeros.

Sin siquiera volver a mirarlos, enganchó la pierna al incómodo cuerno que presentaba la silla de Colt. Ni siquiera trató de localizar el estribo, sabiendo que estaría graduado para aquellas piernas largas, no para las de ella. Pero lo precario de su asidero no le hizo cambiar de idea: puso al caballo en marcha y se alejó.

Como Colt no se moviera, Angel comentó al desgaire:

-Si monta así se va a romper el cuello.

-Es su manera de montar.

-Pero no en una silla del Oeste, hombre.

Colt juró por lo bajo, pero acabó por gritar:

-¡Duquesa! ¡Regrese!

Naturalmente, ella no le prestó atención. Él tampoco hizo ademán de seguirla. En cambio emitió un agudo chillido y aguardó, suponiendo que ella también dejaría escapar un par de maldiciones cuando su caballo girara. En verdad, el animal se detuvo y tomó la dirección contraria, pero la duquesa, en vez de maldecir, se deslizó tranquilamente al suelo. Entonces Colt oyó ese estridente silbido que le había oído lanzar una vez, y fue prácticamente derribado por el potro de Jocelyn, que partía en respuesta a la llamada.

Colt, lanzando palabrotas de todos los colores, partió a la carrera para salir al encuentro del appaloosa, sabiendo perfectamente que Sir George llegaría primero a ella. Y a lomos de ese rayo que ella tenía por caballo sería imposible alcanzarla. Angel montó a su vez, sin prisa alguna, y los siguió, riendo hasta desternillarse.

34

-Por si no lo sabes, he envejecido diez años.

-Es probable que yo también me haya echado encima unos cuantos- respondió Jocelyn a la condesa, mientras se hundía un poco más en la pequeña tina que habían llevado a la habitación compartida por ambas.

-Si al menos se me hubiera...

-Oh, Vana, por favor, por favor, deja de culparte. Nadie podía saber qué ser despreciable había debajo de tanto encanto. El mismo Colt no sospechó nunca de cuánto era capaz, aun sabiendo que Dryden no era trigo limpio.

-Bueno, me alegro de que ese simpático Angel le haya despachado. De veras. Era lo menos que merecía.

-¿Angel, simpático? -exclamó Jocelyn, sofocada-. Ese hombre...

-Te rescató, querida.

-¡A expensas de mi paz interior!

La condesa hizo chasquear la lengua.

-No protestes por los medios. Lo que cuenta es el fin.

-Colt estaba allí -le recordó Jocelyn, ceñuda-. El no habría permitido que nadie me tocara.

-Pero su amigo no lo sabía. Su amigo arriesgó la vida para sacarte de allí, corriendo grandes peligros.

-¡Fue su amigo el que me llevó hasta allí, para empezar! -replicó Jocelyn, que había oído ya demasiado-. Por otra parte, ese amigo no dijo nunca que era amigo de Colt. No quiero oír una palabra más sobre ese condenado hombre. Colt tenía razón: habría que matarle a golpes.

Vanessa enarcó las cejas, no sólo por el arrebato malhumorado de la joven, sino por esa expresión.

-¿Matarle a golpes?

-Sí. Desparramo de tripas y esas cosas.

Vanessa supuso que Jocelyn no hacía sino mostrarse sarcástica.

-No me resulta gracioso, querida.

-Pues hablo en serio.

-Ah... bueno....

Jocelyn aguardó, pero esa última réplica había dejado a su amiga definitivamente muda. Volvió a trabajar en su bordado, con puntos breves y tirantes, que probablemente tendría que rehacer después.

La joven se relajó en la tina, tanto como pudo, y cerró los ojos.

Era su primera posibilidad de relajarse desde que Longnose estuvo a punto de salirse con la suya.

No le gustaba recordar lo cerca que había estado esta vez de alzarse con ella. Tampoco le era grato tener una imagen de ese hombre horrible para traer a la mente. Pero en ese aspecto Angel tenía razón: era preciso reconocerle. Por mucho que la perturbara recordar la cara del inglés, la beneficiaba poder hacerlo.

Esa noche se había encontrado con sus hornbres poco después de iniciarse la carrera para alejarse de Colt. Casi lo esperaba, pues había notado, con cierta sorpresa, que estaba en el camino principal. Angel había estado llevándola hacia su grupo desde un principio; Colt los seguía de cerca, pero en vez de organizar una escena, como ella esperaba, se había limitado a decirle:

-Habría que hacer algo con ese mal genio tuyo.

Sólo más tarde descubrió Jocelyn que sólo Colt había oído el disparo con que Angel matara a Dryden; sólo por eso había podido hallarla con tanta prontitud. Sus hombres habían salido a buscarla al ver que no regresaba a la hora habitual, pero se vieron obligados a seguir el rastro hasta las colinas, para empezar. Y también en ese aspecto Angel estaba en lo cierto: en el grupo no había ningún rastreador.

Cuando regresaron a las carretas, Maura Dryden, o cualquiera que fuese su verdadero nombre, había desaparecido, Vanessa suponía que la mujer había robado un caballo para escapar aprovechando las últimas luces del día, pero no estaba segura, pues por entonces tanto ella como las otras mujeres estaban demasiado afligidas como para reparar en la rubia. De cualquier modo, lo más probable era que Maura hubiera caído en el pánico al notar que Miles no regresaba para informar del supuesto "accidente" sufrido por Jocelyn, tal como planeaba. Debió de suponer que la había abandonado o que algo había salido mal. De un modo u otro, tuvo la prudencia necesaria para no esperar a enterarse.

Jocelyn pensaba que se habría ocultado en Santa Fe o en aquella ciudad que habían evitado, quizá. Difícilmente abandonaría la zona sin saber qué había sido de su amante. Por su parte, le importaba muy poco lo que fuera de Maura, siempre que no volviera a encontrarse con ella.

Por sugerencia de Colt, marcharon directamente hacia Santa Fe, deteniéndose sólo por breves períodos para que descansaran los caballos. No era agradable dormir en los vehículos, pero de ese modo redujeron a la mitad el tiempo necesario para llegar a la vieja ciudad, mientras el inglés, probablemente, seguía buscando a la duquesa y a Angel entre las montañas. En realidad, esa prisa no era necesaria: él no atacaría con tan pocos hombres. Pero existía la posibilidad de que volvieran a desorientarse. Ahora podían abandonar el camino para tomar el ferrocarril y hasta dejar que él pasara de largo.

Pero aún no se habían tomado decisiones. Jocelyn esperaba discutir el asunto con Colt, pero esa última aventura con Longnose no había alterado los hábitos del mestizo: desde entonces ella no le había vuelto a ver.

-¿Sabes? Debo admitir que nuestro guía actuó bastante bien durante ese desagradable episodio.

Jocelyn abrió bruscamente los ojos. Por Dios, ¿era posible que Vanessa hubiera estado cavilando sobre eso durante todo ese rato? En todo caso, sin duda había llegado a cierta conclusión que a Jocelyn no le gustaría, sin lugar a dudas.

-Eso pensaba yo -reconoció, vacilante. Al menos, eso había pensado ella hasta que el guía volvió a enfadarse con ella sin motivos visibles.

-Me impresionó la manera en que salió tras de ti -prosiguió la condesa-, sin perder un tiempo valioso en buscar ayuda y sin saber a qué se enfrentaría cuando te encontrara

-Sabía que Angel estaría allí.

-En realidad, no lo sabía, si lo piensas mejor. Cuando volvió a Benson, esa noche en que acampamos tan cerca de la ciudad, y encontró allí a su amigo, sólo le pidió que se introdujera en el grupo del inglés cuando se presentara la oportunidad. No tenía modo de saber si Angel había logrado unirse a los bandidos o cuántos otros hombres podía haber contratado ese Longnose a esas horas.

¿Vanessa defendiendo a Colt? Jocelyn no quería saber dónde llevaría todo eso. Sin embargo, por algún motivo, le complacía oír alabanzas sobre Colt, especialmente de boca de su amiga.

-Bueno, nunca me ha parecido del tipo que se preocupa por lo que pueda ocurrir. -En los ojos de la joven apareció un chisporroteo. -¿Tendrá algo que ver con su estirpe? Después de todo, hemos escuchado muchos relatos sobre indios que atacaban en pequeños grupos a gran número de pobladores.

Jocelyn tuvo que contener una sonrisa al ver que Vanessa fruncía el ceño ante esa observación.

-A mi modo de ver, se debe sólo al coraje -insistió la condesa.

Eso iba cada vez mejor. Si la condesa continuaba en esa vena, Colt terminaría siendo buen candidato para el casamiento. En el caso de que el hombre tuviera un sexto sentido, a esas horas debía de estar huyendo del territorio.

-¿Qué le pasa a Babette, que no llega nunca con el agua?

-No cambies de tema -la amonestó Vanessa.

-Nada de eso. Yo nunca dudé de que Colt tuviera coraje, Vana. De que fuera cuerdo, tal vez. Pero valiente, lo es.

-¿Y por qué no pides a Colt que persiga a Longnose?

Allí estaba, por fin. Era tan desagradable como Jocelyn esperaba.

Después de la riña de aquella noche, ella se había comportado de una manera tan deplorable que jamás podría pedir otra cosa a Colt; mucho menos, que arriesgara la vida por ella, una vez más.

-Conque le llamas Colt, ahora que le encuentras utilidad.

Vanessa tuvo la decencia de mostrarse avergonzada.

-Nunca dije que no fuera útil, querida. Sólo que ya no era útil para lo que habías decidido utilizarle en un principio.

-No me gusta eso de "utilizar". A él le parece detestable.

-¿Qué?

-Le han utilizado demasiado, Vana.

-Pero esto es diferente.

-No creo que lo sea, a sus ojos. Además, el día en que nos conocimos le pregunté si podía emplearle para buscar a Longnose y llevarle ante la ley. Se negó.

-Eso fue antes de que se interesara íntimamente por tí -señaló la condesa.

El calor se filtró en las mejillas de Jocelyn, alejando el frío del agua, ya apenas tibia.

-¡Jamás podría utilizar esa intimidad para aprovecharme de él!

-Yo no he sugerido...

-¿No?

Por un momento hubo silencio; furioso, por parte de Jocelyn; contrito, en el caso de Vanessa.

-Lo siento -dijo al fin la acompañante-. Es que me preocupo mucho por ti. Longnose nunca se había acercado tanto al éxito como esta vez.

Sus atentados fracasaron con tanta frecuencia que acabé por creerle tonto e incompetente; ya estaba convencida de que no representaba una amenaza real, sino sólo una molestia. Pero eso dejó de ser así cuando llegamos a esta tierra salvaje, que parece fomentar en sus habitantes los peores rasgos.

-O los mejores.

-Bueno, sí.. Si no quieres abusar más de Colt, lo comprendo. Algunos hombres tienen la absurda idea de que cuando una les pide algo, les da derecho a pedir lo que deseen a cambio. Y no necesito decirte qué es lo que piden con más frecuencia.

-Ya lo sé -afirmó Jocelyn, con aire sabio-: la cena.

-No, querida -comenzó Vanessa, pero sorprendió la luz bromista en los ojos verdes y comprendió que estaba perdonada. -¡La cena! En verdad, es lo primero que elegirían algunos. ¿No te ha llamado la atención que muchos establecimientos del Oeste anuncien "comida casera" en sus letreros? En este país parece ser muy importante.

Antes de que la condesa terminara, ambas se echaron a reír.

Aún reían cuando Babette irrumpió sin llamar en el cuarto de hotel.

Vanessa fue la primera en ponerse seria, recordando una oportunidad anterior en que la doncella había entrado de ese modo, con los ojos azules muy abiertos y las manos agitadas. "¿Otra vez?", gruñó para sus adentros. Pero las primeras palabras de Babette demostraron que la escena se repetía.

-¡Monsieur Thunder... le han disparado!

Vanessa cerró los ojos con un suspiro... hasta que oyó el chapoteo.

Entonces recordó otra cosa que había ocurrido aquella última vez y salió disparada de su silla para bloquear la puerta. En verdad, llegó apenas un segundo antes que la duquesa.

-No irás...

-¡Vana!

La condesa se negó a cederle paso.

-Dijo que le habían disparado, no que le habían matado. No ha muerto, Babette, ¿verdad?

-Non, Madame.

-¿Ves? No tienes por qué salir de ese modo, llena de pánico y sin ropas. ¿O no recuerdas que estás completamente desnuda, querida?

Jocelyn ya había girado en busca de la bata. Babette se la alcanzó, y Vanessa comprendió que sería inútil sugerirle que se vistiera de una manera más apropiada, Jocelyn cerró apenas la bata y salió de la habitación.

La condesa suspiró una vez más, clavando en la doncella una mirada de exasperación.

-Un día de éstos tendremos que hablar seriamente sobre esa tendencia a lo melodramático que estás desarrollando, Babette.

35

Jocelyn no sabía cuál era el cuarto de Colt, pero no le costó encontrarlo: había cinco o seis de sus hombres alrededor de la puerta y en el umbral. Después de abrirse paso entre la multitud descubrió que dentro había más: allí estaban Angel, Billy y Alonso. Colt estaba sentado en una silla, sin camisa; le chorreaba sangre por el brazo, brotando bajo un apósito mojado.

El corazón le dio un vuelco al ver la sangre, pero sólo por un momento; de inmediato abandonó el frenético palpitar que había asumido desde el momento en que abandonara su habitación. Él estaba sentado, había estado conversando y se le veía bien, sin contar la sangre. La herida no era mortal.

Colt cobró conciencia de que todos los presentes estaban mirando a Jocelyn al mismo tiempo que ella también se percataba. Por un momento había sido como si todo lo demás hubiera desaparecido. Colt sólo podía verla a ella, tan poco vestida: el terciopelo blanco de la bata, modelando las curvas húmedas; la gloriosa cabellera roja, amontonada sobre la coronilla, con largos zarcillos mojados que se adherían al terciopelo alrededor de los pechos; en el cuello y en las mejillas aún tenía gotas de agua; iba descalza.

El herido estuvo a punto de levantarse para alargar las manos hacia ella, tan poderoso e instantáneo fue el efecto que le causó. Era como un puño que le golpeara en pleno vientre. De pronto oyó que alguien carraspeaba y recordó que no estaban solos. No podía tocarla; no podía lamer las gotas de su cuello; no podía siquiera acercarse a ella. Tuvo que limitarse a mirarla, a observar su tez clara, tan pálida, que se inundaba de color al recordar ella también que no estaban solos, que acababa de faltar a todas las reglas del decoro, que estaba medio desnuda. Y entonces Colt tuvo la súbita y feroz necesidad de matar a todos los hombres presentes sólo por haberla visto así.

Jocelyn fue la primera en recobrarse, lo cual fue una suerte, pues Colt estaba a punto de causarle un bochorno horrible cargándosela sobre el hombro para llevarla a su habitación, donde habría debido estar. Por fortuna, la muchacha no lo adivinó; de lo contrario no habría podido fingir desenvoltura para escapar de la embarazosa posición.

Pero el descaro tiene su utilidad. Lo único que podía hacer era fingir que nada había de extraño en que sus hombres pudieran verla en ese estado. Habría que dar excusas para justificar el haber aparecido allí. Eso habría sido más fácil si Colt hubiera estado algo más grave.

-¿Se ha llamado ya al médico?

Puesto que no dirigió su pregunta a nadie en especial, no se habría sabido decir quién fue el que respondió negativamente.

-En ese caso, ¿tendría usted la bondad de ir en busca de uno, Rob... ?

-No me hace falta ningún médico -intervino Colt.

-Tal vez no, pero no estaría de más...

-No quiero médicos... señora. Lo que quiero es que me dejen en paz.

Lo dijo en voz baja, pero con tanto enfado contenido que el éxodo se inició inmediatamente. Sólo quedó Angel, sentado en el extremo de la cama, y Billy, que continuó estrujando el paño con el que Colt había estado limpiándose la herida... y Jocelyn, aún de pie en el centro del cuarto.

Colt prefirió ignorarla, con la esperanza de que ella captara la indirecta y se retirara.

-Apresúrate, hijo, antes de que me desangre.

No pudo decir nada peor. Jocelyn estaba a punto de retirarse, pensando que había hecho mal en acudir; más tarde averiguaría cómo había recibido ese balazo. Pero se detuvo, diciendo:

-¡Sí que hace falta un médico!

-No, maldición -bramó Colt, comprendiendo que acababa de cometer un error-. Fue sólo un... ¿Qué diablos estás haciendo?

Jocelyn ya se había acercado a él y alargaba la mano para quitar el paño mojado que cubría la herida.

-Quiero asegurarme personalmente...

Él volvió a interrumpirla:

-Deje, duquesa. Es sólo un arañazo.

-Demonios, Colt, ¿desde cuándo eres tan gruñón? -comentó Angel, levantándose de la cama-. ¿Por qué no dejas que ella te cure, ya que está bien dispuesta? Bien se sabe que las mujeres tienen la mano más suave.

-Creo recordar que gritaste como un cerdo cuando Jessie te extrajo aquella bala del flanco.

-Tu hermana es una excepción -sonrió el hombrecito-. Vamos, Billy. El hombre está en buenas manos.

-¡Vuelve aquí, Billy! -exigió Colt, al ver que su hermano seguía a Angel hacia el pasillo.

-¡Pero si Angel tiene razón, Colt! Lady Jocelyn puede vendarte mejor que yo.

Colt no necesitaba al muchacho para que le vendara, sino para que actuara de amortiguador. ¿Era posible que ninguno de ellos lo comprendiera? La puerta se cerró tras los dos, dejándole a solas con la duquesa.

-Creo haberte hecho una advertencia, hace algunas semanas -observó en voz baja, cuidando de no mirarla-. ¿La olvidaste?

-No, pero en este caso se trata de una emergencia. ¿No opinas así?

-Es un simple arañazo, duquesa...

-Aun así hay que curarlo. Y puesto que tus amigos y tu pariente te abandonan a mis tiernas atenciones, ¿por qué no permites que te cure y dejas de mostrarte tan... gruñón?

Él estuvo a punto de torcer los labios. La arrogancia de esa mujer podría haber sido un par de grados menor, pero había que admirar tanta tenacidad. Descubrió que, mientras mantuviera la vista fija en el lado opuesto de la habitación, hasta podía soportar su proximidad... un rato. También descubrió con fastidio que le agradaba ser objeto de sus atenciones y su preocupación. Claro que todas las mujeres actuaban de ese modo cuando había un hombre herido, pero aun así ella no estaba obligada. Habría podido mandar a alguna de sus mujeres. ¿Por qué le atendía personalmente? ¿Y por qué había entrado en su cuarto de esa manera, casi frenética?

-¿Qué te dijeron para que vinieras apenas salida del baño, sin siquiera secarte?

Jocelyn se ruborizó hasta la raíz del pelo.

-No deberías haber reparado en ese detalle.

-¿Quién no se dio cuenta, mierda? -gruñó él. Y de inmediato-: ¡Ay!

Ella le había aplicado otro paño mojado en el brazo, sin previo aviso. Angel tendría que enterarse de que su teoría de la suavidad femenina tenía otra excepción.

-¿Quién dijiste que te enseñó a hablar en inglés?

-Mi hermana -replicó él, irritado.

-Pues el inglés de tu hermana deja mucho que desear.

-Aprendí unas cuantas palabras por mi cuenta.

-Me encanta saberlo. Pero alguien debería haberte enseñado que es incorrecto decirlas en presencia de una señora.

-No me has respondido... señora.

-Me dijeron que habías recibido un disparo.

-¿Temías haberte quedado sin guía?

-Algo así -replicó ella, seca.

Él frunció el ceño y se hundió un poco más en la silla.

-¿No puedes darte un poco de prisa?

-Para ser un rasguño, está bastante mal. -La bala había abierto un surco profundo en la capa superior de carne y músculo. Jocelyn no se explicaba cómo hacía Colt para no quejarse.- No le vendría mal una sutura, para que no deje una cicatriz tan ancha.

¿Qué, broma era ésa?

-Los hombres no nos preocupamos por unas cuantas cicatrices.

-Ya me he dado cuenta.

Él le dirigió una mirada brusca, pero Jocelyn estaba observando las cicatrices que tenía en el pecho. Puesto que estaba encorvado contra el respaldo de la silla, ella no podía verle la espalda.

-¿No vas a preguntar cómo me las hice?

-Creo que ya lo sé -respondió ella, mientras volvía a atenderle el brazo-. Se llama "Danza del Sol", ¿verdad?

Él no pudo disimular la sorpresa.

-¿Cómo lo sabes?

-Miles sugirió que tal vez tuvieras esas marcas. Yo no le creí, por supuesto. Me pareció tan bárbaro... cuando él describió cómo se hacía... Esos estoques de madera atravesados en la piel del pecho... y después, el hombre colgado de un árbol por sogas sujetas a los estoques, hasta que la carne se desgarra, dejándole caer. ¿Es realmente así como se hace?

-Más o menos así.

-Pero ¿por qué someterse a esa tortura deliberadamente?

-Recuerda que soy sólo un indio tonto. Así de brutos somos.

Ella le miró a los ojos por primera vez desde que comenzara a limpiarle la herida.

-Creo haberte pedido que no hagas eso -le amonestó, con suavidad-. Te he hecho la pregunta por sincera curiosidad, tratando de entender algo de una cultura con la que no estoy familiarizada. Pero si no quieres explicarlo, olvídate de la pregunta, por favor.

¿Por qué se sentía enano de pronto?

-Es una ceremonia religiosa -dijo él, después de un breve silencio, volviendo a perder la vista en el vacío-. Una ceremonia de renovación en la que se reza pidiendo bendiciones. No todos los guerreros participan, pero los que lo hacen lucen sus cicatrices con orgullo, como garantía de la bendición divina.

-Algo religioso -musitó ella-. Debí haber adivinado que era tan sencillo. -Sentía tantos deseos de tocar esas cicatrices que casi le temblaban los dedos.- Debió de ser horribieniente doloroso. ¿Valió la pena... para ti? ¿Sentiste que habías recibido tu bendición?

-Sólo por muy poco tiempo.

-Lo siento.

Él volvió a mirarla, sorprendido.

-¿Por qué?

-Si alguien se somete a un dolor tremendo esperando una bendición, tiene derecho a que esa bendición dure mucho, mucho tiempo, ¿no te parece? De lo contrario, ¿a qué soportarlo?

-No se me había ocurrido.

Ella comprendió que ese punto de vista divertía a Colt. No llegó a sonreír, pero era visible que le estaba siguiendo la corriente. Sin embargo, prefirió no decir nada. Después de todo, el hombre estaba herido.

-Bueno, no importa. ¿Por qué no me cuentas cómo te hicieron esto?

El cambio de Colt fue inmediato y escalofriante.

-Me descuidé.

Como él no dijera nada, Jocelyn se sintió fastidiada al punto de interpretar deliberadamente mal:

-¿Te disparaste tú mismo? ¡Qué torpeza!

La mirada rencorosa estaba llena de amenazas.

-El disparo vino de un callejón oscuro. Cuando llegué al extremo, el culpable ya había montado a caballo y salía de la ciudad a toda prisa.

-¿Y no sabes quién era?

-No le vi la cara, no, pero reconocí el caballo. Recuerdo mejor a los caballos que a las personas. Ese pertenecía al muchacho que acompañaba a Angel cuando te llevó ante el inglés. Angel dijo que se llamaba Pete Saunders, si mal no recuerdo.

-¡Yo estaba segura de que habíamos llegado aquí antes que ellos!

-Por lo visto, están decididos a no perderte el rastro otra vez, duquesa. Sabían hacia dónde nos encaminábamos. Y tú te ves retrasada por esos vehículos, aun cuando no establezcamos campamentos. Debe de haberles costado muy poco dar un rodeo a nuestro alrededor para llegar aquí antes que nosotros.

-¿Qué sentido tuvo que nos diéramos tanta prisa, en ese caso?

-Lo hicimos por si Angel había conseguido que perdieran tiempo buscándonos en las montañas. Sin duda tuvieron suerte y descubrieron el sitio en que él cambió de dirección.

-¿Y qué debo hacer ahora? -preguntó ella, atándole el vendaje ceñido con cierto exceso, de puro nerviosismo-. Supongo que están vigilando las estaciones de ferrocarril, alertas a... Espera un momento, ¿Por qué dispararon contra ti?

-Por lo de siempre -respondió él, seco-: para matarme.

En esa oportunidad a él te tocó recibir una mirada rencorosa.

-Longnose nunca ha hecho daño a mis acompañantes. No tiene motivos. Debió de ser un error.

En su inquietud, había comenzado a pasearse delante de él. Colt tenía que hacer un esfuerzo para no observar la parte inferior de su bata, que amenazaba abrirse a cada paso.

-No fue un error, duquesa. ¿Qué harías tú si te encontraras sin guía?

-Contratar a otro... -No terminó la frase, los ojos se le encendieron con una comprensión que no quería aceptar.- Pero los he visto a todos. ¿Cómo podrían...?

-No enviarán a un hombre que puedas reconocer. Tu Longnose buscará a otro; probablemente ya lo tiene. ¿No te dijo Angel que ése era el plan original, antes de que encontraran a Dryden?

-Tu Angel es más reservado que una esfinge. No me dijo nada, por supuesto. Pero si lo sabías ¿por qué no has renunciado?

Recibió una mirada de enojo tan feroz que estuvo a punto de sonreír:

-Oh, es cierto, tú no renuncias. -Ya se sentía mejor.- Verás: yo tenía razón cuando decía que te necesito mucho. Si te ocurriera algo no podría contratar a nadie para remplazarte. Jamás tendría la seguridad de que no fuera un hombre a las órdenes de Longnose.

Colt no oyó mucho más, después de aquel “te necesito”. Si no la sacaba pronto de esa habitación, ella no se iría nunca más.

-Está bien, duquesa: en este momento tienes pocas opciones. No puedes contar con el tren. Tal como dices, lo estarán vigilando, y también tus vehículos. Si divides a tus hombres para que algunos persigan al inglés y otros te protejan, no harás sino facilitarles las cosas.

Ella frunció el ceño.

-Dijiste que tú no le perseguirías, lo sé. Pero ¿ese trabajo no podría interesar a Angel?

Él movió la cabeza.

-Tiene cosas que hacer en Texas y ya se ha retrasado mucho. Parte por la mañana.

-¿Qué puedo hacer, en estas circunstancias?

-Puedes atrincherarte y esperar a que tu enemigo reúna un número de hombres suficientes para atacarte o...

No terminó. Fuera lo que fuese la otra posibilidad, Colt parecía haber cambiado de idea o no tenerla bien pensada.

Ella estaba demasiado impaciente para aguardar.

-¿O qué?

Él le clavó una mirada larga y atenta, que acabó con un encogimiento de hombros.

-Puedes huir sola.

Por un momento ella pensó que era una broma. No podía ser otra cosa. Pero de inmediato percibió que su desenvoltura era fingida: Colt estaba tenso, casi expectante.

-¿Sin ninguna protección?

-Conmigo. Puedo llevarte sana y salva hasta Wyoming, pero seremos sólo tú y yo, los caballos y una dura cabalgata. Tu grupo tendrá que seguirnos a su propio paso.

-Sólo tú y yo... -La cabeza le daba vueltas ante las posibilidades. -Pero me advertiste que debía mantenernie lejos de ti -le recordó-. ¿Por qué ofreces ahora...?

-No me interpretes mal, duquesa -le interrumpió él, con tono grave e hipnótico-. Te aseguro que llegarás a Wyoming sana y salva, pero no hago ninguna otra promesa. ¿Comprendes lo que te estoy diciendo?

Ella asintió secamente, sintiendo que el color ya le inundaba las mejillas, y estuvo a punto de correr hacia la puerta.

-Tendré que.... que pensarlo...

Se detuvo, con la mano en el pomo de la puerta, de espaldas a él.

-¿Cuándo quieres partir? -preguntó.

-Esta noche, cuando menos lo imagine el inglés.

Una vez más, ella hizo un gesto afirmativo, pero sin volverse a mirarle.

-Dentro de muy poco te haré saber mi decisión.

36

Era absolutamente inaceptable. Era tan indecoroso le ni siquiera cabía pensar en ello. Además, existía esa amenaza irnplícita de que Colt no le guardaría mucho respeto si ella le acompañaba.

Fue el único punto que Jocelyn no mencionó al revelar a la condesa que se iba, ni después, cuando pasó las dos horas siguientes discutiendo con ella. Al fin y al cabo, a ella icorrepondía tomar una decisión. Y Vanessa acabó por honocer que el plan podía tener cierto mérito. Después de todo, si Jocelyn podía pasar desapercibida al partir, Longnose no abandonaría la zona, creyendo que aún estaba allí.

Algo más avanzada la semana, el resto del grupo se dividiría en dos; algunos tomarían el tren para encontrarse con ella en Cheyenne; los otros irían por el camino de Santa Fe, según el plan original. Y como Jocelyn no estaba en ninguno de los grupos, Longnose no sabría a cuál seguir y supondría que ella estaba escondida. Hasta era probable que él también dividiera a su grupo, lo cual facilitaría la tarea de las autoridades que le estarían esperando en Wyoming.

Jocelyn no sabía cómo había recibido Colt su decisión de viajar sola con él, pues encargó a un sirviente el darle la noticia. Existia la fuerte posibilidad de que su ofrecimiento no hubiera sido sincero; en ese caso, él se pondría furioso ante el hecho de que ella volviera a tomarle la palabra. Después de todo, Jocelyn no llegaba a comprender por qué hacía eso en su favor, si tanto le disgustaba su compañía. Pero si había sido sincero, sólo cabía suponer que estaba harto de ese trabajo impuesto y que deseaba ponerle fin a cualquier precio. Si viajaban sin el estorbo de esos pesados vehículos, llegarían a Wyorning en la mitad del tiempo... o menos.

Cuando fue a buscarla, alrededor de medianoche, ella estaba preparada; se había puesto uno de sus trajes de montar más toscos; llevaba un manto largo, forrado de pieles, el rifle en una mano y un pequeño maletín en la otra. Colt se limitó a quitarle el sombrero de amazona, alto y de ala estrecha, para remplazarlo por el que llevaba consigo: un sombrero de hombre, de ala ancha; era del mismo estilo que el suyo; asombrosamente, le sentaba bien. Ella no se opuso: no se atrevió. Tendría que habituarse a hacer las cosas tal como él indicara o arriesgarse Dios sabía a qué. La idea no le gustaba mucho, pero tendría que habituarse también a eso.

Desde un principio notó, pese a que no habían intercambiado una palabra, que Colt no parecía furioso. Claro que en general resultaba imposible adivinar qué sentia ese hombre. En todo caso, su actitud era relajada. Hasta le hizo caer el nuevo sombrero sobre los ojos después de ponérselo, como lo habría hecho un familiar o un amigo juguetón, pero jamás su taciturno guía.

De cualquier modo, no perdió tiempo en iniciar la marcha. Ella no tuvo mucho tiempo para analizar su actitud. La sacó del hotel por la parte trasera y la condujo por varias calles, no hacia los establos, sino hasta un callejón donde esperaba su hermano con los caballos.

-¿Has visto a alguien? -preguntó a Billy.

-Ni a un alma.

Billy dio un paso atrás, permitiendo que Colt montara a Jocelyn en Sir George; luego le acomodó el maletín. Ella tuvo que emplear algunos segundos en tranquilizar al animal, a quien no le gustaba tanta proximidad con el potro de Colt.

Librodot

-No olvides lo que te dije, hijo -decía Colt a su hermano-. Sigue la planicie, con las montañas directamente a tu izquierda, y no tendrás problemas en guiar a los otros directamente hasta Cheyenne. Confío en que te presentes en el Rocky Valley por tu propia cuenta. Si tengo que salir otra vez a buscarte, te arrepentirás.

-Allí estaré -replicó Billy, algo gruñón-. Pero no pienso volver a los estudios.

-Eso puedes discutirlo con tu madre cuando vuelvas a Chicago, que es lo que deberías haber hecho desde un principio.

A esas alturas Billy sonrió:

-Creyó que yo no hablaba en serio cuando decía que no quería ser abogado, sino dedicarme a la cría de ganado. Ahora sabe que no estaba bromeando.

-Ya lo has demostrado, sí. Queda por ver qué has ganado con eso.

Y de pronto Colt encerró a Billy en un breve y triturador abrazo, que sorprendió tanto al muchacho como a Jocelyn, que los observaba.

Ella habría jurado que Colt Thunder no tenía una pizca afectuosa en su personalidad. Por lo visto, la tenía, aunque bien oculta.

Mientras Billy volvía hacia el hotel y Colt montaba a caballo, Jocelyn cayó en la cuenta de que algo faltaba.

-¿Dónde están los caballos con las provisiones?

-Viajas con un indio, duquesa. -Por una vez dijo ese título sin tono despectivo.- Si no puedo sobrevivir con lo que ofrece la tierra es porque estoy muy grave.

Ambos pensaron simultáneamente en Philippe Mariveaux: Colt, satisfecho de no verse obligado a oler nunca más otra comida llena de vinos franceses; Jocelyn, con pena.

-Bastante flaca estoy ya -se sintió obligada a protestar-. Probablemente llegaré reducida a nada.

Él tuvo el descaro de reír. Pero pensándolo bien, era agradable la idea de que él proveyera. Protección, provisiones y todo lo necesario. Sonaba bien.

Librodot

37

Cabalgaron durante el resto de la noche, siguiendo las rutas para facilitar el paso a los caballos. En cierto momento, Jocelyn preguntó cuándo se detendrían para dormir. Se enteró entonces de que no lo harían sino a la noche siguiente. Ya estaba cansada y aún no había amanecido; Jocelyn estuvo a punto de regresar.

Pero se le ocurrió que probablemente Colt la estaba sometiendo a una prueba. Quizás había hecho una apuesta consigo mismo: ¿cuánto tardaría ella en empezar a quejarse por algo? Claro que ella nunca había prometido no quejarse. Si hubiera formulado promesa tan irracional no se habría atrevido a decir nada, por difícil que él le hiciera ese viaje. Pero decidió que su único entretenimiento, en los días venideros, sería fastidiar a ese hombre. Por lo tanto, no se quejaría aunque muriera en el intento.

Al amanecer se detuvieron un breve rato para dar descanso a los caballos. Ella pensó que desayunarían, pero Colt se limitó a sacar de sus alforjas algunas lonjas de carne seca y le dijo que las masticara. Ella lo intentó, lo intentó con toda su voluntad. Pero los del Oeste debían de tener dientes más fuertes que las duquesas. Por fin se puso aquello en la boca, como si fuera un cigarro, y pasó el resto de la mañana chupándolo.

Hacia el mediodía tuvo que quitarse el manto. El día no era cálido, en absoluto, pero el paso que Colt marcaba era un ejercicio exigente y llegaba poco viento de las colinas por las que transitaban.

Se detuvieron una vez más, de nuevo para dar descanso a los caballos. Sir George sobrellevaba aquello mucho mejor que Jocelyn, que sentía la espalda en llamas y los músculos rígidos. La pierna que enganchaba al cuerno de la montura, para mantener el equilibrio, se le había dormido al menos seis veces.

La envidiaba. Estaba tan cansada que poco le faltaba para dormirse en la silla. Sólo el nerviosismo de Sir George se lo impedía.

Colt, por el contrario, no daba la menor muestra de haber pasado la noche en vela. No se encorvaba ni estiraba la espalda para calmar el entumecimiento; no inclinaba siquiera la cabeza. Y lo mas probable era que a él no le chirriara el estómago, como a Jocelyn.

Poco después del mediodía recibió un par de bizcochos y una cantimplora con agua, que él le permitió conservar. Los bizcochos no la satisficieron, pero el agua sí, al menos por un rato. Colt llevaba los animales al trote largo un tiempo; después los hacía galopar un trecho, para ponerlos al paso durante dos o tres kilómetros; por fin los instaba de nuevo a tomar el trote largo. Fue durante una de esas marchas lentas cuando Jocelyn se quedó dormida.

La despertó una maldición que le resonó en los oídos y una banda de acero que le ceñía la cintura.

-¡Por Dios, mujer! ¿Quieres matarte?

Lo que le rodeaba la cintura era el brazo de Colt. Contra la espalda tenía una almohada: su pecho. Ella la aprovechó inmediatamente, sin que le interesara cómo había llegado allí.

-¿Ha ocurrido algo? -preguntó, bostezando.

-Empezabas a caerte del caballo.

-Lo siento. Debo de haberme adormecido. -Y Jocelyn empezó a cabecear otra vez.

-¿Que lo sientes? ¿No tienes el buen tino de decir algo cuando no puedes mantenerte despierta?

Entorpecida, ella se preguntó por qué le gritaba.

-Bueno, no puedo mantenerme despierta.

-Terquedad, de eso se trata -le oyó murmurar-. Pura terquedad.

Significara eso lo que significara, no le importó. Él ya no le apretaba el vientre. Alargó una mano para hacerle pasar una pierna sobre la silla, a fin de montarla a horcajadas, y movió su cuerpo hasta que ella se sintió tan cómoda contra él como en un agradable sillón. Hasta sus piernas le servían de apoyo, de modo que pudo relajarse por completo.

En verdad, estaba tan relajada que no se enteró de que le quitaban el sombrero y las horquillas, lentamente. Ya se estaba adormeciendo otra vez.

Pero aún dormía con sueño profundo. Cuando los caballos volvieron al trote, ella lo percibió.

-¿No vamos a detenernos?

-¿Para qué?

-Para dormir, por supuesto.

-¿No estabas durmiendo?

-Los dos, digo. Anoche tú no descansaste.

-No lo necesito, pero había olvidado que tú sí. Duérmete, anda. No permitiré que te caigas.

Jocelyn no necesitaba más aliento que ése, sobre todo porque él era mucho más cómodo que la dura tierra.

Colt detectó el segundo mismo en que su sueño se convirtió en un olvido total. Fue como si su cuerpo le diera una señal, indicándole que a partir de ese momento podía tocarla. No lo hizo. El saber que podía hacerlo cuando se le antojara le dio paciencia. Ella le pertenecía durante una semana, por lo menos.

La paz que sobrevino con esa decisión aún la sorprendía. Pero llevaba tanto tiempo luchando contra su instinto que la confusión interior comenzaba a parecerle normal. Habría debido perder la lucha un poco antes. Se había sometido a un infierno, ¿y para qué? No se podía negar que deseaba a Jocelyn Fleming. Aunque las mujeres blancas siguieran siendo un anatema para él, la duquesa tendría que ser la excepción.

Aún le irritaba que ella le hubiera utilizado para preparar el camino, a fín de que otro hombre pudiera poseerla, pero ya se encargaria de que ella se lo hiciera olvidar. También le irritaba que Jocelyn se hubiera volcado hacia Dryden con tanta prontitud. Pero antes de que terminara la semana no recordaría siquiera el nombre de ese cretino.

38

Ella alcanzó el clímax en sueños. Despertó así, aún palpitante, con la más grata languidez en los miembros... y sin idea alguna de lo que había estado soñando, aunque no resultaba difícil suponerlo.

Se estiró deliciosamente, bostezó... y cayó en la cuenta de que estaba a lomos de un caballo. Al abrir los ojos halló otro montón de realidades que clamaban por su atención. Se estaba poniendo el sol. El caballo avanzaba al paso, con las riendas envueltas en el pomo de la montura. Su chaqueta estaba completamente abierta, al igual que su blusa, y el lado derecho de su camisa de encaje estaba metida debajo del pecho, exponiendo el regordete montículo al rosado esplendor del crepúsculo. Pero eso no era lo peor. Tenía las faldas recogidas hasta la cadera, dejando al descubierto la poco femenina postura de sus piernas a cada lado del caballo. Y entre sus piernas...

-¡Colt Thunder!

-Ya era hora de que despertaras.

-¡Retira esa mano de inmediato!

-Me gusta tenerla ahí.

-Pues a mí no me gusta lo que estás...

-Deja de chillar, duquesa, o esta noche no cenaremos. Vas a asustar a todos los animales que haya a varios kilómetros a la redonda.

Ella estaba a punto de tartamudear y él continuaba con su tono lento, perezoso.

-¡Qué me importa la cena! ¡No puedes...

-Ya lo he hecho -interrumpió él-. Y deja esa blusa en paz. Bastante me costó desabotonarla. Y me gusta como está.

Como ella no obedeciera, los dedos de Colt hurgaron más profundamente en ella. Jocelyn emitió un gemido, quizá de protesta, quizá de placer. Él no lo supo con certeza. Tampoco ella, pero al fin dejó la blusa para aferrarse a muslos del jinete.

-Así está mejor -le susurró él, al oído-. ¿Todavía quieres que quite la mano?

Ella no respondió.

-Te ha gustado, ¿eh?

Ella seguía sin responder, pero arqueó la espalda y hechó la cabeza hacia atrás, acariciándole los muslos de un modo desesperado. Él aprovechó ese cuello expuesto para rozarlo con los dientes. La otra mano, que había estado sujetándola por el vientre, subió hasta el pecho. El pezón ya estaba duro y suplicando una caricia. Jugó un rato con él antes de satisfacerlo con la firme presión de la palma en un movimiento circular. El otro pecho fue pronto sometido al mismo tratamiento. Y los dedos de la otra mano continuaban moviéndose lentamente.

-Lamento no haber podido esperar, duquesa, pero estabas debidamente advertida, ¿verdad?

El aliento cálido que le llenaba la oreja estuvo a punto de perderla.

-No esperaba.... que se me atacara... desprevenida -logró balbucear, sólo para oírle reír.

-No importa cómo ni cuándo, si no depende de ti. Cuando aceptaste viajar conmigo renunciaste a toda opción. En realidad, renunciaste a ellas mucho antes, pero no lo sabías.

-¿De qué hablas?

Librodot

-Cuando una doncella cheyenne permite que un guerrero toque íntimamente su cuerpo, no se criticará a ese guerrero si la trata como si fuera de su propiedad. En realidad, sería extraño que no la considerara propiedad suya. Tú me permitiste más que un mero contacto, ¿verdad duquesa?

¿Propiedad? ¿Por qué la irritaba esa palabra? ¿Por qué esa voz de timbre grave estimulaba sus sensaciones? Y esos dedos... Por Dios... apenas pudo tomar aliento para responder.

-Yo no soy cheyenne.

-No, pero yo sí.

-Sólo a medias.

-Y la mitad blanca ha sufrido horrores, en estos últimos tiempos, resistiendo a veintidós años de costumbres y creencias arraigadas. Ahora vuélvete.

-¿Qué?

-Que te des la vuelta. Quiero tenerte frente a frente.

-Pero ¿por qué?

-¿No se te ocurre?

La insinuación era suficiente. Y él se había asegurado, con las maniobras previas, de que ella no se opusiera demasiado a sus intenciones. Sólo le costaba creer que pretendiera hacerlo así.

-¿Por qué no detienes el caballo?

-¿Para perder tiempo extendiendo una manta? Para eso tendría que dejar de tocarte, y no creo poder. Además, así lo había pensado, duquesa, mientras hacías esos ruiditos tan seductores estando dormida. Acompañaste el movimiento de mis dedos al ritmo de mi caballo. Ahora quiero que me montes con el mismo ritmo.

Ella pasó la pierna sobre el cuello del caballo aun antes de que él terminara su última frase. Colt la ayudó a pasar la otra. Su falda presentó un pequeño problema, pero cuando estuvo resuelto también él estaba preparado. Aun antes de que ella pudiera preguntarse cómo iban a ejecutar aquello, él la levantó, penetró en ella y clavó talones a su montura. Jocelyn ahogó un grito; sólo podía sujetarse.

Fue la cabalgata más increíble de su vida. Con los brazos enlazados al cuello de Colt, las piernas ciñéndole las caderas, se dejaba llevar por el movimiento de hombre y caballo, sin mover un músculo.

Cuando Colt condujo al animal a paso lento las cosas se pusieron sumamente interesantes, sobre todo porque él no se movía con el animal, sino en sentido inverso, obligándola a rebotar y estrellarse contra su cuerpo.

Cuando el caballo se detuvo, ella había alcanzado el clímax tres veces, una intensidad que aturdía. Como estaba algo mareada, tardó un rato en caer en la cuenta de que se habían detenido y de que Colt la besaba con mucha dulzura.

-¿Estás bien?

-No tengo la más remota idea.

Él rió por lo bajo. Por Dios... Jocelyn sintió entre las piernas que aún estaban conectados. Y seguía aferrada a él. Deslizó los brazos por sus hombros y se echó hacia atrás. Por suerte, su rubor era invisible a la poca luz restante, pero él debió adivinarlo, pues le levantó la barbilla para depositarle otro beso en los labios.

-Ya te acostumbrarás, duquesa. Pienso encargarme eso.

¿A su manera de hacer el amor? ¿O a esa nueva actitud con respecto a ella? Jocelyn estaba tan acostumbrada a su acritud, su amargura, su manera de apartarla, con los actos o con las palabras... Colt había cambiado desde que abandonaran Santa Fe. Aún no sabía qué pensar

del nuevo Thunder. No se atrevía a decir que estaba encantador. Se le ocurrió la palabra 'propietario', y recordó lo que él había dicho antes. ¿Acaso habría dicho seriamente que la consideraba su propiedad?

-Eh... ¿dijiste algo con respecto a la cena? No estoy segura, pero es posible que esté muerta de hambre.

Él volvió a reír. Eso era otra cosa totalmente extraña.

-Creo que debo aprovechar la poca luz que nos queda -le dijo, depositándola en tierra-. Mientras yo salgo a explorar, puedes lavarte. Y si sabes encender fuego, haz una fogata. En mis alforjas hay fósforos.

Se las dejó caer a los pies, junto con un rollo de mantas. Luego le puso el sombrero, que estaba sujeto en el pomo de la montura.

-Será mejor que te cubras, duquesa, si no quieres resfriarte.

Boquiabierta, Jocelyn le siguió con la vista, en tanto él se alejaba aguas arriba.

Sí, allí había un arroyo; por eso se había detenido el caballo. Y Sir George estaba también allí, paciendo en la ribera. Ella lo había olvidado por completo, como a todo lo demás. Gracias a Dios, el potro los había seguido.

Lo llamó para tomar su manto y el maletín. En la parte trasera de la silla había otras mantas y un saco con utensilios para cocinar y comer. Menos mal: se había imaginado comiendo carne con un palillo y varias otras cosas de bárbaros. No habría tienda ni gruesos almohadones en los que recostarse, ni bacinilla... Eso le recordó algo: tendría que aprovechar esa breve intimidad mientras fuera posible. Tenía la sensación de que, en los días venideros, no dispondría de mucha.

¡Resfriarse, justamente! Ni siquiera se había dado cuenta de que hacía frío.

39

Colt regresó con un faisán y dos pequeñas perdices, unos huevos bastante grandes que debían de corresponder a otra especie de aves, un saco de cuero lleno de verduras y algo así como cebollas silvestres y otro con bayas diversas. Traía los bolsillos llenos de nueces, que le arrojó al regazo con placer, al sentarse en cuclillas a su lado.

La variedad de esas provisiones sorprendió a Jocelyn. Había supuesto que Colt traería sólo algún animal muerto y que la sometería al desagrado de ver cómo lo desollaba. También le había intrigado su larga ausencia, durante la cual su imaginación y sus miedos tuvieron oportunidad de desbocarse.

-¡Cómo! ¿No hay venado?

Colt respondió como si no hubiera detectado su tono sarcástico.

-Con tus gritos espantaste a todos los animales grandes. Te lo advertí.

-Eso fue varios kilómetros más atrás.

-Me refería a los gritos que diste cuando...

-¡No lo digas! -exclamó ella, recordando vagamente que se había puesto muy ruidosa en diversos momentos de aquella apasionada cabalgata. Bajó la vista al montón de nueces que tenía en el regazo, comprendiendo que, si él había tardado tanto en encontrar comida, era sólo por culpa de ella-. Discúlpame si te hablé con brusquedad. Comenzaba a pensar que no volverías.

Él le tocó la sien y le quitó una horquilla, con lo cual un largo mechón rojo cayó sobre el seno.

-Veo que traías más de éstas. ¿Tendré que quitártelas todas para que dejes libre a tu sol?

Ella le miró extrañada.

-¿Mi sol?

-Tu pelo, duquesa. En mi pueblo dirían que has capturado al sol en él.

-Qué poético -musitó ella, mientras Colt retiraba otra horquilla, liberando otra guedeja. La complacía inexplicablemente esa fascinación con su cabellera. -¿No estás enfadado porque yo haya espantado a todos los animales?

-No los ahuyentaste. -Lo admitió mirándola a los ojos.- No me gusta desperdiciar el alimento. Matar a un animal grande, si no tenemos tiempo para conservar la carne y llevarla con nosotros, sería un desperdicio.

Era asombroso que el genio vivo de Jocelyn pudiera aflorar tan rápidamente, sólo para que él lo aplacara arqueando una ceja interrogante. Cuando Colt vio que ella no iba a estallar, se echó a reír.

-¿Temes que te abandone, duquesa? -preguntó.

-No. Tú no renuncias nunca; al menos, eso me has asegurado. Pero creo que yo merecía esa pequeña mentira sobre los animales. Hice mal en recibirte de ese modo, después de que te has tomado tanto trabajo para disponer un festín.

-Pero estabas preocupada -observó él, frunciendo un poco el ceño.- Ten la seguridad de que no me alejaré nunca tanto que no pueda oírte si me necesitas. En ese aspecto no tienes nada que temer. Pero ¿cómo pudiste pensar que yo no volvería?

Ella volvió a bajar la vista.

-Recordé lo mucho que te disgustaban las mujeres blancas.

-Y tú eres más blanca que la mayoría, ¿verdad? -El dorso de un dedo le rozó la mejilla.

-Nunca has tratado de disimular lo que sientes.

-Comprendo. Bueno, hoy me disgustaste muchísimo, ¿no?

Ella levantó bruscamente la cabeza.

-Perdiste otra vez el dominio de ti, como antes. Es perfectamente comprensible, considerando el modo en que me dormí contra tu cuerpo.

A esas alturas estaba furiosamente ruborizada, pero Colt movía la cabeza. Y ella tuvo la sensación de que ahora sí estaba enfadado, aunque no habría podido asegurarlo, pues sólo le veía esa expresión estoica que tan exasperante podía ser.

-El único dominio que perdí hoy fue el de mi paciencia, mujer. Y si me disgustaras, ni en el infierno podrías calentarme la sangre como lo haces.

-¿De veras? -preguntó ella, estúpidamente.

-Sabes perfectamente que sí.

El tono la fastidió, aunque las palabras eran un halago.

-Bueno, pero eso te disgusta, ¿no?

-Por si no lo has notado, he renunciado a resistirme -Colt se inclinó hacia adelante para apretarle los labios con los suyos, como para demostrarlo, pero su voz era menos áspera cuando añadió:

-Por si tu bonita cabeza aún no lo ha captado, te anuncio que compartirás mis mantas hasta que lleguemos a Cheyenne. Y eso, duquesa, me resulta la mar de agradable. Por lo tanto, no dudes que volveré a ti todos los días. Muy pocas cosas podrían impedírmelo.

Jocelyn no halló respuesta. La desconcertaba ese arreglo tan claramente expresado. También la desconcertaba el calor que le fluía por la sangre al oírlo. Habría debido protestar, negándole el derecho a dar tantas cosas por sentadas. Ella nunca había aceptado ser su amante durante todo el viaje. La misma idea... la emocionaba tanto que se quedaba sin aliento. Y después de todo, ¿qué podía decir al respecto? Tal como él acababa de señalar, por el momento era él quien elegía.

Como si le hubiera leído la mente, Colt le sonrió (fue, tal vez, la sonrisa más bella que hubiera visto nunca) y fue a ocuparse de la comida. A Jocelyn le pareció muy arrogante, pero no dijo nada. ¿Para qué? Aun si hubiera tratado de discutir, en aras del decoro, lo habría hecho sin convicción y él lo habría notado de inmediato. Y Jocelyn no era hipócrita. En un principio había pensado sinceramente que ya no le deseaba, pero él le había demostrado lo contrario.

Mientras Colt cavaba un agujero junto a la pequeña fogata que ella había encendido, se dedicó tranquilamente a recorrerle el cuerpo con los ojos. Sabía que algunas personas asaban las presas en la tierra, y supuso que así cocería él aquellas aves. En realidad, en ese momento no le interesaba mucho la comida, pues sus ojos se entretenían en observar el modo en que se le abultaban los músculos de las piernas cuando se sentaba así, en cuclillas. Recordó que hasta entonces no le había visto completamente desnudo. Tal vez esa noche... Buen Dios, con sólo pensarlo sentía mariposeos en el vientre. Sería mejor pensar en cosas menos peligrosas.

-Parece que no vas a preguntarme si sé cocinar.

Él movió la cabeza sin mirarla.

-Si dijeras que sí me vería obligado a dejarte probar, aunque fuera mentira. Prefiero llenarme la panza.

Jocelyn se echó a reír, sabiendo que él no bromeaba.

-También yo. Por eso me alegra que uno de nosotros, al menos, sepa cocinar. A mí nunca me permitieron acercarme a la cocina; era el dominio de los sirvientes, ¿sabes? Y tampoco tuve mucho interés en aprender, una vez crecida. En realidad, prefería los establos, y a nadie se le ocurría prohibirme la entrada en ellos. Pero hasta mi madre sabía hacer pasteles,

según dicen. Supongo que yo debería haber aprendido a preparar al menos una especialidad. Toda mujer debe ser especialmente apta para algo, ¿no te parece?

-Hay ciertas cosas que no haces nada mal, duquesa.

Eso le encendió las mejillas.

-Me refería a la cocina.

-Y yo, a tu manera de manejar los caballos.

Ella no pudo dejar de sonreír.

-Qué bromista eres, Colt Thunder.

Él le devolvió la sonrisa.

-Tampoco te desempeñas mal con un rifle.

-Bueno, si vamos a hablar de talentos en general, debo confesar que no me desempeño mal, no. Soy bastante buena para la navegación a vela, la arquería, el tenis y el ciclismo.

-El tenis y ¿qué?

-El ciclismo. Ya sabes, ese artefacto de dos ruedas y...

-Ya sé, sí. Un caballo de dos patas, la condenada. En las calles de Chicago vi muchas; asustaban a los animales y se estrellaban contra los edificios. ¿Y tú las manejas bien?

-Puedo montar en una de ellas y apearme sin una sola caída, aunque no me gustaría contar los cardenales que me hice mientras aprendía a dominarlas. Pero reconozco que en la ciudad son peligrosas. En el campo, en cambio, es divertido pasear en ellas. Deberías probar.

-Gracias. Prefiero limitarme a los caballos de verdad.

Ella trató de imaginar a Colt en bicicleta y estuvo a punto de reír. No, probablemente no le gustaría lidiar con algo tan difícil de dominar.

Compartieron agradablemente la comida, que era deliciosa. Las aves podrían tener un aspecto horrible, porque no estaban desplumadas, pero la carne era tierna y sabrosa. Ella bromeó, diciendo que Colt sería un buen esposo cuando decidiera casarse, pero tuvo la impresión de que él no apreciaba el chiste.

Tampoco a ella le duró mucho el humor. Después de haber lavado los utensilios en el arroyo (le pareció que debía hacer algo para ayudar, puesto que él no la quería cerca de las cacerolas) se sintió llena de timidez, sobre todo porque Colt, con mucha tranquilidad, retiró sus mantas del sitio en donde ella las había puesto y las tendió junto a las suyas.

Ella se sentó en medio de sus mantas, totalmente vestida y sin saber qué hacer. Recordó que ya había tenido antes el mismo problema, pero que él le había servido de guía. Por entonces se imponía el deseo, ardoroso e impaciente. Una cosa era la unión espontánea y otra muy distinta la situación en que se hallaba. También había sido distinto despertar en sus brazos. Hasta pensar en acostarse con él parecía distinto a esta realidad.

En ese momento no sentía deseo. Estaba tan nerviosa que, cuando Colt empezó a quitarse la chaqueta, ella balbuceó:

-¿No deberías dejártela puesta? Hace frío...

-No me hará falta.

-Oh...

Eso no marchaba. Necesitaba tiempo para calmar los nervios. ¿Cómo podía ese hombre mostrarse tan desenvuelto, desvestirse delante de ella como si lo hiciera todos los días?

Cuando él desabrochó la pistolera, Jocelyn buscó rápidamente un tema para distraerle y se decidió por Angel.

-Háblame de tu amigo Angel.

Eso le dejó inmóvil. Además, le hizo fruncir el ceño.

-¿Qué quieres saber de él?

-Por qué hizo lo que hizo por ti, con que sólo se lo pidieras. Introducirse en una banda de peligrosos forajidos, sólo para poder ayudarme en el caso de que me capturaran, era mucho pedir de cualquier hombre. Sin embargo, él te hizo ese favor.

Colt la miró fijamente un momento. Decidió que no era el interés por Angel lo que provocaba esa curiosidad y se encogió de hombros.

-Supongo que se sentía en deuda conmigo.

-¿Por qué?

-Hace algunos años le ayudé a escapar de una situación peligrosa. Trabajaba en el rancho de mi hermana desde hacía una o dos semanas cuando tropezó con una pequeña banda dedicada a robar el ganado de Jessie. Eran sólo cuatro hombres; al menos, eso creyó él. Y pensó que podría encargarse solo de todos ellos. Lo más probable es que lo hubiera hecho, sí, pero en realidad la banda tenía cinco miembros, y el quinto le disparó desde atrás.

-¿Esa fue la bala que tu hermana le quitó, según dijiste?

-Sí.

-¿Y tú le encontraste y le ayudaste a volver al rancho? ¿Eso fue todo?

-Hubo algo más. Cuando llegué, el revólver ya había sido amartillado para liquidarle. Era cuestión de segundos.

-Y le salvaste la vida -adivinó ella-. Bueno, supongo que eso vale un favor o dos. ¿Y los ladrones?

-Los salvé de que los ahorcaran.

-Los... Oh, bueno, no me des detalles.

-No pensaba hacerlo -replicó él, sonriente. Durante todo el tiempo había estado observando el modo en que la muchacha seguía los movimientos de sus manos. -¿No vas a desvestirte?

-Con este frío...

-No lo sentirás, duquesa. Te lo prometo.

-Pero...

-¿Qué?

-Me parece... tan bochornoso... -reconoció ella, al final-. Ni siquiera me has besado.

-No lo he hecho porque nos vendría bien dormir un poco. ¿Olvidas que pasamos la noche viajando? Si te besara ahora, tampoco dormiríamos esta noche.

Ella se echó a reír.

-Conque por eso te mostrabas tan endemoniadamente desenvuelto.

-Si tienes otra idea...

-No, no. Dormir me parece muy adecuado -dijo ella, apresuradamente. Se levantó para tomar su maletín. -Voy a ponerme el camisón.

-Estaremos más abrigados si dormimos los dos desnudos -le advirtió él, mientras Jocelyn se encaminaba hacia el matorral más próximo.

-Pero ¿podremos dormir de ese modo? -preguntó ella, después de reunir coraje.

-Anda, cámbiate.

40

Después de haber pasado tres años viajando por el mundo, por fin Jocelyn se sentía como de vacaciones. Se divertía inmensamente; se sentía turista. Cuanto veía era bello y digno de recordar: desde las montañas por las que serpenteaban hasta las planicies que utilizaban para cubrir distancias mayores en menos tiempo. El cielo era hermoso: muy azul, frecuentemente soleado. Los ríos y los arroyos, centelleantes y cristalinos. Hasta el frío era un placer. La joven no hallaba defecto en nada, salvo, quizá, en la celeridad con que pasaba el tiempo.

Llevaban cuatro días viajando por colorado, después de haber cruzado las montañas por el estrecho Paso Ratón, escena de un conato de guerra entre los ferrocarriles, apenas algunos años atrás, cuando el Denver & Río Grande y el Atchison, Topeka & Santa Fe se habían precipitado a reclamar la ruta para sus líneas; había ganado el Santa Fe sin derramamiento de sangre, lo cual era sorprendente.

Al viajar cerca de las vías, Jocelyn tenía la sensación de estar otra vez en zona civilizada; claro que Colorado había atraído a miles de pobladores y buscadores de oro desde el descubrimiento de oro, en 1858. Estaba bastante colonizado y en 1876 había alcanzado la condición de estado. Si Jocelyn no veía partes habitadas, era sólo porque Colt tendía a dar amplios rodeos para no pasar por granjas, ranchos y ciudades.

Sin embargo, ese día no fue así. Posada en la planicie, con las Montañas Rocosas atrás, formando una muralla sólida e inexpugnable, estaba la pequeña ciudad de Colorado Springs, a la que se acercaron alrededor del mediodía. Colt dijo que desde allí podrían continuar viaje en tren. Jocelyn no se opuso, pues se imaginaba haciendo el amor en un cómodo lecho, a bordo de un lujoso coche-dormitorio. De cualquier modo, Colt había pensado tomar el tren en Denver para cubrir el último tramo del viaje. Y Denver estaba a sólo dos días de viaje, dada la celeridad que llevaban.

Colt se detuvo antes de entrar en la ciudad y obligó a Jocelyn a esperar, en tanto él se trenzaba el pelo. Esa mañana se había quitado también el pesado abrigo que había estado usando en los helados senderos de montaña; ahora lucía sólo una camisa de piel con flecos, botas blandas y sus pantalones negros ajustados.

La muchacha movió la cabeza.

-¿Por qué haces eso? Te esmeras en exhibir tu raza. Sé que te causa problemas. Eso fue lo que te llevó a ese duelo a pistola en Silver City, ¿verdad?

-¿Y qué?

-Si te cortaras el pelo y vistieras de otro modo parecerías perfectamente normal, ¿verdad?, descontando tu hermosura, que nada tiene de normal.

Él le sonrió, sorprendido de que esa pregunta no le fastidiara. Tal vez era por el modo en que ella le admiraba. Le hacía sentir muy bien saberse observado de ese modo.

-Tú haces las cosas a tu modo, duquesa, y yo las hago al mío. Cuando la gente se equivoca con respecto a ti pueden pasar cosas peores.

-¿Peores que un duelo a revólver? -resopló ella. Pero no esperó respuesta-. Bueno, si quieres que haga las cosas a mi modo, tendrás que devolverme las horquillas.

Alargó la mano para recibirlas, pero él fue entonces quien movió la cabeza.

-Ya podrás volver a ser Su Gracia Real cuando lleguemos a Cheyenne.

Ella iba a fruncir el ceño, pero se le ocurrió que tenía ante sí una espléndida oportunidad para hacer cosas que no podía hacer acompañada por la condesa y por su custodia.

Librodot

-En ese caso, mientras esperamos el tren me gustaría visitar un burdel para...

-¡Ni se te ocurra!

-Sólo para ver cómo es por adentro, Colt. Siempre me he preguntado...

-Olvídate del asunto. No lo pienses más.

Ahora sí que Jocelyn frunció el ceño.

-Una taberna, entonces -dijo, buscando el término medio-. No te opondrás a eso, ¿verdad?

-¿Te parece?

Antes de que le negara también eso, ella insistió.

-Por favor, Colt. Nunca en la vida volveré a tener esa oportunidad. Venir a esta tierra y no ver uno de sus fenómenos culturales.. Una vez que me reúna con mi gente no podré ser tan... audaz.

-¿Estás dispuesta a usar pantalones y mi chaqueta?

Por un momento ella sólo supo que Colt no se negaba.

-¿Tus pantalones? Estás bromeando.

-Nadie dijo que deban quedarte bien, duquesa.

Ella sonrió súbitamente.

-Crees que voy a cambiar de idea, ¿no?

-¿Te parece?

-No.

-Entonces roguemos que el tren esté a punto de partir cuando lleguemos a la estación.

No fue así. Disponían de unas dos horas antes de que llegara el tren que partiría hacia el norte. Eso complació mucho a Jocelyn, pero se llevó una gran desilusión cuando le dijeron que no había coches-dormitorio disponibles. De pronto reparó en un pequeño coche privado aparcado en el patio de la estación. Le informaron que era propiedad de uno de los residentes más prósperos de la ciudad, pero había sido comprado muy poco antes y no estaba en venta ni en alquiler. Naturalmente, eso no tuvo ninguna importancia para ella. Después de pasar treinta minutos buscando al propietario e intercambiando mensajes con él, además de un pequeño saco de oro, obtuvo el uso exclusivo del coche hasta Cheyenne.

Colt, que se había mantenido aparte, observando el efecto que el dinero y los modales de la joven ejercían sobre la gente (ni siquiera se había visto obligada a mencionar su título) se limitó a mover la cabeza. Cargó el equipo en el coche y aguardó mientras ella se cambiaba de ropa en el pequeño dormitorio.

Aquel vehículo se parecía al carruaje de la duquesa, por sus paredes tapizadas de terciopelo y sus asientos de felpilla, pero era mucho más vistoso, pues tenía cortinas con borlas de seda, estrechos espejos de marcos dorados entre ventanillas, gruesas alfombras y tallas de madera. Había un calentador y un lavabo completo, hasta con tina; el bar estaba bien provisto y hasta se veían un piano en el rincón.

Colt miró a su alrededor, preguntándose qué cuernos estaba haciendo allí. Aquello se adecuaba bien a la duquesa, pero no era para él. En su cabaña de las colinas, sobre el rancho de Jessie, no tenía siquiera una cama. Jessie había insistido en ponerle algunos muebles, pero él se había negado a aceptar la cama, pues prefería dormir en el suelo. ¿Y había llegado a jugar con la idea de conservar junto a él a la duquesa? Debía de haber estado loco.

Lo que necesitaba ahora era quitársela de encima, en bien de su paz interior, y por eso estaban allí. Le gustaba demasiado estar con ella, atender a sus necesidades, volverla dependiente de él. Pero el peligro había estado allí desde un principio: que ese breve período no fuera suficiente, que acabara deseando conservarla definitivamente consigo. Había

esperado que no fuera así, pero no tenía suerte. Nunca había pensado que pudiera albergar sentimientos tan potentes.

Al pensarlo volvía a él la antigua amargura, la furia.

Lo que él deseaba no tenía importancia: la duquesa no podia ser suya. Era blanca; él, no. Las mujeres blancas no se casaban con mestizos, a menos que quisieran ser rechazadas por su raza. Probablemente ella no lo había olvidado, aunque él, por un tiempo, no lo recordara. La duquesa se estaba divirtiendo con él, pero cuando llegara el momento se alejaría sin volverse a mirarle. ¿Acaso no le había utilizado para eliminar su virginidad, a fin de casarse con algún hombre que le conviniera? ¡Que le conviniera!

-Estoy lista.

¡Buen Dios! La encontraba hermosa aun así, ridícula.

-No, no estás lista. Esconde ese pelo debajo del sombrero.

Ella obedeció, frunciendo el ceño ante ese tono.

-¿Ocurre algo?

-¿Qué puede ocurrir?

-No quieres llevarme a una taberna, ¿cierto?

-Lo que yo quiera, duquesa, no tiene importancia.

Aquella frase parecía tener doble significado. A Jocelyn le fastidió no captarlo. También esa actitud la fastidiaba; había abrigado la esperanza de no tener que soportarla más.

-Puesto que no tiene importancia, vamos.

No esperó su consentimiento. Salió del coche ferroviario y marchó hacia la calle principal, a paso furioso. Colt la hizo girar en redondo antes de que pudiera salir del patio de la estación.

-Si quieres hacer esta locura, al menos la harás a mi modo. No te quites el sombrero y mantén los ojos bajos. En cuanto mires directamente a cualquier hombre que se precie de tal, él interpretará que quieres pelear. Y mantén la boca cerrada. Y por el amor de Dios, no te aferres a mí si algo te sobresalta. Recuerda que, supuestamente, eres un hombre. Actúa como tal.

-¿Cómo tú? No creo que pueda mantener ese ceño espantoso, pero tienes tantos gestos ceñudos que alguno podré imitar. ¿Qué te parece éste?

El mohín que hizo fue la perdición de Colt. La puso otra vez rumbo a la calle y le dio un empellón, antes de que ella reparara en la sonrisa que ya no podía disimular.

No tuvieron que caminar mucho para encontrar una taberna.

-¿Qué sirven aquí? ¿Cerveza u oro? -preguntó Jocelyn, al ver el letrero: "Cervecería del Oro".

Colt no estaba con ánimo para chistes.

-Lo que sirven aquí es violencia, Duke. ¿Estás segura de que quieres entrar?

-¿Duke? -sonrió ella-. Supongo que es un apócope masculino. ¿Parezco llamarme Duke?

-Pareces un despojo abandonado en la pradera, eso es lo que pareces -replicó él, tirándole del sombrero para cubrir sus delicados lóbulos-. Esto no va a resultar, Dios mío. Con que alguien te mire a la cara, se acabará todo.

-Pero ¿qué pasaría si descubrieran que soy mujer?

-Cualquier cosa, maldita sea...

Jocelyn comprendió que Colt estaba a punto de arrepentirse, de modo que avanzó hacia las puertas de vaivén, diciendo:

-Sólo cinco minutos, Colt, por favor. En cinco minutos no pasará nada.

Y empujó las puertas antes de que él pudiera detenerla.

Librodot

41

La taberna estaba mucho más concurrida de lo que parecía desde el exterior. Jocelyn no se adentró mucho en el salón. Se preguntó si ese día era algún tipo de fiesta, por el número de hombres que había allí en plena tarde. Pero entonces notó que casi todos los sentados ante el bar tenían platos de comida frente a ellos. Era todavía la hora de almorzar... y ella tenía hambre.

-No me dijiste que esto era también restaurante -susurró, al sentir a Colt a su espalda.

-¿Con quién hablas, hijo?

Se volvió con los ojos dilatados. Un veterano se había detenido detrás de ella; llevaba pantalones casi tan abolsados como los suyos, con una camiseta larga debajo de los tirantes. Se estaba rascando la barba gris y, para alivio de Jocelyn, no la miraba a ella, sino al mostrador.

-Disculpe usted, estaba...

-"Discul..."

El viejo carcajeó antes de terminar. Jocelyn hizo una mueca y miró sobre el hombro del parroquiano, para ver qué había sido de Colt. No estaba allí. Y el anciano la miraba bizqueando.

-Por casualidad, ¿no tienes una moneda que te esté molestando, hijito? Para quien pueda pagar una copa, la comida es gratuita.

Ella revolvió en el bolsillo de la chaqueta, donde había puesto unas cuantas monedas rato antes, y le entregó una. Sólo comprendió su error al ver que el hombre dilataba los ojos y le arrebataba la moneda antes de que pudiera cambiar de idea.

-Has de venir de los campos auríferos, hijo. Ven. Te invito a una copa. Demonios, estoy rico.

Y se alejó hacia el bar, carcajeando otra vez. Jocelyn no pensaba seguirle. En realidad, había echado a andar hacia la salida cuando alguien la hizo girar en redondo. Era Colt, muy disgustado; había estado tras ella desde un principio.

-¿No te dije que no abrieras la boca?

-Me tomó por un muchacho -explicó ella, apresuradamente-. Es algo que no habíamos pensado. Si puedo pasar por muchacho, ¿no podríamos quedarnos el tiempo suficiente para comer algo?

-No, no podríamos -repitió él, irritado-. ¿Ya has visto lo suficiente?

-En realidad, todavía no he visto nada, pero...

Se le apagó la voz ante el primer detalle que detectó: un largo cuadro con marco dorado, que pendía sobre el espejo, tras el mostrador; mostraba a una mujer reclinada en un sofá, sin una sola prenda encima. La risa de Colt le hizo comprender que se estaba ruborizando.

-Ven. Desde aquí verás mejor el panorama. Cinco minutos, Duke, y nos vamos.

Ella hizo un gesto afirmativo y le siguió hasta el mostrador. Era un mueble largo de roble tallado; de él pendían, a intervalos de dos metros y medio, toallas destinadas a que los comensales pudieran limpiarse las manos; al menos, eso supuso la muchacha. A lo largo de la base un riel de bronce para enganchar los tacones de las botas. En el suelo había escupideras, una cada cuatro comensales.

Estaban rodeadas de aserrín, y Jocelyn tuvo la desgracia de comprender inmediatamente por qué: un fulano escupió una mascada de tabaco hacia uno de esos recipientes, pero con poca puntería.

Cuando llegó al mostrador, el hombre que lo atendía se acercó para limpiar con un trapo el sitio que había ocupado.

-¿Qué vas a tomar, muchacho?

-Un coñac, por favor.

-Que sean dos whiskies -bramó Colt, a su lado, mientras arrojaba una moneda de diez centavos sobre el mostrador. Su frente arrugada valía por mil palabras. La joven comprendió que acababa de cometer otro error. Lo más probable era que nadie hubiera oído hablar del coñac en esos parajes.

-Disculpa -ofreció, en voz baja. Él se limitó a recomendar, en cuanto le pusieron el vaso delante:

-Toma el vaso, pero no bebas.

Ella tomó aquella copita y giró en redondo, apoyando un brazo en el mostrador, tal como había visto hacer a otro fulano. Colt seguía mirando hacia adelante, pero allí estaba el espejo, que le permitía observar todo el salón. Jocelyn prefería hacerlo directamente.

La taberna no era muy grande; apenas alcanzaba las dimensiones de la sala más pequeña de Fleming Hall. Aparte de ese cuadro, subido de tono, que ella se negaba a mirar otra vez, había otras cosas interesantes en las paredes: una cabeza de venado, el cráneo blanqueado de un animal grande, armas viejas, el trasero de un búfalo... Eso la hizo parpadear un par de veces.

Había algunas mesas de juego y una ruleta, pero nada que apartara el cliente de su función principal: beber. En el curso de unos pocos minutos oyó mencionar cosas tales como "veneno de serpiente", "barniz de ataúdes", "dinamita roja", "jugo de tarántula" y "meada de pantera"; puesto que todo eso se le pedía al tabernero, llegó a la conclusión de que eran diferentes nombres del whisky. Tuvo la tentación de tomar un sorbo de su propia copa, sólo para saber por qué merecía apodos tan coloridos. Una mirada a Colt, que aún lo observaba todo por el espejo, la convenció de que no le convenía.

Había allí todo tipo de hombres, vestidos de diferentes maneras: buscadores de oro, apostadores, comerciantes, vaqueros, vagabundos. Fue casi una sorpresa detectar, finalmente, a las mujeres sentadas a algunas de las mesas.

Las había oído llamar por varios apelativos poco gratos. Al parecer, no estaban disponibles sólo para beber una copa o bailar una pieza, pero Jocelyn sólo detectó en ellas una diferencia con respecto a las mujeres de la ciudad: estaban maquilladas y no lucían simples vestidos de telas rústicas. Por el contrario, se ataviaban según la última moda francesa. Jocelyn recordó haber visto uno de esos modelos en sus figurines, aunque no recordaba que el escote fuera tan bajo. Sólo cuando una de las mujeres se levantó pudo ver dónde terminaba el parecido con la moda vigente: el vestido no tenía falda; lo que pasaba por tal terminaba en la mitad del muslo, dejando al descubierto largas piernas enfundadas en vistosas medias de seda a rayas.

Jocelyn no pudo evitar el quedarse mirándola boquiabierta. Cerró los labios bruscamente. Bueno, ella misma había pedido que la escandalizaran al entrar allí. Y si nujeres vestían tan escasamente, por el amor de Dios, ¿qué se ponían las mujeres de los burdeles? ¡Con razón Colt se había negado tan rotundamente a llevarla!

-¿Tiene algún problema, señor?

Ahora lanzó un gemido. Colt le había advertido que no debía mirar fijamente a nadie. Y el hombrón que miraba hacia ellos parecía bastante disgustado por algun motivo. Pero ella no recordaba haberle clavado la vista. Tal vez no se dirigía a ella.

-Le he hecho una pregunta, señor.

Entonces comprobó que no se dirigía a ella, sino a Colt. Y éste le estaba observando por el espejo; era él quien miraba con fijeza, aunque a ella le había aconsejado lo contrario. Y aquel oso, que también podía verle con claridad en el cristal, no parecía muy complacido por esa contemplación.

Pero Colt no se volvió a responderle. No reaccionaba. Había quedado inmóvil, mortalmente inmóvil. No se movía un solo músculo en todo su cuerpo.

-¡Mierda! Conque eres mestizo, ¿eh? -Jocelyn se puso rígida.- ¿Quién diablos te ha dejado entrar aquí?

La joven esperaba que Colt girara en redondo para decir a esa maldita bestia lo que pensaba de él. ¿Por qué insistía en llevar esas trenzas y esas prendas indias? Una sola cosa no habría importado. Allí había quienes tenían el pelo más largo que Colt. Había otro con una camisa de piel. No vio a ninguno con botas indias, pero aun así... Exhibir las tres cosas a la vez era como pintarse un cartel bien grande. Eso equivalía a buscarse problemas. ¿Por qué aceptaba el desafío, pues?

-Te estoy hablando, mestizo.

El fulano se levantó. Era grandote de verdad. Parecía realmente un oso por su desaliñada melena parda y su cara, toda barba y bigote. No tenía revólver; tampoco parecía importarle que Colt sí estuviera armado. Lo que llevaba era un látigo enrollado sujeto al cinturón; probablemente era un arriero. Jocelyn se compadeció de esos pobres animales a los que conduciría por las sendas de la montaña: el hombre no parecía sólo perverso, sino bastante cruel.

Y Colt seguía sin contestar.

-Parece que necesitas algo que te despierte -sugirió el oso.

Jocelyn ahogó un exclamación, pues el látigo acababa de desenrollarse. ¿Se atrevería ese hombre a...? Sin embargo, todos los hombres que estaban ante el bar parecían pensar que sí, pues se apartaron hacia las paredes, abriéndole espacio. También se desocuparon las mesas más cercanas al mostrador. Alguien la asió por la chaqueta para apartarla de allí.

Y Colt seguía sin volverse.

Cuando Jocelyn logró desprenderse de su improvisado protector, el látigo ya había restallado. La joven vio su marca oscura atravesando la espalda de Colt: allí donde había tocado, la piel estaba aplastada. Su horror fue indescriptible. ¡La bestia se había atrevido a azotar a Colt para obligarle a reaccionar! Pero no lo conseguía. Para asombro de Jocelyn y sorpresa de todos, Colt no actuó. No se movía, no demostraba con el menor gesto que hubiera sido tocado. Y ese golpe tenía que haber dolido, a juzgar por su resonancia.

El oso también pareció sorprenderse al no lograr reacción alguna de su víctima, pero sólo por un momento. Entornando los ojos, se acercó al espejo para observar la cara de Colt.

-Me resultas muy conocido, mestizo. ¿Alguna vez te ,metiste en problemas conmigo, tal vez cuando yo estaba demasiado borracho como para recordarte? -Y de pronto gritó: -¡Contéstame, cretino!

El látigo cortó el aire dos veces más.

-No -exclamó Jocelyn. Y dio un paso hacia adelante, sólo para sentirse inmovilizada por una mano firme que se apoyó en el hombro.

-No te entremetas, muchacho. Es sólo un mestizo.

En ese momento la joven perdió la razón. No comprendía el prejuicio que podía hacer pronunciar semejante observación, la apatía con que todo el mundo se limitaba a mirar, en vez de impedir tanta crueldad. Sobre todo, no entendía qué le pasaba a Colt, por qué guardaba silencio, por qué soportaba aquello. Ella no pudo actuar igual.

Giró hacia el fulano que la sujetaba y le quitó el revólver antes de que el otro hubiera podido adivinar sus intenciones. Era un objeto incómodo, de cañón largo. Tuvo que apoyarlo en el antebrazo, pero aun así no habría tenido mucha suerte. Las armas cortas no eran su especialidad.

Pero el oso no lo sabía.

-Golpéelo otra vez, señor, y tendré que disparar contra usted.

La gente se apartó un poco más, abriendo paso alrededor de ella y del oso. Por lo menos, había logrado distraerle, y eso la puso muy nerviosa. Echó un vistazo a Colt, pero el maldito permanecía inmóvil. ¿Acaso pensaba que ella podía salir de ésa por su propia cuenta?

-¿Me hablabas a mí, muchacho? - preguntó el oso-. supongo que no eres tan estúpido.

Ella dio un respingo al verle recoger el látigo con un breve movimiento. La amenaza era palpable; el mensaje, evidente. Si no dejaba el arma, el blanco del látigo sería ella misma.

Le sudaban las manos. Tuvo que probar dos veces antes de poder amartillar el revólver. El ruido fue horrible en el mortal silencio del salón. Y con eso sólo consiguió enfurecer al oso a tal punto que poco le importó el arma.

-Pequeña mierda -gruñó-, ¡apártate si no quieres que te reduzca a lonchas!

-¿Por qué no le dejas en paz, Pratt? -sugirió alguien-. Es apenas un crío.

-¿Tú también quieres? -fue la réplica del oso.

-¿No te parece que ya has dado suficiente espectáculo por hoy, Pratt? -Eso, desde el otro extremo de la habitación.

Jocelyn comenzaba a recobrar el ánimo, pero comprendió que al hombre le enfurecía no contar con el apoyo de todos los presentes. Esa ira se volvió hacia ella.

-¡Maldito sea tu pellejo! ¡Deja esa arma o dispara!

No le quedaba alternativa, pues el hombre estaba echando el brazo hacia atrás, preparándose para lanzar el latigazo hacia ella. Apretó el gatillo... y quedó petrificada de espanto. No ocurría nada. ¡Había confiscado un arma descargada!

La salvaje exaltación de su enemigo era muy expresiva. Por la audacia de haberle desafiado tendría que sangrar y sufrir un dolor espantoso. La sola idea la paralizó a tal punto que ni siquiera pudo gritar cuando vio el látigo venir hacia ella.

En realidad, el restallar fue peor que el golpe. Jocelyn no sintió nada. El corazón se le había detenido, pero no sentía dolor alguno. Entonces olió el humo, vio que Pratt se derrumbaba lentamente y comprendió que alguien la había salvado: lo que acababa de oír no era el restallido del látigo, sino un disparo.

Era comprensible que no atribuyera automáticamente su rescate a Colt, puesto que había dejado llegar tan lejos la escena. Sin embargo, el arma que aún humeaba era la de su guía; eran sus ojos los que la contemplaban. Jocelyn aflojó todo el cuerpo, aliviada... y casi de inmediato se sintió hervir por dentro.

Pero su brusco enojo estaba perfectamente dominado. Giró sin prisa y devolvió el revólver inútil a su dueño. Luego salió tranquilamente a la calle.

No volvería a dirigir la palabra a Colt Thunder. Por algún motivo diabólico, se había abstenido de actuar hasta el último instante posible: quizá para darle una lección, la había dejado morir de miedo. Jamás se lo perdonaría.

42

Colt vio que la duquesa salía de la taberna, pero no hizo ademán alguno de seguirla; en ese momento no podía. Se sentía débil como un bebé. El corazón aún le golpeaba contra las costillas y tenía la piel pegajosa de sudor frío. Nunca antes le había ocurrido nada así. Tampoco sabía con certeza qué había pasado.

Había visto a Ramsay Pratt mirándole por el espejo. Al reconocerle, sintió una satisfacción tan primitva que estuvo a punto de dejar escapar un grito de guerra. Muchas veces había imaginado que volvía a encontrarle, que le desafiaba a duelo y le vaciaba el revólver en el cuerpo, no para matarle, pero sí para dejarle lisiado. No quería matarle. Quería que viviera para soportar la misma amargura, el mismo dolor que habían formado parte de su propia vida desde el último día en que sus caminos se cruzaran.

Dejó deliberadamente que el hombre se encolerizara más y más, sin contestarle. Lo quería completamente loco, lo suficiente como para que sacara ese látigo suyo. Pero cuando logró lo deseado y comenzó a girar para enfrentarse al cretino, descubrió que no podía. Era como si su cuerpo se hubiera desconectado al ver el látigo, como si la parte de su mente que lo dominaba hubiera decidido no participar en otra confrontación con él, como si tuviera miedo de pasar otra vez por esa experiencia.

Aun cuando Ramsay le azotó, no le fue posible salir de ese estupor hipnótico que le inmovilizaba. No hubo dolor alguno que le ayudara: dado el gran daño que habían sufrido sus tejidos en la espalda, habría sido preciso aplicarle brasas vivas para que las sintiera. Aun ahora no sabía si Ramsay le había causado algún daño, esta vez. No lo sabría mientras no se viera la espalda.

Pero si era el miedo lo que le había paralizado sin conocimiento consciente, fue el más puro terror lo que sintió al ver que la duquesa estaba amenazada y él seguía sin poder moverse; un puro terror que provocó el sudor frío y el debilitamiento, con sólo pensar que ella podía salir herida. Sólo al ver que el hombre levantaba realmente el látigo contra ella estalló la ira en su cabeza, devolviéndole la capacidad de moverse.

Siguió con la vista el cadáver de Pratt, que era sacado a rastras. Hubo algunos comentarios, pero ninguno dirigido contra él. Los parroquianos, en su mayoría, volvieron a lo que habían estado haciendo antes de aquella escena violenta. La reacción era típica, puesto que la violencia era más o menos cotidiana.

Colt no sentía nada: ni pena, ni satisfacción, ni emoción alguna por el hombre al que acababa de matar. Sólo le perturbaba la mirada completamente despectiva que había recibido de la duquesa, un momento antes de que ella saliera. No necesitaba preguntarse la causa. ¿Y qué le diría? ¿Que había tenido miedo. sin conciencia de ello? ¿Qué había tratado de mantenerla fuera de la cuestión, sin poder moverse? Que no había podido moverse... Oh, claro que ella lo creería.

Volvió al patio de la estación, a ese lujoso coche que ella había conseguido con tanta facilidad. La duquesa estaba allí, pero encerrada bajo llave en el compartimento dormitorio. Colt se preguntó por un momento si debía golpear a la puerta y decidió que no. Tal vez así fuera mejor. Perdía algunos días de amor con ella, pero si de cualquier modo tenía que renunciar a esa mujer, ¿qué importaba?

Recogió su equipaje y se encaminó hacia la puerta. Sacaría billete e informaría a la duquesa, por intermedio del conductor, en dónde encontrarle. No había motivos para que volvieran a verse hasta la llegada a Cheyenne. Pero al salir vio uno de los espejos y se acordó

Librodot

de su espalda. Entonces dejó caer el equipo y se quitó la camisa para echarse un vistazo. Decidió que Pratt había perdido la mano con los años, porque no se detectaba una sola marca.

-¡Santo cielo!

Giró en redondo, echando mano de su revólver.

-¡¿Qué?!

Pero lo comprendió al ver la expresión de la joven. Una piedad que no sabía soportar en el mejor de los casos, mucho menos de ella.

Jocelyn dejó caer el rifle para cubrirse la boca. Estaba a punto de vomitar. En la hora pasada había visto violencia de sobra, pero eso, el resultado de la violencia aplicada contra él... ¡contra él! Corrió hacia el lavabo.

Colt arrojó la camisa al suelo con una fuerte palabrota y corrió tras ella, haciéndola girar en redondo antes de que ella pudiera llegar a la puerta.

-¡No se te ocurra! No es nada, ¿me oyes? ¡Nada! Si querías vomitar, habrías debido hacerlo cuando ese cerdo estiró la pata, no ahora.

Ella tragó la bilis que se le subía a la garganta, sacudiendo la cabeza. Ya se le habían llenado los ojos de lágrimas. No sabía qué había puesto furioso a Colt. No podía evitar la emoción que le desgarraba las entrañas.

Él, al ver sus lágrimas, bramó:

-¡No!

Pero el gemido ahogó su orden. Jocelyn le echó los brazos al cuello. Colt trató de liberarse, pero no podía hacerlo sin lastimarla. Y ella no le soltaba; se aferraba tanto a él que casi habría podido sofocarle.

-Ah, mierda -protestó él, al cabo de un momento. La llevó a la silla más cercana y se sentó, con ella en el regazo-. No puedes hacerme esto, mujer. ¿Y por qué diablos lloras, al fin y al cabo? Te he dicho que no es nada.

-¿Esto... te parece... nada? -sollozó ella, contra su hombro.

-Nada que te incumba. Pasó hace mucho tiempo. ¿Crees que aún duele o algo así? Te aseguro que no.

-¡Pero dolió! -gritó ella, aún más fuerte-. ¡No digas que no! ¡Oh, Dios, tu pobre espalda!

Él se puso tenso. No podía evitarlo.

-Escúchame, duquesa, y escúchame bien. Un guerrero no puede aceptar la compasión. Prefiere la muerte.

Ella se inclinó hacia atrás, algo sorprendida.

-¡Pero si no te compadezco!

-¿A qué viene tanto llanto, pues?

-Es por el dolor que debes de haber sufrido. No... no puedo soportar que hayas sufrido así.

Él movió la cabeza.

-Lo estás mirando desde una perspectiva equivocada, mujer. Esa flagelación estaba encaminada a matarme. No hay muchos hombres que puedan sobrevivir a algo así, pero yo estoy vivo. Las cicatrices representan mi triunfo sobre mis enemigos. Los derroté sobreviviendo.

-Si estás orgulloso de esas cicatrices, como lo estás de éstas- preguntó ella, rozando con los dedos la piel arrugada de una tetilla, con lo cual le provocó un respingo-, ¿por qué me las ocultaste? No puedes negar que me las ocultabas.

Recordaba ahora aquellas oportunidades en que, desnudos ambos, haciendo el amor, ella había alargado las manos hacia su espalda; invariablemente, él se las inmovilizaba sobre

la cabeza o a los costados. También recordó cierta vez en que ella le había dicho: "¡Debería hacerle azotar!' ¡Qué insensibilidad, por Dios! Claro que, por entonces, ella ignoraba eso.

-No dije que estuviera orgulloso de estas cicatrices, duquesa. Pero recuerda cómo reaccionaste cuando viste estas -observó él amargamente, presionando las manos de Jocelyn contra sus tetillas-. Y fíjate cómo acabas de reaccionar. Ahí tienes tu respuesta. Provocan disgusto. Mi espalda hace que las mujeres vomiten.

-¿Sabes por qué? -inquirió ella, algo acalorada-. Porque las del pecho te las hiciste tú mismo, en una autotortura deliberada, y te inspiran orgullo. Pero las otras las hizo alguien que quiso mutilar este cuerpo magnífico, y eso es una atrocidad indescriptible. ¿Quién te las hizo?

Colt no habría podido saber si eso era regañarle o un cumplido.

-Acabas de verle morir -respondió.

Ella tardó un momento en comprender; entonces se puso pálida.

-¡Oh, no me extraña que no pudieras moverte al verle! Yo misma quedé inmovilizada cuando pensé que iba a azotarte, pese a que no sabía lo que ibas a sentir. Pero tú lo sabías... Oh, Dios -gimió, ciñendole otra vez con fuerza, como si de ese modo pudiera borrarle el recuerdo-. Sabías exactamente lo que ibas a sentir si te golpeaba... ¡y él lo hizo! Tuviste que revivir esa pesadilla...

-Basta, duquesa -gruñó él-. Estás empeorando las cosas. No sentí nada. Hace falta nervios vivos para sentir el dolor, y de ésos me quedan pocos ahí detrás.

-¡Oh, por Dios! -Y ella volvió a llorar.

-¿Y ahora qué?

Pero Jocelyn movió la cabeza; él no querría oírle decir que eso era todavía peor. Sólo que él adivinó su pensamiento. Y comprendió lo que ella hacía: trataba de ahogarle con esos consuelos que sólo las mujeres saben ofrecer. Si se lo permitía, acabaría por acunarle la cabeza contra el pecho. Y el problema residía en que la idea resultaba demasiado tentadora.

Tenía que pensar en otra cosa. Al ver el rifle caído en el suelo, preguntó:

-¿Dónde ibas con esa arma?

-Es que no te oí entrar -sollozó Jocelyn-. Por fin se me ocurrió que quizás habías tenido más dificultades en la taberna, al salir yo.

-¿Pensabas volver para rescatarme?

-Algo así.

Ella esperaba oírle reír. En cambio sintió su mano, que le tiraba de la cabellera hacia atrás para poder besarla. Le llamó la atención la calidad casi deseperada de ese beso, que parecía provenir más de él que de ella misma.

Se estaba acabando el tiempo que podían pasar juntos y ambos lo sabían.

43

Cuando el tren entró en la estación de Cheyenne había un leve remolineo de nieve ante las ventanillas del coche privado. Después de pasar casi un año en los cálidos países del Mediterráneo antes de viajar a Norteamérica, Jocelyn llevaba largo tiempo sin ver nieve.

-¿No te parece que el clima de esta zona puede ser demasiado frío para los caballos? -preguntó, dejando caer la cortina.

Colt se estaba poniendo el abrigo.

-Los caballos salvajes viven aquí desde hace siglos, duquesa. ¿Cómo se las arreglaría las gente sin caballos?

Ella sonrió con cierta timidez. Había dicho a Vanessa que tenía intenciones de instalar allí su yeguada, pero esa decisión había sido impulsiva, tomada bajo la influencia del hombre que tan tranquilamente se preparaba para abandonar el tren... y a ella. Si no tenía otro motivo para instalarse en ese territorio, tal vez hubiera otra zona más adecuada para criar los pura sangre.

-Pero ¿tú criarías caballos aquí? -insistió.

-Es lo que pienso hacer, empezando con esa potranquita que me debes. Y no temas que no pueda sobrevivir: en realidad, este clima es ideal para los animales: ni los veranos son demasiado calurosos ni los inviernos demasiado fríos.

-Pensaba en mis propios animales. ¿No te dije que pensaba establecerme aquí?

-¡Por el amor de Dios! ¿Por qué?

Ella apartó la cara para no ver aquella expresión de horror. Tenía un nudo en la garganta. Aquello la hizo sufrir. Iba a decirle que no se creara problemas, que si elegía establecerse en Wyoming lo haría muy lejos de él.

Pero Colt se acercó por atrás, apoyándole una mano en cada hombro:

-Olvida lo que he dicho. Lo que hagas ahora es cosa tuya. Mi trabajo ha terminado.

Pero ¿cómo demonios podría vivir día a día, sabiendo que ella estaba cerca? Colt había pensado que, después de cumplir con lo que debía hacer allí, la duquesa volvería a tomar el tren hacia el Este, entonces podría olvidarla. Pero si no se iba...

Ella le apartó las manos. Estaba rígida.

-No sé por qué insisto en olvidar que estás ansioso por terminar con esta relación. Si quieres llevarme a un hotel, podrás seguir tu camino. Haré que te entreguen la suma adeudada en el rancho de tu hermana, en cuanto llegue.

-No, nada de eso.

-De veras...

-No, duquesa.

Ella apretó los labios. Era la segunda vez que Colt actuaba así con ella; pero la primera vez ella sólo había querido hablarle. Ahora ya no la intimidaba tanto esa expresión implacable. Ella tambien estaba dejando que su mal genio le hiciera olvidar el sufrimiento.

¿Conque él no quería esperar? ¿Conque prefería cortar todos los lazos de inmediato? Después de la semana que acababan de pasar juntos, ella creía que empezaba a comprenderle algo mejor. Hasta había albergado esperanzas de...

-Si temes que vaya yo misma a entregar el dinero, no lo haré. Te aseguro que no volverás a verme, si no quieres. Pero no traigo semejante suma conmigo. Si no puedes esperar a que lleguen mis carretas, supongo que puedo cablegrafiar a mi banco más cercano y hacer

transferir la suma... ¿Y ahora qué pasa? -preguntó, viendo que él continuaba moviendo la cabeza.

-Si tratas de pagarme ese dinero, lo quemaré. Nunca lo quise, bien lo sabes. Simplemente, haz que me entreguen la potranquita, cuando esté lista para ser separada de su madre, y estaremos en paz.

-¿Eso significa que soportaste por nada un trabajo que odiabas? Deja al menos que te pague la suma acostumbrada...

-No.

Jocelyn le fulminó con la vista.

-Estás decidido a hacerme sentir culpable por aprovecharme de ti, ¿no? Pero voy a desilusionarte. Si algo siento no es culpa, por cierto.

Así diciendo, levantó su maletín y marchó hacia la puerta. Colt apretó los dientes, furioso. Sus alforjas estaban todavía en el compartimento dormitorio; de lo contrario habría salido tras ella. ¡Maldita mujer! ¿Por qué trataba de hacer que él se sintiera culpable por no aceptar su dinero? Sólo deseaba alejarse de ella antes de cometer alguna estupidez, como la de confesarle sus sentimientos. Bien podía imaginar su reacción, en ese caso: echaría a correr como un demonio... quizá después de soltar la carcajada.

Recordó lo que ella había dicho al pedirle que la llevara a una taberna: que no volvería a tener la oportunidad, porque no podría mostrarse tan audaz cuando se reuniera con su grupo. Lo mismo podía aplicarse a él: la duquesa estaría dispuesta a compartir sus mantas, siempre que estuvieran solos y nadie se enterara. Pero sin duda allí la esperaban algunos miembros de su custodia. No podía permitir que ellos se enteraran de que había tomado por amante a su guía mestizo. Y si ahora estaba ofendida, probablemente era porque Colt le había recordado que la aventura llegaba a su fin antes de que ella pudiera despedirle. Por eso salía tan tiesa y ofendida.

Colt salió dando un portazo. Tuvo que correr para alcanzar a la duquesa. La mujer habría debido ir directamente al vagón de los animales para que ambos pudieran retirar sus caballos, pero no: iba a paso rápido hacia la ciudad. Colt pensó en dejarla ir; ahora no corría peligro. Pero preocuparse por ella se había convertido en costumbre. Mientras no estuviera seguro de que la custodia había llegado en tren antes que ellos, mientras no la pusiera en manos de sus acompañantes, se sentía responsable.

Jocelyn estaba tan furiosa que no veía dónde iba, con quién se cruzaba ni cómo era Cheyenne, Wyoming. Se sentía... utilizada. Buen Dios, ¿era posible que toda la semana transcurrida hubiera sido para él tan sólo un modo de ajustarle cuentas? Porque se había sentido utilizado por ella, se aseguraba de hacerle experimentar lo mismo. ¡Qué cosa tan despreciable! Pero ¿qué otra cosa cabía pensar? Apenas esa mañana le había hecho el amor salvaje, apasionente, para después acunarla entre sus brazos con ternura. Ahora ardía por quitársela de encima para no verla nunca más. ¿Nunca más? Oh, Dios, no volver a verle, no volver a sentir sus manos... ¿Cómo soportar eso?

Su paso se tornó más lento; su pecho se llenó de dolor. Trató de recordar dónde estaba; se dijo que no podía llorar en plena calle. Aun así, los ojos se le llenaron de lágrimas.

De pronto alguien la sujetó por la muñeca, tirando de ella hacia un lado. Su primer pensamiento fue: “No, todavía no me ha abandonado.” Pero una mano que le apretaba la boca y un pinchazo en el cuello le hicieron cambiar de idea.

-Tienes suerte de que el jefe quiera verte primero, muchacha. De lo contrario te degollaría aquí mismo. Si haces algún movimiento raro, tendré que dejarle con las ganas.

Ella comprendió la advertencia, pero no estaba segura de que le importara obedecer. ¿A qué esperar? ¿Por qué sufrir los abusos del inglés antes de morir, si podía acabar con el asunto allí mismo?

Aparte del hombre que la retenía contra sí, sólo con aquella mano apretada a la boca y un cuchillo contra su cuello, había otro a la vista; apretaba la espalda contra el flanco de un edificio, en la esquina, ocultando la mano bajo su pesado abrigo. Sin duda tenía allí un revólver, puesto que se le podía ver desde la calle. La habían arrastrado un poco hacia atrás, para que ambos fueran menos visibles a la sombra, entre los dos edificios. Sólo podría verles alguien que pasara por ese estrecho callejón, como ella un momento antes.

Lo que no comprendía era por qué se limitaban a retenerla allí. Sin duda tenían caballos esperando detrás de los edificios, para llevársela. Con esa espera sólo le daban tiempo para decidir si los acompañaría o no. Tal vez, si ése no la degollaba de inmediato, pudiera desasirse o gritar.

Cuando estaba a punto de asestarle un golpe con el talón, el otro hombre dijo:

-Allí viene, Dewane.

¿Quién? No podía ser Colt. Sin duda estaba todavía en la estación, retirando su caballo; tal vez hasta iba ya rumbo a su casa. Pero Jocelyn tuvo la seguridad de que era Colt, y comprendió que ellos no habrían estado esperándole sino para matarle. El pánico la dejó inmóvil, robándole el calor y el color. Y un momento después apareció él, girando en la esquina. Un revólver contra su cara le detuvo en seco.

-No te atrevas siquiera a respirar -le dijeron.

Colt no se movió, porque la ira estaba a punto de sofocarle. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? ¿Por qué no le había llamado la atención que la duquesa cambiara súbitamente de dirección para esconderse entre dos edificios? Había pensado que ella sólo trataba de desorientarle, pero no era excusa. Con sólo mirarla comprendió que estaba asustadísima; hasta lloraba. Fue eso lo que despertó sus instintos asesinos, como ninguna otra cosa habría podido hacerlo.

Esos dos cretinos no saldrían de eso con vida, si él podía impedirlo.

-Quédate tranquilo, Clint. No hará nada mientras yo tenga el cuchillo contra este bonito cogote. ¿No es cierto, indio Trueno? -Dewane rió entre dientes-. No me recuerdas, ¿eh? Supongo que has ahuyentado a tantos que ya no llevas la cuenta, ¿eh?

-Te llamas Owen, ¿no?

-Vaya, vaya, qué honor. Y ahora la tortilla se ha dado vuelta. ¿A que creías habernos desorientado al llevarte a esta señorita? Pero el bueno de Miles nos había dicho dónde iba la muchacha. ¿A qué andar correteando detrás de un indio, si podíamos esperar bien sentados aquí?

-Conque el inglés está aquí, en la ciudad.

-Lo que te importa no es dónde está, sino cómo. Y te digo yo: enfadadísimo.

Ante eso Clint dejó escapar una carcajada; era nuevo en la banda, pero le habían hablado del último enfrentamiento con la muchacha. A Dewane no le hizo gracia, porque él había estado presente.

-Cuando perseguimos a Angel y descubrimos que él la había devuelto, el hombre quería matarnos a todos -continuó Dewane-. Para colmo, al estúpido de mi hermano y a Saunders los pilló la fiebre del oro en Colorado y se fueron a las minas. -Por fin sonrió-. Puedes apostar tu último aliento a que el jefe le hará pagar a esta mujer todo lo que le ha hecho sufrir. ¿Y tú? ¿Estás listo para pagar por tu parte?

-¿Qué parte?

-Eras tú el que disparaba para retrasarnos. ¿Crees no lo sabemos, Trueno?

-Ese es tu nombre indio, ¿no? -preguntó Clint-. Si tienes algún otro, será mejor que lo digas ahora. -Y concluyó, con una risa burlona: -En las lápidas hay que poner el nombre completo.

-Blanco -replicó Colt, tranquilamente.

-Trueno Blanco -se burló Dewane-. Claro.

-¿Cómo es eso? -quiso saber Clint-. No es divertido, como Perro Rabioso o Caballo Loco.

-No olvides que es mestizo, tonto -dijo Dewane, disgustado-. Es por su mitad blanca.

-No, es por el relámpago que acompaña al trueno -explicó Colt, sin alzar la voz, en tanto extraía su arma para clavar una bala en el centro de la frente de Dewane.

Clint quedó estupefacto; ni siquiera recordaba que tenía un revólver en la mano. La duquesa empezó a gritar al caer con Dewane. Sólo entonces Clint se volvió hacia Colt... y recibió la bala reservada para él. Disparó por acto reflejo, pero el proyectil tocó el polvo apenas un segundo antes que él.

Colt se aseguró de que estuviera muerto (con respecto a Owen no había dudas) y ayudó a Jocelyn a ponerse de pie. Ella le lanzó inmediatamente una bofetada, que él pudo evitar apenas. Lo que no pudo esquivar fue su furia.

-¡Podrías haberme matado! ¡Podrías haberme hecho matar por él!

Colt le inmovilizó el brazo, alzado para otra bofetada, y la estrechó entre sus brazos.

-Ya pasó, duquesa -dijo con suavidad-. Y nunca disparo si no sé exactamente dónde voy a hacer blanco.

Sintió que la recorría un estremecimiento; luego quedó relajada contra él.

-Creo que he visto caer demasiados cadáveres a mi alrededor, en estos últimos tiempos. Sácame de aquí, Colt.

Nada le habría gustado más, pero al ver que la gente corría hacia ellos para investigar la causa de los disparos, comprendió que era preciso esperar. Entre la multitud estaba el subcomisario Smith, a quien él conocía, afortunadamente; por lo menos, no los retendrían demasiado con las preguntas.

-Te llevaré al Rocky Valley en cuanto haya explicado esto, duquesa. Yo volveré para averiguar si alguno de tus guardias ha llegado antes que nosotros, pero mientras el inglés pueda estar en la ciudad, con otros hombres a sus órdenes, estarás más segura en el rancho.

Ella no discutió. Sólo importaba una cosa: él todavía no la abandonaba.

44

Lo primero que, le dijo la mujer fue:

-A menos que Billy haya cambiado de sexo, Colt, no es él con quien has venido a casa. -Luego le abrazó, le miró de pies a cabeza y acabó por fruncir el ceño.- Nunca pensé que tardaras tanto. ¿No pudiste encontrar a ese cabeza hueca?

Jocelyn, algo más atrás, escuchó la breve explicación de Colt y el torrente de preguntas que siguió. Nunca le había oído hablar tanto en tan poco rato. Ni por un momento dudó que esa bella morena, de magníficos ojos de turquesa, fuera su hermana Jessie, la que le había dado un nombre, la que le había enseñado a hablar su idioma. De eso tampoco cabían dudas al oírlos hablar a ambos.

Por fin fue presentada. Colt, típicamente, se limitó a llamarla Duquesa. Jocelyn se preguntó si recordaba siquiera su verdadero nombre, pero tampoco se molestó en corregir a su hermana, cuando ésta supuso que Duquesa era su nombre de pila.

Después le presentaron a Chase, el marido de Jessie: un hombre encantador, de ojos tan oscuros que parecían negros. Aunque Jessie parecía tener apenas veintiún años, debía de tener algunos más, pues tenía un hijo de siete años, imagen viva de su padre, una niña de cinco y otro varón de sólo cuatro. Hermosos niños que le provocaron cierta opresión en el pecho al precipitarse a los brazos de su "tío Colt".

Como habían llegado al rancho Rocky Valley poco después de oscurecer, Jocelyn se excusó temprano para permitir a Colt una conversación en privado con su familia. Por la mañana descubrió que él había vuelto a la ciudad la noche anterior. Cuando se reunió con Jessie en el comedor, fue para enfrentarse a cierta hostilidad.

-¿Qué le has hecho a mi hermano? -fue lo primero que oyó decir.

-¿Cómo dice usted?

-No me vengas con ese tono altanero, Duquesa. Y no finjas no saber a qué me refiero. El Colt que volvió a casa anoche no era el mismo que partió hace tantos meses, para buscar a Billy.

Jocelyn cayó en la cuenta de que allí, por fin, podría descubrir algunas cosas sobre Colt Thunder. Interpretó la hostilidad de Jessie Summers como lo que era: preocupación por alguien a quien amaba. Por eso no se ofendió.

-Dime cómo era cuando partió -fue su propuesta.

-Era un hombre feliz y satisfecho. Y me llevó mucho tiempo conseguir eso. Aquí puede mostrarse tal como es. Y permite que te diga algo, Duquesa: en tu vida conocerás a otro hombre tan generoso y considerado. Pero anoche... Demonios, estaba reservado, nervioso, mudo. Y salió como disparado en cuanto te acostaste. ¡Quiero saber qué pasa aquí!

-Temo no tener la más vaga idea. EL Colt que conozco es el mismo fulano abrupto y agrio que conocí cuando me salvó la vida. No, retiro eso: en esta última semana se ha mostrado más... relajado, se podría decir. Hasta ayer.

-¿Y qué pasó ayer?

-Llegamos a Cheyenne, por supuesto. Y entonces actuó como si estuviera hirviendo por deshacerse de mí. Por desgracia, mi enemigo tenía otros planes. Por eso estoy aquí. Y tal vez por eso le notaste diferente: todavía no ha podido divorciarse de mi presencia.

-¿Divorciarse? -Jessie rió por lo bajo. -Tienes una manera muy extraña de hablar, Duquesa. La próxima vez que mi esposo esté en desacuerdo conmigo, me divorciaré de la discusión.

Librodot

-Si se parece en algo a Colt, diría que será una decisión prudente -respondió Jocelyn, participando de la humorada.

-¿Colt discute? ¿Desde cuándo?

-Desde siempre. Al menos, eso pensaba yo. ¿Quieres decir que eso no es normal en él?

-Por supuesto que no. No son muchos los que se atreven a discutir con él, ¿comprendes? Cuando yo le regaño, se limita a esperar tranquilamente a que me haya descargado. Luego dice algo que me haga reír.

Jocelyn movió la cabeza, extrañada.

-Me parece increíble que estemos hablando de la misma persona.

-También a mí, Duquesa.

-¿Te molestaría llarnarme Jocelyn?

-¿Qué? ¿Duquesa es sólo un apodo que te ha puesto Colt?

-Podríamos decir que sí -esquivó Jocelyn, por no dar explicaciones, pues había algo más importante que averiguar-. Muchas veces me he preguntado a qué se debe esa amargura que tantas veces he percibido en Colt. Tal vez tú puedas arrojar alguna luz sobre eso.

-¿Estás bromeando? Es bastante obvio, ¿no te parece? La gente no le acepta por lo que es.

-Pero tú misma dijiste que vivía feliz y satisfecho.

-Aquí, en el rancho. También en Cheyenne se le conoce bien y se le aprecia. Pero de vez en cuando también tiene problemas con los forasteros. Pasará muchísimo tiempo antes de que la gente pueda mirarle y no ver a un indio, raza a la que se sienten naturalmente obligados a odiar.

-¡Pero es sólo culpa suya, por vestirse de ese modo para exhibir su origen! -protestó Jocelyn, irritada ante tanta injusticia-. ¿Acaso no se da cuenta de lo poco indio que parece? Si se cortara el pelo...

-Ya lo intentó -interrumpió Jessie, dejando entrever parcialmente su propia amargura-. ¿Quieres saber qué le pasó por parecerse a los blancos? Uno de mis vecinos se enfureció tanto al descubrir la verdad que lanzó a sus hombres contra Colt, le hizo atar a un poste y ordenó que le mataran a latigazos.

-Oh, Dios -susurró Jocelyn, cerrando los ojos como si sufriera.

-No le quedó mucha piel para suturar -prosiguió Jessie, en tanto los recuerdos volvían a ella-. Tampoco mucha carne, después de más de cien azotes. Pero aún estaba de pie cuando llegamos nosotros para impedir aquello. Y no habían logrado arrancarle un grito, aunque hicieron todo lo posible, aquellos cretinos. Tuvo fiebre durante tres semanas; pensamos que se nos iba. Y pasaron ocho largos meses antes de que recuperara toda su fuerza. Pero lo que le hicieron no es agradable de ver.

-Lo sé -murmuró Jocelyn.

-¿Lo sabes? ¿Cómo es eso? Nunca deja que le vean la espalda.

-Temo que aparecí por sorpresa.

-Ah... -exclamó Jessie, avergonzada de lo que había llegado a pensar-. Sin duda te... horrorizaste.

-Eso no describe ni aproximadamente lo que sentí. Estuve a punto de descomponerme.

-Pero su espalda no es tan horrible como para eso -protestó la hermana.

Jocelyn parpadeó.

-No, por supuesto. Lo que me repugnó fue que alguien pudiera hacer algo así. No lo comprendí entonces y no lo comprendo ahora. Ese vecino tuyo debía de estar loco. Sólo eso podría explicar semejante violencia.

-Oh, estaba bien cuerdo. Y hasta creía que se justificaba actuar así. Colt estaba cortejando a su blanquísima hija, ¿sabes? Y él lo había permitido. Por eso se consideró obligado a hacer lo que hizo: porque Colt se había atrevido a desear a esa arrastrada. ¿Puedes creer que ella lo presenció todo sin decir una palabra? -Jessie frunció el ceño al ver la expresión de Jocelyn.- Perdona. He hecho mal en contarte todo esto. Es que me pongo furiosa cuando lo recuerdo.

-Sí, comprendo.

Pero Jocelyn comprendía algo más. Ahora sabía por qué Colt rechazaba a tal punto a las blancas. Y se sentía completamente derrotada.

-Su Gracia por aquí, Su Gracia por allá... ¿qué era todo eso? -preguntó Jessie a su marido, mientras Jocelyn se alejaba con la escolta de seis hombres que había ido a buscarla.

-Se diría que la tal Duquesa es una duquesa de verdad.

-Vaya, es el colmo -sonrió Jessie-. Parece que mi hermano apunta muy alto, ¿no?

-¿Qué quieres decir? -preguntó Chase, frunciendo el ceño.

-No me digas que no viste cómo la miraba anoche. Pensé que en cualquier momento saldría humo del sofá en donde ella estaba sentada.

-¡Dios mío, Jessie! No estarás pensando en hacer de casamentera, ¿no? Ella es de la nobleza británica.

Ella entornó los ojos.

-¿Insinúas que mi hermano no la merece?

-Nada de eso -protestó él, exasperado-. Pero los aristócratas sólo se casan con otros aristócratas.

-Ella ya lo hizo -resopló Jessie-. Según me parece, ahora puede casarse con quien desee.

-¿Y te parece que quiere casarse con Colt?

Una sonrisa presumida curvó los labios de la joven.

-Anoche también vi cómo le miraba ella. ¡Y si la hubieras oído hablar de él, esta mañana! Aquí no hace falta una casamentera, querido. Entre ellos dos ya hay algo.

-Y ese algo parece complacerte mucho.

-Claro que sí. Ella es simpática, pero lo más importante es que puede curarle las cicatrices del alma.

-¿Las cicatrices del alma? Caramba, mujer, ¿de dónde has sacado esas expresiones?

-¿Te estás burlando de mí, Chase Summers?

-¡Ni pensarlo!

Jessie clavó una mirada de desconfianza sobre la inocente expresión de su marido. Luego carraspeó.

-Me alegro. Porque de ser así tendría que divorciarme de tu presencia.

-¿Qué? -chilló él.

Pero sólo oyó la carcajada de Jessie, que desaparecía en el interior de la casa.

45

-Mira, Chase, estamos perdiendo el tiempo. El invierno se irá sin que nos demos cuenta. Y ellos habrán perdido la oportunidad de pasar los días fríos acurrucados junto al fuego, como nosotros.

-¿Quiénes? -preguntó él, como si no lo supiera. Ultimamente su esposa no hablaba de otra cosa.

-Colt y su duquesa. En realidad, yo tendría que hacer algo.

-¿No habías reconocido que debían arreglar las cosas asu modo?

-Pero entonces no sabía que ellos iban a mostrarse tan testarudos. Hace tres semanas que ella está en la finca de Callan. Ya tiene la casa lista. Todos los días llegaban muebles desde el Oeste. Y hasta ha construido un nuevo establo.

-¿No le has dicho de quién era la finca que compró?

-Cuando me enteré ella ya había gastado mucho dinero en esa casa. No tuve el coraje de decírselo. Pero supongo que ése es uno de los motivos por los que Colt no la visita.

-Si a ella le interesara verle, tesoro, ¿no te parece que podría venir aquí con alguna excusa, para ver si tropezaba con él? Si no lo hace, por algo ha de ser.

-Sólo porque es terca... y tal vez necesita un poco de aliento. Él ni siquiera se despidió, bien lo sabes. Ella no le ve desde la noche en que la trajo. Y aún tiene la impresión de que a Colt sólo le interesaba quitársela de encima.

-Podría ser cierto.

Jessie resopló.

-Si quieres saber qué opino, él actúa con la misma impresión.

-Por tu modo de hablar, veo que has visitado otra vez a la duquesa.

Jessie sonrió para sus adentros, deslizando las uñas por el pecho desnudo de su esposo, bajo la manta de pieles. No siempre mordía el anzuelo cuando él la provocaba.

-Estás buscándote un pellizco, ¿no?

Seguro de que Jessie no estaba enfadada (después de tantos años, la diferencia era fácil de detectar), él la atrajo hacia sí, sugiriendo tranquilamente:

-Si me curas el dolor con un beso, puedes pellizcarme donde te plazca.

-Ya sabía que no te ibas a negar.

Pero como la mano de Jessie descendiera entre las piernas de su marido, Chase se puso tenso. Ella se echó a reír.

-¿Qué, pasa, tesoro? ¿No confías en tu dulce mujercita?

-Dulce, cualquier día -gruñó él-. A veces pienso que sigues siendo tan salvaje como cuando te conocí.

Ella volvió suavemente la cabeza para rodearle una tetilla con la lengua. Los suaves ojos de turquesa investigaron la reacción marital.

-¿Me querrías distinta?

-No, qué diablos.

Esa misma tarde, Jessie montó a caballo para ascender las colinas hasta la cabaña de Colt. Aún sonreía cuando pasaba por el sitio en donde ella y Chase habían hecho el amor por primera vez, en las lomadas inferiores que daban al valle. Aquella primera vez había sido estupenda, aunque acabara mal. Por entonces él no se sentía dispuesto a casarse y sentar

cabeza. Después cambió de opinión. Y había vuelto a llevarla allí, cuando regresaron a Wyoming, para hacerlo otra vez como era debido, según dijo. Desde entonces, siempre lo hacían como era debido.

Los años los habían tratado bien, muy bien. Ella todavía le regañaba de vez en cuando, porque es difícil deshacerse de las viejas costumbres y porque siempre había sido de genio vivo. Pero sabía que Chase la amaba tanto como ella a él, y no era poco decir.

La cabaña de Colt estaba más arriba, cerca del arroyo en donde ella solía nadar cuando era jovencita; desde allí se veía, no sólo el valle, sino también las planicies, más allá. En esas cuestas había varios centímetros de nieve acumulada, pero encontró a Colt fuera, vestido sólo con un par de viejos pantalones de montar, cortando leña. Detrás de él había una respetable montaña de leños, pero continuaba blandiendo el hacha con energía. Pese al frío, la espalda y el pecho le brillaban de sudor.

Ella decidió no hacer comentarios sobre ese método para aplacar el genio; sin duda alguna, tanto esfuerzo no tenía otra finalidad.

-¿Te queda algo de café?

Él asintió sin levantar la vista. Sabía quién era la visitante mucho antes de que ella apareciera en el pequeño claro.

-Ve y sírvete.

Jessie lo hizo; la cabaña estaba desordenada y había una caja en el rincón, con diez o doce botellas de whisky vacías. Al salir se detuvo en el umbral, con la taza en la mano. Él no interrumpió su tarea.

-¿Has atrapado algún caballo últimamente?

Puesto que el corral estaba vacío, la pregunta sólo estaba destinada a fastidiarle. No resultó. Él se limitó a negar.

-La semana próxima Billy tomará el tren a Chicago. Creo que esta vez mi madre desistirá de obligarle a seguir estudiando. Al muchacho no le haría daño seguir una carrera, en realidad. Tal vez entre tú y yo podríamos convencerle.

-El chico está en edad de tomar decisiones por su cuenta, Jessie -respondió él, descargando otro hachazo.

Ella abandonó el tema.

-No le ves desde que trajo a los extranjeros hasta la ciudad. ¿No piensas ir a despedirte? En estos días andas remiso para esas cosas.

Eso le llamó la atención.

-¿Qué quieres decir con eso?

Jessie se encogió de hombros.

-Nada, pero tu duquesa comentó algo sobre tu ausencia, la mañana en que se fue. No se le había ocurrido que no volvería a verte.

Él volvió a blandir el hacha. Su único comentario fue:

-No es mi duquesa.

-Bueno, claro que no -reconoció Jessie-. Es una manera de hablar -Abandonó el umbral para sentarse en un tocón, más cerca del montón de leña, y comentó como al desgaire: -Esa señora sabe cómo hacer las cosas. Dicen que entró en el banco y salió media hora después, con un título de propiedad en la mano.

-El de la finca de Callan.

Conque estaba enterado. Era lo que Jessie quería confirmar.

-Bueno, no había muchas casas disponibles. La ha dejado irreconocible, pero creo que todavía no le gusta. También ha comprado tierras hasta las montañas y piensa construir una

mansión al pie de las colinas, cuando llegue la primavera. Hay un famoso arquitecto de Nueva York que le está preparando los planos y ya tiene todo un grupo de obreros dispuestos a viajar hasta aquí.

-¿Cómo te has enterado de tantas cosas, Jessie?

-Le he hecho un par de visitas. Después de todo, ahora somos vecinas y la distancia es poca.

-Lo sé.

Ella frunció el ceño ante la nota de disgusto que percibía en su voz.

-¿No te gusta eso?

-¿Por qué no?

-Se diría que no te hace muy feliz.

-¿Tiene que hacerme feliz?

-Bueno... en cierto modo, eso esperaba yo. ¿No erais amigos?

-Ella me contrató para que hiciera un trabajo. Yo lo hice.

-¿Y entre vosotros no hubo nada más?

-Jessie... -advirtió él. Pero ella le interrumpió.

-Estás hablando con tu hermana, Trueno Blanco. No me digas que no la quieres: he visto cómo la mirabas. ¿Por qué no estás en su casa, cortejándola? Mi capataz no pierde la oportunidad de hacerlo.

-¿Emmett Harwell? -estalló él-. ¡Pero si podría ser su padre!

-¿Y eso qué tiene que ver? Dicen que el duque era todavía más viejo.

Él la fulminó con la mirada por un momento, pero siguió cortando leña. Jessie emitió un sonido exasperado. Con la franqueza no iría a ninguna parte.

Tomó un sorbo de café y dijo:

-¿Sabes una cosa? Considerando que ese payaso inglés sigue rondando a la señora, supuse que su primera medida, cuando compró la casa, sería edificar una muralla alrededor. Pero no lo hizo. Cuando le pregunté por qué, ¿sabes que dijo?

Aguardó. Al cabo de unos veinte segundos, él levantó la vista:

-¿Y bien?

-No quiere mantenerle fuera de la casa. Dice que se ha atrincherado a esperar que vaya a buscarla. Tuve la impresión de que se lo habías sugerido tú.

-Es posible.

-Eso me pareció, pero no logro explicarme por qué no estás allí, esperando con ella.

-Tiene hombres de sobra.

-Pero no piensa utilizarlos. Planea matar ella misma al inglés. Por eso le facilita la entrada.

Colt dejó caer el hacha.

-¿De dónde sacó esa idea descabellada?

Jessie se encogió de hombros.

-No sé. Quizá sólo trataba de impresionarme con su coraje. Como dices, tiene hombres de sobra. Lo razonable es que haya uno o dos por allí para atrapar a ese fulano antes de que llegue hasta ella.

Colt no hizo comentarios. Ya iba rumbo a su cabaña. Jessie le siguió, tratando de no sonreír.

-¿Piensas ir a su casa? -le preguntó.

-Esa mujer no hace comentarios ociosos, Jessie -respondió él, sobre el hombro-. Si dijo que le mataría ella misma, ésa es su intención. Alguien tiene que decirle que está loca.

-Bueno, aprovechando la ocasión, ¿por qué no terminas con esta tontería de emborracharte todas las noches y le pides que se case contigo?

Él giró en redondo para dedicarle su mirada más ceñuda.

-Métete en tus cosas, Jessie.

-Es lo que quieres, ¿no?

-Eso no cambia nada. Ella es blanca. ¿No lo has notado?

Jessie dilató deliberadamente los ojos, como si sólo entonces comprendiera.

-¡Vaya! ¿Por qué no me dijiste que tenía prejuicios?

-¿Estás chiflada? Ni siquiera sabe lo que significa esa palabra.

-¿Es demasiado arrogante para tí? Claro, debí imaginarlo, siendo duquesa y todo eso...

-No es más arrogante que tú -replicó él.

-Bueno, yo no soy arrogante. Entonces ha de ser malintencionada. Nunca lo habría imaginado.

-Basta, Jessie -siseó Colt-. No tiene un pelo de mala.

-¿Es por su aspecto, entonces? ¡Caramba, yo pensaba que a ti no te parecía tan feo ese mazacote de pelo rojo!

-Chase hizo mal en no retorcerte el cuello la última vez que te amenazó.

-¿Y ahora qué he hecho? -preguntó ella, inocente.

Por fin Colt se echó a reír y la abrazó con fuerza por la cintura.

-Has logrado tu propósito, hermana. Creo que nada pierdo con probar.

Jessie dio un paso atrás, con la nariz arrugada y limpiándose las manos en los pantalones.

Será mejor que te bañes primero. ¿O quieres que se desmaye antes de poder darte el sí?

Apenas había pronunciado la última palabra cuando dio un chillido y echó a correr.

46

-Eres la primera en saberlo, querida: he decidido casarme.

Jocelyn giró en redondo, sorprendida, y estuvo a punto de volcar la lámpara de mesa.

-¡Vana! ¡Apenas conoces al señor Harwell. Hace sólo una semana que te visita.

La condesa rió entre dientes.

-Me sorprende que te hayas percatado, cuando te pasas el tiempo vagabundeando por aquí como alma en pena.

-¡No es cierto!

-Bueno, no sé cómo llamas tú a lo que haces. Pero no viene al caso. Y no voy a casarme con el simpático de Emmett Harwell, aunque debo agradecerle el haber puesto a mi querido Robbie tan celoso como para declararse.

-¿Con Robbie?

-¿Por qué no? -observó la condesa, a la defensiva-. Si tú puedes enamorarte de un hombre totalmente inadecuado para tu posición social...

-¡Al diablo con mi posición social! Y no estoy enamorada de él.

-Por supuesto que no, querida.

Jocelyn echaba chispas por los ojos, pero Vanessa no se dejó alterar. Por fin la joven se volvió con un suspiro.

-Sería muy estúpido enamorarme de un hombre que no me ama, ¿no? -dijo con voz débil.

-Oh, sin duda alguna.

Jocelyn la miró sobre el hombro, otra vez fulminante.

-¿Por qué no me recuerdas que es agrio, malhumorado, peligroso...?

-Porque no ha de ser tan malo, puesto que le amas.

-No. Pero por si no lo has notado, no viene.

-Tal vez tengas que ser tú quien vaya a visitarle, querida. Tengo entendido que siente aversión por este rancho. Su hermana me contó que, hace algunos años, estuvieron a punto de matarle en esta misma casa... ¡Por Dios, siéntate! ¿Qué he dicho?

Jocelyn apartó a la condesa, que trataba de arrastrarla hasta una silla.

-Estoy bien. Habría sido bueno que alguien me lo dijera antes, sí. ¡Qué horrible ironía!

-¿Cuál?

-Que yo haya comprado justamente esta casa.

-Bueno, pero no vivirás aquí mucho tiempo. Sólo hasta la primavera. Además, tal vez él quiera que vivas con él en las montañas, en su rústica cabaña.

-No me molestaría.

La condesa hizo una mueca, pues sólo había querido dar cierta ligereza a la conversación.

-No exageremos con eso de sacrificarnos por amor, querida. Deja que él sea quien se sacrifique aprendiendo a disfrutar de las cosas buenas de la vida.

-Me encantaría, pero insistes en olvidar un pequeño detalle: su ausencia. No ha tratado de verme porque no quiere verme.

-Yo no estoy tan segura, querida. Según su hermana...

-Oh, Vana, por favor, ¡basta ya con las confidencias de las hermanas! Deberías haber aprendido la lección.

-No seas obtusa -le interrumpió la condesa-. Jessica Summers no es una pequeña mentirosa, como aquella Maura.

-Tal vez no, pero no es objetiva ni...

Jocelyn se interrumpió, pues acababa de oír gritos fuera. Se acercó rápidamente a la ventana. Al ver que salía humo de su nuevo establo, el corazón empezó a palpitarle de miedo.

-¿Qué, pasa? -preguntó Vanessa.

Jocelyn ya iba hacia la puerta.

-Hay fuego en el establo.

-Buen Dios... ¡pero espera un minuto! -La condesa corrió para seguirle el paso. -No puedes ir allí. Ese incendio podría ser obra de Longnose, para hacerte salir.

-No seas ridícula, Vana. Aún es de día. Si viene lo hará por la noche, para poder escurrirse como las otras sabandijas nocturnas.

-No sabes si...

-¡Allí están mis caballos, Vana!

La condesa, sin decir una palabra más, se limitó a seguirla. Aún era de día, sí, pero apenas quedaba luz, y el humo que brotaba a bocanadas del largo edificio aumentaba la impresión crepuscular. Los hombres ya estaban sacando a los caballos; otros salían precipitadamente, por cuenta propia. Sus relinchos temerosos resultaban patéticos.

-¿Y Sir George? -preguntó Jocelyn al primero que vio salir por las grandes puertas.

-Rob se encarga de él, Su Gracia.

-¿Es grave?

-Las llamas ya han llegado al pajar.

Al oír eso Jocelyn cayó en el pánico. Sir George estaría tan aterrorizado que nadie podría dominarlo. Sería imposible llevarlo fuera.

Antes que nadie pudiera detenerla, Jocelyn había corrido al interior. El humo se agolpaba por sobre su cabeza, con tanto olor que no bastaba el pañuelo contra la nariz para neutralizarlo. Cuando llegó al gran pesebre de Sir George ya estaba tosiendo.

Allí estaba Robbie, tratando en vano de sujetar al potro por las crines para llevarlo fuera. Ante los ojos de la joven, Sir George se alzó de manos con un relincho, haciendo que el escocés cayera hacia atrás. No se levantó de inmediato: había recibido un fuerte golpe en el hombro.

-¿Está usted bien, Robbie?

-¡Por Dios, mujer, qué...!

-¡Ahora no! -exclamó ella, y se arrancó la blusa, lo único que tenía en mano, para cubrir los ojos al animal. -Si se levanta y lo monta saldremos los tres en un momento.

Por su parte, ya estaba subiendo al lomo del animal, que se había calmado un poco ante el sonido de su voz y la oscuridad. Robbie no vaciló en imitarla. Momentos después, Sir George irrumpía a través de las puertas, casi al galope tendido. Jocelyn logró dirigirlo utilizando su blusa a manera de riendas. No fue poca hazaña.

-¿Y el resto de los animales? -preguntó a Sir Dudley.

-Todos en perfectas condiciones, Su Gracia.

Ella se recostó contra el ancho pecho de Robbie, pero se controló casi de inmediato. Simultáneamente, los dos recordaron la manera poco ortodoxa en que él la había apostrofado en el establo. La condesa, al acercarse, los sorprendió riendo.

-Me asustas a muerte y te encuentro aquí, muy divertida.

Jocelyn se puso seria ante ese regaño, pero no del todo; aún sonreía cuando se disculpó:

-Lo siento Vana, pero tuve la sensación de que esta bestia nerviosa no dejaría que nadie se le acercara. Y no me equivoqué. Me parece que el hombro de tu prometido necesita atención inmediata. Ya sabes lo poco suave que es Sir George con sus coces.

El malhumor de la condesa se convirtió inmediatamente en aflicción.

-¿Tienes alguna fractura, querido?

-Sólo me he dislocado, tesoro. No hay por qué preocuparse.

Jocelyn estuvo a punto de gruñir ante esos arrumacos.

Librodot

-Le llevaré a caballo hasta la casa, Vana, mientras tú buscas a alguien para que le acomode el hombro. Tengo un poco de frío.

-No me extraña.

Jocelyn no oyó el final de la frase. La avergonzaba cada vez más dejarse ver con una simple camisa. Azuzó con las rodillas a Sir George, obligándolo a marchar hacia la casa, y allí lo dejó, con Robbie, para subir precipitadamente la escalera. Quería vestirse correctamente antes de inspeccionar a los otros animales. Pero no volvió al establo.

En su cuarto, tranquilamente recostado en su cama, como si le perteneciera, estaba su némesis, John Longnose.

La sorpresa fue tan grande que no gritó. Luego tuvo el buen tino de no hacerlo, puesto que él le estaba apuntando con un revólver a la cabeza. Ese hombre horrible sonreía. Claro, ¿por qué no, si a fin de cuentas había ganado? Vanessa tenía razón: él había prendido fuego al establo, a fin de sacar a todos de la casa para poder escabullirse en ella. Y el cretino ni siquiera se preocupaba por los animales, que habrían podido morir en el incendio. Jocelyn sintió que se le despertaba el genio antes de que el miedo hubiera tenido la menor oportunidad.

-Cierre la puerta, Su Gracia -ronroneó él-. No queremos que se nos moleste.

-¡Ciérrela usted!

Él se incorporó, con los ojos grises ensombrecidos por el fastidio al ver que ella no se acobardaba. -Creo que usted no comprende...

-¡Es usted el que no comprende ¡Estoy hasta aquí! -Jocelyn se golpeó el mentón con el filo de los dedos.- ¡Dispare de una vez, maldito gusano! Pero le prometo que no saldrá de esta casa con vida.

-No tengo intenciones de disparar contra usted -gruñó él, enojado.

-¿No? Entonces déme su revólver. Yo no tengo tantos remilgos.

-¡Maldita zorra! -La frustración le estaba poniendo rojo. No era así como había imaginado el encuentro-. Cuando le eche las manos al cuello, recuerde lo que ha dicho.

-Bien, venga e inténtelo. mientras tanto le arrancaré los ojos.

Pero sólo cuando él se levantó, con un bramido de ira, recordó Jocelyn lo alto que era. Aunque delgado, en un forcejeo físico la vencería. Y ella no era estúpida,

Salió como una flecha por la puerta, rumbo a la escalera. Tenía la sensación de que el aliento del hombre le calentaba el cuello, pero confió en que fuera sólo su imaginación desbocada.

No lo era tanto: Longnose estaba apenas a un metro de ella cuando la muchacha se detuvo bruscamente al tope de la escalera. Allí estaba Colt, hacia la mitad. Él también se detuvo. Lo mismo hizo Longnose, que desvió hacia el mestizo el revólver que llevaba en la mano. Fue su último acto.

En el momento en que oprimía el gatillo, Colt ya había disparado su propia arma. La bala de Longnose pasó casi rozándole la oreja y fue a clavarse en el muro, tras él. La de Colt alcanzó al inglés en pleno pecho. Cayó lentamente, de rodillas. Murmuró algo así como. "Por todos los diablos..." y se derrumbó. Jocelyn se sentó en el primer peldaño, con un suspiro estremecido.

-Esta vez no me molesta en absoluto tu costumbre de arrojar hombres muertos a mis pies.

-¿Estás bien?

-Por supuesto. Me estoy volviendo veterana en estas cosas. -Sin embargo, su voz no sonaba tranquila en absoluto. Él entornó los ojos.

-Me parece que te vendría bien un poco de whisky.

-Si lo cambias por coñac, acepto. Tengo un poco en la sala.

-Bueno, baja. Me reuniré contigo cuando haya arrojado esto a la basura.

No hubo tal demora. Los acompañantes de Jocelyn venían ya hacia la casa desde todas partes, para investigar el origen de los disparos. Ellos se encargaron de la limpieza. Sin embargo, la condesa estuvo a punto de llegar a la sala antes que Colt. Este se le adelantó por muy poco.

-Está bien, Vanessa -le informó Colt, con voz baja, pero firme-. Déjala de mi cuenta.

En un principio, a la condesa le espantó tanto ese tuteo que no dijo nada. De inmediato le cerraron la puerta en la cara, quitándole toda oportunidad.

-Bueno, nunca habría... -jadeó Vanessa.

-¿No rogabas por que apareciera? -observó Robbie, a su espalda.

-Debo de haber padecido alguna demencia pasajera. Había olvidado cómo es este hombre.

-Mientras a ella no le importe, querida, ¿qué te importa a ti?

Ella iba a fruncir el ceño, pero acabó por sonreír.

-Tienes muchísima razón. Después de todo, no seré yo quien viva con él.

Dentro de la sala, Jocelyn bebió todo su coñac antes de decir:

-No has estado muy amable.

-¿Por qué? ¿No he sido cortés?

Ella enarcó una ceja ante su expresión de inocencia. No habría podido asegurar que él hablara en serio. Tampoco le interesaba. Mucho más interesante era lo que él estaba haciendo.

Había colgado la chaqueta en el perchero del vestíbulo, un momento antes de que los gritos le atrajeran hacia la planta alta. Ella reparó en que no llevaba trenzas ni prendas indias: sólo las botas blandas le eran familiares. El resto de su atuendo: los pantalones negros y la camisa azul de cuello abierto, el pañuelo rojo y el sombrero de ala ancha, eran la ropa habitual de todos los vaqueros.

Mientras tanto, él estaba apreciando el atuendo de la muchacha. Sobre todo, aquella fina camisa, tan poco acorde con la falda de gruesa lana. Jocelyn sintió que se ruborizaba y eso la fastidió, Por, Dios, después de todo lo que habían vivido juntos ¿era posible que él aún la hiciera ruborizar?

Decidió que una mirada dubitativa era respuesta suficiente a su pregunta. Luego hizo una a su vez:

-¿Qué haces aquí, Colt?

-Me contaron que pensabas matar tú misma a Longnose.

-Y viniste para disuadirme.

-Algo así.

Ella recordó haberle dicho lo mismo en una oportunidad y no pudo contener una sonrisa, aunque la respuesta la desencantara.

-No pudiste ser más oportuno... como siempre. Creo que jamás sabré cómo se llamaba en realidad.

-¿Importa mucho?

-No; mereció su apodo hasta el final; se pasó el tiempo olfateando mi rastro de un país a otro. Creo que le voy a echar de menos, ¿sabes? Añadía un elemento de aventura a mi vida.

-Pues tendrás que buscar otra cosa que te excite.

Esas palabras no le hacían mal. Ya le habían acelerado el corazón. Y las miradas de Colt...

Se acercó a la ventana para observar la actividad en torno al establo, dando tiempo a su pulso para que volviera a la normalidad. Los animales ya habían sido llevados al granero viejo, que afortunadamente aún no había sido derruido. De cualquier modo, Jocelyn no pudo ver mucho más a partir del momento en que Colt se acercó a ella por detrás... Siempre se las componía para centrar toda su atención, aunque no le mirara.

-¿Quieres casarte conmigo?

Jocelyn dejó caer la frente contra la ventana. Sólo por milagro no se le aflojaron las piernas. Esas palabras le causaban un alivio tan increíble, la llenaban de un éxtasis tal... ¡y él la había hechos sufrir durante tres semanas enteras, mientras se decidía!

-No sé -dijo, con voz perfectamente normal. Aunque no habría podido decir cómo lo conseguía-. Dice la condesa que una no debe casarse con su amante. Arruina el romance, ¿sabes?

-¿Y yo sólo sirvo para amante?

Ella giró en redondo, con los ojos dilatados por el enojo.

-¡Ya estás denigrándote otra vez! Te he dicho que...

Él la abrazó para acallarla.

-¿Sigo siendo tu amante?

-Si lo eres, no conozco amante más desatento.

Él le besó el mohín, lenta, persuasivamente.

-¿Y si nos casáramos igual y fingiéramos que somos sólo amantes?

-Me parece estupendo, sobre todo porque los amantes tienden a amarse, ¿no?

-¿Y las parejas casadas, no?

-No siempre.

-Eso no será problema, en mi caso.

-¿No?

-No pongas cara de sorpresa, duquesa. ¿Apaso pensabas que yo andaba detrás de tu dinero?

Ella, fastidiada por su gran sonrisa, rezongó:

-Probablemente querrás que lo regale todo.

-Tal vez.

-Para que vivamos en una cabaña, en las colinas.

-Tal vez.

-Y que te dé hijos y lave tu ropa.

-Me gustaría mantener mi ropa intacta. Y te lo advierto desde ahora: no te quiero cerca de mi cocina. Supongo que necesitarás unos pocos sirvientes, después de todo.

-¿Y los hijos?

-¿Quieres algunos?

-Sin lugar a dudas.

-Eso ha de significar que me amas, ¿no?

-O que me gusta tu cuerpo. ¿Te he dicho que tienes un...?

-¡Sí! -chilló, cuando él la estrujó con fuerza-. Te amo, condenado.

-Podrías habérmelo dicho antes -gruñó él, estrechándola contra sí-. Mientras hacíamos el amor, por ejemplo, o en algún otro momento adecuado. De ese modo no me habrías hecho pasar estas últimas semanas en el infierno, pensando que...

-Si vas a mencionar siguiera tu origen indio, Colt Thunder, te pegaré.

Él se echó hacia atrás para observar aquella expresión feroz. Luego se echó a reír.

-¡Por Dios, cómo te amo, duquesa! No tienes igual.

-Me encanta saberlo -dijo ella, mientras le llenaba la cara de besos-. Ahora bien, puesto que llamas por su nombre a mi mejor amiga, ¿por qué a mí no? Me llamo Jocelyn, por si no lo recuerdas.

-Lo recuerdo muy bien, tesoro, pero no me suena a ti. Tú eres la duquesa, pura y simplemente... y mía.

-Bueno, si lo expresas así...